ANNE HOCKING

MUERTE EN LA BODA



Recién celebrada su boda y después de cortar el pastel, Jeanne Foster sube a su habitación con el pretexto de echar un vistazo a su equipaje.

Tendida en un canapé, oye llamar a la puerta.

—¡Adelante! —grita.

Un momento después la encuentran muerta, ahogada por un almohadón. ¿Quién mató a Jeanne Foster el mismo día de su boda? ¿Quién entró en la habitación?

El inspector Austen se encargará de descubrir el misterio que envuelve una muerte tan enigmática, tan sensacional.



Anne Hocking

Muerte en la boda

William Austen - 8

ePub r1.0

Titivillus 18.10.2024

Título original: *Death at the wedding*
Anne Hocking, 1946
Traducción: Manuel Amechazurra
Diseño: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



ANNE HOCKING

NOVELAS ESCOGIDAS

II



A BILL
(MAYOR W. R. CARR),
con afecto y amistad.

Dramatis Personæ

Comandante William Austen: Inspector jefe de Scotland Yard, protagonista de esta novela.

Andrea Redgrave: Bella joven, amiga de la niñez de Austen.

Coronel Alwyn Redgrave: Militar retirado del Ejército de la India, padre de Andrea.

Lucía Redgrave: Esposa del anterior, y ambos, padres de Andrea.

Jeanne Foster: Hermosa muchacha, esposa por unas horas de Ralph Beaufort.

El señor y la señora Foster: Honorables padres de Jeanne.

Ralph Beaufort: Capitán de Estado Mayor, mujeriego y voluble, esposo de Jeanne Foster.

Doctor Clark: Viejo amigo de William Austen.

Evans: Superintendente de la Policía local de Chedwood.

Green: Sargento de Policía, subordinado de Evans.

Bettine: Prima de Jeanne y una de sus damas de honor en el día de su matrimonio.

Daphne: Otra dama de honor, como la anterior.

Peggy: Hermana de Daphne.

Tony Whitehead: Esposo de Peggy.

Gladys Timms: Sirvienta de los Foster.

Capitán Philip Hewlett: Padrino de boda de Ralph Beaufort.

Brown: Dueño del Hotel Chedwood Arms.

LARRY O'BRIEN: Jefe de escuadrilla de la R. A. F. y uno de los varios amigos tenidos por Jeanne Foster.

JONES: Jardinero de Chedwood Place, residencia de los Foster.

1

—QUISIERA —dijo el comandante Austen en tono de queja, separando de sí la taza de café y apoyando los codos sobre la mesa— que me permitieran volver a ser de nuevo un policía de verdad.

Andrea rio en la forma atractiva que le era peculiar.

—Mi querido William —susurró con indulgente afecto—, me haces mucha gracia cuando te veo tan incomprendido y patético. ¿Qué es lo que te pasa ahora?

Él suspiró.

—Mi buena y antigua amiga, ¿tanto te es preciso el usar tu crueldad conmigo? Si no puedo hallar comprensión en ti, ¿de quién puedo esperarla?

Andrea rio de nuevo, pero esta vez con risita comprimida, que más que risa parecía un murmullo suave y meloso que encajaba perfectamente en aquel tipo de mujer, en su adorable madurez, en su boca grande y fresca y en el color trigueño de sus cabellos. Su risa y su dulce aunque grave voz, pertenecían en realidad a la clase de mujer que ella era: una mujer nacida para ser esposa, la amiga de su marido, la madre de sus hijos; jamás su seductora ni su hembra. Una mujer sana, atractiva, honesta, a menudo ingeniosa, paciente siempre, pero falta de ese atributo indefinible que hace latir con más fuerza el corazón de un hombre e impulsarle a cometer los actos más absurdos, ridículos y faltos de juicio solo porque ella hubiese sonreído o fruncido el entrecejo.

—¡William! —le amonestó con cariño—, vuelve en ti, y da gracias por lo que aún tienes. No seas pesado. No olvides cuán afortunado eres. ¿Quieres un poco de coñac?

Austen la contempló mientras llenaba las dos copas de un licor por el que los contrabandistas del mercado negro hubiesen dado

gustosos una buena parte de sus mal adquiridas ganancias.

—Eres única entre un millón, Andrea —afirmó—. Pero no creo que me hayas demostrado otro afecto esta noche que el de tu opípara cena. Ahí, lo reconozco, me has hecho sentir orgulloso.

Ella rodeó la copa con su fuerte y bien delineada mano, en la que no lucía joya alguna, a excepción de un anillo de sello en su dedo meñique.

—Escucha, William —le dijo—. Soy única entre un millón. Conforme. Pero te conozco desde tus años mozos, años desprovistos casi de romanticismo, y no me hago ilusión alguna acerca de ti. Te he dado una comida espléndida, considerando que nos hallamos en guerra, en uno de los pocos pisitos cómodos que aún quedan en Londres. Durante la sopa, el pescado y los otros manjares he escuchado tus penas, tus experiencias y tus desengaños. Después, mientras tomábamos este excelente café…, llamémoslo así…, te lamentaste veladamente de que nadie te quería en realidad.

¿Quieres decirme qué es lo que te pasa o qué es lo que motiva tus gruñidos?

William Austen, que había querido a Andrea Redgrave desde su más tierna infancia, mucha parte de la cual habían pasados juntos, sonrió amistosamente.

—Exactamente lo que ya te he dicho —contestó—. Que quiero volver a Scotland Yard y ser policía de verdad otra vez. Este trabajo secreto que hago no está mal, pero en realidad no soy ni carne ni pescado. Me presentaron hace años al Ejército y el más insignificante miembro del «Home Guard» [1] podría haber llevado a cabo cualquiera de las misiones que se me han encomendado.

Andrea sorbió delicadamente el contenido de su copa.

—Lo que te pasa, William, es que crees que sin ti el C. I. D. [2] habría de desmoronarse. Que en ausencia del gato —del inspector jefe Austen—, los ratones del Yard no harían sino jugar. Esta es la razón. Simple presunción. Por lo demás, no estás mal con el uniforme. Y ahora que pienso, ¿a qué ha venido tu estallido de ahora?

Austen se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! Supongo que por algo habrá sido. Por las noticias de la guerra, y por todo lo demás. Si al menos se me permitiera luchar, sería diferente. Pero lo que hago en la actualidad es

simplemente jugar a policías y a soldaditos… o ambas cosas a la vez.

—Yo creo que la causa de todo está en que trabajas con exceso, William. Me consta que llevas una temporada de verdadero agotamiento, a pesar de tus protestas de que todo es un simple juego. Hace ya tiempo que no disfrutas de permiso alguno.

Austen sonrió.

—A decir verdad, no tardaré en tener uno.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo. A partir de esta noche.

—¡Bien, hombre! ¿Y por qué no me lo has dicho antes? De haberlo sabido, no hubiera hecho este derroche de conmiseración contigo.

Andrea se levantó y con gran orden y rapidez empezó a despejar la mesa.

—No, amigo mío —dijo al ver que Austen pretendía ayudarla—. No estás todavía lo suficientemente domesticado. Tengo un sitio para cada cosa, y tú lo desconoces. No vales el trastorno que me causarías. Lleva el coñac a la chimenea y siéntate. Vuelvo enseguida. No voy a fregar nada.

La obedeció y encendió un cigarro. Le gustaba saborear un puro después de las comidas, siempre que tenía la suerte de hallar uno a mano.

Mientras fumaba, la observaba contemplativamente viendo cómo se movía de un lado para otro de la simpática y elegante habitación, quitando una cosa, poniendo otra, desarrugando una alfombra, batiendo un almohadón, retirando migajas de la mesa, esos pequeños menesteres que toda mujer orgullosa de su casa desea ver terminados antes de decidirse a descansar.

«¡Qué esposa hubiera hecho! —pensó él—. Lo posee todo, como quien dice, y sin embargo no se ha casado. ¡Qué extraño! ¡Y qué pena! Sigo sin comprender el porqué».

Siguió rumiando sus pensamientos hasta que Andrea, terminada su labor, se dirigió a la chimenea y con un rápido sacudimiento de su amplia y brochada falda de seda se desplomó con gracia sobre un bajo taburete frente a la silla que ocupaba Austen.

—Eres inteligente, Andrea —le dijo—. Eres una de las mujeres más elegantes que conozco; tienes gusto en arreglar una casa

haciéndola a la vez cómoda y agradable; eres de lo más decorativo y puedes, además, cocinar estupendamente. Resumiendo: una mujer perfecta y noblemente concebida. Así eres, Andrea.

—¡Hombre, William! —dijo ella intentando dibujar una sonrisa —. Me abrumas. Además, ¿a qué vienen estos exagerados cumplidos?

Austen rio.

—Estaba pensando en la buena idea que tuviste al convertir tu antigua casona en estos departamentos, y en la gran habilidad con que lo llevaste a cabo, no obstante no haber sido educada para ser muy útil.

—Ya lo sé. Ya he oído el estribillo de que «he conocido mejores tiempos». Pero llevamos una temporada de guerra, William, y yo sabía que, para poder hacer mi trabajo en debida forma, tendría que sentirme cómoda después de mis ocupaciones diarias. Así es como aprendí a cuidar de mí misma.

Aspiró el aire en un corto suspiro, tomó un cigarrillo de la caja que había a su lado en una mesa y se inclinó hacia Austen para que este pudiera ofrecerle lumbre.

—Y ahora vamos a lo de tu permiso —continuó después que hubo acabado de encenderlo—. ¿En qué forma vas a aprovecharlo?

—Pensaba quedarme un par de días en la ciudad; ver un par de representaciones, e irme luego a Cornwall a pasar una semana.

—¡Cómo te gusta ir allí! Supongo que irás, como es tu costumbre, a casa del jefe de policía.

—Así es.

—¿De cuánto tiempo dispones?

—Catorce días.

Se quedó unos momentos contemplando la lumbre. Levantó luego la vista y la fijó en Austen.

—¿Quieres dedicarme a mí dos de ellos, William?

—¿Dos días?

—Sí.

—Claro que sí, si tú lo deseas. Pero…

Andrea reprimió la risa.

—No, William; no interpretes mal mis palabras. Es que a mí también me han concedido unos días de permiso, y tengo que ir a nuestro pueblo para asistir a una boda y he sentido el deseo de que

alguien, uniformado, me sirviese de escolta.

A medida que ella hablaba, la cara de Austen perdía expresión y se iba inclinando.

—¡No! ¡A una boda, no, Andrea! Las detesto.

—También yo, pero tengo que asistir a esta y desearía que me acompañases.

—Sí, amiga mía, pero ¿por qué? ¿Por qué hemos de ser «ambos» los mártires?

Ella se volvió hacia él y le contempló de nuevo fijamente.

—¿Pero no es bastante el que te lo haya pedido?

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Sabes muy bien que yo haría hasta lo imposible por ti. Pero hay algo detrás de todo esto. Lo has tomado con demasiada seriedad. ¿Por qué? Hace tantos años que te conozco que puedo leer hasta tus más íntimos pensamientos.

Ella sonrió con tristeza.

—Siempre lo pudiste, querido William. Aun siendo niños sabías adivinar siempre los motivos de mis aflicciones. Creo que por instinto de detective. Aquel niño era ya el padre del hombre de hoy.

—Con toda seriedad, Andrea, ¿qué te pasa?

—Me encuentro otra vez en apuros, William, y puedes ayudarme a salir de ellos como siempre has hecho.

Austen pasó una mano sobre su brazo. Entornó los ojos grises y contrajo levemente los labios. Era una expresión que conocían bien en Scotland Yard… y en otras partes.

—Cuéntamelo todo —dijo rápidamente, dando a su bien timbrada voz un tono de afecto casi paternal—. ¿Qué es lo que te pasa ahora, querida Andrea?

Ella suspiró y dejó caer en el fuego la punta del cigarrillo.

—Siempre has conseguido hacerme confesar, William. No es nada… serio; simplemente… ¿cómo te diré?… un tanto… humillante.

Se detuvo. Esperó. Llenó de nuevo las copas de ambos y levantó la suya. Sonrió.

—¡Hay que ser valiente! —tomó un sorbo—. Pues bien, ahí va. No me mires.

Volvió a colocar la copa sobre la mesa que había a su lado; se dejó resbalar del taburete a la alfombrilla del hogar, un magnífico

tapete persa contra cuyos vivos colores, y a la luz de la lumbre, el brocado verde y lila de su falda lanzaba tenues y jaspeados resplandores. Levantó las rodillas circundándolas con sus brazos.

Después contempló el fuego. Fuera, la lluvia de octubre salpicaba fuertemente contra los amplios ventanales ocultos bajo pesados cortinajes de terciopelo de Borgoña.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? —preguntó.

—Cerca de seis meses. Estuve en Roma, después en París…

—Y quizá después en Berlín —añadió ella—. Pues bien, William, si hubieses estado en Londres creo que hubieras oído comentarios y murmuraciones. He sido una loca. Me… enamoré… a pesar de mi edad… y de mi experiencia —su voz, al decirlo, adquirió un tono triste y desdeñoso—. Tengo la seguridad de que el mundo se limitará a decir que yo tengo edad de saber lo que me hago.

Hizo una nueva pausa y encendió otro cigarrillo. Austen nada dijo. Ella continuó:

—No es que lo sienta… en realidad. Fue algo admirable… mientras duró. Pero perdí la cabeza. Ni siquiera intenté ocultar lo que sentía. Creí que él estaba tan enamorado como yo, que… que todo era por amor y que el mundo entero había dejado de existir para nosotros. Sin embargo… él no experimentaba el mismo sentimiento. ¿Comprendes? —su voz tenía un dejo de amargura—. Fue un simple episodio para él… un episodio más. Y yo, infeliz, creyendo haber sido el amor de su vida. Y no lo fui. Es… es a su boda a la que quiero asistir.

Por primera vez Austen se sintió sorprendido.

—Andrea, mi querida Andrea, ¿pero qué necesidad tienes de ir? ¿Para qué mortificarte de ese modo?

Ella le miró a los ojos.

—Para darme a mí misma una lección. Para arrancar su imagen de dentro de mí. Para convencerme de que nada puede ya contra mí. ¡De que esto está decidido, terminado, muerto!

Austen le preguntó:

—¿Con quién se casa?

—Con Jeanne Foster.

—No querrás decir con…

—La misma. Ha cambiado mucho… y hasta se ha modificado el nombre de Jean. A mí me corresponde hacerlo ahora. Le llevé a él a

vivir a casa de sus padres y allí la conoció. Ella es todo lo que yo no soy. Rica, fascinadora, joven… y difícil. Yo fui una conquista fácil.

La voz de Austen estaba impregnada de ternura.

—¡Querida Andrea! —cogió una de sus manos y la retuvo entre las suyas.

—¿Quién es él? ¿Cómo es?

—No le conoces. Es uno de esos conquistadores… estilo siglo dieciocho. Se llama Ralph Beaufort, pero todos le llaman «Beau». Y le sienta el nombre.

—Me lo figuro.

—Ni por un segundo me he imaginado que Jeanne pueda quererle. Ni siquiera pretende demostrar que esté enamorada, pero… ¡qué le vamos a hacer!… ella tiene solo treinta años y sus padres desean que se case. Él es de buena familia y a esta le complace la idea. ¿Crees que digo todo esto por envidia?

—Conociéndote, creo que no.

Ella rio, esta vez con menos amargura.

—Pues bien, necesito ir y ver cómo se consuma el hecho; oír «la voz que me hechizó» y demostrar a todos que me importa un ápice todo ello. Con el vestido que voy a ponerme, va a quedar ella a la misma altura que si llevara harapos…, esto sí que es mala intención, lo reconozco. Sonreiré y sonreiré… y haré el papel de traidora. Sí. Podré soportarlo y demostrárselo a todos, mejor aún, convencerles de que jamás hubo causa para que de otro modo fuera; de que me divertí con él como él se divirtió conmigo. Los dos por igual.

—Sí —dijo Austen con seriedad—. Así debe ser.

—Me sobrecogía… la idea de ir sola… de sentarme al lado de sus padres en la iglesia. Pero si tú estás allí, William, comprendiéndome, sabiéndolo… Nadie conoce mi secreto sino tú… y con tu apoyo nada habrá en ello de difícil para mí.

Él se inclinó y besó sus cabellos.

—Iré, Andrea —dijo—. Puedes confiar en mí.

El día de la boda amaneció inusitadamente claro, con un sol radiante que hacía que el mojado césped luciera un verdor casi teatral.

Las dalias y los crisantemos de los herbáceos linderos de Chedwood Place se hallaban aún en floración, si bien un tanto

descoloridos, pues, aunque no había habido escarchas que ennegrecieran sus flores, las tempranas y fuertes lluvias de octubre los habían anegado. Los húmedos y medio descortezados árboles brillaban al sol de la mañana y sus hojas se desprendían perezosas describiendo caprichosos giros envueltas en pequeñas nubes de iridiscentes gotas.

Chedwood Place ofrecía aquella mañana, sobre el fondo de los jardines, el aspecto de un decorado escénico dispuesto para una boda, hechizo que desapareció poco después cuando una fina llovizna empezó a caer sobre el lugar.

Todo pareció adquirir entonces un ligero tinte de sordidez, de desaliento y hasta quizá un tanto de ominoso.

Dentro de la casa, la lluvia causó consternación. La señora Foster debía hallarse prevenida para una contingencia así, pero, por curiosa fatalidad, la lluvia no entró en sus cálculos. Debió de estar convencida de que el día de la boda de su hija había de ser hermoso por fuerza. Que hasta los fenómenos meteorológicos habrían de acomodarse a las conveniencias de Jeanne en la misma medida que ella había dispuesto de todo lo suyo propio.

La señora Foster no era en realidad una mujer feliz, ni Chedwood Place contribuyó en absoluto a que su felicidad aumentara, a no ser por la satisfacción que experimentó al considerarlo como el lugar apropiado para la instalación de su hija. Ella y su marido se hubieran encontrado inconmensurablemente más cómodos en cualquier casa espaciosa, limpia y soleada, con sus dos acres de terreno, enclavada en las afueras de Bournemouth, Woking o Wimbledon Common. Hubiera sido una pareja feliz, pero, por la causa que fuera, no quisieron, o no supieron, aprovechar esta oportunidad. El señor Foster había ganado una cantidad considerable de dinero en la última guerra, en forma perfectamente legítima. No fue por especulación de nuevos ricos. Fue simplemente que la suerte se cruzó en su camino. No eran seres vulgares, escaladores sociales, faltos en modo alguno de educación, ni poseedores de cualidades que pudieran hacerles parecer desagradables, sino que simplemente no habían nacido para vivir en un lugar como Chedwood Place y que su adquisición había de considerarse como una lamentable equivocación.

Pero en 1920 el dinero había corrido a manos llenas, las grandes

casas se hallaban prácticamente en la miseria, Jeanne era una muchacha encantadora, y he ahí todo. Llevaban viviendo en Chedwood Place cerca de veinticinco años, habiendo invertido grandes sumas en su mejora, pero todo este tiempo no fue bastante para disipar la sensación de aislamiento en que se encontraban. Veinticinco años de convivencia con gentes a quienes todavía consideraban como «pueblerinos» no habían dejado de ejercer, muy a su pesar, cierta influencia en sus costumbres y modales. La adición de una «n» y una «e» al nombre de Jean, junto con el fracaso en la tentativa de casarla a los veinte años, como hubiera sido su deseo, les había acibarado, no hasta el punto de deleitarse en la idea de librarse de un modo u otro de su presencia, pero sí de suspirar por el «hombre soñado» que hubiera de llegar a arrebatarles su preciado tesoro. Podrían entonces retirarse con honores alegando que la casa era demasiado grande para dos pobres viejos abandonados o quizá cedérsela a la «joven generación» como un hogar para los futuros nietos y trasladarse ellos a cualquier lugar que pudiera parecerles más en consonancia con su edad y modo de vivir.

Sin embargo, Jeanne se obstinó en permanecer soltera, a pesar de no faltarle admiradores. Pero ella no aceptó a ninguno, y pasaron los años. Cuando se produjo la guerra, insistió en incorporarse y prestar servicio en lo que fuere, y no cabe duda que estaba verdaderamente llamativa enfundada en su vistoso uniforme.

Una oportunidad se presentaba para los viejos Foster de abandonar las incongruencias de Chedwood Place: ofrecerlo como hospital; pero cambiaron de parecer al iniciarse los bombardeos. Como estaba situado en lugar seguro prefirieron las molestias de aceptar que los refugiados se alojaran en él. La casa era espaciosa y sus visitantes pasaban casi inadvertidos.

Jeanne permanecía ausente largas temporadas, volviendo solo de cuando en cuando con permiso, hasta fines del año 1943. Sus raras visitas solo servían para exacerbar a sus padres. Parecía siempre dolorosamente inquieta, casi febril, alternando estos momentos con otros de afabilidad o extrema depresión. Empezaron los ataques aéreos. En la Navidad de 1943 volvió inopinadamente a su casa y, ya en ella, y sin causa aparente alguna, se desplomó sin conocimiento.

El médico del lugar lo calificó como agotamiento general del sistema nervioso, hambre y anemia aguda. Dijo que necesitaría meses de reposo, buena alimentación y ausencia absoluta de motivos de excitación. Como en el transcurso de varios meses no se notara en ella visible mejoría, fue rebajada del servicio como inválida y condenada a vivir una vida indiferente, lánguida y miserable en su propia casa.

Luego el «hombre soñado» hizo su presentación y las cosas parecieron mejorar de súbito. Andrea Redgrave trajo un hombre para quedarse en casa de sus padres; este y Jeanne se conocieron, y en agosto de 1944 establecieron ya el compromiso de boda. Jeanne empezó a tomar nuevo interés por la vida y por su ajuar de novia, aun cuando sus padres no llegaban a convencerse de que en realidad fuese la misma Jeanne de otros tiempos.

Sin embargo, se alegraban tanto de verla cada día más feliz y contenta que llegaron a convencerse que la boda sería el capítulo final de sus preocupaciones.

No presentaron objeción alguna a la fijación de la fecha de la misma, aunque en circunstancias normales hubieran considerado excesivamente corta la duración de sus relaciones. Las pocas objeciones fueron desechadas ante la idea de que Jeanne, con sus treinta años, sabría perfectamente lo que hacía y ante la delicada impaciencia de Ralph Beaufort.

La señora Foster estaba orgullosísima de su futuro yerno, de su aspecto, de su zalamería, de sus modales, y ni por un momento pensó inquirir acerca de sus cualidades morales.

El señor Foster se alegraba en su interior de la emancipación de Jeanne. La vida en común con su hija, hasta la llegada de Beaufort, no le había proporcionado más que sinsabores, y el hecho de que el novio no tuviera mucho dinero no parecía afectar en sus planes. Después de todo, Jeanne era rica, Beau estaba en el ejército —un cargo en el Estado Mayor— y quizá el día de mañana podría dedicarse con éxito a cualquier empresa lucrativa. Pero nada de esto importaba y sí solo el hecho de que Jeanne hubiese logrado colmar sus aspiraciones.

Así, pues, y siguiendo el convencionalismo de rigor, se enviaron las tarjetas en las que el señor y la señora Foster solicitaban el placer de verse honrados con la asistencia de sus amistades a la

boda de su hija Jeanne con el capitán Ralph Beaufort, acto que se celebraría el miércoles día 11 de octubre, en la iglesia parroquial, y que sería seguido por los festejos consiguientes en su residencia de Chedwood Place.

A pesar de la guerra, fueron muchos los que aceptaron la invitación, siendo este el principal motivo de la consternación producida por aquella inoportuna lluvia que cayó en el mismo día de la boda.

El caminito de grava frente a la puerta de entrada amenazaba con anegarse por falta material de jardineros que hiciesen la faena de achicar el agua; un esterado o algo apropiado debía ser puesto en el acto; había que hacer también provisión de paraguas, pues por la falta de coches serían muchos los que tendrían que caminar desde la iglesia; había que alargar el toldo hasta el pórtico, la alfombra se estropearía, y así un sin fin de cosas por el estilo. La señora Foster se encontraba en un verdadero apuro y en un constante ajetreo.

Entró temblorosa en la alcoba de Jeanne, donde esta se encontraba dando los últimos toques a su peinado, y allí se entregó a hacer una relación de todas sus penas e infortunios, que desgraciadamente para ella despertaron poco interés y simpatía en el auditorio.

Jeanne interrumpió su tocado ante el espejo y se volvió a su madre.

—¡Por amor de Dios, mamá! No te acalores ni te desesperes. ¿Qué importa todo lo que me has dicho? Además, el tiempo puede mejorar esta tarde.

—Pero, encanto mío, podrías empaparte los zapatos, y sabes que es el único par de raso blanco que tienes y que nada tenemos adecuado para sustituirlo…

Jeanne fijó suavemente las ondas de sus rubios cabellos.

—Otro rizo sobre la oreja, ¿no le parece? —dijo a su peinadora haciendo caso omiso de su madre.

—¡Por Dios, no! —gritó la señora Foster—. Eso le daría a tu cara expresión de dureza y lo que yo quiero precisamente es que en un día como el de hoy aparezcas joven y sonriente.

La boca de Jeanne se contrajo.

—¿Para qué? —preguntó—. Todo el mundo sabe que he cumplido los treinta. De todos modos, el velo necesita ese rizo. Yo

sé lo que me hago.

La señora Foster suspiró. Naturalmente que nadie debía enojarse con una hija en el día de su boda, aun siendo esta terca como lo era Jeanne, cosa que nunca dejó de serlo.

Cambió, pues, de tema en la forma nerviosa que siempre adoptaba al tratar con ella de cualquier asunto.

—El pastel está estupendo porque, a decir verdad, los Brown han hecho maravillas a pesar de esta horrible carestía. Casi como en los tiempos de la preguerra. ¡Ah!, y han dejado un sitio en forma que puedas cortarlo con facilidad con el sable de Beau.

Jeanne giró deliberadamente sobre el banquito de su tocador, volviendo la espalda a su madre y quedando de nuevo frente al espejo.

—Si no tienes nada especial que decirme —dijo en un tono casi insolente—, quisiera estar a solas.

Y sin más argumentos, se volvió de nuevo hacia el tocador.

—Estoy lista para el secador.

Sacó un tarrito de crema, mojó sus dedos en él y lenta y rítmicamente empezó a frotarse la piel como si nada del resto del mundo le importase.

La señora Foster lanzó un profundo suspiro y salió bruscamente de la habitación sin haber tenido ocasión de hacer un sinnúmero de observaciones como hubiera sido su deseo.

La boda estaba fijada para las dos y media y a esta hora la lluvia caía con más fuerza que nunca. El cielo estaba cubierto de nubes, pero no mostraba signos de tormenta.

William Austen, en su mejor uniforme, esperaba en pie junto al fuego de la chimenea que había en el vestíbulo de la casa de los padres de Andrea.

Había pasado la noche en la simpática casita de estilo georgiano a la que las estrecheces les habían empujado y su estancia en ella le había proporcionado un verdadero deleite. Siempre había pensado que gente tan afable como los Redgrave bien merecían una hija como Andrea.

La señora Redgrave entró en el vestíbulo poniéndose los guantes. Había pasado ya de los sesenta, pero no podía negarse el gran parecido con su hija.

—Estoy preparada, William —anunció—. Andrea bajará dentro

de un momento. ¡Qué pena que siga lloviendo! Me gustaría ver lucir el sol sobre la novia.

—¿Dónde está el coronel? —preguntó Austen.

—¡Ah! Ya nos encontrará en la iglesia. Asuntos relacionados con la Guardia Cívica.

En aquel momento Andrea bajaba la escalera. Austen volvió la cara y no pudo reprimir un gesto de asombro. No había exagerado ella en lo que dijo de su vestido.

Era negro. El color que mejor sienta a una mujer rubia, pero esta vez era negro con una diferencia. William Austen, perfecto conocedor de lo que era una mujer elegante y a la cual siempre rendía pleitesía en su fuero interno, no podía decir exactamente en qué consistía la causa que le impulsaba a esa atracción. Solo sabía que existían sutiles insinuaciones blancas, muy pequeñas, pero muy llamativas, en alguna parte del cuello de Andrea; que cada línea de su esbelta figura resaltaba bajo el perfecto corte de su traje; que sus zapatos, medias, guantes y bolso eran justamente lo que hubiera podido concebirse, y que el pequeño desatino al que pomposamente se calificaba de sombrero negro, sobre sus brillantes cabellos, proporcionaba un digno, último y delicioso remate a tan exquisito conjunto.

Al aproximarse a los últimos peldaños, se detuvo con una mano puesta sobre la balaustrada de caoba y miró a Austen en actitud de reto, con una mezcla de determinación y desafío en los ojos.

—¿Bien, William? —instó ella.

Él la contempló fijamente durante unos segundos.

—Sí —asintió él—. Perfecto, Andrea. No habrá una sola que pueda ponerse a tu lado. La novia ha de renunciar a toda esperanza.

Ella rio al bajar el último escalón y entró en el vestíbulo.

—Esa era mi idea. Lo admito.

—Pero ¿cómo demonios pudiste hacerlo? ¿Cupones…?

—No, amigo mío. Restos de antiguo esplendor, bien conservados desde mis mejores días. Con excepción del sombrero, por supuesto. Invertí todo lo que tenía en él.

—Y a fe que lo vale.

La señora Redgrave añadió en son de reproche:

—Andrea ha sido siempre muy gastadora en el vestir. ¡Qué consuelo el de poder disponer de su coche, William! Así no se

mojará ella, porque en realidad, hace un día horrible para una boda.

Andrea miró al reloj de caja grande que se erguía en un rincón del vestíbulo.

—Casi es hora ya de salir —dijo ella—. Dame un cigarrillo, William.

Sacó este su pitillera y se lo ofreció. Vio cómo le temblaban los dedos al tomarlo.

—Calma —susurró él.

Hizo funcionar su encendedor y vio cómo el cigarrillo seguía temblando entre los labios de Andrea.

Echó una mirada a su reloj de pulsera y después al del vestíbulo.

—Adelante —aseguró con firmeza—. ¿No quiere usted sentarse un momento, señora Redgrave? Todavía nos quedan unos cuantos minutos. Ven conmigo, Andrea.

Ella le siguió, obediente, al comedor y allí se apoyó en el borde de la mesa.

—¿A qué viene esta dilación?

—Tus nervios, amiga mía.

Austen se dirigió al aparador platero y empezó a escudriñar en una alacena de donde extrajo una botella de cristal tallado y un vaso. Vertió en él una pequeña cantidad de licor, le añadió un poco de agua de seltz y se lo alcanzó.

—El preciado *whisky* de tu padre —dijo con cierta aspereza—. Pero sacrificado en aras de una buena causa. Bébetelo. Lo necesitas.

Así lo hizo, aunque con la consiguiente sofocación.

—Eso es muy fuerte…

—Precisamente. Es prescripción médica. Vamos. Acábatelo.

Esperó hasta que ella hubo obedecido, después recogió el vaso y lo volvió a poner en el aparador.

La observó escrupulosamente durante unos momentos.

—Eso ya está mejor. Pero ahora tendrás que volver a componerte los labios.

Ella se dirigió a un espejo circular de marco dorado que colgaba encima de la chimenea, rebuscó en su bolso, encontró la barrita para los labios, y empezó a usarla diestra e inteligentemente.

Mientras ella se arreglaba, Austen hablaba pausada y deliberadamente, con todo el convincente encanto de su agradable

y amistosa voz.

—Andrea, somos viejos amigos y sabes que te estoy diciendo la verdad. Estás realmente encantadora. Ninguna, por joven y bonita que sea, puede servir para calzarte uno solo de tus zapatos. Tienes el encanto de la perfecta madurez: lo que ninguna muchacha podría tener: experiencia, equilibrio mental. Ningún hombre, con excepción de un inexperto adolescente, podría nunca mirar a Jeanne estando tú delante. Si no nos hubiéramos criado, como quien dice, juntos, yo mismo estaría locamente enamorado de ti. Ese hombre… ¿cómo dijiste que se llamaba?… ¡el novio!, será el primero hoy en sentirlo. La mitad de los asistentes a la ceremonia te mirarán a ti; no a la novia. No vale ella uno solo de tus cabellos. No lo olvides. Ahora, ánimo y a vencer.

Ella se volvió del espejo, la boca ya debidamente retocada, los ojos centelleantes, la cabeza erguida. Se adelantó un paso, cogió una mano de Austen y la retuvo entre las suyas.

—Gracias, William. Eres un tesoro. Me hubiera gustado haberme podido enamorar de ti si, como tú acabas de decir, no nos hubiésemos criado juntos. Pero eres el amigo perfecto. Me siento fuerte ahora, gracias a ti. Vamos, querido amigo. Ya no estoy nerviosa. Él mismo se convencerá.

—Así lo espero. Y no lo olvides, Andrea, que hagas lo que hagas, yo estaré siempre de tu parte.

Fue él esta vez quien cogió una de las manos de Andrea, y la retuvo unos instantes. Después se dirigió al sitio donde estaba la señora Redgrave, le ofreció el brazo y los tres se encaminaron al coche que en la puerta les esperaba.

2

AL llegar Austen, acompañado de Andrea y de su madre, la iglesia estaba ya atestada de curiosos e invitados. El coronel Redgrave, oficial retirado del ejército de la India, esperaba en el pórtico. Era alto y arrogante. La bizarra escolta —al decir de Andrea— de la familia Redgrave.

Los cuatro se adelantaron correctamente a lo largo de la nave lateral. Andrea atraía las miradas de cuantos encontraban a su paso, y no fueron parcos los comentarios que en voz queda partieron de los bancos de los congregados.

A pesar de la pobreza en que la guerra les había sumido, la familia Redgrave seguía gozando de una alta estimación a los ojos de la señora Foster, y para los mismos habían sido reservados asientos en las filas delanteras de la iglesia.

Andrea, consciente de la prueba a que voluntariamente se sometía, mostraba un perfecto dominio de sí.

Permaneció unos momentos inclinada respetuosamente ante el altar. Levantó después la cabeza, sonrió a Austen con jovialidad y echó seguidamente una detenida mirada a su alrededor.

La iglesia había sido adornada con arcos de hojas multicolores de haya y grandes jarrones con crisantemos. Jeanne Foster, a cuyo cargo había corrido este trabajo, mostró una vez más su exquisito gusto.

Un constante murmullo llenaba el recinto. Andrea sonreía complacida a unos y a otros, y el organista del pueblo se esmeraba tocando sus más escogidas composiciones.

De repente se abrió una puerta lateral y dos hombres vestidos de uniforme se dirigieron hacia las gradas del altar y se sentaron silenciosamente en la primera fila de bancos. Austen notó cómo

Andrea contenía súbitamente el aliento; pero se repuso rápidamente y se volvió hacia él con la más encantadora de sus sonrisas.

—¿Quién de ellos es? —interrogó en voz baja.

—El más alto —contestó ella del mismo modo.

Austen examinó al novio. Era, en efecto, el tipo del conquistador; réplica a ese ideal por el que tanto suspira y reza la mujer ansiosa de enlace matrimonial. Alto, poseído de su gallardía, cuarentón, pelo castaño ondulado con ligeros tintes blancos sobre las sienes, y con ese aire de hombre experto en lides mundanas que tanto fascina a la mayoría de las mujeres. Austen se resistía a creer que Andrea pudiera ser una de tantas.

Determinó investigarlo más adelante. Sería interesante el conocer cómo una mujer de la talla de Andrea, de su inteligencia y conocimiento de la vida, hubiese podido enamorarse de aquel tipo de hombre tan palpablemente trivial en otros conceptos.

Fuera o no en cumplimiento de su deber, Austen no podía sustraerse a la idea de analizar el corazón humano —en su concepto el del hombre— y el de la mujer.

Su meditación fue interrumpida por unos acordes del órgano. El novio y su padrino se levantaron dirigiéndose a las gradas del presbiterio; la concurrencia entera se puso en pie y en el fondo de la nave, seguida del sacerdote y del coro y rodeada por sus damas de honor, apareció la novia del brazo de su padre.

No cabía duda que Jeanne conocía el arte de la espectacularidad. Vestía un traje plateado de larga cola que se ceñía provocativamente dejando entrever sus bien delineados contornos; los rubios cabellos brillaban a través del velo de finísimo encaje con que se cubría la cara y en su brazo descansaba un ramo de enormes crisantemos sujetos con primorosa cinta de plata.

Las cuatro damas, todas de negros cabellos, debido a previa y cuidadosa selección, ataviadas por igual con lindos vestidos de terciopelo dorado y sendos ramilletes de crisantemos color bronce, formaban delicado marco al admirable conjunto de Jeanne.

Los congregados, con excepción de Andrea, no pudieron menos de expresar su admiración. Ella se limitó a decir por lo bajo a Austen:

—¡Teatral!, ¿no te parece?

El cortejo se detuvo al llegar al pie del altar. El novio se

adelantó a recibir a la novia. Enmudeció el órgano, y el sacerdote empezó a musitar esas palabras sacramentales, la grandeza de cuya significación tan pocas veces llega al ánimo de aquellos a quienes van dirigidas:

—Mis queridos hermanos, nos hallamos reunidos ante Dios y ante todos los aquí congregados…

Andrea no dio la menor muestra de agitación durante el curso de la ceremonia.

Terminó esta. Muchos corrieron a la sacristía y al salir de ella los contrayentes, el órgano atacó con fuerza los acordes de la marcha nupcial.

Jeanne, del brazo de su nuevo marido y con el velo echado atrás por encima de la cabeza, se adelantó por el pasillo en perfecta calma. Ninguno de los dos mostraba la mínima emoción, aun cuando ambos sonreían, como era de esperar en una ocasión semejante.

Andrea susurró al oído de Austen:

—No nos apresuremos, William. No me gustaría llegar con anticipación a la casa.

Ella hizo que sus padres tampoco se apresuraran y más de la mitad de la concurrencia había ya salido cuando los cuatro llegaron a las puertas de la iglesia. Muchos invitados se hallaban apiñados bajo la marquesina reacios a aventurarse en la lluvia y en espera de algún vehículo que les resolviera el conflicto en que se hallaban. Miraban a Andrea con interés aunque esta aparentaba no darse cuenta de la curiosidad de que era objeto.

Austen rellenó el automóvil con cuantos pudieron encontrar cabida en él y los condujo a las puertas de Chedwood Place, donde ya la húmeda grava había sido apropiadamente cubierta con piezas de estera.

Andrea dejó salir a todos y permaneció unos instantes en el interior del coche, tiempo que aprovechó para darse unos ligeros toques en la cara y labios. Después dijo:

—Estoy lista, William. Vamos… y gracias.

Antes de ayudarla a apearse, añadió él en voz baja:

—¿Ha sido tan doloroso como esperabas?

Ella movió la cabeza negativamente.

—No. Y, en parte, gracias a ti. Creo sinceramente que estoy

curada.

—Estoy seguro de ello. No era digno de ti.

—Quizá tengas razón.

—Entremos, pues, y que todos se enteren de lo guapa que hoy estás.

Durante más de una hora, los dos demostraron ser unos actores consumados. Andrea se mostró festiva, humorística e ingeniosa, atendiendo a unos y a otros con gran afabilidad y desenfado. Austen hizo el papel de ardiente admirador, pegado a ella como la sombra al cuerpo y celoso siempre de todo aquel que fuese objeto de las atenciones de Andrea. La impresión general fue de que ambos estaban enamoradísimos uno del otro y de que la notificación del compromiso no tardaría en hacerse saber.

Nadie hubiese podido sospechar que bajo aquella apariencia de irresistible atracción ni siquiera el hecho de encontrarse solos en una isla desierta, providencialmente provista de su correspondiente sacerdote, hubiera bastado para decidirles a dar un paso tal.

El champaña era bueno; los canapés y emparedados excelentes a pesar del racionamiento; así es que el tiempo transcurrió con relativa rapidez hasta el momento en que la novia desapareció escaleras arriba con el propósito de cambiarse el vestido. Las damas la siguieron a sus habitaciones. Allí las despidió relevándolas de su compromiso, pero ante su insistencia hubo de decirles con aparente candor:

—Queridas amigas, tengo un horrible dolor de cabeza. Si no consigo estar sola unos momentos creo que me volveré loca. No le digáis nada a mamá porque se va a alborotar; voy a desnudarme, tomar una aspirina y tumbarme unos minutos. Después me cambiaré.

Alguna sugirió que una taza de té no le sentaría mal.

—Es verdad —contestó—. Haz el favor de decir a una de mis doncellas que la suba. Y, ¡por el amor de Dios!, que no se entere mi madre. Estaré bien si consigo estar tranquila unos momentos. Marchaos ya, queridas, y seguid animando la fiesta hasta que yo os avise.

Las damas no se hicieron repetir la orden. En realidad disfrutaban de la fiesta y estaban ansiosas de volver a ella.

Bajaron apresuradamente la escalera, ordenaron que se subiera

el té y se olvidaron completamente de Jeanne y de sus preocupaciones.

El novio, sin embargo, pareció al fin recordarla.

—¿Dónde está Jeanne? —preguntó consultando al mismo tiempo el reloj—. Creo que es hora ya de que pensemos en irnos.

En aquel momento la señora Foster, que había estado en constante ajetreo por la casa, se dio cuenta de que las damas que debieran estar ayudando a Jeanne en su tarea de cambiarse de vestido, se encontraban todavía circulando entre los comensales.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo agitadamente—. ¿Qué estará haciendo esa criatura? Debiera estar aquí hace ya media hora. Voy a subir a apresurarla.

Una de las damas, sintiéndose culpable, abandonó la compañía del oficial de aviación con quien departía amigablemente y se dirigió presurosa a la señora Foster.

—Usted es imprescindible aquí, señora. Yo subiré.

Las otras damas se agruparon formando un corrillo.

—Quizá se ha dormido —susurró una de ellas—. Mejor será que subamos a verla.

Las otras damas se agruparon formando un corro y desapareciendo de la vista.

Los invitados continuaron charlando y los criados empezaron a rellenar con champaña las copas con objeto de que se pudiera brindar por los contrayentes antes de su partida.

Súbitamente, y dominando el ruido y la algazara, se oyó un grito al que siguió otro más fuerte y penetrante.

Se hizo un silencio general. Alguien preguntó aturdidamente:

—¿Qué ha sido eso?

Antes que pudiera aventurarse contestación alguna, una de las damas, pálida como un difunto, bajaba ya volando la escalera.

—¡Está muerta! —exclamó—. ¡Jeanne está muerta! ¡Que suba alguien, por favor!

Estas palabras produjeron una conmoción general en la sala, y mientras unos, llevados por generoso impulso, se dirigían resueltos a la escalera, otros, más pusilánimes, se agolpaban indecisos.

El médico del pueblo se hallaba entre los comensales y se adelantó rápidamente en contestación a la llamada.

—Habrá sido un desmayo —dijo—. ¡Claro! La excitación y luego

su reciente enfermedad… Voy a ver lo que ocurre.

Subió la escalera de dos en dos peldaños, seguido de cerca por los padres de Jeanne. Austen, con sobresalto, buscó a Andrea con la mirada y al no hallarla se resolvió también a subir.

Ante la puerta de las habitaciones de Jeanne las restantes damas de honor se apiñaban pálidas y temblorosas, balbuceando palabras incoherentes. El doctor Clark se abrió paso entre ellas y entró con el señor y la señora Foster. Austen permaneció en el umbral contemplando la escena por encima de sus cabezas.

No tuvo necesidad de testificación alguna por parte del doctor para comprender que no se había equivocado la dama en su apreciación. Jeanne yacía sosegadamente en un diván situado al lado de una ventana abierta, con la cara medio hundida en un almohadón de vivos colores, sobre el cual flotaban esparcidos sus rubios y brillantes cabellos. Llevaba puesta una sencilla bata que le caía por ambos lados, dejando su desnudo cuerpo al descubierto. Austen había visto la muerte de cerca muchas veces y no podía equivocarse sobre su identidad.

El doctor Clark auscultó detenidamente el cuerpo de Jeanne, mientras los desconsolados padres hacían esfuerzos desesperados para no dar rienda suelta a su dolor.

Poco después, el doctor se volvió.

—Me temo —dijo con voz triste— que mi ayuda es ya innecesaria.

Las damas seguían agrupadas y sollozando en silencio. Austen las habló con firmeza.

—¿Conocen ustedes a la señorita Redgrave?

Una de ellas contestó afirmativamente.

—Entonces sírvase decirle, sin que otros se enteren, que la necesito aquí. Váyanse todas y no digan nada a nadie de lo que aquí ha ocurrido. A *nadie*, ¿lo entienden? Procuren alejarse de los curiosos.

El doctor seguía afanoso buscando indicios en el cuerpo de Jeanne. Austen volvió a entrar en el cuarto.

—¿Causa de la muerte? —preguntó.

El doctor parecía preocupado.

—No lo sé exactamente. Era mi paciente y nada había que hiciese suponer una cosa así. Su corazón estaba bien, o por lo

menos así lo creí yo.

Austen dijo en tono resuelto:

—Será preciso una autopsia. Más vale que me encargue yo de este asunto.

El doctor le miró y le reconoció en el acto.

—Pero si es William Austen —dijo con un verdadero tono de reconocimiento en su voz—. Esto ha sido realmente un golpe para mí, William. La conocía desde que era una niña.

—Sí, sí; lo comprendo —convino Austen en tono consolador—. ¿Qué enfermedad padecía?

—No hace mucho, una especie de decaimiento nervioso con pérdida de peso y debilidad general. Parece ser que desempeñaba un cargo militar en Londres. Algo relacionado con el acondicionamiento durante los ataques aéreos. Tú conoces nuestras muchachas modernas… su falta de sentido de proporción. Se pasan una noche entera en servicio de vigilancia de incendios y la siguiente se la pasan bailando. No se acuerdan de dormir ni de comer; luego les extraña que hayan de verse obligadas a guardar cama. Cuando llegó aquí la última vez, su estado era bastante crítico, aunque nada pude observar en lo que respecta a lesión orgánica alguna.

Austen asintió con la cabeza.

—¿El corazón?

—Bien. Además, logró reponerse completamente. Buen apetito, peso normal… y así todo.

—Entonces, ¿nada hay que justifique… esto?

Y al decirlo señalaba el cuerpo exánime de Jeanne.

El doctor Clark se agitó de nuevo mostrando hondo pesar y una gran perturbación.

—Nada. No consigo entenderlo.

—¿Ningún síntoma que pudiese justificar este desenlace?

—Ninguno. Cabe únicamente suponer que la excitación producida por la boda… Que quizá el mismo corazón hubiese empeorado desde la última vez que la ausculté…

Austen lanzó un gruñido que indicaba a las claras su desaprobación. Encendió las luces e hizo una inspección del cadáver acompañado por el doctor. De pronto se inclinó sobre la cabeza de la víctima.

—Doctor —le dijo—, huela los cabellos.
El doctor obedeció.
—¡Válgame Dios! —exclamó—. Es cierto. ¡Éter!
Austen asintió gravemente con la cabeza.
—Como ve usted, *no han sido causas naturales* —añadió con calma.
Se volvió al oír un pequeño ruido en la puerta. Era Andrea.
—¿Me llamabas, William? —preguntó.
Este asintió con gravedad.
—Jeanne ha muerto, Andrea. Dile a tu padre que dé la noticia a… su marido. Es el más indicado para hacerlo. Después, decídselo a los demás previniéndoles que nadie debe salir de la casa. ¿Me entiendes? *Nadie*.
Ella le escuchó sin pestañear. Después dijo:
—Está bien. ¿Quieres algo más?
—Ahora, no. Pídele a tu madre que haga compañía a la señora Foster. Después procura que todos los de abajo estén juntos. ¿Sabes si hay algún teléfono en este piso?
Ella afirmó con la cabeza.
—Al final de este corredor.
—Gracias.
Siendo como era una mujer inteligente, no se le ocurrió hacer pregunta alguna, comprendiendo que no era aquel el momento más oportuno para hacerlas. Puso una mano sobre la suya durante un segundo y salió rápidamente.
—Voy a telefonear a la Policía, doctor. Haga que nadie entre aquí hasta que yo vuelva y le suplico además que nada toque.
No le fue difícil encontrar el teléfono. Llamó a la estación de policía y se puso al habla con el superintendente haciéndole una breve relación de todo lo ocurrido.
Volvió a la habitación de Jeanne, donde el doctor seguía afanándose, aunque inútilmente, en encontrar una clave a aquel enigma.
Este experimentó un gran alivio al ver entrar de nuevo a su amigo. Después de todo, pensó que William Austen estaba acostumbrado a esta clase de sucesos y que era natural que fuese él quien se ocupase en hallarle una solución. William había renunciado al grado que desde la última guerra ocupara en el

ejército para dedicarse a la más prosaica y azarosa vida del policía, pero en el fondo era un gran corazón. Como lo era la familia entera, a quien también conoció.

—Me repugna la idea de una autopsia —exclamó con gran desagrado.

Austen convino con el doctor.

—Nunca es agradable.

—¿Es de absoluta necesidad?

—Absoluta. No sabe de qué murió, ¿verdad? ¿Podría honradamente extender un certificado de defunción con la sospecha de lo que este olor a éter pudiese significar?

—No —contestó el doctor en tono patético.

—Créame que lo siento. Sé que estas cosas son sumamente desagradables cuando ocurren a personas de nuestra estimación. Pero no hay más remedio que aceptarlas. Esa joven no ha muerto por causas naturales, cosa que usted y yo sabemos… ¡Tiene que hacerse forzosamente una autopsia!

El doctor Clark lanzó un profundo suspiro.

—¿Quieres encargarte tú de disponerlo así?

—Sí. No se preocupe. Yo me encargo de ello.

Austen sentía profunda conmiseración por su viejo amigo y estaba dispuesto a hacer por él cuanto pudiese. Sin embargo, había ciertas preguntas que no podían omitirse.

—¿Sabe usted algo de su vida privada? —preguntó—. Quería decir… ¿de alguna razón que pudiese haberla impulsado al suicidio?

—Ninguna. Aunque poco puedo decir acerca de ella. No era amiga de confiarse a nadie. Jamás pude llegar al fondo de los motivos de su decaimiento nervioso. Llegué a pensar si no habría en ella algo más fuerte que la excitación producida por los ataques aéreos o por su vida un tanto desordenada.

—¿Algún amor contrariado, quiere decir?

—No lo sé. De todos modos, alguna causa mental o emocional. Pero no te olvides, William, de que en realidad nada sé. De que todo ello no pasa de ser una mera especulación.

—Así lo entiendo. Otra cosa: ¿tenía enemigos?

El doctor hizo un gesto de incredulidad.

—¿Enemigos? ¿Una chiquilla como esa?…

La sola idea de que pudiese tenerlos le sublevó.

—Con lo cual quiere decir que no sabe de ninguno que lo fuera.

—¡Claro que no!… ¡Pero si es imposible!

Austen sonrió.

—Quizá le sorprendiera si supiese… Pero en fin, dejémoslo. Una pregunta más y se acabó el interrogatorio. ¿A qué hora cree que murió aproximadamente?

El doctor se sintió aliviado al poder pisar un terreno para él más firme.

—Tú sabes muy bien, William, que eso es cosa que no puede afirmarse de sopetón.

—Lo sé. Pero puede aventurarse una opinión. Por lo menos sabemos que salió de la iglesia a eso de las tres. Alrededor de las cuatro subió a cambiarse de ropa. Ahora son… —consultó su reloj— las cinco y cinco. Lo que deseo saber es lo siguiente: ¿Cree que murió inmediatamente después de llegar a sus habitaciones?

El doctor se dirigió de nuevo al cadáver, descubrió el cuerpo e hizo un breve reconocimiento.

—No puedo precisar, como es natural, pero mi opinión es que la muerte ocurrió hace cosa de una hora.

—Lo cual quiere decir que murió poco después de subir.

—Entiéndeme —se apresuró a aclarar el doctor—, esto es solo una opinión…, una mera conjetura.

—Sí, sí, lo entiendo. Pero así, al menos, tengo ya un punto de partida. Gracias. Ahora —le dijo en tono amistoso y consolador— vaya a atender a la señora Foster, y deje esto en mis manos. Esa pobre mujer le necesita a su lado.

—Y yo no —añadió para su capote.

El doctor acogió la idea con gran satisfacción.

—Bueno, si en realidad no me necesitas…

—No, puede irse. Le llamaré si llega el caso.

Salió el doctor e inmediatamente empezó Austen a merodear por el cuarto.

El cadáver nada significaba ya para sus observaciones, así es que lo cubrió piadosamente con una fina alfombra que había al pie de la cama.

Después hizo una relación detallada de cuantos objetos se hallaban a su alrededor.

La alcoba era, poco más o menos, lo que hubiera podido esperarse como estancia de la hija única de un hombre rico. No cabía duda que un gran caudal se había gastado en ella y que el resultado había sido sorprendente. Lujo y gusto combinados que daban un ambiente de belleza y bienestar.

Muebles y espejos eran de estilo Luis XV y el brocado empleado en colgaduras y tapizado de la sillería de un exquisito diseño y colorido que armonizaba con los de la gruesa alfombra que cubría enteramente el suelo del dormitorio.

El aspecto general de la alcoba hacía excluir toda idea de que Jeanne se hubiese podido suicidar y esa fue también la opinión de Austen desde el primer momento.

El traje de boda y el velo se hallaban colgados fuera del guardarropa; las ropas interiores estaban tiradas sobre una silla bajo la cual asomaban un par de zapatos blancos. Sobre la cama y en perfecto orden, como si solo esperasen que Jeanne viniese a hacerse cargo de ellos al cambiarse, podían verse un nuevo juego de interiores, un sombrero, un vestido de viaje, un abrigo, un bolso y un par de zapatos. No era de suponer que una joven en el día de su boda y acariciando de antemano la idea de acabar con su vida, se hubiese tomado tantas molestias.

Nada pudo encontrarse que señalase la posibilidad de un suicidio; ni siquiera la procedencia del éter ni la presencia de almohadilla alguna en que este pudiera haber sido vertido. El pañuelo que medio oculto bajo el almohadón sobre el que Jeanne reclinaba su cabeza se encontró, no mostró reminiscencia alguna del penetrante olor de la droga.

Austen se asomó a la ventana y escudriñó con penetrante mirada el jardín en busca de algún objeto delator que descuidadamente hubiese sido abandonado, pero nada vio.

Sin embargo, y en espera de que la policía rural hiciese su aparición, continuó con la metódica rutina que largos años de experiencia le habían acostumbrado a emplear. Cuando aquella llegó, él había terminado ya su labor.

3

FUE el sargento de policía el primero en hacer su aparición. Entró en la forma arrogante peculiar de los representantes de la ley, pero se intimidó un tanto al notar la presencia de Austen.

—¡El señor Austen! —exclamó con asombro.

Este sonrió.

Había nacido a solo cinco millas de distancia de Chedwood y la tradicional costumbre inglesa en los pueblos de conocerse mutuamente, habría de reportarle ciertas ventajas en esta ocasión.

Ya en sus tiempos mozos de colegial, el crimen había ejercido una fascinación irresistible sobre él; en sus ratos de ocio gustaba ir a la estación de policía a hacer un sin fin de preguntas, cuyas contestaciones no llegaban nunca a satisfacer su curiosidad.

El sargento Greene había sido el más rápido lanzador de bola y Austen un gran «bateador» en los juegos de «cricket» de la escuela pública de la localidad.

Así es que el sargento le saludó con la confianza de un antiguo amigo y no hubo ya cuestión sobre el derecho que Austen pudiese tener a permanecer allí.

Tampoco la hubo al presentarse unos momentos más tarde el superintendente.

—¿Qué es lo que pasa, comandante? —preguntó—. ¿Quiere usted decirme lo que sepa acerca de esto?

Después se volvió a su subordinado.

—Greene: supongo que sabrá usted taquigrafía. Vaya tomando notas.

Este obedeció la orden, sacó un lápiz y un cuaderno y se arrellanó sin ceremonia alguna sobre el banquillo del tocador, frente a una mesa con triple espejo cubierta materialmente de

tarros, frascos, barritas para los labios, pulverizadores, polveras, todas esas minucias de la mujer rica que no sabe cómo matar el tiempo.

Austen condujo al superintendente Evans a la *Chaiselongue* donde yacía el cuerpo de Jeanne.

—Eche usted primero una mirada a esto —dijo.

El superintendente hizo como le indicaban.

—¿Huele usted algo? —preguntó Austen.

Evans olfateó una o dos veces.

—¿Éter? —inquirió.

—Exacto. Ahora sentémonos y hablemos sobre ello.

Y con todo respeto y delicadeza volvió a cubrir el cuerpo de la desdichada criatura.

Los dos hombres se acomodaron en un asiento junto a la ventana. Austen, incapaz de resistir la tentación por más tiempo, sacó su pipa y ofreció su bolsa de tabaco al superintendente.

—No lo considero una falta de respeto —dijo señalando el cuerpo de la pobre Jeanne— y discurro mejor cuando fumo.

Evans aceptó el ofrecimiento y en silencio ambos rellenaron y encendieron sus respectivas pipas.

Austen aspiró una gran bocanada y dijo:

—Esto es, en breves palabras, lo que ha sucedido. La boda tuvo lugar según se había dispuesto; volvimos aquí para la recepción y ella… —titubeó unos momentos—, la señora Beaufort, como así fue en efecto por el corto plazo de una hora, parecía perfectamente normal; hizo los honores, cortó el pastel… y así todo lo demás. Después subió a cambiarse el atavío por otras ropas de viaje. De pronto alguien se dio cuenta de su prolongada ausencia y de que ya debía hallarse de vuelta. Subieron las damas de honor a informarse y a darle prisa. Después una de ellas lanzó un chillido agudo y bajó apresuradamente la escalera gritando: «¡Jeanne ha muerto!»… u otras palabras por el estilo. El doctor Clark subió seguido del señor y la señora Foster. Yo fui tras ellos.

El superintendente intercaló:

—¿Y por qué, comandante, si puede saberse?

Austen se encogió de hombros.

—Pues bien, superintendente, estaba muerta. No había ninguna duda sobre ello. El doctor estaba consternado; no veía razón que

justificase una muerte y llegó a la conclusión de que esta se debió a causas naturales, excitación… y su reciente enfermedad. Después intervine yo e hice mis propias observaciones. No sabría decir el por qué, pero todo aquel misterio había despertado desde el primer momento mis sospechas. Tan pronto como me acerqué al cadáver me di cuenta de que algo insólito había sucedido. De momento no pude precisar qué, pero pronto se presentó a mis ojos con claridad meridiana. «Las personas que mueren, no acostumbran oler a éter». Hice que el doctor olfateara y este lo notó a su vez. Después, le llamé a usted por teléfono.

El superintendente Evans lanzó un gruñido.

—No creo que usted se limitara a eso, comandante.

Austen rio entre dientes.

—Tiene usted razón. Alejé al doctor Clark bajo pretexto de que fuera a atender a la señora Foster mientras yo echaba un pequeño vistazo a todo.

—Me lo figuro —comentó Evans con encomio—. ¿Y qué encontró usted?

—Muchas cosas interesantes.

—Veamos.

—He aquí. Jeanne estaba muerta. De eso no había duda. Pero ¿cómo? Y ¿por qué? El doctor Clark, que había sido su médico de cabecera algún tiempo, aseguró que nada tenía en el corazón que hubiese podido justificar una muerte repentina. Entonces, ¿cuál pudo ser la causa? ¿Accidente? ¿Suicidio? Y de no ser esta, ¿cuál?

—Había el olor a éter. Y el éter no puede tomarse accidentalmente hasta el extremo de producir la muerte. Y si fue suicidio o accidente, ¿dónde está la botella que lo contenía? Aparentemente, en ninguna parte. ¿Y dónde está la almohadilla o lo que fuera, con la cual el éter pudiese haber sido administrado? Además, hay otra razón. Comprendo que el éter sería un medio cómodo y fácil de quitarse la vida a no adolecer de un grave inconveniente.

—¿Cuál es?

—El de lo difícil que resulta administrárselo a sí mismo. Supongamos que usted lo vierte sobre la almohadilla y que esta se la aplica usted sobre narices y boca, evidentemente la única forma de hacerlo. Me figuro que en el momento en que la inconsciencia se

apoderase de usted, sus manos se irían relajando, la almohadilla caería, y volvería usted a recobrar el conocimiento. Esto es «A». «B» sería acostarse boca arriba y mantener la almohadilla sobre su cara. La muerte sobrevendría, muy probablemente, pero le dejaría quemaduras en la cara. Y en este caso no existen, como no existe la almohadilla ni cosa que se le parezca.

El superintendente Evans escuchaba con gran atención y añadió:

—Y en cualquier caso, ¿qué motivos podía haber tenido esta señorita para quitarse la vida? Acababa de casarse…

—Exactamente. Nada hay en favor de la teoría del suicidio, y en cambio todo existe en su contra. Así, pues…

—¿Quiere usted dar a entender…?

Austen movió la cabeza afirmativamente.

—Eche usted una mirada al costado de ese diván. ¿Qué es lo que ve usted?

Evans se levantó para observar mejor.

—Un almohadón.

—Exacto. Ahora descubra usted la cabeza y fíjese bien en el pelo.

El superintendente obedeció.

—No veo nada de particular.

—Vuelva a mirar.

Así lo hizo y esta vez exclamó:

—¡Es cierto! Hilachas de algodón en rama.

—Usted lo ha dicho. Y puede usted afirmar por la presencia de esto que se trata de un asesinato. A menos que mi imaginación se haya agotado de un modo alarmante, he aquí la reconstrucción de los hechos. Una persona a quien Jeanne esperaba o conocía bien, evidentemente no hubo lucha, entró en el cuarto en ocasión de hallarse esta a solas. Él o ella, quien fuere, debió entablar con versación mientras Jeanne intentaba entregarse al descanso, y al verla dormida le aplicó una almohadilla o paño bien empapado en éter, no directamente sobre la piel con objeto de evitar quemaduras, pero sí lo suficientemente cerca para conseguir dejarla en estado inconsciente; después no tuvo más que oprimir un almohadón sobre la cara hasta conseguir su muerte por asfixia.

Evans quedó un momento pensativo.

—Entonces, ¿no cabe posibilidad de suicidio? —preguntó.

—Ninguna. Tengamos en cuenta el olor a éter, las hilachas de algodón, el almohadón en el suelo y la ausencia de frasco o receptáculo alguno que contuviese éter. ¿Cuál sería la deducción lógica? Otra cosa. Fíjese en la posición del diván y observará que ha sido colocado allí recientemente. ¿No ve usted las marcas en el pelaje de la alfombra? Evidentemente su posición habitual era al pie de la cama.

Evans afirmó con la cabeza gravemente.

—Sí, sí. Ya veo.

—Creo, pues, que todo lo dicho constituye un argumento bastante convincente para rechazar la idea del suicidio.

—Ese diván no es un mueble muy pesado. De haber sido movido, como lo fue, desde el pie de la cama, su posición normal, como lo demuestran los profundos surcos de la alfombra, por Jeanne u otro cualquiera, no hubiera dejado esas huellas. La razón de que estas sean tan visibles es que el diván fue *arrastrado* a la ventana con el cuerpo de Jeanne encima.

—Así, pues, *ella* no pudo hacerlo, ¿verdad? Además de que… ¿qué razón habría para suponer que Jeanne desease ese chisme al lado de la ventana, si en realidad deseaba suicidarse con éter? Si usted, superintendente, desease matarse en esa forma, ¿se le hubiese ocurrido una cosa semejante?

Evans asintió.

—Según yo entiendo, ¿lo que usted quiere decir es que alguien le administró el éter para inmovilizarla, y ahogarla así con facilidad, y que después la llevó a un lugar donde la corriente de aire pudiese eliminar el olor del estupefaciente?

—Exactamente. Y de que fue una buena idea también. Quiero decir la del asesino. Y ahora, supongamos por un momento que estamos ante un caso de asesinato, solo para fines de la presente argumentación. La consecuencia que saco de mis observaciones es que se trata de un *aficionado* más o menos inteligente. Él calculó que si conseguía adormecer suficientemente a la víctima y ahogarla después sin lucha ni violencia, le sería fácil escapar sin despertar sospechas de que allí se hubiese cometido un asesinato. Confiaba en que el veredicto fuese: «debido a causas naturales».

—Así, pues, al convencerse de que estaba muerta, corrió al diván y abrió la ventana para que el aire se llevara el olor a éter.

Pero se olvidó de las marcas en la alfombra y no tuvo en cuenta la gran significación de una ventana abierta.

Evans le miró intrigado.

—¿Qué quiere usted decir, comandante?

—Que esa ventana abierta me llamó la atención desde el primer momento. Precisamente hoy hace un día desagradable y húmedo. Esa pobre muchacha tenía la idea de cambiarse completamente de ropa; no hay más que observar las prendas interiores extendidas sobre la cama y el hecho de hallarse casi completamente desnuda. Y se me ocurre preguntar: ¿En esas circunstancias, es concebible que abriese la ventana y dejase entrar la lluvia y el frío? Yo creo sinceramente que no.

—Pero ¿y el almohadón en el suelo? Un asesino no cometería la torpeza de dejar un indicio así.

—De haber pensado en ello, no. Pero, como le he dicho, se trata de un aficionado. Posiblemente se asustara y en las prisas no notara su caída. Por otro lado, cabe el hecho de que lo hubiese dejado sobre la silla y que más tarde cayese por sí solo al suelo. Cabe también suponer que, de un modo u otro, no diera ninguna importancia a ese detalle. Cosas de aficionado.

—Pero hemos de convenir en que todo ello fue premeditado.

—Sobre eso no hay duda. Podemos afirmar, sin temor a equivocación, que el crimen no obedeció a un impulso momentáneo. No creo sea costumbre el llevar éter consigo en estas ocasiones.

Evans sonrió; pero a continuación se puso serio.

—¡Qué desagradable es todo esto! —comentó.

—Sí que lo es.

—Pero ¿quién demonios podría haber tenido interés en matar a esta pobre chiquilla? Y precisamente en el día de su boda.

—Eso podría ser un tanto a nuestro favor. ¿No le parece?

—¿En seguir una pista?

—Exactamente. En primer lugar, cualquier persona, hombre o mujer, que hubiese tenido hondos motivos para desear hasta ese extremo el mal de la pobre Jeanne, no puede permanecer por mucho tiempo en el misterio. Y en segundo… —la voz se apagó súbitamente en sus labios; acababa de acordarse de algo que le producía un profundo desagrado.

—¿Y en segundo lugar? —repitió Evans.

—¡Ah…!, sí. En segundo lugar podemos suponer que fue alguien a quien ella conocía bien. Esto reduce el campo de acción. Jeanne no habría permitido que nadie que no fuese de su absoluta intimidad entrase en la alcoba hallándose prácticamente despojada de todo vestido, en el día de su boda y precisamente en los momentos en que se la suponía preparándose para la marcha.

El superintendente Evans preguntó con fastidio:

—¿Sabe usted algo acerca de su marido, comandante? Se insinuaba en la villa que Beaufort solo ambicionaba su dinero. Podría casi afirmarse que no estaban muy enamorados, ¿no le parece…?

Austen rio entre dientes.

—Creo que no andaban desencaminados los de la villa. Ya investigaremos ese punto.

Evans respondió.

—Conformes. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Interrogar —dijo William, golpeando la pipa contra el marco de la ventana—. Hacer el mayor número de preguntas a todos cuantos podamos. Por eliminación, acortaremos el trabajo. Creo que nos será fácil saber quiénes de los presentes *no tuvieron* posibilidad material de haber cometido el crimen. La mayor parte de ellos podrán fácilmente probar la coartada. Me temo que la parte desagradable será cuando tengamos que indagar vidas privadas y buscar en el pasado. Sin un motivo no existiría el asesinato.

—¡Alto, comandante! —le recordó Evans—. Hasta ahora no hemos probado que se trate de un asesinato.

Austen sonrió.

—Gracias, superintendente. Es verdad, pero no creo tener duda alguna acerca de ello. ¿Usted, sí? De todos modos, habrá que esperar el resultado de la autopsia, aunque de antemano me figure ya cuál ha de ser.

Se oyó el crujido de unas ruedas sobre la grava que había al pie de la ventana. Austen se asomó.

—Aquí está la ambulancia que ha de llevarse a la pobre mujer. Fin del acto primero.

El segundo acto empezó con el interrogatorio de rigor que Austen y Evans conocían tan a fondo. Se dividieron el trabajo para

hacerlo lo más rápidamente posible.

Uno tras otro iban siendo eliminados los presuntos sospechosos. Como Austen había imaginado, se exoneraban los unos a los otros dando cuenta cabal de todos sus movimientos.

Le llegó el turno a Andrea.

—No hace falta que te quedes —le dijo Austen—. Recoge a tus padres y vuelve a tu casa.

—¿No quieres mi testimonio?

—Claro que lo quiero. Pero pienso tomártelo privadamente cuando vaya a tu casa. Márchate, amiga mía, y haz que vengan unas cuantas de las damitas de honor.

Era verdaderamente triste y desconsolador el aspecto del pequeño grupo que hizo su entrada en el gabinetito que Austen se había apropiado para llevar a cabo sus interrogatorios. Sus atavíos aparecían en desorden y en sus caras había huellas inequívocas de un prolongado llanto. Todas ellas eran más jóvenes que Jeanne, un tanto patéticas e inexpertas y se hallaban todavía bajo la influencia del fuerte choque recibido.

La afabilidad de Austen acabó por tranquilizarlas. Las hizo sentar en las sillas más cómodas que encontró y les ofreció cigarrillos. Después se le ocurrió una luminosa idea. Mandó subir una botella de champaña y unos emparedados que hizo que acabasen antes de principiar el interrogatorio. La cabecilla del grupo se llamaba Bettine. Al parecer, fue ella quien descubrió que Jeanne estaba muerta y quien bajó apresuradamente la escalera para comunicar a los demás el horrible hallazgo.

Podía considerársela tácitamente como portavoz del grupo, pues las demás se limitaban a repetir cuanto ella decía sin añadir información alguna por su parte.

—Volvamos a empezar —sugirió Austen después de unos cuantos preliminares—. ¿Hace mucho que conoce usted a Jeanne?

—Soy su prima —respondió Bettine.

—Bien, pero eso no quiere decir nada. ¿Le une también a ella una íntima amistad?

Bettine movió la cabeza negativamente.

—¿Y ustedes? —dijo dirigiéndose a las tres restantes, quienes también hicieron un gesto negativo.

—A decir verdad, apenas si la conocemos —aportó Bettine—. El

día que vino a mi casa a pedirme que formara parte del cortejo, me hubiesen podido tumbar de un soplo. Usted comprende lo que quiero decir. Yo nunca rechazo un buen ofrecimiento, y al decirme que además me regalaba el vestido, tentaciones tuve de saltar de alegría. ¡Es tan difícil para una joven poder conseguir hoy un vestido decente! Así es que accedí a lo que pedía sin titubear. Además que esto venía a ser como un pequeño oasis en el desierto de una guerra. No sé si me entiende usted…

Austen le hizo seña de que le entendía y pidió a las otras tres le explicaran cómo habían llegado a formar parte del grupo.

Bettine respondió por dos de ellas, hermanas por cierto, diciendo que eran hijas de un gran amigo de la señora Foster y que dio la coincidencia de tener ambas la estatura y color de pelo que Jeanne necesitaba para su esquema nupcial.

—¿Es que Jeanne —preguntó Austen— no tenía amigas?

—No muchas, que yo sepa —dijo Bettine—. Además, poco supimos de ella desde que comenzó la guerra. La hermana de Daphne era quien más la trataba.

—¿Quién es Daphne?

Bettine señaló a la última del grupo y Austen se dirigió a ella. Según se desprendió de sus contestaciones, la hermana de Daphne, que debió formar parte del cortejo, quedó imposibilitada de hacerlo por haber contraído matrimonio unos meses antes de la boda. Como consecuencia, Daphne había ocupado su lugar.

—¿Conocía su hermana bien a Jeanne? —preguntó.

—Creo que sí. Iban juntas con frecuencia, hasta que Peggy se casó.

—¿Está Peggy aquí hoy?

Daphne movió la cabeza negativamente.

—No. Parece que Tony —ese es el nombre de su marido— tenía un pequeño permiso y fue a reunirse con él.

—¿Sabe usted dónde están?

Daphne volvió a negar con la cabeza.

—Dijeron simplemente que querían estar solos.

—Ya. ¿Cuál es el apellido del marido?

—Whitehead.

—¿Su grado y regimiento?

Daphne dio los detalles, que Austen anotó cuidadosamente.

—Oiga —preguntó Bettine súbitamente—, ¿cuál es el objeto de todo este interrogatorio, comandante Austen? ¿Es que hay algo…, algo siniestro en la muerte de Jeanne?

Austen decidió revelarles solo una parte de la verdad.

—Quizá no sea esa la palabra exacta, pero algo *raro*, sí. Y ahora, niñas, si en algo estiman ustedes mi confianza, les suplico que nada digan sobre lo que van a oír.

—¡No! ¡Claro que no! —exclamaron todas con voz apagada.

—Pues bien, parece que Jeanne no ha muerto de causas naturales.

Se oyó un prolongado ¡Ooooh…! en el grupo.

—Hemos de averiguar, por tanto, si Jeanne tenía algún motivo que pudiese impulsarle a tomar una resolución desesperada, para lo cual será preciso hacer indagaciones sobre su vida, sus costumbres…, etcétera. Por esto, deseo hablar con la hermana de Daphne. Si ella ha sido una amiga íntima de Jeanne, quizá pueda darnos algunos informes que nos ayuden a aclarar este enigma.

Después de esta breve explicación volvió a sus preguntas, procurando sonsacar de su escasa información algo de valor positivo para el caso.

Lo que pudo colegir fue lo siguiente: que habían llegado a Chedwood la noche anterior y que habían encontrado a Jeanne de excelente humor. De que esta, el día de la boda, se había hecho servir el desayuno en la cama; de que todas fueron a visitarla, pero que no permanecieron largo rato en la alcoba, pues Jeanne les había suplicado que ayudasen a la señora Foster en sus ocupaciones.

Horas más tarde, y antes del tentempié, se pusieron los vestidos para la ceremonia y fueron a que Jeanne les diera su aprobación. Esta se mostró en todo momento jovial, y aunque ellas se ofrecieran gustosas a ayudarla, contestó que la modista no tardaría en llegar y que prefería permanecer a solas. Según opinión general, Jeanne no había abandonado un solo momento sus habitaciones.

Esta fue toda la información sobre el tiempo que medió entre su llegada y el momento de salir para la iglesia, siendo opinión unánime la de que Jeanne parecía desprovista de preocupación alguna.

En lo que respecta a los sucesos ocurridos después de la boda, su

informe fue asimismo sencillo y veraz. Que se habían brindado a ayudar a Jeanne a despojarse de sus galas nupciales y ponerse su vestido de viaje, pero que esta les contestó que tenía un fuerte dolor de cabeza y que deseaba estar sola unos momentos, que aprovecharía para tomar una aspirina y esperar a que surtiera sus efectos, cosa que todas encontraron perfectamente natural.

Todas tenían la certeza de no haber visto ventana alguna abierta, ni de que se abriera durante el tiempo que ellas permanecieron en la alcoba, pues la temperatura de la misma era templada y en extremo agradable.

No estaban seguras de la posición exacta del canapé, pero sí de que se habrían dado cuenta de haber sido este cambiado de lugar. Al subir más tarde a decir a Jeanne que se diera prisa, encontraron la puerta cerrada. Llamaron, y al no obtener respuesta, entraron, en la creencia de encontrarla dormida.

La sola vista de Jeanne les reveló que algo anormal había ocurrido en su ausencia. La posición de su cuerpo era un tanto violenta o por lo menos falta de naturalidad. La llamaron por su nombre, Bettine la tocó, y al darse cuenta de que estaba muerta, lanzó un grito. Eso era todo.

Preguntadas acerca del almohadón en el suelo, nada supieron decir. Bettine estaba segura de no haber visto ni tocado almohadón alguno. Por lo menos no conservaba recuerdo de él.

Austen las despidió al fin con la advertencia usual de que volviesen en el caso de tener alguna información adicional.

—Y quiero —terminó diciendo— que hagan todo lo posible por ayudarme. Hablen con las gentes acerca de Jeanne y vean qué es lo que logran saber de ella.

—¿Sobre qué? —preguntó Daphne.

—Sobre cualquier cosa: sobre si hay alguien que pueda tenerle malquerencia o que haya reñido con ella recientemente; amoríos; cualquier cosa. No hay murmuración, por insignificante que parezca, que deje de interesarnos. Creo que lo comprenden, ¿verdad? Ahora, gracias a todas por su ayuda y por su paciencia en escucharme. Espero volverlas a ver.

Era ya muy entrada la noche cuando terminó el interrogatorio; solo entonces pudieron Austen y el superintendente Evans salir de Chedwood Place.

—Tendrá usted que hablar mañana por la mañana con el señor y la señora Foster y con el capitán Beaufort, superintendente —aconsejó Austen—. No estaban en realidad en estado de ánimo para haber declarado, y lo comprendo.

El superintendente estaba abatido.

—¿No va usted a hacerse cargo de ellos, comandante?

—El caso es completamente suyo. No tengo jurisdicción sobre él.

—Es que yo le ruego que lo tome usted bajo su cuidado.

Austen pensó unos breves momentos.

—No me importa hacerlo —dijo a continuación—; pero habría que dar primero los pasos necesarios para regularizar mi posición. Telefonee usted, pues, a su jefe de Policía mientras yo lo hago a Scotland Yard. Si no hay objeción por parte de ninguno, lo haré con gusto.

Evans se sintió aliviado.

—No sabe usted el peso que me quitaría de encima. Es raro que haya casos de asesinato por estos lugares. Voy a llamar a mi jefe de Policía tan pronto como llegue a la estación. ¿Dónde podría localizarle a usted?

—Paro en casa de los Redgrave —dijo—; venga a verme allí en caso de que tenga algo que comunicarme, y además…

—Sí, dígame.

—¿Quiere usted llamarme por teléfono tan pronto como tenga el resultado de la autopsia? Me dijeron que la tendrían terminada esta misma noche.

—Así es. Y ahora solo me queda el darle las gracias por su atención.

Austen le interrumpió.

—De nada, superintendente. Ha sido un verdadero placer para mí.

Los Redgrave le esperaban a comer y al llegar Austen a casa de estos se encontró con que una suculenta cena le esperaba.

Andrea había cambiado las elegantes prendas de la ceremonia por un sencillo traje de casa amplio y onduloso que tan bien le sentaba. Esta vez era de un tafetán verde botella que crujía al andar, y como simple adorno unas arracadas de «jade» que hacían suave contraste sobre el fondo de sus brillantes cabellos.

Austen la contempló satisfecho al sentarse los cuatro ante una

mesa ovalada colocada junto al fuego de este comedor de estilo georgiano con entrepaños verdes.

Las llamas del fuego y las luces de los candelabros hacían lanzar vivos destellos a la pulida caoba de los muebles y a la plata de los ornamentos. Un florero con crisantemos, que principiaban ya a marchitarse, ocupaba el centro de la mesa.

—Esto es paz —dijo—. Es esto lo que busca el cansado hombre de negocios al llegar a su casa. Hay que reconocer que las señoras Redgrave saben del arte de hacer olvidar las penas. Nadie diría que estamos en guerra.

La señora Redgrave, con sus blancos cabellos y vestido negro con adornos de perlas, rio.

—Siempre has sido la corrección personificada, William. Pero reserva esta vez tus lisonjas hasta que hayas probado la comida. Los quehaceres domésticos resultan hoy un tanto monótonos, aunque el vivir en el pueblo tiene sus ventajas.

Solo se habló de trivialidades durante el curso de la comida. Los Redgrave vieron que Austen se hallaba cansado y prudentemente evitaron hablar de los acontecimientos de la tarde hasta que este hubiese podido disfrutar de un pequeño descanso después de la comida.

Más tarde estaban todos sentados alrededor de la chimenea del vestíbulo cuadrangular.

—Gracias a Dios tenemos una gran provisión de leños —dijo el coronel Redgrave.

Poco a poco la conversación fue recayendo en los Foster y en su tragedia.

Andrea salió a preparar café, volviendo corto tiempo después con una bandeja y tazas que humeaban despidiendo delicado aroma.

Austen sorbió del suyo e hizo un gesto de satisfacción.

—Perfecto —comentó—. Eres única entre un millón, Andrea. Ahora, señora Redgrave, usted que ha vivido tanto tiempo en Chedwood, ¿no podría decirme de alguna hablilla que haya corrido por el pueblo sobre Jeanne?

La señora se puso seria.

—No acostumbro meterme en hablillas, William.

Su marido rio.

—No, querida, ya lo sabemos. Sin embargo, tú estás perfectamente enterada de casi todo lo que ocurre por estos lugares.

La indignación que en un principio sintió se fue desvaneciendo, y estando dotada, como lo estaba, de un gran sentido humorístico, acabó por reírse de sí misma.

—Es verdad —admitió—, me gusta estar siempre con los ojos bien abiertos.

—¿Y los oídos no, mamá? —añadió Andrea.

Austen se decidió a hacer ciertas confidencias. Ni aun una vieja amistad podía impelerle a obrar o hablar sin la debida premeditación, sobre todo cuando su profesión se hallaba envuelta en ello.

—Puedo decir que les conozco a ustedes de toda la vida —dijo con aparente ingenuidad—. Sé que puedo fiarme de ustedes. Jeanne Foster, según todas las probabilidades, ha sido asesinada. No puedo afirmarlo con certeza hasta no haber visto el resultado de la autopsia. Aunque me caben pocas dudas sobre ello. Si fue asesinato, tendremos que encontrar a quien lo cometió, y la única manera de descubrirlo es buscar la persona a quien más pudiera beneficiar la muerte de Jeanne en el día de su boda. ¿Comprenden ustedes lo que quiero decir?

El coronel asintió gravemente con la cabeza mientras presentaba su taza de nuevo para que le sirvieran.

Andrea se dio perfecta cuenta del alcance de las palabras de William, y medio abstraída en sus pensamientos levantó la cafetera y vertió su contenido en la taza de su padre. Pero nada dijo.

—Así, pues —continuó Austen—, es su obligación, señora Redgrave, es obligación de todos ustedes decirme si saben o han oído hablar de algo que pueda ayudarnos a descubrir al culpable.

La señora Redgrave lanzó un profundo suspiro. Andrea encendió un cigarrillo con una pajuela del fuego. Austen y el coronel llenaron sus pipas.

La señora Redgrave, con toda calma, tomó una labor de punto de una bolsa bordada que colgaba del brazo de su silla. Sus manos, que un día fueron fuertes, blancas y delicadas como las de Andrea, mostraban hoy el desgaste de los años y las huellas del trabajo que la guerra le había impuesto. Pero seguían siendo firmes y hábiles, como su cabeza.

Colocó las agujas entre los dedos correspondientes y empezó su trabajo. Cuatro lisos y uno dentro. Cuatro lisos y uno dentro. Ni siquiera parecía que contase.

Estiró la lana del ovillo haciéndola pasar sobre su dedo meñique.

—¿Quieres decir, William, que lo que yo haya oído hablar o murmurar de Jeanne debo decírtelo a ti?

Austen afirmó con la cabeza mientras acababa de prensar el tabaco de su pipa.

—Así es.

Se agachó a encender una pajuela en la lumbre, como momentos antes lo hiciera Andrea, y un surtidor de chispas brotaba de la pipa cada vez que acercaba a esta la encendida tea.

La señora Redgrave continuaba trabajando en silencio. De repente se detuvo. Depositó la labor sobre las rodillas y miró fijamente a su marido.

—Querido —dijo ella con una convicción que revelaba la gran confianza que siempre había tenido en su marido—. Eres para mí el mejor y más sabio de los hombres. ¿Tengo que decírselo o no? Al fin y al cabo no son sino habladurías.

El coronel, siguiendo el ejemplo de Austen, encendió la pipa en la chimenea. Dio unas cuantas bocanadas. Después apoyó una mano sobre el brazo de su esposa que había quedado perezosamente abandonada sobre el brazo de la silla.

La atmósfera de la habitación era tensa. En el aire flotaba el misterio.

El coronel dio unos cariñosos golpecitos sobre el brazo de su esposa.

—Lucía, mi querida Lucía, si William tiene razón, si se trata en realidad de un asesinato, ninguno de nuestros principios, considerados hoy como meras antiguallas, deben servir para velar la verdad. Siempre hemos sido enemigos de repetir comidillas maliciosas, pero si violando nuestras tradiciones hemos de llegar a la consecución de la justicia… entonces, esposa mía, no hay vacilación ni elección posible.

4

La señora Lucía Redgrave recogió de nuevo su labor y reanudó su rítmico trabajo. Se oía el *clic clic* de las agujas al chocar unas contra otras.

—Muy bien, Alwyn —dijo—. Si tú dices que así ha de ser, por mí ya lo es.

Volvió a estirar la lana del ovillo y se encaró con Austen.

—William, detesto el andar repitiendo murmuraciones. Me has de prometer, pues, que admites que solo *son* meras murmuraciones y que no harás uso de lo que oigas a menos de verte obligado a ello.

Austen asintió.

—Puede usted confiar en mí.

—Lo *sé*, porque de otro modo no abriría la boca.

Las agujas seguían con su rítmico *clic, clic* y las sortijas lanzaban vivos destellos a la luz de la lumbre.

—Usted recordará que antes de la guerra Jeanne acostumbraba llevar siempre una corte de muchachos a su alrededor, pero ninguno le duraba largo tiempo. Cada vez que la veíamos, era siempre con uno diferente. La señora Foster estaba desencantada de que su hija no se casara. Hay madres que son así.

Andrea sonrió entre dientes.

—Me alegro de que tú no lo seas.

La señora Redgrave sonrió comprensivamente a su hija.

—Nunca he considerado que el matrimonio en sí sea el principal objetivo en la vida de una mujer —dijo con calma—. Sé que si quisieses te casarías, y que si no lo haces, es porque no quieres. Pues bien, Jeanne nunca pareció ser muy feliz a pesar de la gran atracción que ejercía a su alrededor. Había algo de, ¿cómo diré yo?, de quebradizo en su persona. Estaba siempre inquieta; cosa que a

mi juicio se debía al resentimiento producido en ella por el afán de su madre en casarla y en librarse así de su presencia. Después vino la guerra, se alistó en la WRNS[3] y se marchó a Londres. Fue entonces cuando empezaron las murmuraciones, o por lo menos cuando por primera vez llegaron a mis oídos. Me hallaba yo un día en la estación preparando paquetes, cuando dos mujeres a mi lado empezaron a hablar de Jeanne. La hija de una de ellas trabajaba al parecer en el mismo cuerpo y había contado a su madre infinidad de cosas. Pero el tópico de la conversación de aquellas dos mujeres era el de la horrible preocupación que tendría la señora Foster si llegara a conocer el comportamiento de su hija. No había en lo que hablaban acusación específica alguna, sino una simple relación de la vida un tanto azarosa de Jeanne y de sus constantes salidas con gentes consideradas como indeseables. Indudablemente pensaba de ella lo peor.

—Y desearían no equivocarse en sus juicios —intercaló Andrea —. Me figuro quiénes serían esas mujeres. ¡Qué villa más humana y más compasiva es esta nuestra!

—No creo que sea peor que las demás —añadió reflexivamente la señora Redgrave—. Las pequeñas comunidades son siempre las más inclinadas a fomentar la murmuración; y en estos tiempos de guerra, en que los movimientos de cada uno están tan circunscritos, me temo que sea casi inevitable.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió esto? —preguntó Austen.

La señora Redgrave reanudó su labor.

—No lo sé exactamente. Quizá dos años o posiblemente más. Llevamos ya tanto tiempo de guerra que no parece sino que hayamos perdido la noción del tiempo, a menos que algún incidente contribuya a fijárnoslo en la memoria. No cesaron las murmuraciones sobre Jeanne desde el punto y hora en que esta abandonó su casa. No creo que nadie pueda sorprenderse de ello. En cierto modo hay en ella una gran espectacularidad que ha provocado gran curiosidad en la opinión pública.

—Y podría añadirse —dijo Andrea— que disponía de más dinero y como consecuencia de más medios para lograr popularidad y recreo que el resto de las muchachas de la vecindad. Las madres de estas no debieron verlo con agrado, especialmente tratándose de Jeanne, que nada había hecho nunca por nadie, como no fuese

alguna mala pasada si ocasión se hubiese presentado para ella.

El coronel dijo con severidad:

—La pobre Jeanne está muerta. No lo olvidemos.

Andrea rio con tristeza.

—Está bien, papá; pero muerta o no, solo he dicho la verdad. Sigue, mamá. ¿Qué pasó después?

Las agujas chocaban con fuerza.

—Meses después, como recordaréis, Jeanne enfermó y volvió a su casa, siendo entonces cuando las hablillas recrudecieron con más fuerza y virulencia.

La señora Redgrave suspendió de nuevo la labor.

—Me repugna tener que repetir ciertas cosas —dijo con disgusto —. ¿Me aseguras que esto es imprescindible, William?

—Sí, lo es —asintió él.

—Está bien. Esta vez fueron ya específicas las acusaciones y la murmuración corrió de boca en boca por toda la villa. Yo rehusé hacerme eco de ellas, pero no fueron pocas las personas que a mí se acercaron con observaciones como la de «¿Se ha enterado de lo de Jeanne Foster?», y acompañadas de detalles que hubiese deseado vivamente ignorar.

—¿Y el tema principal de las observaciones fue…? —preguntó Austen.

—Que, digámoslo sin ambages, se encontraba en un callejón sin salida, como suele decirse; que había tenido, o estaba a punto de tener un hijo o, lo que es peor, que quizá se hubiese desembarazado de él.

La señora Foster volvió a recoger su labor.

—Este asunto es altamente desagradable —anunció—. ¿Podemos retirarnos ya? Es todo cuanto sé.

Austen le respondió cortésmente:

—Comprendo su desagrado. Solo una cosa más. ¿Había algún fundamento para todas esas suposiciones?

—Creo que no. Por lo menos en lo que a mí respecta. Ese inexplicable y misterioso estado nervioso en ella ha sido, como es natural, el origen de todos los rumores.

—¿Se mencionó algún nombre en relación con todo esto?

—Ninguno en particular, que yo sepa.

Hubo una pausa y un silencio. A continuación sonó el teléfono.

Andrea acudió a contestar la llamada y volvió diciendo:

—Es para ti, William.

Este se excusó y se dirigió al teléfono instalado al pie de la escalera. Pocos minutos después reapareció con muestras de una gran satisfacción.

Andrea sonrió al observarlo.

—Pareces un gato relamiéndose después de tomar un plato de leche.

Él sonrió.

—Acertaste —dijo—. Era el superintendente Evans. Han remitido el informe de la autopsia. Jeanne murió por asfixia, que es lo que en principio yo sostuve. He ahí el porqué de mi satisfacción.

—¿Y qué es lo que eso quiere decir? —preguntó la señora Redgrave.

—Que murió por asfixia. En otras palabras, que murió asesinada.

La noticia produjo una fuerte sacudida en los viejos Redgrave, quienes optaron por descartar dicho tema de la conversación. Se habló breves momentos sobre cosas insignificantes de la guerra, y a continuación expresaron su deseo de retirarse a descansar.

Andrea y William Austen continuaron sentados junto a la chimenea. Andrea se levantó, añadió unos cuantos leños al fuego y adoptó su posición favorita, sentándose en un bajo taburete con los brazos circundando las rodillas.

—¿Y qué hay, William? —dijo.

—¿Y qué hay, Andrea?

—Más vale que me digas lo que sea. Te has pasado la noche cavilando sobre algo que, a juzgar por el modo de mirarme, guardaba alguna relación conmigo.

—¿Eres psicóloga?

—No. Simplemente observadora.

—Llamémosle intuitiva.

—Como quieras. Pero te pido que no andes con rodeos ni pierdas el tiempo. Desembucha. ¿Qué tienes que decir?

Austen cargó lentamente la pipa.

—Se trata de tu posición en este asunto, Andrea. Me has estado preocupando desde que me di cuenta de ello.

—*Mi* posición.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, la tuya. De que Jeanne fue asesinada no cabe ya la menor duda. La Policía se habrá hecho ya las siguientes preguntas: «¿Por qué?». «¿Quién pudo tener motivos para cometer el crimen?». No nos engañemos, Andrea, tú los tenías y me temo que no tardarán en llegar a ese punto las investigaciones.

Andrea quedó desconcertada unos momentos. Cuando se repuso de la impresión que aquellas palabras le habían producido, no intentó negación ni protesta alguna. Solo replicó con fastidio:

—Lo comprendo; pero es horrible.

—Sí, lo es. Esa es la causa de mi preocupación. No quiero en modo alguno que la confidencia que me hiciste sirva de pasto a la curiosidad morbosa. Tú misma admitiste haber dado lugar a habladurías sobre ti y Beaufort. Alguien se creerá obligado a repetir lo que oyó y ya tenemos la carne en el asador.

Ella pensó reposadamente unos momentos.

—Yo no maté a Jeanne, William.

—De eso estoy seguro, pero no de que la sospecha pueda recaer sobre ti.

—Es cierto.

—Además tuviste la oportunidad de hacerlo.

—¿Qué es lo que quieres dar a entender?

—Esto. Pocos momentos después de subir Jeanne a su cuarto, tú desapareciste. Estuviste ausente más de cinco minutos, tiempo suficiente para haber realizado el hecho. ¿Dónde estuviste?

—Veo que tú también eres observador. ¿Cómo supiste que yo no estaba con los demás?

—Porque te busqué. Quería decirte algo gracioso que me habían contado, y no te encontré. Miré en todos los salones, y el mismo resultado. ¿Dónde te metiste?

—Arriba, empolvándome.

—¿En qué piso?

—En el primero.

Austen echó con desaliento una fuerte bocanada de humo.

—¿Lo ves? Precisamente en el piso donde Jeanne tiene sus habitaciones. ¿Por qué fuiste allí? Había un lavabo en el piso bajo.

—Lo sé, pero no había modo de entrar en él. Conocía bien la casa, así es que decidí no esperar y subí.

—¿Te vio alguien?

—No, que yo sepa.

—¿Viste tú a alguien?

Andrea le miró con vaguedad.

—Creo que no.

—No basta —dijo Austen—. ¿Viste o no a alguien?

—En realidad no lo sé, William. No te lo podría precisar, pues no tuve motivo para fijarme en ello.

Austen golpeó impacientemente la pipa contra las barras de la rejilla de la chimenea, pensando mientras con fuerza.

—Andrea —dijo después de unos momentos, tratando de dominar sus impulsos profesionales y procurando comportarse con paciencia y sujeción—. Esto es sumamente importante. Tú estuviste arriba a la hora aproximada en que se cometió el crimen. Quizá otros pudieron haber estado también. Si viste a alguien, ese *pudo haber sido* el asesino; ahora piensa. ¡Concéntrate!

Ella obedeció. Podían casi palparse los esfuerzos de su mente. De pronto movió la cabeza con desaliento.

—Con toda honradez, William, no lo sé. Tengo una vaga idea de haber visto a alguien, pero no puedo asegurarlo. Tú sabes bien que en aquellos momentos estaba preocupada. Además, ¿qué motivos podía yo tener para fijarme? Cualquiera pudo tener el mismo derecho que yo a estar allí.

—Verdad indiscutible —dijo él haciendo un esfuerzo para aparecer tranquilo—. Pero el solo hecho de no estar segura me sugiere la idea de que en realidad viste a alguien. Mira, Andrea querida, procura recordar todos tus movimientos de ese día, uno por uno. Quizá ello te ayude.

Ella adoptó una actitud de asentimiento.

—Tú quisiste hacer unos retoques en tu cara, ¿no es verdad?

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Así es que te dirigiste al tocador del piso bajo, pero lo encontraste lleno?

—Sí.

—Y decidiste ir arriba. ¿Subiste por la escalera principal?

—Sí.

—Ahora —Austen concentró su mente sobre la de Andrea— imagínate haciendo eso. Procura recordar lo que estabas pensando. ¿Qué era?

Andrea se cubrió unos instantes los ojos con las manos. Después levantó la cabeza y se quedó mirando fijamente al fuego.

—No lo sé —dijo súbitamente—. No consigo recordar, William. Estaba perturbada, tú lo sabes. Solo sé que mi afán se concentró en aparecer como una mujer radiante de felicidad en la que ni el más suspicaz hubiese podido ver un solo vestigio de lo que un día llegó a constituir la ilusión de mi vida. Sé que bebí champaña y que me preocupaba la idea de que mi boca no apareciera debidamente retocada. Creo que es todo lo que puedo recordar. ¿Es que no me comprendes, William?

Austen sonrió, intentando así calmar su excitación.

—Claro que lo comprendo. Pero… —se detuvo—. Si hubieses encontrado a Beaufort, ¿no lo recordarías?

Esta pregunta pareció encauzar un tanto sus recuerdos.

—En ese caso, sí —dijo quedamente—. Lo habría recordado.

—Entonces podemos admitir que no fue a Beaufort a quien viste. Esto ya es algo. Tú no viste, pues, a Beaufort, pero viste, sin embargo, a alguien.

Ella separó la vista de los chisporroteantes leños.

—Sí —contestó—, creo que sí.

—¿Hombre o mujer? —preguntó con presteza.

—Hombre. Estoy casi segura que fue un hombre.

—Pero ¿no del todo?

—No.

Austen sabía que nada conseguiría con precipitaciones.

—Andrea, piensa bien —le dijo pausadamente—. Subiste la escalera con el solo objeto de hermosearte. Ibas absorbida por esa sola idea. Sin embargo, viste a *alguien*.

Se dio cuenta del desesperado esfuerzo que hacía Andrea por recordar.

—William, no lo puedo asegurar —dijo al fin—. Solo puedo decir que *creo* que vi a alguien y que *creo* que este alguien era un hombre.

—¿Estás segura de que fuese eso todo?

—Segura. No puedo, ¿cómo diría yo?, darle forma visual. Lo recuerdo como una sombra que hubiese pasado por entre mis pensamientos. Es todo lo que puedo decirte.

—Comprendo —dijo en tono apaciguador—. Pero ¿tú habrías

recordado, de haberse tratado de alguien a quien tú conocieras bien?

—Sí —rectificó ella—. Estoy casi segura de que le habría reconocido.

—¿Y recuerdas no haber dirigido la palabra a ese *alguien* a quien viste?

—No —de esto, al menos, parecía estar segura—. Con toda certeza puedo decir que no. De haber hablado con alguien lo hubiese recordado. Estaba viviendo tan dentro de mí en aquellos momentos que cualquier intento de conversación hubiese producido forzosamente el efecto de sacarme de mi estupor. Puedo recordarme ante el espejo, sin más pensamiento que el de aparecer compuesta y serena —hizo una pequeña pausa—. ¿No lo comprendes, William? —exclamó con exaltación—. Todo mi afán era salir airosa de la prueba a que me había sometido. Del papel que estaba representando. Tú me ayudaste. Creí que eran solo «sombras de hombres» los que ante mí desfilaban.

—¿Reconoces, pues, que era un hombre? —preguntó con viveza.

Andrea había vuelto a su ensimismamiento, así es que le fue difícil pensar.

—Sí —contestó como en un estado de sonambulismo.

Él lanzó un profundo suspiro.

—¡Por fin!

Volvió a hacerle preguntas, esta vez con gran solicitud y afecto, pero nada consiguió añadir a lo ya sabido. La conclusión fue que ella creyó haber visto un hombre en el primer piso, en el momento de hallarse en él; que el aspecto de dicho hombre no le era familiar y que ninguna palabra fue dirigida de él a ella ni de ella a él.

Austen decidió dejarlo en este punto. Intentar proseguir la hubiera lastimado considerablemente. Todo lo que dijo fue:

—Andrea, medita sobre lo dicho. A intervalos y sin preocupación, porque esto sería contraproducente. Vuelve de cuando en cuando tu pensamiento a aquel corredor del primer piso; imagínate a ti misma caminando a lo largo de él; intenta recordar lo que ocurrió. Y, ¡por amor de Dios!, no te tortures y deja que ello afluya tranquilamente a tu cerebro. Mantente siempre alerta. Y nada más, so pena de que lo echemos todo a perder.

Hizo una larga pausa y después añadió:

—¿Puedes probar que no entraste en las habitaciones de Jeanne durante tu permanencia en aquel piso?

Movió la cabeza negativamente, mientras su mano sacaba un cigarrillo de la caja.

—¿Lo ves? —dijo él.

—Sí —respondió ella con calma—. Pero ¿qué motivo podía haber tenido para hacerlo?

Austen se encogió de hombros.

—Odio. Celos. Firme determinación de que no lograra unirse a Beaufort, ya que no tuviste la habilidad de impedir que se casara con ella.

Andrea contrajo amargamente sus delicados labios.

—¿Quién puede afirmar que no lo haya hecho ya?

—Nadie. Pero eso nada significaría.

Ella así lo reconoció.

—Así, pues, ¿se sospecha de mí?

—No, pero puede sospecharse.

—Una distinción sin diferencia.

—No. Hay una gran diferencia.

Andrea reflexionó.

Él dijo:

—Bebamos, Andrea. ¿Tienes algo a mano?

Ella rio con tristeza.

—Sí. Creo que una ocasión como esta, bien merece el *whisky* de papá.

Se levantó a sacarlo, llevándose el servicio de café que había quedado sobre la mesa. Pocos momentos después reapareció con una botella, vasos y un sifón, y dijo:

—¿Sirve de algo el que yo asegure que no he matado a Jeanne? ¿Que no tuve motivo alguno para hacerlo? ¿Que ya no estoy enamorada de Beaufort? ¿Que no me casaría con él aunque me lo pidiese de rodillas?

Él negó con un movimiento de cabeza.

—No, mi querida Andrea. Lo siento, pero tu afirmación no significa nada para mí.

—Pero tú *me conoces*. Siempre me has conocido y sabes que soy incapaz de una acción semejante.

—Me temo que nada sé de lo que me dices. Siéntate y déjame

que te sirva primero; después hablaremos de ello.

Ella se sentó frente a Austen, esta vez en un cómodo y profundo sillón. Él se levantó, sirvió las bebidas, ofreció a Andrea uno de los vasos, colocó el suyo sobre la chimenea y permaneció en pie con la espalda vuelta a la lumbre y los ojos fijos en ella.

El ambiente del vestíbulo era de quietud y bienestar. El vetusto reloj de caja que se erguía altanero en uno de los rincones no cesaba de medir el tiempo con su rítmico y monótono tic tac; los leños chisporroteaban en la lumbre, y esos confortantes ruidos que las casas antiguas emiten durante las noches parecían sonar como una caricia para los oídos de sus ocupantes.

—Hemos de afrontar la situación —principió a decir Austen—. Tú verás después la forma de salir de ella. Tú dices que te conozco. También yo lo aseguro, como amigo. Cuando yo soy tu amigo, el William que conoces desde la infancia, *sé* que tú no has podido cometer ese crimen. Acepto tu palabra sin discusión. Tú dices que no lo has hecho, pues no lo has hecho. Pero, querida Andrea, cuando soy el inspector Austen, el policía que sabe por larga experiencia que cualquiera, ¿me entiendes?, *cualquiera* puede cometer un asesinato siempre que se vea locamente fustigado o se crea con motivos suficientes para hacerlo, entonces no admito la palabra de nadie. No admitiría ni aun la de mi propia madre, a menos que yo pudiese probar concluyentemente que decía la verdad. Como policía exijo pruebas. Y es mucho más difícil probar la inocencia que la culpabilidad en un crimen. ¿Te das cuenta de esto?

—Pero… —intentó ella objetar.

—No. No me interrumpas. Como amigo, sé que tú no mataste a Jeanne, pero como policía sé que pudiste haberlo hecho. Como policía, tengo que considerarte bajo sospecha; como amigo, estoy dispuesto a hacer la concesión que buenamente puede brindarse a la amistad, que es retener en mi poder cuanto humanamente pueda tu posible complicación en este caso. Quiere ello decir que, a menos que en mis investigaciones vea razón para creerte culpable, no permitiré que dicha complicación trascienda a la Policía del distrito. Pero también te digo que si llegase a encontrar razón para sospechar de ti, pruebas y persona las pondría sin vacilar en manos de la justicia.

Andrea tomó un buen sorbo del licor.

—Me das miedo, William. Te encuentro hasta inhumano.

Austen rio.

—Es la primera vez que me ves en funciones, ¿verdad? «Un alma con dos facetas», como diría Browning.

—¿Cuál de ellas es la que ahora muestras?

Él rio de nuevo.

—De momento quiero solo presentarme como hombre despojado de toda la majestad de la Ley.

Abandonó su sitio junto al fuego y fue a sentarse en su silla.

—Escucha, Andrea. He aceptado la invitación de Evans de tomar parte en este caso, pura y simplemente porque he visto que no tardaría en encontrar una pista que le condujera a ti. Te ayudaré en todo cuanto legítimamente esté a mi alcance, siempre que no haya causa fundada para hacer recaer sobre ti las sospechas. Hablando con la rectitud e imparcialidad que corresponde a todo aquel que desee ejercer el honroso cargo que hoy represento, te diré que nada influye en mi determinación el hecho de que hayas estado enamorada de Beaufort y que hay un lapso de cinco minutos que te coloca en situación comprometida. Por otra parte, esto te convierte solo en objeto de investigación. Puedo, por tanto, volver a ser tu amigo William. Quiero decir que puedo ayudarte, pero solo por esta noche.

Ella inclinó su reluciente cabeza.

—Gracias. Creo… que te tengo un poco de miedo. Estoy viendo tu nueva faceta. La respeto. Pero, sinceramente…, me desagrada.

—Esto les ocurre a la mayor parte de los policías. Solo son del agrado público aquellos que están en comisión de servicio público. Ayudar a ancianos y niños a atravesar las calles es ocupación angelical. Descubrir malhechores no lo parece ante la opinión pública, y, sin embargo, lo es. Es parte tan integral para el mantenimiento de un mundo civilizado, como lo es el de matar enemigos en un campo de batalla. Tengo a menudo que acordarme de ello, cuando me afano en dar coces contra el aguijón.

Bebió el resto del contenido de su vaso y dirigió a Andrea una penetrante mirada llena, sin embargo, de profunda conmiseración.

—Tengo que hacerte unas cuantas preguntas. Quizá no te gusten. ¿Me lo permites?

—Mientras seas humano…

Austen se inclinó para golpear la pipa contra las barras de la parrilla.

—¿No ves que precisamente por ser humano es por lo que considero necesario hacértelas? Quiero evitar las molestias que te producirían de ser Evans quien te las hiciera.

—Está bien —dijo—. Comprendo lo que quieres decir. Hazlas.

Posó él una mano sobre su brazo durante unos segundos.

—Calma, Andrea. Muchas son las mujeres que han muerto, pero ninguna de amor.

Ella rio con amargura.

—Conozco esa historia. *Todo llega, todo pasa*. Es preferible haber jugado al amor y haber perdido… De peces como ese están repletos los mares… Todo esto me lo he repetido yo una y mil veces. No te hace sufrir menos el hecho de conocer que tu corazón ya ha estallado.

—Los corazones no estallan, Andrea. Quedan un poco averiados, eso sí. Un pedacito se desprende de su superficie, pero el corazón sigue funcionando. Solo el corazón de una madre es capaz de ser herido mortalmente. Lo que tú y yo llamamos amor es algo muy diferente. Podemos sobreponernos a él. Si nos traiciona, nos hiere, pero la herida cicatriza. Viene otro; nos vuelve a herir y volvemos a sanar. Siempre hay un hombre o una mujer en el mundo capaz de hacernos olvidar un viejo amor. Podrás aceptar falsos dioses y alardear de que lo sean en realidad. Podrás sentir alivio y consuelo en su presencia. Podrás perder un amante y encontrar quien ocupe su lugar. Pero no cabe sustituto ni olvido para el niño que se ha llevado en las entrañas. ¡Dios se apiade de las madres!

—¡William! —exclamó ella, casi horrorizada—. ¿Cómo lo sabes?

—A veces soy completamente humano, Andrea.

Cambió repentinamente de actitud, respiró con fuerza y rompió a reír.

—«Vaciedades de un Policía o Meditaciones de un Gendarme. Firmado: William Austen».

Vio que había conseguido hacerla sonreír como era su deseo y prosiguió:

—Procura considerar todo esto desde un punto de vista impersonal. Hablemos como si de ti no se tratara. Como si fuera de

alguien a quien tú conoces. ¿Empezamos? ¿Cuánto tiempo hacía que llevabas este asunto con Beaufort?

—Varios meses.

—¿Fue en realidad algo serio? ¿Llegasteis muy lejos en vuestras relaciones?

—Sí —dijo ella con un suspiro.

—¿Cuándo terminó?

—Pocos días antes de su compromiso con Jeanne.

—¿Y por qué rompisteis? O mejor dicho, ¿fuiste tú o fue él quien rompió?

Andrea se levantó con ímpetu, mirando fijamente a Austen.

—Gracias a Dios, fui yo.

—¿Qué sucedió? Pero, por favor, dímelo sin excitarte.

—¿Cómo no quieres que me excite, William? —le dijo con pasión—. ¡Si he sido una loca! ¿Crees que esto es para mí un grato recuerdo? Rompí porque me pareció ver en él signos de hastío. Cualquier mujer sensata puede darse cuenta de ello. Compromisos rotos, promesas incumplidas, citas olvidadas…, todo ya parece indicar que te ha llegado la hora.

—¿Fue este paso definitivo?

—Definitivo.

—¿Puedes probarlo?

—¿Quieres decir si puedo probar que la ruptura partió de mí? No. Escribí a Beau diciéndole que no quería volver a verle, pero no creo que haya conservado la carta. En el mejor de los casos, su vanidad no le hubiese permitido admitir que existiese mujer alguna capaz de despedirle con viento fresco. Tardó en comprender que la significación de mis palabras era rotunda. No estaba acostumbrado a ello. Pero creo comprender lo que tú quieres decir. Que si yo pudiese probar que fui yo quien rompió las relaciones, habría menos motivos para suponer que estuviese celosa de Jeanne.

—Exactamente. Ahora vuelve a sentarte, tomate otro trago, fúmate otro cigarrillo y cálmate.

—¡Cálmate! —dijo ella con mofa—. ¡Cálmate, William Austen! Estás desenterrando recuerdos por cuyo olvido no hubiese vacilado en sacrificar media vida y vienes a decirme: «Cálmate». Pero ¿no ves que estoy avergonzada de mí misma? ¿Que, como Titania, «Soñé estar enamorada de un asno»?

—Pero más tarde dice: «¡Cuánto detestan mis ojos su semblante ahora!».

—Ojalá pudiese —contuvo el aliento al decirlo—. Pero no puedo. Siempre supe que no debía en realidad fiarme de sus palabras y, sin embargo, hacía esfuerzos inauditos por convencerme de lo contrario. William, no puedes darte idea de lo que una mujer loca es capaz, cuando está enamorada. Te dije esta tarde que estaba curada y lo estoy. Le conozco tal cual es, pero si en este momento volviese otra vez a mí y sus palabras ardientes sonasen de nuevo en mis oídos… no sé lo que haría, aun sabiendo lo canalla y lo pérfido que es.

—Dices estar curada, pero estás simplemente convaleciente.

—Eso es. Hay todavía el peligro de la recaída.

—No recaerás, Andrea. Tomarás un tónico que lo evitará y que hará recuperarte rápidamente.

Andrea se dejó llevar insensiblemente por el nuevo espíritu que Austen intentaba infiltrar en su alma.

—¿Qué es lo que prescribes?

—Algún nuevo interés en la vida.

—¿Por ejemplo?

—Unos nuevos amores. No hay receta como esta. O bien un poco de nuestro trabajo. ¿Por qué no te conviertes en mi Watson?

Ella rio.

—¡Oh! señor Holmes. Saque usted el violín, la cocaína y la bata, y yo tocaré.

Él sonrió y le ofreció el vaso que acababa de llenar y un cigarrillo.

—Queda poco ya de este enojoso asunto. ¿Reñiste alguna vez con Beaufort en público, después que este empezara sus asiduidades con Jeanne?

Ella sorbió pensativamente un poco de *whisky*.

—Nunca. No creo que jamás hayamos tenido el mínimo altercado. Soy ya muy grandecita, William, para pensar en esas peleas entre enamorados y en el empalago de las reconciliaciones.

Austen rio.

—Sabia mujer. Siempre he formado una opinión muy pobre de las mujeres que provocan discordias en la creencia de que estas dan mayor realce a su persona y también de las que deliberadamente se

complacen en despertar los celos del hombre.

—«Estudios sobre la Mujer por William Austen» —dijo ella con burla—. Algún día tendrás que contarme la historia del amor de tu vida.

—No sería adecuada para tus oídos. Realmente, la única mujer a quien quise había cumplido ya los ochenta y resultó ser una asesina. Estaba seguro de su culpabilidad, pero no podía probarla; y como ella no ignoraba que yo lo sabía, decidimos respetarnos mutuamente y llamarlo un empate. Tenía, de esa rara cualidad que llaman encanto, más que mujer alguna que yo hubiese conocido… incluyéndote a ti. «Solo una vez pasó por mi lado…». Bueno, volvamos a nuestro asunto.

Andrea echó unos leños más al fuego.

—Empecemos entonces a avivar las hogueras de la Inquisición.

—Muy bonito. Si la Policía en estos momentos sospechase de ti y empezara sus investigaciones, diría que habías tenido oportunidad y motivo para matar a Jeanne, y tú no podrías probar lo contrario. Has escogido mal momento para demostrar tu ingenio.

Ambos rieron entre dientes y Austen prosiguió:

—Ahora, medios con que se llevó a cabo el crimen. ¿Has tenido recientemente éter en tu poder?

—No; digo… sí. Debe de quedarme algo todavía.

—¡Ajá! ¿Dónde?

—En mi pisito.

—¿Y a qué obedecía el tenerlo?

—Hace algún tiempo, no me acuerdo exactamente cuándo, pero sé que fue hacia finales de julio, en uno de los ataques aéreos tuve la desgracia de recibir dos impactos de fragmentos de metralla que me hicieron pequeños cortes en la pierna y en el brazo. Todavía pueden verse las marcas.

Se levantó la crujiente falda y justamente encima de la rodilla (no llevaba medias de ninguna clase) podía verse la amoratada huella de una reciente cicatriz. Otra casi igual aparecía en el antebrazo.

—Tuve las heridas vendadas durante algún tiempo —prosiguió— y después me sostuvieron los apósitos con tiras de esparadrapo. Ya sabes las huellas que este deja en la piel. Así es que una tarde, en ocasión de ir a cambiarme los apósitos, pedí al doctor Clark que me

diese algo para limpiar aquellas manchas. Me dio una botella de éter que yo utilicé para ese fin.

—¿Y te lo llevaste contigo a Londres?

—Sí. Está en mi botiquín.

—Bien. Espero que no habrás usado mucho de él.

Durante un momento quedó sorprendida, después se echó a reír y dijo reflexivamente:

—No me gustaría que *verdaderamente* sospecharas de mí.

—Espero no tener nunca razón para ello.

Se levantó al decirlo y se desperezó suavemente.

—Bueno, querida Andrea, el interrogatorio ha terminado. Creo que ambos necesitamos un pequeño descanso. Mañana será otro día.

—Dime solo una cosa —preguntó ella—. ¿Tienes en este momento idea de quién *es* el asesino de Jeanne?

Movió la cabeza negativamente.

—Ni la más pequeña.

—¿Y de quién *podría ser*?

—Idea, sí: tú o Beaufort.

—¡Beau! —gritó espantada—. ¿Beau? ¿Un hombre que acababa de casarse con ella? Eso es una insensatez.

—No. Como mera idea…, no. No se hallaba en estado de haber sido interrogado esta misma tarde, pero tiene que dar cuenta también, como tú, de cierto período de tiempo en momentos decisivos de este caso. Mira, Andrea, es completamente imposible fijar con precisión la hora exacta de la muerte de Jeanne. Fue asesinada en el espacio de tiempo que media entre el momento de subir ella la escalera y el momento en que fue encontrada muerta por sus damas de honor. Nadie puede fijar con precisión el tiempo que medió entre ambos hechos, aunque sí se sabe que fue de tres cuartos de hora a una hora. Cuando yo la vi, llevaría muerta por lo menos veinte minutos, pero la muerte pudo haber ocurrido dentro de los cinco minutos que siguieron a su entrada en la habitación. Estaba tendida bajo una ventana abierta, casi desnuda y el aire frío pudo haber influido en el enfriamiento rápido de su cadáver. ¿Quién sabe? Poco después de haber subido ella, tú desapareciste durante unos cinco minutos. Fue tiempo suficiente para haber consumado el hecho. Más tarde, se ausentó Beaufort, este más

tiempo que tú. Confesó a Evans que había ido a cambiarse de uniforme. Nadie recuerda haberle visto durante su ausencia. Se mudó en el gabinete del señor Foster, que está situado en el mismo corredor en que están las habitaciones de Jeanne, solo que en el extremo opuesto. Hubo, sin embargo, tiempo suficiente para haberse cambiado y haber cometido al propio tiempo el asesinato. Fue faena de poca duración.

—Pero, William —protestó Andrea—, es absurdo. ¿Qué motivo podría tener?

Él rio.

—Eso lo veremos mañana. Hay un motivo admisible: dinero. No sé qué fuerza tendrá.

Tendió los brazos hacia adelante para ayudarla a salir de las profundidades del cómodo sillón.

—A la cama ahora. Hemos hablado ya bastante esta noche. Y no te preocupes. Si eres inocente, estás a salvo y yo procuraré, siempre y cuando seas inocente, que nadie saque a relucir detalles de tu vida privada mientras pueda evitarlo. Y creo que puedo.

Ella permitió que Austen la ayudara a levantarse y después apoyó una mano sobre su hombro.

—William —le preguntó casi con ansia—, ¿crees en realidad que yo tenga algo que ver en todo esto?

Él rio, poniendo uno de los brazos a su alrededor.

—Querida Andrea, como hombre, puedo decirte que no.

Se detuvo y estampó un beso fraternal en su mejilla.

A la mañana siguiente y al terminar Austen su última taza de café, llegó el superintendente Evans. Se fueron al lado de la lumbre, donde nadie les molestó, encendieron sus pipas y a continuación entraron en materia. Evans entregó un papel escrito a máquina.

—Una copia del informe sobre la autopsia —dijo—. Es exactamente lo que le dije anoche por teléfono, pero pensé que quizá le gustará tenerlo por escrito.

Austen lo leyó detenidamente.

—Muy concluyente —comentó—. Todos los síntomas de asfixia presentes, incluyendo polvillo de algodón del almohadón en los pulmones.

Evans asintió con la cabeza.

—Sí, tenía usted razón, comandante. Así, pues, ¿dónde vamos

desde aquí?

—Empecemos por Chedwood Place. Lo siento por los Foster, pero no tengo otro remedio que someterles a interrogatorio. Al novio también.

Durante un segundo hizo una pausa, después prosiguió.

—Superintendente…

—Dígame, comandante.

—A menos que Beaufort haya matado a la novia, por razones que hasta el momento no han podido especificarse, las raíces de este crimen se encuentran en el pasado. No son muchos los motivos que, quien fuere, pudiese tener para asesinar a una muchacha el día de su boda. Si a Beaufort se le halla exento de motivos, puede considerársele prácticamente descartado. Entonces no tendremos más remedio que escudriñar en busca de quien pudiese tener suficientes razones para desear la eliminación de Jeanne.

Hizo una pausa y suspiró.

—Eso quizá nos obligue a revolver los trapos sucios de todos.

—¿Y lavarlos en público? —preguntó Evans.

—No creo que eso sea necesario. Simplemente sacarlos a colación. Será más que suficiente para que el mundo vea la cantidad de suciedad que hay en ellos.

—Le entiendo, comandante.

—Comprendo que una causa así ha de producir un verdadero dolor a la familia Foster y quizá también a otros. Así es que sugiero que si hay que hacerlo, lo hagamos entre nosotros; entre usted y yo solamente. Esto significa un pequeño trabajo adicional, pero prefiero por mi parte hacerlo antes que permitir que los Foster pasen por el tormento de ver sus vidas íntimas investigadas por la Policía Rural.

—Estoy conforme con usted, comandante —dijo Evans con énfasis—. Cuente usted conmigo.

—Me lo figuré. Gracias —hizo una pequeña pausa y cambió de tema—. ¿Qué hay acerca de esas pesquisas de rigor?

El superintendente encendió la pipa por tercera vez.

—Parece que el tabaco ya no es lo que era —gruñó.

Austen le entregó su bolsa.

—Pruebe usted del mío.

Evans sacó una nueva pipa del bolsillo, la llenó con el tabaco de

Austen, la encendió y acto seguido consultó su libro de notas.

—He mirado todo lo que usted me dijo… ¡Ajá! Este tabaco es superior —hizo una pausa—. El agente Jones rebuscó anoche por el jardín, con ayuda de unas antorchas, al pie de las ventanas de la difunta. Tan pronto como amaneció se volvió a repetir la búsqueda, pero el resultado fue el mismo. Ni botella, ni almohadilla, ni nada que se le pareciera.

—¿Qué le vamos a hacer? ¿Y de la alcoba?

—No falta ni un alfiler. Billetero en su bolso con veinte libras en billetes de una. Algo de plata en el monedero que había dentro del bolso. El joyero que había dentro de la maleta de viaje, intacto. Una buena cantidad de joyas en él. Collar y pendientes de perlas sobre el cuerpo, como usted mismo pudo observar anoche. Sortija de compromiso con un gran brillante en el dedo.

Austen movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Podemos, pues, casi afirmar, sin temor a equivocarnos, que el motivo no ha sido el robo.

—Así parece —contestó Evans—. Según la señora Foster, había alhajas por valor de muchos centenares de libras en dicho cuarto y nada, al parecer, faltaba.

—Eso quiere decir que no iba yo descaminado en mi hipótesis. Que el crimen se debió a motivos personales.

—Así es, comandante.

—Entonces hay que buscar esos motivos. ¡En marcha!

5

SEGUÍA lloviznando con esa persistencia peculiar del clima de Inglaterra. Parecía como si hubiese de continuar así indefinidamente. Los árboles chorreaban por troncos y ramas, y las hojas, medio vueltas y vencidas por el peso del agua, se desprendían súbitamente, cayendo perezosamente al suelo.

Sin embargo, los dos policías parecían estar acostumbrados a trabajar en cualquier condición meteorológica; así es que se limitaron a subirse las solapas y encasquetarse las gorras; a continuación partieron sin vacilar.

Chedwood Place en aquella mañana presentaba un aspecto triste, quizá en consonancia con el ambiente que en su interior reinaba.

El viejo mayordomo que abrió la puerta adoptaba un aire de respetuoso dolor; la sala adonde fueron conducidos tenía las cortinas corridas y todo en su interior era confuso y apagado. Encendió el anciano las luces y se retiró.

Poco después, apareció el señor Foster. Ayer era todavía el gallardo hombrecito, vano y engreído, satisfecho de sí mismo, que se recreaba orgullosamente en la contemplación de su opulenta casa, de una hija altamente espectacular, de sus distinguidos huéspedes, de su numerosa servidumbre de ambos sexos y hasta de su propia estupidez. Hoy había desaparecido ya toda aquella tiesura de su persona y en sus astutos ojos se veían las profundas huellas de una noche de insomnio y de amargas lágrimas.

Austen le encontró patético, con un aire de aturdimiento, como de hombre que no acierta a comprender cómo el Destino pudiera haberle asestado un golpe tan rudo; de hombre que nunca, con anterioridad, se hubiese visto en circunstancias que de un modo u

otro no hubiese podido encauzar en beneficio propio.

Austen, que le había conocido largo tiempo, no pudo por menos de sorprenderse de este cambio. Hubiese preferido no acosarle con sus preguntas en un día así, pero era inevitable. El deber le imponía estas dolorosas necesidades.

Principió diciendo:

—Créame que siento, señor Foster, verme obligado a interrogarle en estos momentos. No tengo otra alternativa. Usted más que nadie deseará vivamente encontrar al autor de la muerte de Jeanne, y espero ha de ayudarnos en nuestro delicado cometido.

El pobre viejo se dejó caer pesadamente en una silla.

—Pero ¿es posible que pudiese existir alguien que quisiese tan mal a mi hija, William? A pesar de cuanto me han dicho, insisto en mi idea de que se trata solo de un accidente.

—Mucho me temo que habrá usted de abandonar esa idea, señor Foster. No hay duda alguna de que fue asesinada. Como usted mismo acaba de decir, ¿quién pudo haberla deseado tanto mal? Piense bien. ¿Tenía algún enemigo?

—¿Una pobre muchacha como ella? Estoy seguro que no.

—¿No recuerda de nadie que tuviese motivos de desafecto hacia ella?

—¡Claro que no!

Austen adoptó su posición favorita, un codo sobre un ángulo de la chimenea, un pie sobre el guardafuegos y la pipa girando nerviosamente entre los dedos.

—Bien —dijo—. De no equivocarse usted, esto simplificaría considerablemente el asunto. Si no fue muerta por alguien que, digámoslo así, tuviese algún resentimiento contra ella, queda solo la posibilidad de que el asesino pudiera beneficiarse con su muerte. Ahora bien, ¿podría usted pensar de alguien que encajara en este marco?

El señor Foster se sintió aún más intrigado.

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Está bien. Consideremos el más corriente de los motivos que puedan impulsar a un asesinato: el dinero. ¿Hay alguien, a su entender, que pudiera beneficiarse económicamente con la muerte de Jeanne?

—Nadie.

—¿No hizo ella nunca testamento en favor de alguien?

El viejo Foster movió la cabeza negativamente.

—No disponía de dinero alguno. Solo de una buena asignación, que ella acostumbraba gastar hasta el último penique. En realidad, constantemente acudía a mí en demanda de más dinero, a lo cual nunca accedí. Le hablé de la pensión que le pasaría en el caso de que decidiera emanciparse y abandonar esta casa. Era cantidad más que suficiente para sus gastos. «Has de componerte con ello como puedas —le dije—. Estamos en guerra y mis negocios no marchan como acostumbraban». Además de que mujeres con mucho dinero en los bolsillos no son dignas de fiar.

—Entonces, ¿no hizo usted disposición legal alguna en su favor?

—Ninguna. No confío en mujeres que tengan mucho dinero a su alcance. Las hace muy independientes. No hay modo de sujetarlas. No, Jeanne no disponía más que de su asignación.

Austen titubeó unos instantes.

—Perdóneme usted, señor Foster. No intento inmiscuirme en sus asuntos privados; antes bien, estoy seguro de que usted comprenderá mi intención. Solamente quiero hacer las preguntas indispensables. ¿Testó usted algo en su favor con motivo de su casamiento?

—No —hizo una breve pausa y continuó ya en tono más confidencial—. Usted sabe, William, que los negocios no eran ya, por un lado, lo que antes fueron, y no me seducía la idea de fraccionar mi capital. Por el otro, y a decir verdad, no llegué nunca a confiar en Beaufort. Mi mujer se infatuó con él, cosa que también le ocurrió a mi pobre hija, pero a mí…, no sé cómo explicárselo…, nunca llegó a convencerme.

—¿Financieramente hablando?

—No. No encuentro la palabra apropiada, pero algo había en él que me hacía desconfiar. Así es que pensé: «No quiero que nadie se case con mi hija por su dinero», y tan pronto como Beau empezó a cortejarla, le di a entender con toda claridad que ella no percibiría un solo penique hasta que su madre y yo hubiésemos fallecido y que, aun en este caso, todas las contingencias estaban previstas. Sentí un gran alivio al ver que, a pesar de lo dicho, las relaciones llegaron a formalizarse.

—¿Quiere usted dar a entender que ni aun después de casada

hubiese usted dispuesto nada en su favor?

El señor Foster hizo un gesto negativo.

—No he querido decir eso precisamente. Dije a mi hija que mantendría mi asignación y aun la aumentaría en proporción a los nuevos gastos que tendría que afrontar, y que una vez terminada la guerra les ayudaría en todo cuanto pudiesen necesitar de mí.

—Entiendo —dijo Austen reflexivamente—. Atando, pues, los cabos, llegamos a esta conclusión: que monetariamente, nadie tenía nada que ganar con la muerte de Jeanne; en cambio, Beaufort podía perderlo todo.

Estas palabras alarmaron al señor Foster.

—¡Beau! —exclamó—. ¿Beau? No querrá usted insinuar, William, que Beau…

—¡Oh, no, no! ¡De ningún modo! Es un sencillo proceso de eliminación —replicó Austen en tono alentador—. Estoy simplemente analizando todas las facetas del caso. El superintendente Evans hizo a usted ayer toda clase de preguntas sobre sus movimientos y, sin embargo, jamás sospechó que pudiera usted haber asesinado a su hija. Usted sabe que debemos hacer preguntas como mera rutina.

Hizo una pausa que aprovechó para rellenar la inevitable pipa.

—Casi he terminado —añadió—. ¿Sabe usted si Jeanne llegó a hacer alguna vez un testamento? Usted me ha dicho que no tenía ningún dinero, es verdad, pero tenía considerables alhajas de valor, ¿no es cierto?

El señor Foster asintió casi con complacencia.

—Sí. La obsequiábamos frecuentemente con valiosos regalos, bien fuese con motivo de su cumpleaños, de las Navidades o de otros días señalados. Me gusta ver una mujer bonita adornada con joyas, y Jeanne sabía llevarlas. Además, siempre he considerado las alhajas como una buena inversión.

—¿En cuánto las valoraba usted, poco más o menos?

—No es fácil calcularlo en este momento, pero considero que podrían venderse hoy en unas dos mil libras, conociendo la forma de hacerlo.

—¿Y no sabe usted si ella pudo habérselas dejado a alguien?

—No, que yo sepa. No creo que ella pensara nunca en testar. Las mujeres no suelen hacer esas cosas. ¿No cree usted?

Austen sonrió.

—No podría decírselo. Y ahora, una última pregunta. ¿Llegó a su conocimiento alguna vez que Jeanne hubiese tenido algún amor serio antes de conocer a Beaufort?

—Si lo tuvo, no llegué a saberlo. He visto muchos hombres a su alrededor, pero no que ella se interesara por ninguno en particular. A decir verdad, eso preocupaba grandemente a su madre, pero decidimos que fuese ella quien tomara sus propias determinaciones.

—Naturalmente. Bueno, pues nada más de momento, señor Foster. ¿Cree usted que su esposa estará en condiciones de recibirme? Solo un par de minutos; procuraré molestarla lo menos posible.

—Le participo que está muy abatida y a ser posible… Además, yo le he dicho ya todo cuanto podemos decirle.

—Pero hay siempre cosas que solo una madre debe saber. ¿Me comprende usted?

—Quizá tenga usted razón —asintió el señor Foster—. Voy a prepararla…

Se levantó de la silla con gran desaliento y salió, dejando solos a los dos policías.

—¿Qué dice usted, superintendente? —dijo Austen después que la puerta se cerró—. Parece que el novio no tenía motivos para cometer el asesinato.

—A menos que después hubiese cambiado de opinión —sugirió Evans.

—¿Y por qué cambiar de ese modo y a última hora? Aunque así hubiese sido, ¿qué necesidad tenía de matarla con lo fácil que es hoy obtener un divorcio? No, no creo que esa idea nos sirva para nada. No obstante, hablaré más tarde con el capitán Beaufort.

Continuaron hablando de la situación hasta que reapareció el señor Foster.

—Mi esposa no se ha levantado todavía —dijo a Austen—, pero le recibirá en sus habitaciones. Vaya usted con sumo cuidado. Está muy delicada.

La señora Foster estaba acostada en una habitación tan oscurecida, que su cuerpo solo aparecía como un pequeño bulto cubierto por las ropas de la cama. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar y su voz era ronca y apagada.

Austen se sentó en la silla colocada para él junto a la cama. Estaba profundamente emocionado ante el sufrimiento de la pobre anciana y articuló unas cuantas palabras de condolencia. Esas palabras que para un hombre del temple de Austen sonaban siempre como vacías y como un insulto a un verdadero dolor.

—Gracias, William —dijo ella en voz casi imperceptible—. Usted la conocía y sabe lo angelical que era. La vida sin ella no será ya lo mismo para mí.

Él le dio unos cariñosos golpecitos en la mano y añadió unas cuantas incoherencias más.

—¿Qué quiere usted que le diga? —preguntó ella poniendo su otra mano sobre la de él—. Usted ha sido siempre bueno con nosotros. No me importa hablar con usted si esto ha de ayudarle a encontrar al hombre que mató a mi pobre hijita.

Le dolía a Austen tener que entremeterse en vidas privadas y hacer cierta clase de investigaciones, pero eran de todo punto imprescindibles.

—No la molestaré mucho tiempo —le aseguró—. Deseo solo saber si Jeanne tuvo amores que pudieran calificarse de serios antes de entrar en relaciones con Beaufort.

La cabeza de la anciana se movió negativamente de un lado para otro.

—Nunca pareció interesarle ninguno de los jóvenes que la cortejaban.

—Eso era aquí, en Chedwood. Pero ¿y durante el tiempo que estuvo en Londres?

—Nada me dijo ella nunca —replicó con voz cansada—. Ella no es…, quise decir, no era… —un ahogado sollozo cortó un momento sus palabras—. Jamás se confió a mí, William. ¿Qué voy a contestar?

—¿No podría sospecharlo usted siquiera?

—No, hijo mío. Sé que algo la hizo desgraciada en Londres, pero era solo una conjetura. De las muchas que las madres nos hacemos. ¡Pobre Jeanne mía!

Le hizo discretamente unas cuantas preguntas más, pero era tan evidente que nada tenía ella que añadir que Austen se levantó con el propósito de marcharse.

—Encuentre usted al hombre que mató a mi pobre hija —le

suplicó al despedirse—. No soy una mujer cruel, pero no debiera dejársele vivir a un hombre así. ¡Era una criatura tan dulce y tan buena! Ya desesperábamos mi marido y yo de tener hijos, cuando vino Jeanne. ¿Por qué Dios nos la quita ahora y en esta forma?

No quedaba de Austen nada que recordara al curtido detective al abandonar este el aposento de la pobre y acongojada madre.

Ralph Beaufort era el inmediato en la lista de los que habían de ser interrogados. Austen experimentaba una aversión instintiva por aquella especie de figura decorativa en los ejércitos de Su Majestad, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para desprenderse de todo prejuicio, antes de empezar la entrevista con él.

Beaufort entró en la sala donde Austen le esperaba con la mano tendida.

—Recuerdo que ayer nos conocimos —dijo con voz medida y suave—, aunque apenas puede decirse que nos habláramos. ¿En qué puedo servirle?

Austen luchaba entre la aversión al hombre y la simpatía al desgraciado. Después de todo, un novio que enviuda el mismo día de su boda es siempre digno de compasión.

—Este es un asunto desagradable, Beaufort —dijo—. Hubiese preferido no tener que molestarle en estos momentos, pero el deber es el deber. Le acompaño, ante todo, en el sentimiento.

El atribulado esposo inclinó su hermosa cabeza.

—Gracias —contestó—. Espero que no empleará usted subterfugio alguno. Sé que Jeanne fue asesinada; el superintendente así me lo ha asegurado. Quienquiera que haya cometido el crimen debe purgar su delito. No habrá piedra que yo no remueva para encontrar al criminal y entregarlo a la Justicia.

Todo esto fue dicho con entereza. Para Austen, sin embargo, solo sirvió para aumentar su desconfianza.

—Siéntese, Beaufort —le dijo—. Puede usted fumar, si quiere. Seré breve y entraremos sin ambages en materia. Sí, Jeanne fue asesinada. Alguien la adormeció primero con éter y después la asfixió colocándole un almohadón sobre la cara. Su dinero y joyas estaban intactos en la habitación. Esto en cuanto a los hechos. Varias deducciones pueden hacerse. Primero, el motivo del crimen no fue el robo. Segundo, el acto fue probablemente premeditado: éter no es cosa corriente que se lleva en los bolsillos. Tercero, el

asesino debió ser persona bien conocida por Jeanne.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Beaufort con acritud.

—Por dos buenas razones. La primera porque ella estaba casi completamente desnuda cuando la encontraron. No llevaba más que una sencilla bata. La segunda porque no hubo huellas de lucha. Ella yacía plácidamente en un diván. Esto, incidentalmente, Beaufort, deberá servirle de consuelo. Puede afirmarse con absoluta certeza que ella estaba completamente ajena a la suerte que la esperaba.

Beaufort lanzó un profundo suspiro de alivio y miró con fijeza a Austen.

—Gracias por estas noticias. Verdaderamente, confortan.

Austen prosiguió.

—Como usted comprenderá, de ello se infiere que el asesino o asesina tenía que ser persona de gran intimidad con Jeanne.

—Sí, y sugiere la idea de una mujer.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque no creo que hubiese dejado entrar a un hombre en aquellas circunstancias.

Austen titubeó durante unos segundos entre rebatir la conclusión o no. Al fin se decidió a hacerlo.

—¿Ni a su marido?

Beaufort quedó un momento como petrificado.

—¿Se refiere usted a mí? Ni siquiera me he podido dar cuenta de que en realidad lo fuese.

—Sin embargo, lo era usted, Beaufort. ¿No quiso dar a entender que ningún otro hombre podría haber sido admitido en aquellos momentos?

—Así es.

—¿Y usted no entró?

—No.

—Pero —añadió Austen, tanteando el terreno— queda un espacio de tiempo en que pudo usted haberlo hecho.

—Eso mismo me dijo el superintendente anoche.

Austen decidió de momento abandonar el tema.

—¿Puede usted sugerir algún otro nombre? —preguntó.

—Pero ¿quiere usted decirme de una vez lo que pretende, comandante Austen?

Beaufort, aunque dominado por la pena, conservaba una plena

lucidez.

Austen sonrió placenteramente.

—Lo que aparece a la vista de todos. Mire usted, Beaufort, no pretendo hacer insinuaciones de ninguna clase. No tengo ideas preconcebidas. Así, pues, le pido que no me entorpezca. Posiblemente perseguimos usted y yo la misma idea: encontrar al asesino de Jeanne. Incidentalmente, debo decirle que conozco a Jeanne desde que era una niña y que, por tanto, tengo motivos, tanto personales como profesionales, para desear ver esclarecido este asunto. Puede suponerse que usted, hombre escogido por su corazón, sepa de ella más que la mayoría de las gentes, y si hoy le hago ciertas preguntas, las hago con el solo objeto de ayudarle. Volviendo, pues, a lo ya dicho: ¿podría usted pensar en *alguien*…, digamos un pretendiente despechado, que pudiese preferir a Jeanne muerta antes de verla en sus brazos?

La actitud de Beaufort cambió completamente. Ahora se mostró comprensivo y complaciente.

—Perdóneme usted. No entendí bien lo que quiso decir. Estoy con los nervios de punta y pierdo la compostura con facilidad.

Austen asintió con la cabeza.

—Se comprende —dijo, intentando quitar todo tono de oposición a su voz—. ¿Puedo admitir entonces la posibilidad de que conteste usted afirmativamente a mi pregunta anterior?

—No —Beaufort titubeó—. No hace mucho que conozco a Jeanne, ¿me comprende? Solo unos meses.

—Esas son mis noticias. Así, pues, ¿cree usted que pudo haber otro hombre, antes que usted, en su pasado?

—No lo sé. Como usted comprenderá, ella es…, quise decir… era —la voz pareció ahogársele en la garganta— muy atractiva.

—Pero ¿no podría usted añadir un solo nombre?

—No.

—¿Ni sugerir el de alguien que pudiese tener motivos para hacer lo que hizo?

—De nadie. Lo siento, comandante. Usted sabe que sacrificaría gustoso mi mano derecha por ayudarle. No hay cosa que, de pedírmela usted, no hiciera, ni pregunta a la que no contestara. Pero, sinceramente, no puedo pensar en persona alguna que pudiese tener motivos para haber matado a Jeanne.

Vencido ya por la emoción, Beaufort rompió en un prolongado sollozo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Me horrorizo solo de pensarlo! —exclamó.

Austen no pudo por menos que compadecerle. Por primera vez en el curso de la entrevista vio la calidad del hombre que había fascinado a Andrea. Aunque sus prejuicios no habían desaparecido, se hallaban temporalmente a la expectativa.

—Gracias, Beaufort —dijo—. No quiero seguir afligiéndole por más tiempo. Ha sido duro, lo comprendo. Si consigue usted recordar algo que pueda sernos de utilidad, no deje usted de comunicármelo.

El superintendente Evans le esperaba fuera de la casa.

—Quiero que hable usted con una de las doncellas, comandante —le dijo con apremio—. Un hombre estuvo a ver a la difunta ayer por la mañana a eso de las doce, y fue introducido en sus habitaciones.

La noticia era prometedora, y además constituía una pista completamente nueva.

—¿Y por qué esto no se ha sabido hasta ahora, superintendente?

Evans se explicó. La servidumbre, ya un tanto mermada, de la casa de los Foster, era insignificante para llevar a cabo las innumerables faenas extraordinarias del día de la boda, y, como consecuencia, fue necesario buscar refuerzos para el servicio por la vecindad.

Gladys Timms había sido con anterioridad sirvienta en Chedwood Place. Conocía la distribución de la casa, la forma en que se hacía todo y los lugares donde cada cosa se guardaba. Había dejado la casa poco después de estallar la guerra para ingresar en una fábrica que había en las cercanías, pero al enterarse de la boda y de que se necesitaba ayuda, no quiso desperdiciar la ocasión que se le brindaba de presenciar de cerca los festejos. Trabajaba en la guardia de noche de la fábrica; así es que le fue preciso sacrificar el descanso de un día. A las ocho de la mañana se presentó en el Place para «echar una mano», como ella decía. Desde aquel punto y hora reanudó sus antiguos menesteres, mas otros que inopinadamente se presentaron. No obstante, encontró el modo de tener tiempo para ir a la iglesia, ver la ceremonia y volver a ponerse de nuevo el uniforme sin que se hubiese notado su ausencia. Ayudó en los

quehaceres de la recepción hasta el momento en que Jeanne cortó el pastel y después, y por haberle dicho su madre que debía descansar algo antes de reanudar su trabajo en la fábrica, salió del Place y se dirigió a su casa decidida a dormir por lo menos unas pocas horas.

Había prometido a la señora Foster ayudarla en la recogida general; así es que se presentó en Chedwood Place a la mañana siguiente. Allí se encontró envuelta en el trágico desenlace de ayer.

La Policía se fijó en que ella se las había compuesto para evadir las preguntas que a todos se hicieron después de haber encontrado muerta a Jeanne y se fijó aún más en ella al oírle decir que «la señorita Jeanne» había tenido una visita, un hombre, en su cuarto, escasamente dos horas antes de la boda.

Gladys «recibió» a Austen y a Evans en la cocina; una especie de granero modernizado, pero que retenía el sabor casero y cómodo de aquellos días en que enormes hornillos de carbón ribeteados con franjas de luciente acero se erguían en el sitio hoy ocupado por marmitas y estufas eléctricas. Austen se dijo a sí mismo, al tomar posesión de una silla de líneas aerodinámicas situada al lado de una mesa totalmente recubierta de esmalte, que era poco razonable en él suspirar por maderas requetefregadas y cacharros de cobre brillantes solo a fuerza de pulimento, que siempre han esclavizado a la mujer, cuando había tantos y tantos aparatos y utensilios modernos de reluciente cromo y aluminio que solo requerían una mínima atención.

Gladys, luciendo un mono en vez del traje de tela estampada, gorro y delantal que era de rigor en los tiempos en que pertenecía al «servicio» de la casa, se dio displicentemente unos golpecitos en la «permanente» y contó su historia apoyada indolentemente en el borde de la mesa en actitud de absoluta despreocupación. Después de todo, ella estaba allí solo para «complacer». Las preguntas del superintendente Evans le hicieron comprender que ella sabía detalles que la Policía tendría sumo interés en conocer, y en su interior pensó que algún partido se podría sacar de ellas.

—Fui a la puerta principal —refirió después de haber explicado cómo fue llamada a ayudar en la casa— y vi a un caballero preguntando por la señorita Jeanne.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Austen.

—Pues no lo podría decir exactamente, porque con una cosa y otra y los quehaceres de la boda, y haciendo servicio de recibo, pues, la verdad, no me di cuenta. Creo que sería entre las doce y doce y media; esto es lo más aproximado que puedo decir.

—¿Qué aspecto tenía el caballero?

—No podría decirlo. Alto, eso sí, y de pelo oscuro, creo yo, porque llevaba el sombrero puesto… Además estaba aturdida pensando en que la mesa no estaba todavía preparada, ¿sabe usted? No iba a ser una comida formal en la que todos se sientan a la mesa, sino un tentempié, comida fría, fácil de atender…, pero el cocinero había dicho que a la una menos cuarto en punto y… ni siquiera habíamos contado la plata.

—¿Iba de uniforme?

—¡Ah, sí! De caqui y con todo lo demás.

—¿Se fijó usted en el grado o en el regimiento?

—¡Oh, no! Él dijo: «¿Puedo ver a la señorita Foster?», y yo dije: «¿No sabe usted que se casa hoy?», y él dijo: «Sí, lo sé».

—«Entonces —dije yo—, no es probable que le reciba, ¿no cree usted?», pero él dijo: «Sí me recibirá». Así es que yo le dije, «no lo creo» o algo por el estilo, y él me puso en la mano un billete de diez chelines con una carta y me pidió que se la llevase, cosa que yo hice.

—¿Estaba ella sola en aquellos momentos?

—¡Oh, no! Estaba la peinadora, una chiquilla muy simpática y que conoce bien su trabajo, dando los últimos toques al pelo de la señorita Jeanne. Le di la carta, a la señorita Jeanne quiero decir, y ella la miró y la dejó sobre el tocador; después la volvió a coger y la abrió. Parece que la lectura de la carta la trastornó un poco.

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé, pero me parecía raro que un caballero viniese a verla precisamente el día de la boda y me dije: «Esto solo pasa en las películas». Romanticismos, ¿sabe usted? Pues ya le digo, la señorita Jeanne se quedó bastante pálida, todavía no se había arreglado la cara y es mujer que siempre necesita un poco de color. Crea usted que estaba intrigada por saber dónde compraba todas aquellas cosas, con lo difícil que es encontrar hoy los cosméticos. Pero yo creo que ella debía de tener influencia por algún sitio, porque por la cuestión de dinero, ¡claro!, no había que preocuparse. Es terrible,

¿no le parece? Pensar en que está muerta y que nada de esas cosas le servirán, y precisamente también el día de su casamiento.

En Scotland Yard, Austen tenía fama de paciente con los testigos charlatanes. Escuchó con calma toda esta disparatada relación y se las compuso para llevar a Gladys, *vía* coloretes y ropa blanca, al punto interesante.

—Y… ¿qué dijo usted que le pasó al leer la carta?

—Que se puso pálida como el papel, puede usted creérmelo. «Señorita Grant —dijo (ese es el nombre de la peinadora)—, basta ya. Gracias por todo y ahora baje usted con Gladys que le servirá lo que a usted le apetezca». Después me dijo a mí: «¿Está esperando ese caballero?», y yo dije: «Sí; le dejé en el vestíbulo de fuera». Y ella dijo: «Está bien, Gladys. Es un antiguo amigo que quiere felicitarme, así es que tráele; pero hazlo por la escalera de servicio, porque prefiero que nadie le vea». Sacó una libra esterlina del bolso y me la dio. Yo la acepté, no crea usted que por interés, ¿eh?, y ella dijo: «Tú sabes lo que son estas cosas, ¿verdad, Gladys?». «¡Qué romántico!», pensé yo. Me dijo después: «Alcánzame una bata de recibir»; yo se la di y salí en busca del caballero.

—¿Por la escalera de servicio?

—¡Claro! Yo solo le dije: «Venga, que la señorita Jeanne quiere recibirle», y subimos.

—¿Qué pasó después?

—Que le introduje en la habitación y dije: «Aquí está el caballero, señorita», o algo por el estilo, y bajé corriendo a seguir preparando la mesa.

—¿Le volvió usted a ver después?

—¡Oh, no! Por lo menos no me di cuenta de haberle visto, porque con las prisas y la cocina… pero creo que debió marcharse —Gladys hizo una pausa y añadió saboreando las palabras—: ¡Me gustaría saber lo que hay detrás de todo esto! Como ya le dije antes, me parecía todo de película.

Austen añadió con tacto unas cuantas preguntas, aunque comprendía que nada más iba ya a sacar en claro. Gladys estaba segura de que nadie podría haber visto al desconocido militar cuando este subió a las habitaciones, ella había tenido sumo cuidado en guardar las debidas precauciones para ello, y no pudo ampliar detalles sobre el aspecto del visitante con excepción de

considerarlo un caballero y no una simple «persona», y de que ella creyó que era un oficial y que iba vestido con el uniforme de campaña.

—Un momento —preguntó Austen—. ¿Hubo alguien de la servidumbre que viera a la señorita Jeanne después de esto?

—¡Claro que sí! La modista volvió en el momento que yo recogía la bandeja con los restos del almuerzo y ella se quedó allí hasta que Jeanne bajó para dirigirse a la iglesia. Después se adelantó para dar los últimos toques a su vestido en el pórtico.

—Y cuando se llevó la bandeja y salió la modista, ¿no estaba el caballero en el cuarto?

—No. Se había ido ya. Y cuidado que tenía yo curiosidad por saber dónde.

—Bien —dijo Austen al superintendente una vez que estos hubieron abandonado el recinto culinario—. Todo esto es muy interesante, pero no nos ha llevado muy lejos. ¿No lo cree usted así? Ponga un agente para averiguar algo acerca del desconocido. Hay una probabilidad, creo yo, de que alguien le haya visto entrar o salir. Pero un militar es tan poco diferente de otro, sin contar el bullicio que aquí había ayer por la mañana, que dudo ya que podamos abrigar alguna esperanza.

—Sin embargo, es muy interesante. ¿No le parece? —dijo Evans.

—Mucho. Y atractivo. A menos que nuestro desconocido soldado permaneciese escondido en algún rincón del cuarto de Jeanne mientras se llevaban el servicio y la modista atendía al atavío y que se hubiese quedado hasta que ella volviera a cambiarse y entonces la matase, no veo la relación que esto pueda guardar con el crimen.

Evans se echó a reír con risa de conejo.

—Sí, sería una verdadera maniobra. Pero no olvidemos que hay un cuarto de baño que da precisamente a la alcoba de esa señorita. Podría haberse ocultado allí.

—Pero no sin su consentimiento, creo yo. Y de ser así, ¿por qué razón? De todos modos ponga algún sabueso en estas pesquisas. En realidad, y como sugirió Gladys, hace suponer que aquí hay algo misterioso y romántico. Algo, como ya supuse, que pertenece al pasado de Jeanne.

6

—Es imprescindible —dijo Austen explorando sus bolsillos en busca de la inevitable pipa— conocer algo más acerca del capitán Beaufort, superintendente. Tengo la idea de que este caballerete es una incógnita. Voy a azuzar a los del Yard para que investiguen lo que puedan sobre él; al mismo tiempo, quiero tener unas palabras con el padrino de la boda. A ver si me lo trae usted.

El capitán Hewlett fue fácil de localizar y fue introducido en la sala, que parecía ser aquella mañana el lugar escogido para los interrogatorios. El resplandor de la chimenea mitigaba un tanto la oscuridad en que estaba sumida la habitación; la temperatura era tibia y confortante.

Austen apenas si había reparado en Philip Hewlett el día de la boda, concentrado como estaba en la contemplación del novio, pero ahora se fijó en él con interés. Era más bien alto, de apariencia un tanto tosca, unos cuantos años más joven que Beaufort y con cara seria y ojos hundidos. Tenía el aspecto de estar enfermo, con una palidez inusitada como de hombre acostumbrado al aire y al sol que durante largo tiempo se hubiese visto privado de ellos. Cojeaba ligeramente, por lo que Austen dedujo que heridas de la guerra y larga estancia en un hospital habían sido la causa de su demacración. Su deducción resultó cierta, pues, según los informes que después se recibieron, acababa de salir del hospital para poder asistir a la boda.

—Ahora, capitán Hewlett —dijo Austen después de las presentaciones de rigor—, procuraré retenerle el menor tiempo posible, pero quisiera que me ayudase en cuanto le fuera posible. Este asesinato es un caso misterioso, más, si cabe, que muchos, por la ausencia absoluta de motivo aparente. Hay, sin embargo, la

posibilidad de que usted pueda sugerirnos alguno. ¿Hace mucho tiempo que conoce usted a Beaufort?

—Un par de años —Hewlett habló con voz inexpresiva, estudiada, a juicio de Austen, como si quisiera evitar que sus emociones, por fuertes que fuesen, pudiesen delatarle trasluciendo a la superficie.

—¿Puede usted decirme algo de su vida privada?

—Nada. Y aunque supiera no se lo diría. ¿Por qué no se lo pregunta usted a él mismo?

De repente se acordó que hablaba con un superior y de mala gana añadió:

—Lo siento, comandante, pero no acostumbro murmurar de mis amigos.

—¿Y quién habla de murmurar, Hewlett? Es la información verídica la que deseo. Cualquiera que pueda guiarnos a la aprehensión del asesino. Debo informarle que hemos interrogado ya a Beaufort, aunque solo hasta cierto punto en consideración al estado en que se hallaba esta mañana. Dígame, ¿sabe usted de alguien con suficientes motivos de resentimiento contra él para ser capaz de asesinar a su esposa?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce usted a Jeanne?

—Muy poco. Y solo por encuentros casuales.

—¿La conoció usted antes de su compromiso con Beaufort?

—Sí.

—¿Mucho antes?

—Creo que unos meses.

—¿Dónde la conoció usted?

—En Londres. En casa de un amigo.

Fue requerido a dar su nombre y domicilio.

—¿La conocía usted bien?

Hewlett hizo un gesto negativo.

—Solo superficialmente —añadió—. Íbamos a bailes en el mismo grupo.

—Comprendo. Entonces ¿usted no sabe de ningún suceso en su vida que pudiera impulsar a alguien a desear su muerte?

—No.

Esto fue todo lo que pudo extraerse del capitán Hewlett. No

sabía nada de nadie ni de cosa alguna. Era, como pudiera decirse, «un extraño en todo» y no tenía, además, información alguna que dar. Austen le interrogó extensamente, pero nada pudo conseguir, como no fueran sus constantes negaciones.

Afirmó no haber visto a Beaufort el día anterior cuando este estaba arriba vistiéndose para la ceremonia ni haber estado en aquel piso para nada. Que había permanecido todo el tiempo que duró la recepción, con excepción de unos pocos minutos en que fue al garaje, para asegurarse de que el equipaje estaba en el coche que había de llevar a la pareja a la estación después de los esponsales.

—¿Y estaba, en efecto, allí? —preguntó Austen.

—Todo, con excepción de dos maletas que quedaron en la habitación. Estas no pensaba recogerlas hasta última hora.

—¿Qué le ocurrió al equipaje después?

—¡Demonio! —exclamó—. ¡Pues es verdad! Me olvidé completamente. Creo que será mejor que lo vuelva a meter en la casa.

Esto completó su contribución y Austen le dejó marchar, con la advertencia usual de que no se olvidase de comunicar cualquier otro dato que más tarde pudiese venirle a la memoria.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Evans miró a Austen.

—No parece muy charlatán, ¿verdad, comandante?

—Usted mismo habrá podido comprobarlo.

—Creo que encubre a alguien —dijo Evans.

—Quizá tenga usted razón. Yo creo que sabe mucho más de lo que ha dicho. Bueno, pues ya tenemos otro a quien hay que investigar. Óigame, superintendente, es preciso registrar ropas y objetos de propiedad personal de cada uno de los sospechosos en busca de una botella de éter. Asigne usted para el caso un buen agente que tenga y sepa hacer el trabajo a conciencia. No olvide usted que es difícil eliminar el olor del tapón, aunque la botella haya sido lavada cuidadosamente.

Con tanto trabajo de rutina acumulado, el teléfono de Austen funcionó continuamente.

Estaba interesado en la parte que concernía a Londres en este asunto y consiguió que Scotland Yard se encargara de ello. Esto era de gran alivio para él, puesto que el Yard era completamente impersonal en sus actividades. Nada sabía de los Foster, ni del

capitán Beaufort ni (y esto era lo más importante) de Andrea, como individuos. Eran meramente sujetos para una investigación, nada más. Se sentía inmensamente satisfecho por haber aceptado la invitación de Andrea de pasar la primera parte de su permiso en Chedwood.

La telefoneó antes de ponerse en comunicación con el Yard.

—Andrea, la botella de éter de que me hablaste, ¿dónde está?

—En mi departamento.

—Sí, ya lo sé, pero ¿en qué parte?

—Creo que en el botiquín que hay en mi cuarto de baño. ¿Por qué?

—Porque tengo que enviar a alguien a buscarlo. Perdóname, Andrea, pero no hay más remedio que hacerlo. ¿Hay allí alguna guardesa que pueda hacer entrar a mi agente?

Ella añadió lentamente:

—Sí… pero…

—No te preocupes. Irá en traje de paisano. Telefonea a tu encargada y cuéntale cualquier historia, porque el Yard enviará uno de sus hombres dentro de un momento.

—No me gusta nada eso, William… —empezó a decir Andrea, pero Austen la atajó.

—Andrea, ya te lo expliqué ayer noche. Solo quiero tener pruebas de tu inocencia.

Por el tono e inflexión que daba a sus palabras, Austen podía decir, aun por teléfono, el desagrado con que Andrea recibía sus insinuaciones, pero también sabía que era lo bastante sensible para aceptar lo inevitable. Convinieron en que la encargada fuese notificada de que alguien iría a recoger una medicina que Andrea se dejó olvidada y que inmediatamente después Austen telefonearía al Yard con detalles e instrucciones de este y otros asuntos.

—Beaufort no volverá a su departamento hoy —dijo—. Así es que tienen tiempo amplio para la tarea sin temor a interrupciones. Después procuren rebuscar en la vida de la difunta, sobre todo a partir del día en que se incorporó a los servicios del ejército y con quién acostumbraba salir con más frecuencia, quiénes eran sus amigos, etcétera. Ya saben ustedes lo que deseo.

La maquinaria policíaca de Londres estaba ya en marcha, así es que Austen se dedicó enteramente al aspecto local del asunto.

Era necesaria una nueva entrevista con el doctor Clark, aunque bien sabía lo doloroso que iba a ser para este el volver a insistir sobre tema tan desagradable. El doctor se resistía a admitir que una de sus pacientes pudiese haber sido asesinada y creía que el dar a Austen la información que este deseaba constituía una violación de sus principios profesionales. De todos modos, no era adversario digno del hombre a quien todavía consideraba como al niño a quien en un tiempo curó de sus paperas y del sarampión.

—Jeanne fue asesinada, doctor —reiteró Austen—. Nada de lo que usted diga en estos momentos puede ofender su memoria. Recuérdelo. ¿O es que prefiere usted que su asesino ande suelto tranquilamente por esas calles?

—Claro que no, pero…

—No admito «peros». Solo pido una contestación franca a preguntas hechas con toda lealtad. El comadreo local dice que el «decaimiento nervioso» de Jeanne se debió a que esta hubiese tenido un niño o bien a que hubiese tratado de evitarlo.

El anciano se indignó al oír la imputación y refutó acaloradamente la noticia.

—Es indiscutible que lo que fuese ocurrió antes de su vuelta a Chedwood. Jeanne no era doncella, como usted sabe. La autopsia así lo reveló.

No había duda de que el doctor intentaba reaccionar ante este golpe. Se quedó pensando un largo rato antes de decidirse a volver a hablar.

—Puedo afirmar que no es cierto que haya tenido hijo alguno —dijo con calma—, aunque debo admitir que nada, en el estado en que la encontré, dejaba de estar en consonancia con los síntomas de un reciente trastorno. Sufría las consecuencias de un fuerte choque, anemia y extrema debilidad. Pero, William, tu sugestión me horroriza. Una muchacha como Jeanne…

—Los tiempos cambian, doctor —contestó Austen con afecto—. No se preocupe usted con exceso. Su diagnóstico no hubiera nunca excluido el otro.

—Me temo que no.

Hubo una pausa y después Austen prosiguió:

—Supongo que Jeanne no le hizo confidencia alguna, ¿verdad?

—Ninguna. A decir verdad, la consideré siempre como un

paciente difícil de manejar. He de reconocer, William, que algo bullía en su cerebro, algo que hacía retardar su recuperación, pero jamás me lo hizo saber.

Suspiró con tristeza y añadió:

—La conozco desde su niñez y siempre esperé que me considerase como un amigo, pero no pude conseguirlo. Cada vez que yo intenté conocer sus penas o la causa de su constante depresión, me encontré ante su obstinado mutismo. Pero no cabe la menor duda de que en algún trastorno mental o emocional estaban las raíces de su dolencia.

Austen comprendió que el doctor nada más tenía que decirle, así es que se despidió de él. Volvió a casa de los Redgrave a almorzar y a continuación Andrea y él, provistos de sendos capotes y pesadas botas, caminaron bajo la espesa llovizna que no daba señales de amainar.

—¿Has hecho algún progreso, William? —preguntó ella mientras Austen le ayudaba a saltar sobre unas matas y penetrar en un sendero que les llevaba a través de un chorreante bosquecillo de hayas.

—Prácticamente, no. Continúas estando en el candelero, con Beaufort como cirio de repuesto. Si pudiera hallar un simple motivo en él, quizá fuera un tanto para cuanto, pero por más que me empeño, nada puedo encontrar que justifique su deseo de quitarla de en medio. ¡Ojalá pudiera!

—¿Quieres decir —dijo ella cortando súbitamente la respiración— que las apariencias van tomando de día en día forma de realidades?

—No nos confundamos con tanta metáfora. Tu situación no ha empeorado, aunque debo decirte que tampoco ha mejorado. Solo hay una forma de aclarar todo este enredo, y es por eliminación. A propósito, ¿sabes que tenemos un nuevo actor en escena?

Le contó la historia de Gladys Timms acerca del desconocido visitante de Jeanne.

—Eso parece interesante y sugestivo, ¿no crees tú? —preguntó Andrea.

—No hay duda sobre que ello es interesante, pero ahí termina todo. Él vino a ver a Jeanne, vagamente, entre doce y una. Nadie le vio irse. Si él fue quien la mató, debió de permanecer escondido en

algún sitio, muy posiblemente en el cuarto de baño, mientras gran número de personas circulaban a su alrededor. La modista, que le ayudó a ponerse el traje de novia y atendió a otros detalles, dice haber estado en el cuarto de baño a lavarse las manos y jura no haber visto a nadie allí ni en sitio alguno que pudiera servir de escondite a un intruso. Las damas de honor se hallaban cerca cuando Jeanne bajó para ir a la iglesia, y también afirman no haber visto a nadie.

—Entonces, ¿crees que nuestro presunto sospechoso salió de la casa sin ser visto a eso de la una?

—No lo sé. Lo parece, pero no es conveniente mantener un criterio cerrado. Supongamos —dijo Austen separando con el pie un montón de hojas de haya medio ennegrecidas ya por el agua, que despidieron un fuerte olor a tierra húmeda al ser dispersadas—, aunque solo sea para seguir la argumentación, que este hombre que vino a ver a Jeanne era alguien a quien ella quiso ver antes de salir de Chedwood Place con Beaufort. Sentemos eso como postulado. Después, admitamos que su conversación no pudo completarse debido a ocurrir varias interrupciones y que ella le dijo que esperase y que más tarde, en la primera oportunidad, volverían a verse. Esta pudo haber sido cuando Jeanne subió de nuevo a cambiarse. Ella le dejó entrar y él la asesinó.

Andrea se echó a reír.

—En ese caso, ¿por qué no la mató antes?

—Exactamente; a menos que, naturalmente, la conversación no hubiese quedado del todo terminada y que él no estuviese seguro de que los motivos para matarla, cualesquiera que ellos fuesen, no eran en aquel momento suficientes. Quizá, vamos a decir, él intentó persuadirla de que no se casara con Beaufort y prefirió esperar, antes de decidirse a cometer el crimen, a que ella consumase el acto de casarse. Definitivamente un «misterio amoroso», como diría Gladys.

—Sí, pero ¿dónde permaneció el desconocido entre tanto?

—Eso es lo que deseo saber. No parece haber posibilidad de que estuviera escondido en la alcoba o en el cuarto de baño de Jeanne. Salió sin que nadie le viera, en el caso de que hubiese salido, pero no le hubiera sido tan fácil volver a entrar del mismo modo. Gladys afirma que le hubiese reconocido de haberle visto entre los demás

invitados.

—Así creo yo también. Y gente había por todas partes, circunstancia que le hubiera hecho difícil escurrir el bulto sin ser visto.

—O fácil. Una multitud es un gran sitio para esconderse.

—Sí, es verdad. William, ¿tú crees que pueda ser eso lo que ocurrió?

Austen rio entre dientes.

—Mi encantadora amiga, si lo creyera, no estaría en estos momentos paseándome contigo por esta arboleda. Estaría como sabueso sobre la pista y con las esposas preparadas. Me he dejado simplemente llevar por la fascinación de este juego de «suposiciones», usándote a ti como un Watson. Nunca tuve un Watson hembra hasta hoy. Es siempre una novedad, ¿no te parece?

—Muchas gracias por tu lisonja. ¿Dónde vamos, William?

—Espero que al banquillo de los acusados. «No importa cuán estrechas sus puertas puedan ser»…

—¿Parece que te gustan las citas?

—Bastante. Y créeme que sirven más de lo que tú te figuras. ¿Preguntabas que a dónde íbamos? Pues pensaba dar una vuelta por la pradera y volver a la iglesia a la hora del té.

—Las praderas están anegadas desde hace más de diez días.

—Entonces, ¿para qué ir a ellas? Veamos si podemos atravesar el riachuelo por la vadera y dar la vuelta por Mardyke Lane. Andrea, no he estado en Chedwood desde que estalló la guerra. ¿Ha cambiado mucho?

Se encontró con que no había cambiado. El reloj de la iglesia se mantenía metafóricamente marcando las tres menos diez minutos, y, sin embargo, había todavía bellezas que admirar. Consistía en que la campiña inglesa la llevamos todos en nuestros corazones. Campiña que no cambia a pesar de sus constantes mutaciones. Puede haber nuevas casitas, con sus pintorescas terrazas y jardines; nuevos institutos de Mujeres, de hormigón, sobre la carretera, pero tras todo ello sigue extendiéndose la inolvidable Inglaterra de nuestra niñez, tan tranquila, tan suave, tan familiar, tan acogedora. El riachuelo continuaba desbordándose después de una fuerte lluvia, y las aguas, que se extendían más allá de sus orillas, recogían a su paso montones de paja, hojas muertas y ramas, que luego eran

arrastradas por la rápida corriente. La última piedra del vado había todavía que saltarla en las crecidas, y Mardyke Lane conservaba el inolvidable perfume otoñal que embriagaba nuestros sentidos y nos hacía volver a nuestros ya perdidos años.

Hasta que llegaron a la carretera, Austen había perdido la noción de su condición de soldado y de representante de la Ley. Entonces su conversación recayó sobre la muerte de Jeanne. De nuevo el presente se impuso con insistencia.

—William —le dijo Andrea—, ¿hay algo que pueda ayudarme a probar que yo no maté a Jeanne ni que tuviera deseo alguno de verla muerta?

—Solo estableciendo el hecho de que no entraste en su cuarto cuando ayer por la tarde subiste la escalera.

—¿Y sobre lo de mi botella de éter?

Austen sonrió con tristeza.

—Si resultara hallarse casi llena, sería un tanto a tu favor, pero no una cosa decisiva, puesto que, como tú has podido comprobar, no es cosa muy difícil de adquirir. ¡Oh, Andrea!, ¿qué necesidad tuviste de contarme tus amores con Beaufort?

Ella contestó cuerdamente:

—De no haber sido yo, no habría faltado quién te lo hubiese dicho tan pronto como tú empezaste a investigar los dieciocho meses que precedieron a este suceso.

—En eso tienes razón. Sabiendo, sobre todo, que puedo protegerte… hasta ciertos límites.

—Querido William, veo que no has adelantado nada desde ayer noche.

—Sí, un poquito. El comadreo que tu madre me repitió surtió su efecto. Interrogué al doctor Clark acerca de ello y admitió que Jeanne pudo haber tenido un aborto, aunque no un hijo. Eso me da una pista. Quizá nada se saque en limpio con ella, pero vale la pena de seguirla, porque me da un punto de partida para sondear su pasado.

Andrea continuó andando en silencio. Franquearon la vereda que conducía a casa de sus padres. Austen observó los patos que seguían nadando sobre la superficie, salpicada por el agua de la lluvia, del estanque que había bajo un desnudo sauce.

Andrea dijo lentamente:

—¿No podría haber sido ella la víctima de un *chantaje*, de ser eso cierto?

—Podría haberlo sido, naturalmente, pero esa no es razón para un asesinato. Los chantajistas no acostumbran matar a la gallina de los huevos de oro. Todo lo contrario.

—Sí, sí; es verdad.

De pronto dijo Austen:

—Andrea, ¿crees tú que Beaufort se casó voluntariamente con Jeanne? ¿No pudo ocurrir que de algún modo la pusiese él «en compromiso», como tu madre lo calificó, e insistiera ella en casarse cuando él, en realidad, estaba enamorado de otra?

Andrea movió la cabeza negativamente.

—No lo sé, como es natural. Pero me parece improbable que así ocurriese. Psicológicamente, eso no tiene fundamento. Ni tuvo, ni deseó, por lo visto, tener hijo alguno; por ello, ¿qué razón podría moverla para coaccionar a Beaufort, como no fuera su hermosura?; y aun esto tampoco parecía interesarla grandemente. El ansia de matrimonio estaba del lado de Beaufort. Ella le atraía… y tenía dinero. Lo que sí me extrañó es que ella le aceptase.

—¿No crees que hubiese alguna otra mujer en su vida?

—Después de mí, no creo —dijo Andrea con amargura—. Ver a Jeanne, enamorarse de ella y empezar a alejarse de mí fue casi simultáneo. Le tuvo cogido por las narices durante una larga temporada; así es que no creo que le quedase a él mucho tiempo para pensar en otros devaneos.

Llegaron a la puerta de la residencia de los Redgrave. Dentro la temperatura era agradabilísima. Se acercaron ambos a la chimenea, donde ya un servicio de té les esperaba.

—Voy a subir un momento para cambiarme, ¿me perdonas? —dijo Andrea—. Tengo los pies como si hubiese estado chapoteando en todos los charcos. ¿Te acuerdas cómo nos castigaban cuando hacíamos esto de niños, William? Pero nos divertíamos, ¿no es verdad?

Él se dirigió al vestuario del piso bajo a colgar sus prendas y el coronel Redgrave, que se hallaba recostado sobre el brazo de una silla, echó una significativa mirada a su esposa, que en aquel momento se sentaba a la mesa de té.

—¿No te extraña —preguntó él— que esos dos no se casen?

¡Hacen tan buena pareja y se llevan tan bien!

—Demasiado bien —observó ella sabiamente—. Llevan tratándose demasiado tiempo. Personas como Andrea y William son románticas en el fondo, aunque ellos no lo admitan. Necesitan estar profundamente enamorados el uno del otro antes de casarse, y para estar enamorados sabes que lo primero que hay que tener es lo que hoy llaman «fascinación». Nuestra generación solía llamarlo de otra manera. Ni siquiera creo que le diésemos nombre alguno. Sabíamos que existía y nos complacíamos simplemente en manifestarlo. Dudo que William y Andrea puedan fascinarse ya uno a otro. No, querido; si hubiese entrado en mis proyectos que William llegase a ser el marido de Andrea, habría empezado por no dejarles jugar juntos en la niñez.

El coronel rio y hubo de reconocer que tenía una esposa admirable, a lo cual ella objetó algo, y así continuaron discutiendo el tema hasta que Andrea bajó vestida con una falda verde jade y corpiño de tirantes del mismo color. Tan hermosa estaba, que su propia madre hubo de contemplarla con admiración.

Austen, ya seco, y un tanto arrebolado por la reacción del ejercicio que acababa de hacer, se unió al grupo y empezó a hablar con vehemencia de los dorados tiempos de su juventud en los que, como es natural, todo le pareció mejor que en el presente y de cuyo regocijo todos participaron hasta la terminación del té, momento en que sonó el teléfono llamando a Austen a una conferencia con Londres.

Acababa de descolgar el auricular cuando llegó el superintendente Evans, quien solicitó del coronel Redgrave permiso para utilizar su estudio para una entrevista.

«Estudio», en este caso, era el nombre, no la descripción de los usos del cuarto. Nadie estudiaba allí, en particular el coronel Redgrave, que no era aficionado en modo alguno al estudio. Sin embargo, era un rincón retirado y atrayente, con cómodos sillones, alfombras de Persia y un brillante fuego en la chimenea.

—Una de las ventajas de vivir en el campo en tiempo de guerra —advirtió Austen al superintendente— es la de tener siempre madera a su disposición. No me satisfacen las estufas eléctricas. Calientan, eso sí, pero no se tiene el placer de hurgar en el fuego como ocurre con las chimeneas.

Aprovechó la oportunidad que sus propias palabras le brindaban, empezó a remover las ascuas con el atizador y añadió un par de troncos, que fijó en buen sitio con la punta del pie.

Satisfecho de su maniobra, se apoyó sobre el guardafuegos y se dispuso a escuchar al superintendente.

—¿Qué hay, Evans? —preguntó.

Este, desde las profundidades del sillón en que se sentara, sacó un libro de notas.

—Me temo que no hay resultados muy satisfactorios, comandante. Todos son más o menos negativos: *a*) No se ha encontrado ninguna botella alrededor de la ventana de Jeanne en el radio de lo que pudiera alcanzar el brazo, *b*) Ninguna botella sospechosa o que notoriamente se echase de menos en algún sitio se ha encontrado entre las prendas personales requisadas, *c*) Ningún recuerdo, por parte de nadie, del caballero que visitó a la señorita Jeanne, *d*) Gladys no puede mejorar su descripción. Dice que estaba demasiado «aturdida» para haberse dado cuenta de más detalles. Ya no está tan segura de que vistiera uniforme de campaña, aunque todavía sigue creyéndolo, y no está dispuesta a afirmar que le reconocería en el caso de volverle a ver.

—¡Hum…! —gruñó Austen—. Como usted dice, todo es muy negativo. ¿Y qué hay de Beaufort y Hewlett?

—En estos ya hay certeza. Llegaron a Chedwood, en tren, el martes por la tarde. El coche de los Foster los esperaba en la estación y los condujo a Chedwood Arms, donde dejaron su equipaje. Después fueron al Place, donde tomaron el té. Se quedaron a cenar y tan pronto como terminaron regresaron a pie a Arms. Aquí tenían cuartos contiguos. Tomaron unas cuantas bebidas en el bar y se acostaron a la hora del cierre del local. Ya no se les vio hasta eso de las nueve y media de ayer por la mañana, hora en que bajaron a almorzar. Al propietario le pareció que el capitán Beaufort estaba un tanto nervioso, lo que él consideraba solo justo y propio, tratándose de un hombre que estaba a punto de casarse. Los dos oficiales estuvieron hablando durante el desayuno y al terminar se sentaron unos momentos al lado del fuego, en el salón de recibo. Después el capitán Hewlett dijo al capitán Beaufort: «Vamos a dar un paseo, muchacho; eso te calmará», o algo por el estilo.

—¿El propietario oyó todo eso?

—Sí. Estaba él en la habitación. El capitán Beaufort no parecía tener deseos de salir y dijo que hacía una mañana horrible, y el capitán Hewlett tuvo que apelar a Brown, el propietario, para que le ayudara a convencerle de que el ejercicio era lo más conveniente para un hombre a quien la proximidad de la boda le había puesto nervioso.

—¿Así, pues, salieron?

—Sí. Brown los vio partir.

—¿Los vio también cuando volvieron?

—No. Como a todos, le faltan manos en la casa y se pasó casi toda la mañana trajinando entre el bar y la cocina. Se sirvió una comida especial en el parador para muchos de los que vinieron a presenciar la boda en el tren que llega a las doce y veinte. Solo unos pocos amigos y parientes comieron en el Place.

—¿Tiene usted alguna idea de cuántos comieron en Arms?

—Unos veinte, la mayor parte oficiales amigos de Beaufort. Brown dice que fue tal la cantidad de bebidas que tuvo que servir a la llegada del tren, que ya no sabía dónde tenía la cabeza ni dónde los pies.

—Lo creo. ¿Comieron Hewlett y Beaufort en el piso bajo?

—Sí, pero un poco tarde. Brown supuso que se estarían divirtiendo de lo lindo. Después que el tren de las doce y veinte llegó, varios oficiales subieron al cuarto de Beaufort y allí se sirvieron una porción de bebidas. Cree que sería ya más de la una y media cuando bajaron a comer.

—¿Se fijó Brown en quiénes eran los que estaban en la habitación cuando se subieron las bebidas?

—No las subió él. No podía desatender el bar. Consiguió los servicios de alguien de fuera, y la mujer que subió las bebidas dice que no podría reconocer a ninguno de ellos si los volviese a ver.

—Entonces, ¿eso es todo? No parece que adelantemos gran cosa, ¿verdad?

—Me temo que no, comandante. Y, por su parte, ¿hay algo nuevo?

—Tampoco gran cosa. El Yard me telefoneó un momento antes de aparecer usted. Están «investigando», con arreglo a un plan. No se puede andar con prisas con el Yard, pero son muy cumplidos en sus cosas. Esperan resultados mañana. También yo los espero. Allí

se supone que estoy disfrutando permiso.

El superintendente rio entre dientes, complacido.

—¿No hubo alguien que escribió un libro sobre un agente del C. I. D. que se llamaba *Las vacaciones de Bushman*?

Austen soltó una sonora carcajada.

—No eran *Las vacaciones*, Evans, no eran *Las vacaciones*; era *La luna de miel*, y se trataba de uno de esos detectives aficionados y no de un profesional.

Evans se mostró disgustado.

—¡Ah, vamos! ¿Uno de esos golillas secretos? ¡Vaya un desencanto!

—Debiera usted leerlo, superintendente. Es un libro estupendo para quien, como a mí, le gustan las novelas policíacas. Se aprende mucho en ellas.

Evans hizo un visaje que recordaba una sonrisa.

—Veo que siguen gustándole las bromas. ¿Hay algún nuevo trabajo para mí?

—Sí, y urgente por añadidura. Quiero que averigüe usted el paradero de una tal señora de Whitehead: su nombre de pila, Peggy. Es la hermana de Bettine, una de las damas de honor de ayer. Su marido acaba de llegar con permiso, y parece que han salido con rumbo desconocido a divertirse. Quiero que me los localice inmediatamente.

—Bien. ¿Nada más?

—¿Ha designado usted a alguien para investigar sobre las compras locales de éter?

Evans movió la cabeza afirmativamente.

—Bien. ¿Y huellas de pies en los alrededores de la ventana de Jeanne?

—Como esperábamos, hemos de abandonar toda esperanza en ese sentido. La lluvia, los coches, la gente…, ¿usted me comprende?…

—Entonces, no creo que haya nada más por esta noche. Cuando sepa algo de Scotland Yard, mañana por la mañana quizá, pensaré en algo nuevo para usted. Me disgustaría verle inactivo.

Todavía duraba su risa cuando Andrea hizo de nuevo su aparición provista de una bandeja con botella y vasos.

—¡Venus Afrodita! —dijo Austen sonriendo a su entrada.

—¡Déjate de tonterías! Son ustedes un par de imposibles. ¡Y se llaman ustedes policías! ¡Fíjense en las ventanas!

No pudieron menos de reconocer su culpabilidad.

La noche había ya cerrado, las cortinas estaban descaradamente abiertas y en la chimenea ardía un fuego esplendoroso.

—Es una buena cosa que este cuarto dé a la parte posterior de la casa —dijo ella con indignación—, que ya no sean tan meticulosos en lo de los apagones y que ustedes se olvidaran de encender las luces.

Empezó a trajinar en las ventanas, en cuya operación ambos, Evans y Austen, le ayudaron para ver si de algún modo podrían enmendar su negligencia. Por lo pronto, quedó ella satisfecha de que ni un resquicio de luz pudiese traslucir al exterior, por lo que consintió que se encendiera una de las luces.

—Les he traído bebidas —dijo con resentimiento—. No porque ustedes se lo merecieran. Pero, en fin, aquí están. Pueden servirse, si gustan.

—¿No va usted a beber con nosotros? —preguntó Evans.

Ella interrogó a Austen con la mirada.

—¿Se terminó la conferencia?

—Sí.

—Entonces sí, beberé. ¿Tienes un cigarrillo, William?

Se sentó en el otro extremo del guardafuegos, aceptó un cigarrillo y un pequeño trago, y los tres hablaron de cosas triviales, hasta que Evans se levantó y se excusó por tener algo importante que hacer.

Cuando se hubo ido, dijo Andrea con un tono de voz completamente diferente al que hasta ahora empleara:

—Tú tienes algo que decirme, William.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Por la forma cómo me mirabas. ¿Qué es ello?

—Que tu botella de éter está casi vacía —contestó.

7

ANDREA comprendió después de un momento la complicación que estas palabras significaban, y sintió un ligero estremecimiento.

—Pero, William, eso es imposible.

—No lo es, Andrea. Eso es lo que se ha encontrado. Pero no te desesperes. Hay una circunstancia atenuante.

—¿Cuál es?

—Que el éter es muy volátil. El tapón no estaba bien apretado y el líquido pudo haberse evaporado.

—Lo cual quiere decir…

—No mucho, desgraciadamente. Es una verdadera lástima que no hubieses tenido la precaución de tapar mejor la botella. El dictamen oficial es que hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que el líquido se evaporase, y otro cincuenta de que haya sido empleado.

—Entonces esa circunstancia ni me complica ni me excluye definitivamente.

—Exactamente.

—¿Y qué piensas hacer conmigo ahora?

—No sabría decírtelo —rio alentadoramente al decirlo—. No seas tan vehemente. Si no eres culpable, nada te importe.

—¿Y si lo soy?

Austen se quedó profundamente serio.

—Entonces, que Dios se apiade de ti. Yo no podré…

—Me das miedo, William. *No soy* culpable. Eso te lo he dicho una y mil veces. Pero me asustas. ¿Cómo puedo tener la seguridad de que no has de tergiversar las cosas y me hagas aparecer como culpable sin darme oportunidad alguna de probar que no lo soy? Tú eres astuto.

—Sí, pero represento a la Justicia; objetiva y desapasionada. Esto es algo que las mujeres difícilmente podréis comprender. Yo, como representante de la Ley, no busco una convicción por el mero afán de encontrar *alguien* culpable. Yo voy tras *el verdadero* delincuente. Tú dices que tienes miedo y si lo tienes es porque te has dado cuenta que yo, un antiguo amigo, no he de encontrarte inocente por el mero hecho de ser tú quien eres. Tú esperabas que yo aceptara tu palabra solo por llamarte Andrea Redgrave y yo William Austen. Pero desde el momento que empiezo a actuar como representante de la Ley, esa clase de relación cesa de existir. Yo me convierto en el detective y tú eres solo un sospechoso más. Pero permíteme que te lo repita, *ad nauseam* si fuese necesario, que nada tienes que temer si no eres culpable. Por negro que fuera el panorama que vieses a tu alrededor, no creeré, *ni puedo* creer en tu culpabilidad, a menos de tener pruebas irrefutables que confirmen mi sospecha. Si no lo hiciste, puedes considerarte bien segura a mi lado. Soy hombre que pondría en tensión al último de mis nervios y apelaría al último de los recursos a mi alcance antes de permitir que un criminal escapara a la acción de la Justicia; pero también te digo que sudaría sangre, si fuere preciso, para vindicar a un inocente. Como ya te dije ayer noche, en mi capacidad particular creo todo cuanto me has dicho. Si Andrea Redgrave dijo a William Austen que ella no había tenido participación alguna en el crimen, este lo creyó así. Por tanto, si ella ha dicho la verdad, nada tiene que temer del inspector jefe Austen, del C. I. D. ¿Estás enterada? No se te olvide.

A continuación soltó una sonora carcajada.

—¡Qué barbaridad! —añadió—: te he soltado, sin querer, uno de mis discursos.

Le ofreció otro cigarrillo, llenó él su pipa y preguntó deliberadamente:

—¿Sabes de alguien que pudiese darnos un poco de luz sobre el pasado de Jeanne? He oído nombrar a una tal Peggy Whitehead que dicen era su gran amiga. ¿La conoces?

—Sí —dijo Andrea—, acostumbraba venir por aquí antes de casarse.

—¿Qué clase de mujer es?

Ella se encogió de hombros.

—Típica de su generación.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Atractiva, despreocupada, bien vestida, inconsecuente… —se quedó titubeando unos momentos—. Ya conoces a Jeanne. El mismo tipo. Escasa erudición, pero conocedora de toda la jerga actual. Un tanto cínica y más vieja en apariencia de lo que en realidad es. Estas jóvenes me hacen siempre sentir vulnerable y pasada de moda.

—Conozco la clase y no encuentro la palabra apropiada para calificarlas. ¿Quieres decir entonces que la Whitehead conocía bien a Jeanne?

Andrea se detuvo a pensar.

—Posiblemente, tanto como otra persona cualquiera. Jeanne era… hermética.

—¿No sabes, pues, de ninguna otra con quien intimara?

—Dudo mucho que intimara con nadie. Ya conoces el tipo, William; infinidad de conocidas que a su paso le llamarían «querida» y «guapa» y otra serie de vaciedades que ninguna significación tienen en sus vidas. Francamente, me repelen. Parecen sombras de sí mismas.

—Pero no dejarás de reconocer que se han portado maravillosamente en esta guerra.

—También es cierto. Lo que me hace suponer que esos extraños amaneramientos son solo una capa superficial.

—Probablemente. Quisiera saber en qué se convertirán cuando la guerra acabe y tengan que volver a su vida habitual. Han agotado ya todas las experiencias de la vida. Sin embargo, todo esto es mera especulación, pero no nos descubre nada importante, como se supone debiera ser en mi caso. Entonces, ¿no puedes darme ninguna pista que me conduzca a alguien que pudiera darme informes sobre las amistades de Jeanne o los sitios que frecuentaba desde que hizo su ingreso en el servicio?

—No, y créeme que lo siento. Creo que tu idea es la mejor.

—¿Peggy Whitehead?

—La misma.

Austen se puso en pie.

—Muy agradecido, Andrea. Voy a arreglarme un poco para la cena. Si viene a tu memoria *algo* o *alguien*, no dejes de comunicármelo.

La mañana del viernes prometía un cambio satisfactorio en el tiempo. La lluvia había cesado y un sol acuoso hacía esfuerzos desesperados por abrirse paso a través de las nubes.

El superintendente Evans llamó por teléfono después de la hora del desayuno para dar a Austen detalles sobre el paradero de Peggy Whitehead. Ella y su maridó se hospedaban en un hotel que había a la orilla del mar a unas cincuenta millas de distancia.

—Está bien —contestó Austen—. Le hago a usted responsable de la gasolina que se gaste. Saldré antes de una hora, advirtiéndole que yo mismo conduciré el automóvil. Tengo la sensación de que esto es urgente y además muy importante.

Partió en su coche y se encontró una mañana que daba ya muestras de ser prometedora. El aire era cada vez más frío, lo cual era un aliciente para viajar a través de los pintados campos donde las hojas, libres ya del agua con que la lluvia les cubriera, lucían sus vivos colores rojo y oro a los pálidos resplandores del sol poniente.

—Da gusto estar vivo todavía —pensó Austen—, vivo, y en el campo, lejos de la guerra y las bombas…, al menos un corto tiempo.

Austen guiaba bien y gustaba de pisar el acelerador a fondo. Así es que se encontró antes de lo que esperaba junto a la orilla de un mar despejado y gris y ante un hotel desnudo de toda vegetación, pero de aspecto suntuoso.

La joven esposa de Whitehead no había salido, afortunadamente, y después de un breve espacio de tiempo apareció en la antesala. Era uno de esos tipos de mujer escurrida tan frecuentes en el período de la preguerra —muchas de las cuales parecían haberse henchido un tanto—, que daba la sensación de quebrarse por la cintura al mínimo descuido. Su forma espectacular de presentarse era también harto conocida: peinados extravagantes, cutis visiblemente metamorfoseado, pantalones anchos de color verde botella y un chaquetón escarlata. De su hombro colgaba un bolso con palos de *golf*.

Se dirigió a Austen con un aire de lánguida confusión:

—¿El comandante Austen? —preguntó con voz fina y casi imperceptible—. Creo que no nos hemos conocido antes, ¿verdad?

Él hizo un vago gesto negativo y contestó convencionalmente:

—Creo que no he tenido nunca ese placer.

—¿Entonces…?

—Soy portador de nuevas un tanto desagradables para usted, señora Whitehead. ¿Podríamos sentarnos?

Se dejó caer displicentemente sobre una silla, no muy cómoda al parecer, pero se notaba cierta tirantez en su ademán. Estaba impaciente por saber.

—¿Nuevas? —preguntó—. ¿Desagradables? No me asustan. Mi marido está aquí, así es que no podrán ser lo peor. ¿Se trata de… mis padres?

—Tampoco es tan malo como todo eso. Se trata solamente de una amiga de usted.

—¿Quién? —preguntó vivamente.

—Jeanne Foster.

—¿Qué le sucede? Creí que estaría ya casada en estas fechas.

—Se casó el miércoles. Murió una hora después de salir de la iglesia.

—¿Que murió? Sí que es desgracia. ¿Y cómo?

—Fue asesinada, señora Whitehead.

Esto la hizo estremecerse. Abandonó su actitud displicente y quedó unos instantes sin poder articular una sola palabra. Después dijo casi con entera naturalidad:

—¿Asesinada? ¡Qué horror! ¿Por quién? ¿Y por qué?

—Nadie lo sabe. Esa es la razón de hallarme aquí. Yo tenía la idea de que quizá usted pudiera darnos alguna luz sobre el particular.

—¿Yo? —replicó—. ¿Qué es lo que usted pretende? ¿Y quién es usted? ¿Y qué le hace suponer que yo pueda saber algo sobre ese asunto?

—Vamos a poner las cosas ordenadamente. ¿No le parece? Y creo que como principio no estaría de más una pequeña bebida. ¡Camarero!…

Encargó lo que ella eligió, algo también para él y le ofreció un cigarro. Le explicó a continuación su carácter oficioso en el asunto, así como su posición oficial fuera de él.

—He conocido a los Foster desde hace muchos años —prosiguió Austen— y a Jeanne también, aunque no mucho. Cuando me di cuenta de que este desdichado asunto estaba relacionado con algo que pertenecía a su vida íntima, consideré más conveniente hacer una pequeña indagación en ese sentido. Podría haber detalles

motivo de escándalo, y tengo sumo interés en que nada trascienda y evitar así todo perjuicio a la familia Foster.

—Muy digno de encomio en usted —comentó ella—. Pero dígame cómo ocurrió. Cómo fue asesinada. ¡Si me parece imposible! ¡Si no lo puedo creer!

Austen relató los hechos con cuanta discreción le fue posible.

—Como usted ve, no hay motivo aparente alguno en el presente. Tenemos, pues, que buscar en el pasado.

—¿Y por qué venir a mí precisamente?

—Porque parece haber sido usted su única amiga íntima y hay una posibilidad de que pueda usted decirnos cosas que nadie más podría saber.

En aquel preciso momento llegó el camarero con todo lo ordenado. Ella tomó su vaso y lo levantó pronunciando un enigmático
«¡Bung-ho!»,
brindis exótico al que Austen correspondió con otro de los tantos similares que, para desesperación de muchos, la situación había creado. Él pudo observar cómo ella se entregaba a sus pensamientos y hasta creyó ver que estos no le complacían grandemente.

—Óigame —dijo de pronto—. No me gusta para nada su idea. La pobre muchacha está ya muerta. ¿Para qué removerlo más?

—Es que fue asesinada —le hizo recordar Austen—. Deliberadamente. La persona que cometió el crimen anda suelta por el mundo, y quien una vez lo hizo impunemente es fácil que vuelva a reincidir. No creo que sea esa una bonita perspectiva. ¿No lo cree usted así?

—En realidad, no. Y mucho menos la idea de que tenga nada de bonita. Pero, de todos modos, no veo que pueda yo decir algo que contribuya a la detención del hombre que la asesinó.

—¿Dice usted del *hombre*?

—Supongo que habrá sido un hombre. Las mujeres no acostumbramos hacer esa clase de faenas.

—Me temo que de cuando en cuando también las hacen y, en este caso particular, con la misma facilidad pudo haberlo hecho un hombre que una mujer. No se empleó fuerza alguna.

—¿Pero quién demonios pudo haber deseado la muerte de Jeanne?

—Eso es precisamente lo que yo esperaba que usted me dijese.

—Pues siento decirle que no lo sé. Así como usted lo oye. Ni más ni menos.

—No creo que pueda usted estar muy segura de eso, señora Whitehead. Quizá sepa usted algo, sin darse cuenta de ello, que pudiera ponernos sobre la pista del asesino. ¿Tendría usted la bondad de contestar a unas cuantas preguntas a fin de ver a dónde podrían llevarnos sus contestaciones?

Peggy Whitehead sorbió parte del contenido del vaso, aceptó un cigarrillo y permaneció unos momentos en silencio. Después dijo pausadamente:

—No sin permiso de mi marido.

—Conforme. Tenga la amabilidad de preguntárselo. Y no olvide que tiene el deber de hacerlo, por las buenas o por las malas. Esto es una advertencia, no una amenaza; espero que así lo comprenderá.

—¿Qué quiere usted decir? Nadie puede obligarme a decir lo que yo no quiera.

—Siento decirle que está usted equivocada. Escuche. Incidentalmente he de decirle que hay una encuesta judicial pendiente para esta tarde y que yo he de volver para saber su resultado. Será suspendida y habrá otra cuando la policía haya reunido suficiente evidencia. Si creen que usted puede aportar información de valor, recibirá usted una citación «sub pena» para comparecer a la siguiente a contestar las preguntas que se le hagan bajo juramento de que dirá usted la verdad, solo la verdad y toda la verdad. Si quiere evitarse estas molestias, solo tiene que contestar a las preguntas que yo le haga en estos momentos. Conste que no pretendo ejercer ninguna coacción.

Meditó un momento lo que acababa de oír.

—¡En valiente lío me he metido! En fin, de todos modos no le importa que vaya a consultar a mi marido, ¿verdad? Estará muerto de curiosidad por saber lo que aquí ocurre.

—Puede usted decirle todo lo que ha oído de mí —dijo Austen —, en la seguridad que él mismo le aconsejará que me ayude usted en cuanto le sea posible.

Se ausentó, volviendo al poco tiempo acompañada de un joven oficial de las fuerzas aéreas, quien le ordenó diera la información

que se le pedía.

—Empiece usted, caballero —dijo a Austen—. La señora está dispuesta a hablar.

Esto despejó un tanto la atmósfera de tirantez y ella dio rienda suelta a su relato. También el marido contribuyó con algunas observaciones, cuyo resultado fue que Austen pudo recoger una serie de datos que no carecían de interés.

Jeanne Foster había sido, según los Whitehead, una mujer de temperamento emotivo, aunque *fría* al propio tiempo. Durante el tiempo en que Peggy y ella sirvieron juntas nunca se la vio sin escoltas masculinas que, dicho sea de paso, no duraban largo tiempo. Una semana, un mes; de pronto se desvanecían y otro ocupaba su lugar.

Austen quiso saber de quién partía la iniciativa del «desvanecimiento», si de ella o del admirador de turno.

Los Whitehead no lo sabían, pero la opinión general era que Jeanne se hastiaba pronto y los dejaba plantados, lo cual no era óbice para que la lista de aspirantes siguiera aumentando.

Muchos de los mariposones que revoloteaban a su alrededor podían considerarse como verdaderos artífices en el arte de la seducción, pero nada lograban de ella sino un soberano desdén. Hasta que llegó al fin el «dueño y señor» por quien ella a su vez cayó, y ya entonces no puso valladar alguno a su pasión.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Empezó hará unos diez y ocho meses —contestó Peggy—; lo recuerdo porque ella le conoció en la misma fiesta en que yo conocí a Tony.

Y al decirlo se volvió a su marido, guiñándole un ojo y sonriendo complacida.

—¿Y su nombre?

La señora Whitehead titubeó.

—¿Qué te parece, Tony? —consultó a su media naranja.

Él le dio a entender que nada debía ya de ocultar a fin de no entorpecer la misión del comandante Austen y ella dijo que el nombre del mago era el de Larry

O’Brien

y que era jefe de escuadrilla en la R. A. F. [4]

—¿Dónde está en la actualidad? —quiso saber Austen.

Al parecer ambos lo ignoraban. Solo supieron que había salido en misión y como tampoco había gran intimidad entre ellos, no pusieron gran interés en averiguar si había vuelto o no.

—Pero, al parecer, sus relaciones con Jeanne fueron bastante serias, ¿verdad?

—Muy serias. A todos extrañó que no se casaran…

Preguntas adicionales trajeron la conclusión de que Larry O'Brien, irlandés, como su nombre indicaba, había estado locamente enamorado de Jeanne, pero que había sabido dominarla completamente, impidiéndole hacer con él lo que con tantos otros hiciera. Fue grande el quebranto y abatimiento de Jeanne cuando un día vio aparecer el nombre de su amado en la lista de los desaparecidos.

Luego vino un estallido general en su sistema nervioso, su vuelta al hogar paterno y nada más ya se volvió a saber de ella en el regimiento.

Las dos muchachas habían simpatizado, si bien en forma voluble y trivial. Peggy había pasado parte del tiempo de su licencia en Chedwood Place, pero Jeanne se mostró poco comunicativa. Después se casó con Tony y no volvieron a preocuparse más una de otra.

—Vamos ahora a Beaufort —prosiguió Austen—. ¿Le conoció usted, señora Whitehead? ¿Hablaba Jeanne mucho de él?

Peggy movió la cabeza negativamente.

—Me le encontré solo un par de veces. Jeanne me habló de su próximo casamiento con Beaufort y me pidió que fuera una de sus damas de honor. Después me dijo que no quería una *Matrona de Honor*, lo cual de momento me dolió, pero se me pasó al enterarme de la vuelta de Tony con licencia; y esta fue la razón de que yo no asistiera a la boda.

En su opinión, era cuanto podían decir sobre el particular; pero Austen no se dio por satisfecho e hizo una serie de preguntas adicionales.

La información acumulada podía resumirse en lo siguiente: *a*) Peggy nada sabía con respecto a escándalo alguno que derivase de la enfermedad de Jeanne, pero no negaba la posibilidad de su existencia, *b*) No creía que Jeanne estuviese particularmente

interesada por Beaufort, pero admitía que, a pesar de todo, no le desagradaba su trato ni su aspecto, máxime viendo que sus años pasaban y con ellos las esperanzas de contraer matrimonio. O quizá buscase en él el consuelo que su alma necesitaba para mitigar el dolor que la desaparición de O'Brien le habría producido. De todos modos, solo Jeanne poseía la clave de este enigma, *c*) Sí. Peggy se había encontrado varias veces con Hewlett. Este era un verdadero tipo de soldado, amigo de sus amigos, pero no hombre de relaciones sociales. Era parco en palabras. Quizá conociera a O'Brien, pero ella nunca lo llegó a saber. Tampoco creía que hubiese sido una víctima más de los atractivos de Jeanne, aunque se les vio frecuentemente en el mismo grupo de amigos.

Con esto parecía darse por terminada la información que quiso obtener de los Whitehead, y rehusando la invitación de quedarse a comer con ellos, partió para Chedwood, donde llegó a tiempo para la encuesta.

Esta se hizo con arreglo a un plan preconcebido. El forense había recibido sus instrucciones y las había llevado a cabo meticulosamente. Solo se produjo la evidencia indispensable; se mencionaron los hechos más destacados y después que el veredicto de «Asesinato por Persona o Personas Desconocidas» hubo sido pronunciado, la encuesta fue suspendida con carácter más o menos indefinido.

Así, pues, la Policía estaba ya libre de poder seguir sus procedimientos habituales.

Después de presentar sus pruebas y oír el veredicto, Austen volvió a casa de los Redgrave.

Era tal la cordialidad con que se le trataba allí, que no tuvo compunción en prolongar su estancia, tanto más cuanto no quería perder un solo momento de vista a Andrea, por su propio bien.

Al llegar encontró un montón de informes esperándole, que habían sido enviados por tren desde Scotland Yard.

Volvió a solicitar permiso para utilizar el estudio del coronel Redgrave y, sentado confortablemente al lado del fuego, se entregó a la tarea de devorar el contenido de los escritos.

Los del Yard habían obrado con rapidez y eficiencia y una vez más tuvo Austen que admirar la penosa labor rutinaria hecha sin ruidos ni alharacas, a menudo insulsa y fatigosa, que servía para proveerle, y como a él a todos sus compañeros, de la exacta y necesaria información sin la cual nunca hubieran podido llevar a cabo sus cometidos.

Leyó primero el informe sobre Ralph Beaufort. Era más o menos lo que él esperaba. «Una especie de Don Juan», como alguien del Yard lo calificaba y que hizo sonreír a Austen al reconocer en él ese toque familiar. Beaufort había estado en Sandhurst y sirvió en el ejército de la India antes de la presente guerra. Después luchó en el Desierto Occidental; enviado de vuelta a Inglaterra y finalmente asignado a uno de los «comandos». Fue herido levemente en un ataque aéreo y después de su restablecimiento se le confirió un cargo en las oficinas del Departamento de Guerra. No había discusión en que era un buen soldado y en que su hoja de servicios era excelente en todos los conceptos.

Su vida privada, que, como es natural, no era de la incumbencia de nadie en su desenvolvimiento normal, presentaba ya un aspecto bastante diferente.

Las mujeres eran su flaco, pero solamente aquellas, a juicio del investigador, que pudieran llamarse del «tipo superior». Era muy popular. Su asociación con Andrea era conocida: o sea que el informe decía habérseles visto muy unidos durante algún tiempo. «¡Pero, Señor…! ¡Qué imbéciles son estas mujeres!», pensó Austen para su capote al leer estas líneas. ¡Una mujer como Andrea, caer por un hombre así! Sin embargo no podía negarse que él tenía sus atractivos, ni dejar de admitirse que si la mujer no cometiese sus errores, ¿dónde estarían la mayor parte de los hombres?

Después, seguía diciendo el informe, se anunció el compromiso del capitán Beaufort con la señorita Jeanne Foster, y aun cuando él continuaba saliendo con otras mujeres durante sus permanencias en Londres, no había ninguna a la cual dedicara particularmente su atención.

Luego, se hizo una recopilación de datos para determinar «quién era quién» en la vida ordinaria y se encontró que los clubs que él frecuentaba gozaban de alta reputación, pero que sus medios no estaban en consonancia con sus aficiones, ya que solo disfrutaba de

una pequeña renta además de su paga de soldado. Por lo que pudo saberse, no había contraído deudas de ninguna clase a pesar de la exquisitez de sus gustos y la prodigalidad con que gastaba el dinero.

Este era Ralph Beaufort.

Philip Hewlett era el reverso en muchos aspectos.

Él y Beaufort habían estado juntos en Sandhurst, siendo esta la única relación conocida entre ambos hasta hacía solo unos pocos meses. Hewlett fue herido gravemente en Italia y destinado más tarde, después de una larga postración en el hospital, a las oficinas del Departamento de Guerra y en la misma sección en que trabajaba Beaufort. Estaba completamente imposibilitado para ejercer servicio activo, pues se hallaba todavía bajo tratamiento médico. Quizá por mera coincidencia, tenía un piso cerca del ocupado por su compañero Beaufort.

Su hoja de servicios era excelente, y su conducta en la vida privada nada dejaba que desear, al parecer. Tampoco se pudo saber de inclinación alguna por su parte hacia una mujer determinada, y de haber existido no cabe duda que supo guardarlo con el mayor sigilo. Salía poco y siempre en compañía de amigos. Parecía estar en buenas relaciones con Beaufort, con quien solía vérsele con relativa frecuencia.

Y con esto quedaba dicho todo; un historial intachable de una vida desprovista de toda espectacularidad. Hewlett estaba considerado como persona solvente, que sabía circunscribirse a lo que buenamente daba de sí su paga de soldado. Sobrino único de un tío solterón, tenía la esperanza de heredar un día de este una no despreciable fortuna. Scotland Yard nada más tenía que añadir acerca de él.

Después de releer bien estas informaciones vio Austen que nada nuevo se desprendía de ellas, y volvió a telefonear a la oficina central para ver de obtener detalles completos sobre el jefe de escuadrilla Larry O’Brien y la relación que pudiera existir entre este y los dos capitanes, Hewlett y Beaufort.

En realidad, no abrigaba grandes esperanzas sobre los resultados de esta nueva investigación, pero consideraba un deber de rutina hacerlo así.

Un poco más tarde, llegó Evans en busca de nuevas. Austen le expuso una relación de su visita a los Whitehead y un resumen del informe de Scotland Yard, omitiendo cuidadosamente todo cuanto hacía referencia a Andrea.

Evans lanzó un profundo suspiro al tiempo que aceptaba el ofrecimiento de Austen de una carga de tabaco para la pipa.

—Este asunto me tiene frito —dijo con desaliento mientras atascaba su pipa—. No hay una pista por ninguna parte, ¿no le parece?

Austen asintió.

—Creo que nos cansaremos de dar palos de ciego hasta no encontrar una verdadera razón para el crimen —dijo—. Creo que nos hallamos ante uno que depende enteramente de circunstancias personales. Y tengo que reconocer que son los que más me gustan.

Evans se rio entre dientes.

—¿Crímenes de la alta sociedad? Bueno, allá cada uno con sus gustos. Si yo he de *tener* algún asesinato, prefiero que sea con la consabida pistolita o el cuchillo, porque una vez localizados estos se tiene ya, más o menos, al criminal.

—El caso es el mismo en los diferentes planos —arguyo Austen —. Encuentre usted a la persona que tenga un verdadero motivo para asesinar a Jeanne Foster, y en un noventa y nueve por ciento de los casos tiene usted en su poder al criminal. Aquí la adquisición y uso del arma no presentaba complicaciones; cualquiera las hubiera podido utilizar: un hombre, una mujer o un niño con uso de razón. Y es aquí donde estriba la dificultad de su solución. Si se tratara de un crimen que solo hubiese podido llevarlo a cabo un hombre o una mujer con relativas fuerzas, nos hubiera dado un indicio sobre la pista que habíamos de seguir.

—Pero aquí nada nos lo da, comandante, como no sea lo que usted nos dice de rebuscar en los devaneos amorosos que haya podido tener esa señorita. Y por lo que he oído, tenemos tarea para rato.

Austen aguzó los oídos.

—¿Alguna nueva hablilla local?

—Nada. Lo mismo de siempre. Que fueron muchos los que anduvieron con ella, pero ninguno largo tiempo. Mariposeo puro.

—¿De flor en flor?

—Exacto. De todos modos, comandante, no concibo a Jeanne muerta por motivos amorosos. Quiero decir que ella era bonita, eso hay que reconocerlo, pero no creo que fuera el tipo de mujer por el que un hombre fuese capaz de cometer una barbaridad semejante. Estas rubias atraen a los hombres…

—Pero ellos se casan con morenas…

El superintendente parecía tratar de recordar.

—Dicen que las rubias son frías. Yo no podría decir lo mismo…

—Supongo que su esposa es morena.

—No lo sé exactamente; ella dice que es castaña.

Evans sonrió y pensó en algo que no creyó conveniente decir en voz alta. Decidió cambiar de conversación y discutir uno o dos puntos de la reciente encuesta.

El superintendente, sin embargo, volvió a la carga.

—Usted se empeña en que se trata de viejos amores y que hay la posibilidad de hallar un hombre en el fondo de esta cuestión. Pero ¿y si fuera al revés? ¿Y si fuese Jeanne quien hubiese birlado el novio a alguna? ¿No podría suponerse que fuera esta quien la hubiese liquidado?

—Ya he pensado en ello —afirmó Austen sin gran convencimiento—. Cabe, naturalmente, la posibilidad de que así ocurriera. ¿Ha oído usted algún comentario en este sentido?

—Eso se susurra por la villa, pero ¡claro!, no se le puede dar mucha importancia. La pobre Jeanne no gozaba de muchas simpatías y ya sabe usted cómo es la gente de pueblo.

—Lo sé. ¿Se mencionó algún nombre?

—No. Era solo la vieja idea de: «buscad la mujer», como dicen los franceses.

—Pues la buscaremos, ¿qué le vamos a hacer? Lo malo es que será buscar en un pajar.

—¿En un pajar?

—Sí, hombre. La aguja.

Evans sonrió.

—Espero que será una muy bien afilada, cuando la encontremos. Por lo menos la faenita no estaba mal hecha.

—Así es.

En aquel momento la puerta del estudio se abrió y apareció el coronel Redgrave.

—Foster está en el teléfono, William. Pregunta si puede venir a verle —informó.

—¿Dedujo usted que fuese urgente? —preguntó Austen.

—Creo que no. Quiere simplemente tener unas palabras con usted. ¿Qué le digo?

—¿Quiere usted tener la bondad de decirle, si no es algo muy importante, que iré al Place después de cenar? Quiero ver también al capitán Hawlett, así es que podré matar dos pájaros de un tiro.

El coronel volvió a salir y los dos detectives quedaron hablando sobre el curso de la investigación. Después se despidió Evans.

Durante cinco minutos Austen se entregó a su pipa y a sus meditaciones. Después se reunió con los Redgrave y en el transcurso de la cena solo se habló de cuestiones puramente sociales.

Después, y bajo un cielo tachonado de estrellas, se lanzó en dirección a Chedwood Place. La noche era fría y sin viento, lo cual presagiaba un cambio favorable en el tiempo. Había hasta ligeros indicios de escarcha en el aire.

Al llegar a la casa, decidió hablar primero con el capitán Hewlett, a quien esta vez encontró menos monosilábico que en su primera entrevista.

Philip Hewlett tenía un resentimiento que exteriorizó tan pronto como terminaron los saludos de rigor.

—Dígame, comandante, ¿cuándo puedo volver a Londres? He telefoneado al superintendente y este me dijo, más o menos, «que esperase», y eso no me satisface.

—¿Qué quiere usted dar a entender?

—Que he llamado, como es natural, a mi departamento, porque solo disponía de unos pocos días de permiso para asistir a esta boda. Tengo además que hacer acto de comparecencia en el hospital para seguir el tratamiento que me han ordenado. Claro que, de todos modos, pensaba quedarme hasta que se celebren los funerales, pero quiero saber si puedo marcharme después. No tiene usted idea de los trastornos que me ocasionaría no recibir el pasaje en la fecha señalada.

—Sí, sí; lo comprendo. Haré lo que pueda, Hewlett. Hablaré con el superintendente y espero conseguir que pueda usted marcharse después de los funerales.

—Muchísimas gracias.

—Esta concesión pareció suavizarle un tanto, circunstancia que Austen aprovechó para hacerle unas cuantas preguntas que él contestó con tanta cortesía como afabilidad.

Se referían al jefe de escuadrilla Larry O’Brien; las contestaciones, aunque no aportaron gran luz, no por eso dejaron de tener interés. O’Brien y Hewlett se conocían desde hacía mucho tiempo. No se especificó este con exactitud. Larry era una gran persona. Sí, Larry había tenido un asunto escabroso con Jeanne. Hewlett había tenido ocasión de obtener parte de su desarrollo y nunca creyó que Larry tuviera la mínima intención de casarse con ella. En opinión de Hawlett, era difícil congeniar con Jeanne, aunque no dudaba que Beaufort hubiera sabido dominarla de no haber ocurrido el trágico desenlace.

Austen volvió al tema de O’Brien y de sus relaciones con Jeanne.

—No me gusta hablar de las cosas privadas de aquel pobre muchacho —dijo Hewlett—. Después de todo, aunque se le considera desaparecido, *hay* siempre una posibilidad de que vuelva. Casos más extraños han ocurrido en la guerra.

—Es verdad —convino Austen—. ¿Pero no cree usted que O’Brien tomó a pecho este asunto?

Hawlett hizo un gesto afirmativo.

—En realidad, es cierto; pero nunca dejó que ella lo supiera. Quiero decir que él sabía perfectamente la clase de mujer con quien trataba y el modo de manejarla. No creo tampoco que experimentara ningún pesar cuando fue enviado al frente.

—Ella estaba enamorada y un tanto segura de poseerle, lo cual no debió de ser de su agrado. Larry era un muchacho muy despreocupado y no le gustaba nada que pudiera sujetarle.

—¿Y ella lo intentó?

—Así parecía.

—Sea usted franco, Hewlett. ¿Cree usted que él deseaba romper esas relaciones?

El joven oficial titubeó antes de decir:

—Pues bien, sí. Creo que las rompió y no fue del agrado de ella.

Parecía que nada más podría sonsacársele a Hewlett después de lo dicho, por lo que, prometiendo hacerle saber si le sería dable volver a Londres después de los funerales, Austen se despidió dirigiéndose seguidamente a celebrar su próxima entrevista.

8

El padre de Jeanne esperaba en la espaciosa sala donde, con excepción de las proximidades de la chimenea, se dejaba sentir en esta noche un frío bastante intenso. Sin embargo, el señor Foster había dispuesto una pequeña recepción en forma de una botella de oporto y una buena caja de tabaco.

Nuestro diminuto señor presentaba mejor aspecto que el día anterior. Su pequeño *ego*, habitualmente dominador, seguía un tanto abatido, cosa natural, pero el horror que le produjera la trágica muerte de su hija iba cediendo gradualmente en su espíritu.

—Siéntese —invitó—. Me alegro de verle, William. ¿Un cigarro?

Austen aceptó este y rechazó el oporto. El señor Foster se sirvió vino, se acomodó en su asiento y se dispuso a entrar en materia.

—Quería verle —dijo—, porque he estado pensando bastante desde la última vez que nos vimos y no encuentro tranquilidad para mi espíritu. Mi hija ha sido vilmente asesinada. Así lo ha demostrado el resultado de la investigación. Nada podrá ya devolvérmela, pero el infame que la mató debe purgar su delito. Quiero conocer todos los pasos de ustedes, si en ello no encuentra usted inconveniente. No es que yo dude en absoluto de su gran interés en este caso, pero quiero ver al asesino en manos de la Justicia y desearía saber el resultado de sus gestiones hasta el presente. ¿Sospecha usted de alguien?

Austen le dio una de sus pequeñas charlas, la que siempre empleaba en casos semejantes, sobre las dificultades de la averiguación y la constante necesidad de sospechar de todos hasta tanto no fuese encontrado el verdadero culpable.

No era el señor Foster hombre fácil de contentar con sutilezas. Además, había conocido a Austen sobrado tiempo para dudar de su

capacidad como inspector jefe del C. I. D. Perseguía un objetivo, hizo preguntas específicas y persuadió finalmente a Austen de emplear con él una absoluta franqueza.

—Escúcheme, señor Foster —dijo al fin—. No quisiera lastimar sus sentimientos, pero ya que usted me exige no solo la verdad, sino toda la verdad, se la daré en la seguridad de que esta no va a complacerle.

—Tengo valor suficiente para afrontarla —dijo el señor Foster con la terquedad propia de todos sus paisanos.

—Está bien. Pues esta es. Cuando se anda a la caza de un asesino, es ya una gran victoria encontrar a alguien con motivos suficientes para perpetrar el crimen. Esto es lo que hasta el presente he estado buscando. ¿Qué razón pudo haber para desear la desaparición de Jeanne? Nadie, incluyéndole a usted, ha podido darnos respuesta satisfactoria alguna. El motivo corriente, el del dinero, no existe aparentemente. Nadie, por lo visto, se beneficia con su muerte. ¿Odio? No podemos encontrar persona alguna que la odiara. ¿Miedo? ¿Quién podría temerla? ¿Y por qué? ¿Amor? ¿Quién, amándola, hubiese deseado su muerte? Sin embargo, es evidente que alguien hubo con verdadero interés en matarla. ¿Quién? ¿Por qué? Este es el muro contra el que constantemente nos estrellamos. Como usted puede ver, es una pregunta puramente personal.

Lanzó un profundo suspiro e hizo caer la ceniza de su tabaco. Luego prosiguió:

—Así, pues, parece evidente que únicamente tomando en consideración las circunstancias de su vida privada y las personas con quien ella intimó, se podría llegar al conocimiento de lo que hoy tan vanamente buscamos. Ahora bien, ella estuvo viviendo aquí con ustedes durante los últimos seis meses. Nada sabemos tampoco de este período de tiempo. Pero con anterioridad, cuando ella estaba en Londres, frecuentaba toda clase de personas y lugares. Tuvo allí, dicho sin ambages, varios lances amorosos. Alguno de ellos quizá nos descubra la pista que hemos de seguir para encontrar al asesino.

El señor Foster dio un respingo, pero se repuso y dijo con entereza:

—Comprendo lo que quiere usted decir. ¿Antes que ella

conociera a Beaufort?

—Sí.

—No permita usted que esto llegue a conocimiento de su madre.

—Lo procuraré. Se lo aseguro.

—Gracias, William. Le agradezco su cooperación.

Austen continuó:

—Una gran dificultad es la de decidir el lugar donde podría encontrarse al asesino. Espero que usted sabrá comprender que uno de los mayores obstáculos encontrados en nuestra investigación es el de que, en el momento de la comisión del crimen, la casa estaba llena de gente de todas clases y condiciones. Uno cualquiera de ellos *pudo* haber sido el criminal.

El señor Foster estaba impresionado.

—¡Pero eran nuestros huéspedes!

—Sí, pero uno de ellos sería probablemente el culpable, y la dificultad de encontrarlo estriba precisamente en el gran número. Como usted sabe, hemos hecho cuanto hemos podido por saber la localización exacta de cada uno en el momento en que se cometió el crimen. En general, todos pudieron testificar haberse visto mutuamente durante el período de tiempo en cuestión, y con el gentío presente, fácil le hubiera sido a cualquiera de ellos desaparecer durante cinco minutos sin que se hubiese notado su ausencia.

—¿Y cinco minutos hubieran sido suficientes?

—Sí.

—¿Pero no dice usted que todos podían dar razón de su tiempo?

—No solo podían, sino que tuvieron que hacerlo. Todos fueron interrogados. Pero aquí había más de cien personas desparramadas entre esta sala y el comedor, entrando y saliendo constantemente. Algunos eran amigos de usted, otros de Jeanne, otros de Beaufort. Su amistad con algunos era reciente y no faltarían quienes fueran completamente desconocidos, no solo para usted, sino para la mayoría de los comensales. Probablemente nadie estaría interesado más que en la boda de Jeanne y Beaufort, en el pastel, en los regalos y en el champaña. Muchos de ellos quizá fueran personas insignificantes. Suponiendo que uno de ellos se hubiera escurrido, ¿quién se hubiera dado cuenta de ello? El martes, después de la muerte de Jeanne, interrogamos a todos y ni uno siquiera se

apercibió de que tres personas no se hallaban con todos durante el tiempo que medió entre la subida de Jeanne y el momento en que fue hallada muerta. Así es que, si tres personas pudieron desaparecer sin que nadie se diera cuenta de ello, otros pudieron haberlo hecho del mismo modo. ¿Comprende ahora la dificultad de que le hablé?

El señor Foster lo comprendió.

—Pero —dijo en son de protesta—, ¿cree usted que una de esas personas, casi todas amigas nuestras o de Beaufort, pudieron ir, o fueron, al cuarto de Jeanne y la asesinaran?

—Indudablemente pudieron.

—¿Pero cómo pudieron subir y bajar sin que nadie les viera?

—Por lo menos sé de dos personas que lo hicieron.

—¿Quiénes eran?

—No se pueden mencionar nombres. Y aún sé de una tercera persona que salió de la casa sin que nadie se preocupase de ella.

El señor Foster era reacio a admitir que ninguno de los que estuvieron en la casa pudiese haber cometido el delito.

—¿De dónde cree usted, pues, que vino el asesino o asesina?

—De fuera. Alguien extraño a todos, con excepción, supongo, de mi pobre hija. ¿No es posible, William, que algún desconocido escogiera el momento en que todos estábamos ocupados en la recepción, para entrar en las habitaciones y matarla?

—*Posible* sí lo es —admitió Austen—, y estamos ya investigando esa posibilidad. Por eso deseamos conocer cosas del pasado de Jeanne que ocurrieron en Londres. ¿Pero cómo cree usted que un extraño pudo entrar en su alcoba?

—Por la ventana.

—Imposible, a mi juicio —y esto lo dijo Austen con énfasis—. No hay enredaderas en el muro por las que pudiera haberse encaramado, ni tubería de desagüe ni nada, en fin, que pudiera servirle de apoyo en la ascensión. Y de haber usado una escalera, única alternativa que quedaba, ¿de dónde vino, y cómo no dejó huellas en la grava del suelo?

—¿No hay marcas?

—Ninguna. Y todas las escalerillas que había en el cobertizo, donde se guardan los aperos de labranza, seguían en su sitio, cubiertas de polvo, lo que daba a entender el largo tiempo que

llevaban ociosas. Por otra parte, me parece inadmisible la idea de que alguien, sin ser visto, pudiese entrar y salir de este modo del cuarto de Jeanne. No, no puedo menos de creer sino que ella esperaba una visita, la cual entró y salió, sin impedimento de ninguna clase, de acuerdo con un plan preparado.

El viejo Foster pensó detenidamente en esta posibilidad.

—¿Y qué va usted a hacer, William?

Austen rio con visible desgana.

—¿Qué quiere usted que haga? Investigar. Así se le llama. Seguir ideas, posibilidades y pistas. Rastrear la caza.

—Pero yo quisiera…

—Ya lo sé —le interrumpió el joven—. Usted lo que quiere son resultados. Y yo también. Pero debo decirle que me hallo en un supuesto disfrute de permiso y que a no ser por mi buen deseo de cooperar al esclarecimiento de este embrollo, mi mayor deseo sería retirarme y gozar de unos cuantos días de descanso. Por favor, pues, no insista usted en la creencia de que la Policía, entre la cual me cuento, no hace cuanto puede por tratar de resolver el caso con la mayor brevedad posible.

El señor Foster se excusó cortésmente, comprendiendo lo irrazonable de sus apuros.

—Perdóneme usted, William. No puedo remediarlo.

—Pues ayúdenos usted. Haga cuantas pesquisas pueda acerca de las amistades y movimientos de Jeanne durante el tiempo que ella estuvo en Londres. Hable usted de ello con su esposa, y vea si, en sus propios recuerdos, puede usted encontrar nombres de personas o incidentes que hayan sido mencionados. Estas cosas conducen muchas veces a excelentes resultados. Hágame saber cualquier cosa que surja y no decida por sí mismo la significación que pudiese tener.

Fue necesario prolongar la conversación unos instantes más, pasados los cuales Austen se despidió y se volvió rápidamente a casa de los Redgrave.

Andrea le esperaba junto al fuego en el vestíbulo. Sus padres se habían ya acostado.

—Ha habido una llamada telefónica para ti, William —fueron sus primeras palabras—. Hace cosa de una hora. Era del teniente Whitehead, que deseaba hablar contigo. Dijo que le conocías y que

te había hablado esta mañana.

El interés de Austen se avivó considerablemente al oírlo.

—¡Ajá! Está bien. ¿Dejó algún recado?

—Sí. Dijo que tenía algo que decirte en relación con la muerte de Jeanne y que vendría a verte esta mañana, tan pronto como pudiera, a menos que tú le notificaras lo contrario.

Austen sonrió.

—Bueno. Esto pudiera ser lo que el propio aviador calificaría de «golpe maestro». Me gusta la fraseología de la aviación. ¿A ti no, Andrea? Me llama poderosamente la atención. Ahora es cuando puedo considerar el día como bien empleado. Que descanses; espero que nos veremos mañana a la hora del desayuno.

Le ayudó a cerrar las puertas, apagar las luces, a matar con agua el fuego de la chimenea y a todas esas precauciones domésticas que toda buena casera sabe adoptar antes de retirarse a descansar. Después se dirigió a su dormitorio, se desnudó y se metió en la cama decidido a darle a su cansado cuerpo un prolongado y merecido descanso. Algo, sin embargo, que no podía descubrir con claridad, le hurgaba en el cerebro. Tenía la convicción (no sabía si equivocadamente) de que algo de lo que había oído durante el día iba a conducirle directamente a encontrar al asesino de Jeanne. Pero por más que trató de recordarlo, recorriendo mentalmente una por una todas las informaciones recibidas, no lo consiguió. El sueño acabó por vencerle y se durmió olvidando correr el pestillo de la puerta.

El teniente aviador se presentó temprano; tan temprano, en realidad, que Austen estaba todavía ordenando los papeles del día cuando aquel entró.

Andrea le ofreció desayuno, cosa que él aceptó ávidamente, y no fue sino después de terminar este y de que la mesa quedase completamente limpia del servicio cuando Andrea decidió dejar a los dos hombres solos. No había duda de que Austen pensó por enésima vez que Andrea era una mujer única entre un millón. Ella sabía perfectamente que un hombre se siente más locuaz y contento cuando está bien alimentado. Si esto lo supieran todas las mujeres, habría, en su opinión, menos divorcios en el mundo.

Pero fuera lo que fuese, Andrea se despidió después de asegurar a Austen que sus padres habían salido y que el comedor, con un

magnífico fuego en la chimenea, estaba a su disposición hasta el momento que la mesa hubiese de disponer para la comida.

Después se entregó a sus habituales ocupaciones, prometiendo no volver, a menos que fuese requerida su presencia.

Austen y Whitehead acercaron sus sillas al fuego. Austen encendió una pipa mientras Whitehead fumaba cigarrillos uno tras otro.

—¿Qué hay? —preguntó el comandante después que se hubieron acomodado.

—Pues… —Whitehead contestó pausadamente—. He estado en una especie de…, bueno, quiero decir que al marcharse usted ayer, Peggy y yo quedamos un tanto confusos, y empezamos a charlar acerca de lo que usted había dicho…, y de una cosa saltamos a la otra…, y empezamos a recordar cosas como usted nos indicó, y de repente Peggy salió con algo que hasta entonces parecía haber guardado cuidadosamente. ¿Por qué lo hizo? Solo Dios lo sabe, pues siempre me ha tenido al corriente de todo cuanto viera u oyera.

Hizo una breve pausa para encender un nuevo cigarrillo con la punta del anterior.

—Pues sí —continuó—. No me satisface la idea de tenérselo que decir; pero ¿qué le vamos a hacer? Peggy insistía en que no lo dijese, y yo le dije: «Después de todo, se trata de un asesinato, como dijo el comandante, y cuando se trata de un asesinato, hay que desprenderse de prejuicios rutinarios». Pues bien, se trata en resumidas cuentas de que Jeanne no era, en realidad, lo que pudiera llamarse una verdadera señorita.

—¿Queriendo decir con ello…?

Whitehead parecía tener dificultad en encontrar las palabras apropiadas.

—Creo que es realmente venenoso lo que voy a decir, se trate de quien se trate, en especial de una amiga de Peggy, y no lo diría si esta no me hubiese jurado que lo que me decía era el Evangelio. El hecho es que Jeanne tenía, al parecer, una feísima costumbre.

—¿Una feísima costumbre? ¿Qué quiere usted decir?

—Pues bien, he aquí: Jeanne era simplemente una chantajista.

Estas últimas palabras salieron de su boca como un torrente.

Austen silbó por lo bajo, cosa que únicamente hacía en los momentos de mayor sorpresa.

—¿Una chantajista? —repitió—. ¿Jeanne Foster? ¿No será esto una confusión y que lo que usted ha querido decir es que fue ella la víctima de un chantaje?

—No. No ha habido confusión.

—Entonces esto es algo fantástico. Si es verdad, tenemos ya el motivo del crimen que estamos buscando.

—Créame que me dio un vuelco el corazón cuando Peggy me dejó caer esa bomba.

—¿Y ella puede asegurarlo… me refiero a su esposa, sin el menor asomo de duda?

—Sí, señor, en absoluto.

—¿Con nombres? ¿Y fechas?

—Sí.

—Estoy sorprendido, lo reconozco, y créame que soy hombre difícil de impresionar. Siga usted. Los detalles, por favor.

Se veía a las claras la repugnancia de Whitehead a ampliar el tema. Su Peggy le había dicho que no mencionara nombres, y aun consciente de que no debía en este caso obedecer sus órdenes, no podía por menos de sentir un fuerte desasosiego al hacerlo.

Austen le convenció, sin embargo, de que este era uno de esos momentos en que el decir la verdad era indispensable y la verdad se supo en toda su sórdida desnudez.

Leyendo entre líneas, podía deducirse que dos pasiones predominantes obsesionaban a Jeanne Foster: el dinero y el afán de subyugar a todos.

Siempre andaba a la última pregunta. Tan pronto como ella se incorporó al servicio femenino de la Armada Real, su padre se limitó a pasarle una pensión que ella calificaba de «miserable», pues no servía, ni con mucho, para hacer frente a los continuos despilfarros de Jeanne. Jugaba fuerte; gastaba considerables sumas en sus vestidos y asistía con frecuencia a los cabarets nocturnos de peor reputación.

Todo esto era *vox populi* entre sus compañeras de regimiento. A decir verdad, no había secreto alguno en ello, y públicamente se quejaba o se jactaba, según el humor en que se encontrara, del dinero que había perdido en las carreras, en su última noche de «pocker» o en lo que fuere. La opinión de Peggy Whitehead era que Jeanne había contraído considerables deudas.

Tenía períodos de gran *afluencia*, que no pasaban de un mes, en que gastaba el dinero a manos llenas, pero el final era ya descontado: los apuros de siempre.

Los comentarios en el Cuerpo eran múltiples y abundantes. Jeanne era mujer exageradamente conspicua, que le gustaba se supiera cuanto hiciera o dejara de hacer. Su inclinación a la teatralidad hacía que el ambiente en que se moviera adquiriese siempre un matiz espectacular. Naturalmente, las otras muchachas comentaban entre ellas los motivos de estos cambios pecuniarios, especialmente sabiendo por Jeanne misma que el señor Foster era «un viejo mezquino», incapaz de sacarla del apuro en sus períodos de depresión.

Ese era un tema corriente en las conversaciones entre las compañeras de regimiento. Ni aun Peggy, más amiga de Jeanne que las demás (amistad que nada quería significar según declaración enfática de Tony), recibió de esta confidencia ni explicación alguna sobre el particular.

Después, repentinamente, poco después de la enfermedad de Jeanne, los acontecimientos se sucedieron con rapidez.

Peggy se encontró con una muchacha deshecha en lágrimas, a la cual preguntó la razón de su congoja. La historia que de ella obtuvo fue en extremo desagradable. Esta joven había asistido con Jeanne a una fiesta de carácter dudoso. En ella habían ocurrido cosas que había que evitar llegasen a conocimiento de sus padres, y Jeanne aprovechó esta circunstancia para exigir dinero a cambio de su mutismo. Recibió la suma que pedía, pero no por eso cesaron las exigencias. Aun desde la cama en que se hallaba postrada en Chedwood, escribió cartas apremiando el envío de cantidades que la otra pobre se veía en la imposibilidad de remitir. Por fin, Peggy logró convencer a esta pobre criatura que aun los padres más puritanos son susceptibles de perdonar ante un sincero arrepentimiento, y le aconsejó que escribiera a Jeanne autorizándola a llevar a cabo su indigna acción, pero después de haber hecho una confesión sincera de su culpa a sus padres.

Contrario quizá a todas las apariencias, Peggy era, en realidad, un corazón de oro. Aprovechó la primera oportunidad para ir a Chedwood a fin de enfrentarse con Jeanne y, enferma o no, no vaciló en afear su conducta. Jeanne sufrió un breve ataque de

histerismo. Peggy admitió sentir el remordimiento de haber llevado a una enferma a ese lamentable estado; pero el resultado fue que Jeanne acabó por admitir que su desesperación por lograr dinero le había impulsado a cometer actos que ella misma consideraba reprochables.

Peggy obtuvo la promesa de que se daban por terminados los chantajes, la conversación tomó después un cariz conciliador, pero la amistad que entre ambas pudiera haber existido se desvaneció desde aquel punto y hora como por ensalmo.

—Peggy se puso hecha una fiera al enterarse que Bettine iba a ser una de las damas de honor —dijo Whitehead a Austen—, pero dejó las cosas como estaban en su buen deseo de evitar el escándalo. Esa fue su principal razón para no asistir a la boda. Todo ello muy desagradable, ¿verdad?

Austen asintió plenamente. Era una historia tanto más *desagradable* cuanto más se la analizaba. Jeanne debió de ser un tipo nefasto de mujer para llegar a hacer lo que hizo, aun estando desesperada, desesperación, por otra parte, dudosa en cuanto a causas que pudieran motivarla. Esto, como dijo Austen al superintendente cuando el aviador se hubo marchado después de suplicar se mantuviese a su esposa al margen de todo este repugnante asunto, traía de nuevo la sospecha de que fuese Jeanne, en realidad, la víctima de un juego sucio.

—Hasta me hace sospechar de la veracidad del cotilleo de la villa —sugirió Evans.

—Así es, superintendente. Hace sospechar. Bien, yo creo que es hora ya de empezar a desenterrar trapitos sucios.

—¿Trapitos sucios, dice usted?

—Sí. Y me temo que cuanto más profundicemos, más sucios serán. Puesta ya en ese terreno, cualquiera que se hubiese acercado a ella podía haber sido una presunta víctima… incluyendo al novio. Decididamente no me gusta esto. Pero hemos de convenir en que nos da una perspectiva más clara del asunto que todas las que hasta el presente hemos encontrado.

El superintendente todavía no lograba verlo así.

—Bien —dijo Austen—, ya hemos convenido que cuando encontrásemos un motivo para el asesinato, ello nos conduciría directamente al criminal. Antes no lo teníamos. Ahora, por lo

menos, nos hace vislumbrar uno. El chantaje es una de las cosas que más desespera a una víctima. Sabe que nunca ha de tener fin. Que el juego se prolongará indefinidamente y que solamente desembarazándose del autor puede uno librarse de la constante amenaza.

—A menos que encuentre el modo de comprar las pruebas acusadoras.

—Sí, pero ni aun entonces puede, en la mayoría de los casos, considerarse seguro. Supongamos que se trata de fotografías, cuya publicidad se desea evitar. Sería posible lograr su devolución a cambio de la suma estipulada como rescate, e inclusive adquirir los negativos, pero ¿quién puede garantizar que el criminal no se ha quedado con unas cuantas copias para sí?

—Es verdad —admitió Evans—. ¿Pero qué hay si se trata de cartas?

—Quizá la víctima pueda recuperarlas, pero el chantajista conoce su contenido y aun sin tener una *prueba real*, hay muchos casos en que un mero indicio de que dichas cartas *hubiesen existido*, podría provocar la catástrofe.

—Sí, sí, lo comprendo. ¿Entonces usted cree que nuestro asesino o asesina es alguien a quien ella había estado explotando?

—Está en lo posible. Pero no podemos ir más allá, ¿no le parece? Vea usted cómo de nuevo esto nos obliga a escudriñar el pasado. Asunto feo, no cabe duda.

Los funerales de Jeanne tuvieron lugar aquella mañana. El tiempo fue más clemente en su entierro que lo había sido en su boda. El sol brillaba vagamente y los petirrojos cantaban escondidos en los arbustos santificados del patio de la iglesia, después de hacer incursiones a la removida tierra de la fosa, en busca de gusanos con que alimentarse. Había casi el mismo número de asistentes que a los esponsales, así es que la iglesia se vio de nuevo totalmente abarrotada.

El organista se dejó llevar otra vez de su inspiración, pero sus notas iban hoy impregnadas de algo doloroso y patético. También las damas de honor se hallaban presentes. Sin ramos de flores y con negros vestidos. Era el féretro de Jeanne el que hoy venía a lo largo del pasillo de la nave central, tras el sacerdote y el coro, y su ocupante no lucía el velo de novia, sino la mortaja del difunto. Era

una dolorosa experiencia, sobre todo para los que poseen una gran imaginación.

El inquieto y diminuto señor Foster había conservado las flores nupciales para este día, y las depositó sobre el engalanado ataúd. Sus cintas de plata evocaban el recuerdo de aquellas manos de Jeanne, que solo unos días antes las acariciara al adelantarse radiante de alegría al encuentro del esposo ante las gradas del altar.

Los pétalos de los crisantemos estaban ya un tanto rojizos en los bordes y su fragante aroma sofocado por el fuerte perfume que despedían los lirios funerales.

Había continuos lloriqueos en la iglesia. La señora Foster, pese a su gran fortaleza, no podía evitar que lágrimas silenciosas surcaran sus mejillas, mientras las damas de honor lloraban acongojadas sin dar tregua a su desconsuelo. Beaufort, pálido, compuesto y grave, no se separaba un momento del lado de la pobre anciana.

Austen y los tres Redgrave se sentaron hoy en el fondo de la iglesia, en la última fila de bancos dispuestos para los familiares y amistades. Detrás de ellos se aglomeraban gentes de la villa, llenos de curiosidad y de esa macabra inclinación por los funerales que todos los labriegos del mundo parecen compartir. Para ellos esto constituía un gran acontecimiento. La villa no recordaba un día de excitación semejante. Una boda, una encuesta judicial, un veredicto de asesinato y un funeral, y todo dentro del breve plazo de una semana.

Tanto el capitán Hewlett como los Whitehead, se hallaban también presentes. Se notaba la ausencia de algunos de los más jóvenes de los que asistieron a la boda, pero la iglesia no pareció estar menos llena que lo estuvo el martes.

Austen no parecía prestar gran atención a los ritos funerales. Estaba demasiado ocupado en observar la conducta de todos los allí presentes. No podía nunca saberse lo que pudiera traslucir del modo de comportarse cada uno en momentos como este.

En el acto de la sepultura se mantuvo también alejado de la multitud, el ojo siempre avizor.

Beaufort permaneció en pie con Hewlett a su lado, ambos con las caras completamente inexpresivas. La señora Foster sollozaba mientras su marido no cesaba en su afán de prodigarle sus consuelos.

Fuera de los ya indicados, el comportamiento general era el obligado en estos casos. Una aflicción decorosa y unas cuantas flores en el momento de lanzarse las primeras paladas de tierra sobre el féretro.

Los ritos funerales prosiguieron. Se pronunciaron las últimas palabras sacramentales y Jeanne, la esposa de una hora, quedó entregada a su eterno descanso.

A Austen le pareció como si una espesa niebla le envolviera. Figuras de vagos contornos parecían surgir de tiempo en tiempo de ella para volver, sin darle lugar a identificarlas, a la nebulosa región de donde procedían.

Se marchó solo a dar un rápido paseo en aquella tarde fría de octubre, con objeto de ordenar sus pensamientos. Jugaba consigo mismo una especie de juego que en el pasado, y en circunstancias análogas, le había dado excelentes resultados. Una especie de ejercicio mental, que muchas veces conducía directamente a la verdad.

Admitamos, pensó Austen dejándose llevar de su sistema, que el chantaje es el motivo del asesinato; digamos el chantaje de Jeanne para mayor claridad. ¿Quién encaja en este cuadro? ¿Beaufort? Ensayémosle. Ella le ha dicho que al estar casados le entregará ciertas pruebas acusadoras que tiene contra él. Tan pronto como se ha verificado el matrimonio, aprovecha él la primera oportunidad que se le presenta para exigirle el cumplimiento de su promesa. Ella se desdice y él la mata.

He aquí una teoría.

Ahora bien, la presencia del éter ha establecido que el crimen fue premeditado. Si él esperaba lograr lo que necesitaba, ¿a qué venía la premeditación del asesinato y el llevar consigo el éter? Y si no lo esperaba, ¿por qué se casó con ella? ¿Y qué papel representaría en todo esto el visitante misterioso? Este no podía haber sido Beaufort. Era evidente. La incomparable Gladys le hubiera reconocido sin lugar a dudas. Además, la idea de Beaufort como asesino, no parecía muy convincente. Por lo que se desprendía de los informes recibidos del Yard, nada de lo que Jeanne hubiese podido decir en su contra podría llegar a zaherirle. Al menos en lo que se refería a su reputación. Beaufort era de aquellos que nada tenía, en realidad, que perder y a cualquier

insinuación de chantaje hubiera respondido invariablemente con un indiferente: «puedes decirlo; me importa un bledo todo ello».

Austen se paró ante una verja de hierro, golpeó su pipa contra el travesaño superior y decidió detener su paseo unos momentos. Se recostó indolentemente contra los barrotes, dejando que sus pies se hundieran en la húmeda hierba que pisaba, y en actitud de meditar, rebuscó en el bolsillo de la americana, sacó la consabida bolsa y rellenó pausadamente la pipa.

Tenemos el sospechoso más inmediato. Un breve análisis le hizo fijar su atención en el flemático capitán Hewlett. Era evidente que este se había mostrado un tanto inquieto al ser interrogado. Dio la sensación que trataba de ocultar algo. ¿Por qué? ¿Había sido él también una víctima de las actividades de Jeanne? Y si lo era, ¿por qué? Según el informe del Yard, su vida era en extremo tranquila. No se concebía nada en ella que pudiese ir en su contra, aunque tampoco podría afirmarse rotundamente que no lo hubiera. ¿Podría relacionársele con el incógnito visitante? Austen tenía casi la seguridad de que este escurridizo oficial formaba parte integrante del embrollo. Pero, no. Al tiempo en que el misterioso forastero hiciera su aparición en las habitaciones de Jeanne, Beaufort y Hewlett habían salido juntos a hacer un poco de ejercicio con el fin de aplacar un tanto los excitados nervios del novio. ¿Ocultaba o no Hewlett algo en realidad? ¿O era meramente uno de esos tipos ásperos y reacios que dan siempre la impresión de guardar algo en su interior porque no encuentran palabras con qué exteriorizar sus pensamientos?

La quinta cerilla consiguió encender la pipa de Austen. Este se desprendió de la reja en que se apoyaba; echó contemplativamente unas cuantas bocanadas de humo y se puso de nuevo en movimiento.

Consideremos que no sea *hombre* el que buscamos, sino *mujer*. Pongamos, por caso, Andrea. ¿Pudo Jeanne haberla hecho caer en la red de sus maquinaciones? Y si fuese así, ¿basada en qué? No parecía, sin embargo, Andrea el tipo de víctima propiciatoria para un chantaje. Admitió haber estado en relaciones con Beaufort y no hizo nunca esfuerzo alguno en ocultarlo.

Si nada ocultó a Austen de su asunto con Beaufort, ¿qué interés hubiese tenido en guardar lo del chantaje, de haber este existido?

Así lo creyó Austen, si bien con las debidas precauciones, pues estaba también convencido de la impenetrabilidad de las mujeres en todo aquello que se relacionase con sus afectos, y de que a menudo, y con gran obstinación, se negaban a seguir las reglas más elementales de la psicología. De todos modos, nunca creyó que Andrea pudiese haber cometido el crimen.

No, Andrea iba tomando de día en día un carácter cada vez más secundario en el curso de la investigación, pero no se podía dejar de considerarla como sospechosa mientras el verdadero culpable no hiciera su aparición. ¿Quién más podía haber que en este rompecabezas encajase con facilidad?

¿O'Brien?

Este, naturalmente, hubiese hecho un sospechoso ideal, a no habérsele considerado como desaparecido, y a menos que se pudiese dar fe de que existía y de que se hallaba en Inglaterra el día de la boda de Jeanne.

Era indudable que los del Yard habrían recogido información adicional acerca de

O'Brien

en el cuartel general de la R. A. F. y que todavía cabía la posibilidad de que este volviera a ocupar un lugar preeminente en los preliminares del proceso en ciernes.

No recordaba haber tenido en su vida un asunto tan desagradable y tan lleno de complicaciones. Generalmente, en un asesinato hay siempre algo definido en qué basarse, algún hilo que, seguido con paciencia, nos conduce, tarde o temprano, al ovillo. Aquí, fuera de la idea de que el eslabón de enlace había que buscarlo en el pasado, nada había que pudiese considerarse como un firme punto de partida. Tenía cifradas sus esperanzas en que

O'Brien

aún existiera, en que se encontrase en Inglaterra y en que no pudiese probar la coartada en la hora en que se cometió el crimen.

Después, no pudo por menos que reírse de sí mismo, pues los criminales no acostumbran acudir a la llamada de nuestros deseos.

Pero, por extraño que parezca, no estaba tan desencaminado como en un principio le pareció.

El parte de la R. A. F. se recibió aquella noche, decía que el jefe de escuadrilla,

O’Brien,
gozaba de perfecta salud y que se hallaba en Inglaterra. Que se había visto forzado a aterrizar en territorio enemigo, habiendo sido hecho prisionero, pero que logró escapar durante el avance aliado y que estaba de vuelta desde hacía una semana. El sábado anterior al del casamiento de Jeanne se presentó a dar parte de su misión al cuartel general, donde se le concedió uso de la licencia antes de incorporarse de nuevo a su división.

Se le requirió indicase lugar donde poder comunicar con él y contestó que se dirigía sin pérdida de tiempo a casa de sus padres en Bath, donde, con toda seguridad, pasaría el período entero de su permiso. Salió para Bath al atardecer de dicho sábado y allí permaneció hasta bien entrada la mañana del lunes, cuando desapareció como si la tierra se le hubiese tragado.

Austen oyó el mensaje telefónico, tomó unas cuantas notas, hizo alguna que otra pregunta y dio algunas órdenes. Después colgó el auricular dando un profundo suspiro de satisfacción.

«Ahora a Bath —murmuró para sí— a ver lo que los Hunos han dejado de la señorita Austen. ¡Oh, día feliz, en que el deber me llama precisamente al lugar donde más deseaba ir!».

9

ERA Bath, aunque un tanto cambiado, lo que Austen encontró haciéndole suspirar con tristeza. Su adorada señorita Austen echaría muy de menos aquellas alegres calles donde pasó su niñez y que los horrores de la guerra habían hecho desaparecer; aquellas «iluminaciones» y «fuegos artificiales», como así llamaba a los bombardeos en una de sus cartas, y que los Hunos proveían con desesperante y rítmica prodigalidad, debieron dejar dolorosa y profunda huella en su corazón. Austen se prometió, si le quedaba algún tiempo después de haber llevado a cabo su cometido, hacer una visita a la Plaza de la Reina para ver si algo quedaba todavía de sus cimientos. Bath despertaba siempre en él venturosos recuerdos de su juventud.

Los O'Brien vivían en todo a la moderna; una casita en las afueras que se acomodaba a sus gustos e inclinaciones.

Eran irlandeses de pura cepa, incorregibles e irresponsables, una pareja ideal siempre y cuando no se intentase inquirir ni hacer averiguaciones. Como padres, muy probablemente del corte que la R. A. F. deseaba: tolerantes y comprensivos; tan aliviados y contentos de tener de nuevo a su hijo entre ellos, que lo demás ya no despertaba su interés.

El primer problema era, pues, cómo atacar el tema de la investigación. Tenía el convencimiento de que el presentarse como emisario de Scotland Yard para hacer averiguaciones sobre las idas y venidas de su hijo, solo serviría para soliviantarles y buscar sarna que rascar; así que, sin comprometerse, dio la impresión (era maestro en el arte de «impresionar») de que estaba secretamente relacionado con la R. A. F., y que deseaban ciertas informaciones privadas sobre el aterrizaje forzoso de Larry en Italia.

Esto les hizo caer en la trampa. Eran cosas que entraban dentro de su comprensión, aunque nada pudieron decir que fuese de interés.

—El muchacho —dijo el señor O'Brien— llegó a Bath el sábado por la noche «de vuelta del otro mundo».

Había puesto un verdadero dramatismo en estas últimas palabras.

Como es natural, llamaron por teléfono a todos cuantos, a su juicio, desearían venir a celebrar el acontecimiento. La llamada tuvo éxito y la fiesta se celebró por lo grande, prolongándose hasta el lunes por la mañana sin otras interrupciones que las imprescindibles para comer y dormir. Después, Larry dijo que se tenía que marchar para saludar a algunos de sus compañeros.

Este fue uno de esos impulsos suyos que sus padres comprendieron y al cual no pusieron ninguna objeción. Era natural que el muchacho quisiera ver a sus amigos. Así, pues, se marchó, en la forma súbita que le era habitual, el lunes por la mañana, prometiendo estar de vuelta lo antes posible. Había estado, a decir verdad, un tanto pensativo y el martes por la noche telefoneó para decir que no se le esperara hasta que buenamente pudiese volver, pues se habían complicado las cosas entre los amigos y no tenía seguridad sobre el tiempo que esto iba a durar.

—¿Desde dónde llamó? —preguntó Austen.

El señor O'Brien no tenía idea de ello ni se le ocurrió preguntar.

—¿Fue una llamada local o de larga distancia?

Los O'Brien se consultaron mutuamente y convinieron en que debió de ser de larga distancia. El fundamento para llegar a esta conclusión dejaba mucho que desear, pero haciéndose cargo del proceso mental de los informantes, como Austen lo hizo, resultó sumamente fácil comprenderlo. Incluyó la hora en que la señora O'Brien subió a cambiarse el vestido; las bebidas que el señor O'Brien se sirvió; la hora en que debió bebérselas; el número aproximado de las que acostumbraba ingerir; lo que la señora O'Brien le dijo y lo que él contestó. También algunas reminiscencias de

llamadas previas, referencias accidentales a los días juveniles de Larry y las consiguientes especulaciones de los padres sobre el lugar aproximado donde aquel pudiera estar.

Austen siguió con entusiasmo el juego, pero llevaba las de perder y perdió. Resultó, en comparación con sus adversarios, un mero aficionado.

Se escabulleron mencionando nombres como Denes, mis queridos Sean y Clodagh, Shielagh. Mickey Rooney, el padre O’Flynn y los Flannigan. Larry podría hallarse con alguno de los citados, pero, de todos modos, los O’Brien no conocían la dirección de ninguno de ellos; también podría suceder que ni siquiera se hallara en su compañía. Era un juego la mar de divertido, del que Austen no pudo vislumbrar las reglas.

Mencionó el nombre de Jeanne sin resultado alguno. Evidentemente, Larry tenía un grupo de amigos del que tenían referencia los padres, y otro del que ignoraban detalles por completo.

Los O’Brien eran hospitalarios, pero no admitían prisas de ninguna clase. Insistieron en que Austen tomara el té con ellos, le suplicaron que se quedara a tomar unos aperitivos y comer, le contaron unas cuantas historietas irlandesas, pero nada en cuanto a informaciones.

Abandonó la casa por fin, con el tiempo justo para coger el tren, sin poder ver, como hubiera sido su deseo, la Plaza de la Reina, y, como el negrito del sermón, con la cabeza caliente y los pies fríos.

Los trenes del domingo eran, naturalmente, algo espantoso: lentos, incómodos, fríos y con una serie interminable de cambios.

Paraban hasta en los apeaderos. Austen oyó las campanadas de las iglesias tocando de nuevo a vísperas, después de largos años de silencio. Vio a los campesinos caminar calladamente a lo largo de campos y veredas. El horizonte flameaba bajo la acción de los últimos rayos de un sol poniente. Los campos en la lejanía mostraban un tinte purpúreo en las tierras volcadas de sus surcos. Las bayas enrojecían en las cercas.

La noche avanzaba pausadamente y en el cielo empezaban a fulgir las estrellas. Separó la vista de las ventanillas del coche y se

esforzó en meditar sobre el resultado de su visita a Bath. ¿Había sacado, en realidad, algún provecho de ella o fue un mero derroche de energía y tiempo?

En principio parecía, ciertamente, que el viaje había sido un completo fracaso. La vaguedad de los O'Brien no permitió sacar conclusión digna de mencionar.

Se puso a pensar en ellos. Genuinos, pensó, en todas las manifestaciones propias del temperamento. No hubo fingimiento en sus palabras ni en sus actos: eran simplemente irlandeses; más grandes en sí que el propio mundo en el cual vivían; y sin poder remediarlo.

Austen se consideraba un perito en materia de caracteres y no hubiese vacilado en jurar que su vaguedad e incertidumbre eran perfectamente naturales. No tenían, en realidad, información alguna que dar, y de tenerla, tampoco la hubieran dado. No trataron de ocultar nada. Posiblemente algo definido podría deducirse de la confusión de sus noticias.

Scotland Yard se había visto enfrentado muchas veces con informaciones más vagas e imprecisas que las recibidas de los O'Brien y no había razón para desesperar del resultado que pudiera entresacarse de la actual.

Les llamó desde una de las estaciones de tránsito en que hubo de hacer cambio de tren, les dio una lista de lo que había, de los nombres que habían de investigarse y cortó la comunicación con una mezcla de esperanza y de duda. La fe, se dijo a sí mismo, es creer en lo que se sabe que no es verdad y no sería la primera vez que los del Yard hicieran cosas que tuviesen la apariencia de verdaderos milagros.

Y esta fue una de ellas. De los insignificantes datos que recibieran de él, sacaron materia para localizar a Larry O'Brien y telefonearon a Austen el lunes por la tarde para comunicarle su hallazgo.

—¿Y dónde está? —preguntó ansiosamente.

—En Plymouth —fue la respuesta—. Con unos amigos.

—¡Vaya un modo de viajar! Como dicen ellos, «Alístate en la

Aviación y verás el mundo». Bueno, creo que tendré que ir allí.

—No hace falta —le aseguraron—. Se le espera en Londres esta noche. Nuestros agentes de Plymouth no le pierden de vista y nosotros nos encargaremos de él en cuanto llegue aquí.

Dio las gracias y unas cuantas instrucciones más, colgó el aparato y se preparó para coger el próximo tren a la ciudad.

—¡Qué vida esta! —pensó para sí—. Hace una semana que he llegado aquí; mañana hará una semana que mataron a Jeanne y nada se ha sabido todavía. ¡Vaya un negocio!

Un policía secreto le esperaba al final del viaje para comunicarle que O'Brien había llegado y se había ido directamente a un hotel.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó Austen.

—Alrededor de una hora, señor; pero estaba todavía allí cuando telefoneé un instante antes de llegar usted.

—Habrá un hombre vigilándole, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Bien. Entonces voy a encargarme de él. Gracias por todo.

El jefe de escuadrilla, O'Brien, estaba en su cuarto bebiendo ginebra cuando Austen llegó al hotel.

—No sé qué es lo que quiere usted de mí, caballero —dijo él con curiosidad, pero sin antagonismo, cuando Austen le indicó que había venido a hacerle unas cuantas preguntas—, pero tome usted asiento y sírvase una copita.

Era un hombre de aspecto campestre y muy parecido a su padre: fuerte osamenta, ojos de un azul intenso y mirada en que se leía absoluta despreocupación. Sus modales revelaban al hombre temerario, y todo en él tenía el encanto de un natural abandono. Austen le clasificó como de atractivo para cierta clase de mujeres y no le extrañaba que Jeanne se hubiese tambaleado al verle.

Aceptó el asiento, rechazó la ginebra y llenó su pipa. O'Brien era también fumador de serie y empalmaba sus cigarrillos en esa forma nerviosa, febril e inquieta que parecía característica de muchos de los tipos de hoy.

—Bien… —dijo rompiendo el silencio—. ¿Qué ocurre?

Austen atacó el tabaco de la pipa con su dedo índice, con toda intención.

—¿Qué sabe usted sobre la muerte de Jeanne Foster? —preguntó.

O'Brien se puso en pie de un salto.

—¿Quéeeee…? ¿Jeanne… muerta? ¿Pero qué está usted diciendo?

—¿No sabía usted que había muerto?

—¡Claro que no! ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Y qué tenemos usted y yo que ver con ello?

Austen añadió reposadamente:

—Mañana hará una semana que fue asesinada. Una hora después de su casamiento.

—¿El qué?… ¿*Casada*?… ¿Con quién?… ¡*Asesinada*! ¿Pero qué fantasía es esta que me está usted contando?

Las manos le temblaban visiblemente al servirse una nueva copa de ginebra, que vació de un trago, y una lividez amarillenta sustituyó al arrebol tostado de su cara.

Austen encendió una cerilla y la aplicó a la pipa, mientras respondía pausadamente entre bocanada y bocanada de humo:

—El martes de la semana pasada se casó con un joven llamado Ralph Beaufort. Una hora más tarde fue encontrada muerta en su alcoba. Había sido anestesiada primero y después asfixiada. No existe duda alguna de que fue asesinada.

Dejó momentáneamente el asunto y se limitó a observar a O'Brien por encima de la pipa.

El aviador no dijo una palabra, pero se le veía notoriamente agitado. El contenido de la copa se le vertía antes de llegar a la boca. Dejó caer el cigarro, lo pisó nerviosamente y encendió uno nuevo.

—¿Cómo no lo sabe? La encuesta judicial apareció en toda la Prensa del sábado.

—No leo nunca los periódicos. ¡Pero esto es horrible! ¿Jeanne?… ¿Asesinada?…

Volvió a fumar en silencio, con los ojos medio cerrados y con la mente, al parecer, llena de recuerdos.

Austen seguía observándole.

Después de un largo rato, O'Brien levantó la cabeza, abrió los ojos y preguntó:

—De todos modos, ¿qué relación guarda todo esto conmigo?

—Eso es precisamente lo que quiero saber.

—La contestación es que no sé nada. Y ahora haga el favor de salir si no le importa.

—El caso es que sí me importa. O'Brien, le he dicho que Jeanne fue asesinada, y da la circunstancia que soy yo el encargado de averiguar por quién.

—Pues bien, yo no lo hice. Y ahora, lárguese.

—No puedo todavía. He de hacerle primero unas preguntas.

—¿Y por qué a mí?

Austen se explicó con toda paciencia y concisión.

—Cuando me enteré que usted la conocía bien —terminó diciendo— creí sinceramente que usted podría arrojar alguna luz sobre el caso.

—Pues no puedo —dijo O'Brien—. Es verdad que tuvimos algo que ver, pero no la he visto ni he vuelto a saber de ella desde el día que salimos para Italia.

—¿Estaban ustedes prometidos?

—Precisamente prometidos, no.

—Explíquese, por favor.

—Que yo no me hubiese casado con Jeanne aunque no hubiese habido otra mujer en la tierra.

—¿Por qué?

—No nos gustaba el casorio, ni a ella ni a mí.

—¿Y por qué, si puede saberse?

—Porque individuos como yo no deben casarse. Somos demasiado inquietos. No nos gusta la vida tranquila del hogar. Causaríamos la infelicidad de cualquier chica decente.

—¿Y de Jeanne?

O'Brien volvió a llenar su copa.

—Está muerta, según dice usted. Yo no lo creo.

—Sí; pero eso en nada altera la realidad.

—Pues entonces no debo echar barro sobre su memoria.

Austen se expresó con sumo cuidado.

—No es eso lo que yo pido a usted. Ella está muerta y nada de lo que usted diga puede ya perjudicarla. Solo quiero la verdad. Alguien la mató y ese alguien se pasea hoy por las calles con toda impunidad.

—Por mí, que se pasee. Quizá no sea tan culpable como parece.

—¿Por qué?

Austen lanzó la pregunta con tal rapidez que no dejó que O'Brien meditara la respuesta.

—Es mejor que esté muerta. Era una mala mujer en toda la extensión de la palabra. A cualquier hombre que tuviese la desgracia de acercársele habría de sucederle algo tarde o temprano. ¿Qué de particular tiene que al enterarse después hiciera lo que hizo?

—¿Enterarse de qué?

—De la clase de mujer que era.

Las continuas copas acabaron por surtir efecto. O'Brien iba olvidando por momentos sus inhibiciones, cualquiera que estas hubiesen sido. Estaba todavía sereno, pero la lengua se le había desatado considerablemente. No hacía esfuerzos por retenerla. Mostraba ya cierta familiaridad.

—Me parece usted una buena persona y no tengo inconveniente en decirle dos o tres cosas acerca de esa mujer. Era de lo peor que pueda usted imaginarse: un vampiro de la alta sociedad. Pero tenía un algo, no cabe duda: simpatía, ángel, como quiera usted llamarlo. Como para alquilar balcones. Nada le duraba. Conseguía lo que quería, sin preocuparse del modo de obtenerlo. Hundió a dos amigos míos que eran un modelo de caballerosidad. Enfangaba cuanto tocaba. Por ellos supe lo ocurrido. Intenté convencerles de que debían apartarse de una mujer así, pero en vano. Después llegué yo y en mí encontró la horma de su zapato. ¡Ya lo creo! Me monté, como todos, en aquel tranvía con la sola diferencia de que yo sabía dónde, cuándo y cómo debía apearme de él. No era la primera vez que me encontraba con esa clase de tipos. La traté a baquetazos y conseguí lo que esperaba, que me siguiera como una corderita.

Esto, naturalmente, confirmaba lo dicho por los Whitehead; pero la historia de los devaneos de Jeanne no era en estos momentos de tanto interés como saber los movimientos de O'Brien en el día del suceso.

Creyó Austen que era preferible inquirir sobre estos antes que la siguiente copa le hiciese efecto, pues su memoria no tardaría en oscurecerse.

Así es que puso a O'Brien en el potro, aunque sin resultados muy satisfactorios.

Todo lo que pudo conseguir de él fue que marchó a pasar el fin de semana con sus padres en Bath, que el lunes se hartó un tanto del ambiente doméstico y salió de allí en busca de algo más nuevo y sensacional.

Al parecer, y según su propio relato, vino a caer, el lunes, en manos de una bulliciosa compañía y el resto de la semana la pasó en continuo banqueteo, pese a las estrictas órdenes sobre el racionamiento.

Sus informaciones adolecían de la misma vaguedad que las de sus padres, aunque se le veía hacer esfuerzos por recordar todo aquello que Austen quería saber.

Recordaba perfectamente lo sucedido el lunes por la noche, cuando volvió a su antiguo destacamento, donde se le recibió con vítores y palmas por su retorno del mundo de los «desaparecidos» y de que tuvo que dormir todo el día siguiente como consecuencia de los excesos de la víspera.

—Sí, pero ¿dónde durmió usted? —quiso saber Austen.

O'Brien parecía no tener la mínima noción. Con seguridad en alguno de los bares públicos, pero no podía asegurar en cuál. Suponía que sus amigos le meterían en una cama, que su estado de aquella noche le impedía recordar.

Durmió hasta muy avanzada la hora del martes, cuando la noticia de su fuga y vuelta atrajo al lugar a nuevas amistades que se lo llevaron por nuevos rumbos. Recordaba, eso sí, haber pagado el alquiler del cuarto, pero del nombre y lugar del establecimiento no conservaba la más remota idea.

Eso, como es natural, podría llegar a saberse, pensó Austen, y el encontrar a alguien que bajo juramento pudiese afirmar que

O'Brien había pasado la noche en dicho lugar supondría la exclusión de su nombre de la lista de los sospechosos. Y así otra esperanza más que se desvanecía.

Ahora venían en turno los dos a quienes Jeanne había expoliado. ¿Quiénes eran? ¿Cuáles sus nombres, domicilios y ocupaciones? ¿Dónde se encontrarían en aquel momento?

Este era el muro contra el que inevitablemente se estrellaban muchos de los esfuerzos de Austen. Una nueva copa de ginebra no consiguió hacer surtir el efecto deseado. No daría ninguna información acerca de sus amigos. Jeanne les había jugado una mala pasada, de la que suponía se habrían repuesto, y ahí terminaba el asunto. Lo pasado, pasado. No consideraba que fuese de la incumbencia del comandante Austen. No eran tampoco del corte de individuos capaces de asesinar a una mujer ni a nadie por una cuestión de esa índole. Quienquiera que fuese el que hubiera matado a aquella perra, a Jeanne, había prestado un servicio a la Humanidad, y de haberle conocido, jamás le hubiera delatado. Se merecía un premio, no un castigo.

Después de lo dicho, una ostra no hubiera podido competir con O'Brien en materia de hermetismo.

Así, pues, Austen renunció a seguir luchando en ese terreno y levantó de nuevo el cartel de chantaje.

Era evidente que la faceta era en todo nueva para O'Brien, que no se encontraba ahora en estado de actuar satisfactoriamente. Estaba realmente sorprendido y asustado. No hubiese nunca creído a Jeanne capaz de una acción semejante. Personalmente, nada sabía sobre ese particular, mucho menos que hubiese intentado algo así contra él. Tampoco llegó a conocer sus momentos de penuria durante el tiempo que duró su asociación con ella. No dio signos de encontrarse en apuros aunque, en realidad, nunca tuvo interés en averiguar su estado financiero. Ni le importaba. Cuando él tenía dinero, lo gastaban juntos y era lo único que importaba.

Dejó, no obstante, conocer que uno de sus menos admirables rasgos era el de exigir costosos regalos de sus más vulnerables admiradores. Esta fue la causa de la ruina de los dos amigos de

quienes había hablado y uno de los graves resentimientos que O'Brien tenía contra ella. Les brindaba sus favores a cambio de joyas, aun conociendo la desesperada situación en que se encontraban y sabiendo que la locura que ambos sentían por ella podía impulsarles a cometer un desatino por miedo a perder su estimación.

—¿Conoce usted al capitán Beaufort? —preguntó Austen.

—Sí, le conozco —admitió O'Brien—. No es tipo que me guste. Siempre me pareció un poco falso.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quiero, simplemente, decir que no me satisfacía su trato.

—¿No sabía usted que él y Jeanne eran novios?

O'Brien movió la cabeza negativamente.

—Eso debió de ser después de marcharme yo al frente. No tenía noticias de que ella le conociese. Ni creo que en aquel tiempo le conociera.

—Creo que tiene usted razón —asintió Austen—. Me parece que se conocieron después de su partida. Así, pues, ¿nada puede usted decirme acerca de Beaufort?

—Nada.

—¿Conoce usted a una mujer llamada Andrea Redgrave?

—No. ¿Por qué?

—Nada. Por preguntar.

—Pues, no. ¿Qué tiene ella que ver con todo esto?

—¡Oh, nada! Pura información sobre la gente a quien Jeanne conocía.

—Pues siento verdaderamente no poder ayudarle como yo quisiera. Conocí a Jeanne en una fiesta. Iba acompañada de un individuo llamado Whitehead y de otras muchachas, por cierto bastante raras. Salimos juntos y nos dedicamos a recorrer un buen número de sitios de recreo, y, por lo que pude ver, teníamos aproximadamente las mismas amistades.

Austen buscó un cenicero, lo encontró, vació en él la ceniza de la pipa y la volvió a rellenar, sin dejar por eso de hablar.

—O'Brien —preguntó—, cuando usted se encontró por primera vez con Jeanne, ¿estaba esta en relaciones con alguien en

particular?

Un vivo color tiñó la morena cara del joven oficial.

—¿Qué quiere usted decir? —contestó.

—Usted sabe lo que quiero decir. Jeanne era de esas mujeres que llevan siempre un hombre al retortero. Al menos, esos son mis informes. Usted admite que se enamoró de ella. ¿Tuvo usted necesidad de quitársela a alguien para lograr su objetivo?

—Yo nunca hubiera hecho una cosa así.

—¿No? ¿Ni aun estando suficientemente interesado?

El carmín desapareció de sus mejillas. Hubo un momento de silencio, pasado el cual

O’Brien

contestó con cierta brusquedad.

—No podría usted decir que yo se la quitara a nadie. Fue ella quien le dejó y vino a mí.

—¿Y quién era él?

La ostra volvió a cerrar sus valvas. Ni lo supo, ni lo quería saber en aquel momento. Según su versión, él había sucedido a un individuo, no especificado, en los afectos de Jeanne. Por lo que a él se refería, se trataba de un individuo anónimo. En realidad, no había reparado en él. Ni sabía su nombre, y aunque lo supiera no lo diría.

Era evidente para Austen que, por la razón que fuera,

O’Brien

estaba decidido a no revelar su identidad.

Ni preguntas ni persuasiones consiguieron hacer refrescar su memoria. Austen abandonó el tema de momento o al menos dio la sensación de que así lo hacía.

—¿Conoce usted a un tal capitán Phillip Hewlett?

O’Brien volvió a sonrojarse.

—Sí —admitió.

—¿Bien?

—Bastante bien.

—¿Es amigo de usted?

—Puedo considerarle como tal.

—¿Fue él uno de los tantos que se enamoraron de Jeanne Foster?

La contestación fue negativa.

—La conocía, eso sí. Éramos muchos los que íbamos juntos por las noches y nada de particular tenía que llegaran a encontrarse. Por lo demás, no creo que ella le interesara.

—¿Por qué?

—Porque no era su tipo.

—¿Le desagradaba acaso?

—No diré tanto. Simplemente, que no habían nacido el uno para el otro.

—¿Sabe usted algo acerca de él?

—¿Qué quiere decir con «acerca de él»? Que es todo un hombre, si es eso lo que quiere usted saber.

—Sí, aunque no es eso exactamente donde yo quería ir a parar. ¿No puede usted decirme quiénes eran sus amigos? ¿Tenía algún devaneo amoroso?

O'Brien dejó la medio vacía botella de ginebra sobre su desordenado tocador con un fuerte golpe.

—¿Por qué este interés por el pobre Phil? —preguntó casi agresivamente.

Austen replicó fortuitamente:

—¡Oh! Solo por haber sido el padrino de la boda y haber estado en la casa cuando Jeanne fue asesinada.

—¡Ah, vamos! De todos modos, no creo que fuese él quien la matara. No tenía motivos para hacer una barbaridad así.

—¿No fue él, por casualidad, alguno de los que ella dejó plantados?

—¡Claro que no! No era nada aficionado a las mujeres. Ni le gustaba el bullicio.

—¿Pero está usted seguro de que no tuvo nada que ver con Jeanne?

—Positivamente.

—¿Y sobre sus amigos? ¿Quiénes eran?

O'Brien pareció meditar.

—Pues, en realidad, no parecía tener ninguno con excepción mía. Conocer, sí, conocería a muchos. Pero nada más. Muy buen muchacho, pero muy apocado.

Nuevas preguntas no consiguieron extraer nada de
O'Brien.
Un intento final de Austen de lograr los nombres de los dos amigos

burlados por Jeanne no dio tampoco ningún resultado, así es que no le quedó otra alternativa que la de despedirse del jefe de escuadrilla O’Brien, quien ya empezaba a sentirse impaciente y a murmurar entre dientes sobre el temor de llegar tarde a una fiesta.

—Espero que cambie usted de parecer en lo que respecta a decirme los nombres de sus amigos —dijo Austen desde la puerta—. Los asesinos no deben andar sueltos y el ayudarnos a apresarlos lo considero un deber.

O’Brien se echó a reír y Austen salió completamente desesperanzado de los resultados de la entrevista.

Sin embargo, algo se había ganado. Podría apostar, sin miedo a perder, que los dos hombres explotados y burlados por Jeanne eran amigos íntimos de la familia O’Brien, y esto, en sí, proporcionaba ya una pista que seguir.

Los Whitehead no conocerían probablemente a ninguna de estas víctimas; su honradez era evidente y no habían mencionado otro nombre que el de O’Brien, y el caso de este hacía más bien aparecer a Jeanne como la víctima.

Austen, después de pasar una noche bastante incómoda en su departamento, volvió a proseguir sus interrumpidas charlas con los Whitehead. Tenía una buena memoria, pero no gustaba de confiarse a ella con exceso. Si no hacía anotaciones en el momento, las hacía después, antes que el recuerdo de lo oído se desvaneciera. De este modo guardaba siempre una relación de la entrevista a la cual poder hacer referencia. Evidentemente, los Whitehead no daban ningún carácter de seriedad a los amoríos de Jeanne, con excepción del de O’Brien. Esto no rechazaba, sin embargo, la posibilidad de que hubiese habido alguien que tomase a pecho sus amores a pesar de las veleidades de aquella. Anotó la necesidad de interrogar de nuevo a los Whitehead y de conseguir los nombres de todos cuantos habían tenido algo que ver con Jeanne, por triviales que pudiesen parecer sus relaciones. Le pareció entrever con cierta claridad que una de estas pistas habría de conducirle a la persona de Philip Hewlett y, si

así fuera, esto daría cuenta y razón de una infinidad de cosas. Era evidente que O'Brien significaba mucho en la vida de Hewlett. El calor con que habló de él lo demostraba. Había una cadena que unía íntimamente a Hewlett, Beaufort, O'Brien y Jeanne, y había que analizar con detenimiento cada uno de sus eslabones. Era evidente la influencia que la muchacha había ejercido en las vidas de todos estos hombres, aunque ellos trataran de negarlo; lo más interesante en el momento actual eran las relaciones de los unos con respecto a los otros.

De lo que había sido y de lo que ella había hecho en su vida, dejó profunda huella en el pequeño círculo que se movió a su alrededor. No se sabía de nadie inmune a su pernicioso contacto. Y mujeres así son altamente peligrosas.

10

ANDREA Redgrave decidió aprovechar la estancia de Austen en Londres y hacer por su cuenta unas pequeñas averiguaciones. No tenía la pretensión de hallarse muy bien preparada para tan delicado cometido, pero había sido asaltada por una de esas ideas que, en las novelas policíacas, llaman «presentimiento» y quiso probar los resultados que podría obtener de su comprobación.

Así, pues, trazó sus planes y no fue poca la sorpresa que recibió su madre cuando le propuso acompañarla aquel día en sus «visiteos». Eran tantos los años que habían transcurrido sin que Andrea manifestara inclinación alguna a seguir la tradicional costumbre de los tiempos del rey Eduardo, actitud que no pocas veces le había acarreado cariñosos regaños de su madre; la señora Redgrave no sabía si considerarlo como un reconocimiento súbito de la importancia de dicha costumbre o como una manifestación de tardío arrepentimiento.

Fuere lo que fuere, las visitas se hicieron. Andrea se mostró jovial, y su tema favorito de conversación fue el de la muerte de Jeanne.

Al día siguiente Andrea acompañó a su madre a la estación, donde se dedicaron a la tarea de confeccionar paquetes para el frente. También esto fue una sorpresa, pues Andrea se negó siempre a dedicarse a nada «útil» mientras duraran sus vacaciones. La señora Redgrave empezó a temer que algo preocupaba grandemente a su hija.

En la misma tarde de este día, lunes Andrea decidió marchar a Londres. Tomó el tren que salía poco después de haber terminado de comer, dijo a sus padres que pasaría la noche en su departamento y que no volvería, por lo menos, hasta la tarde

siguiente.

Partió llena de entusiasmo y de determinación. Después de todo, el saber que su nombre ocupaba un lugar prominente en la lista de sospechosos era suficiente motivo para despertar en ella estos sentimientos.

El deseo de verse libre de toda sospecha había germinado con fuerza en su cerebro, y, como William Austen había dicho, el camino más recto y seguro para lograrlo era encontrar el verdadero culpable.

Sus ideas sobre cómo encauzar el asunto no estaban todavía formuladas con claridad, aunque Austen estaba plenamente convencido de que la explicación a la tragedia de Jeanne se encontraría en su pasado, y Andrea confiaba en que a ella le sería más dable, como mujer, poder penetrar en ese recinto.

Casi toda la noche del lunes se la pasó pegada al teléfono. Poco después fueron varias las personas que acudieron en contestación a sus llamadas.

El martes por la mañana lo empleó en visitar un sinnúmero de amigos y conocidos; al mediodía comió con otros varios; volvió por la tarde a hacer uso del teléfono y al llegar la noche se encontró con que había hecho considerables progresos.

Telefoneó al piso de Austen a eso de las seis, teniendo la suerte de encontrarle allí. Este se sorprendió al oír su voz.

—¿Ocurre algo, Andrea?

—No, hombre. Te llamé porque quiero verte —se rio—. Creo que tengo algo de interés para ti.

—¿Qué es ello?

—Ya lo sabrás. ¿Dónde podemos vernos?

—¿Quieres que cenemos juntos en algún sitio?

Aunque él no podía verla, hizo un movimiento negativo con la cabeza ante el teléfono.

—Hay demasiado bullicio en todas partes —objetó—. Tengo algo que revelarte. Ven por aquí. Te daré de comer y nadie podrá interrumpirnos. Al menos, de los nuestros. Lo que puedan hacer los «jerries»[5] ya es otra cuestión.

Convinieron en que él iría alrededor de las siete y ella no perdió tiempo en empezar a preparar la cena.

Al llegar Austen se encontró con la grata sorpresa de un vaho

exquisito que salía de la cocina y una Andrea ataviada con refinado gusto.

—No se puede cocinar en un piso como este —trató de explicar mientras Austen olfateaba, dando muestras de gran satisfacción al ser abierta la puerta.

—No hace falta que te excuses, querida Andrea. Un olorcillo así vale casi tanto como una comida.

—Espero que no te conformarás con el olor. Quiero que hagas justicia a mi trabajo culinario.

—Lo haré. Te lo prometo.

Le siguió a la sala, donde les esperaba una mesita con vasos y botellas puestas al lado mismo de la lumbre.

Se frotó las manos con satisfacción y se arrellanó cómodamente en una de las butacas.

—He recorrido toda la superficie de la tierra tratando de encontrar un hombre a quien poder devorar —dijo Austen con acento declamatorio—, y aquí me tienes que vuelvo con el rabo entre piernas. El fuego es estupendo —hizo una pausa y sacó la pipa —. ¿No te molestará?

—¡Qué tonto eres! Ya sabes que no.

—Gracias. Bueno, ¿qué es lo que pasa? ¿Para qué querías verme? Supongo que será para embelesarte con mi chispeante charla.

Ella rio.

—¡Tonto! El hecho es, William, que he estado haciendo yo también un poco de labor policíaca.

Austen quedó estupefacto.

—¿Tú? —dijo con mimo—. ¡Pobrecita mía! ¿Desde cuándo te encuentras así? ¿Has consultado ya con algún doctor? Dicen que acudiendo a tiempo responde al tratamiento.

Ella encendió un cigarrillo.

—Hablo seriamente, William. Creo que he dado con algo muy importante.

Él cambió de actitud y la escuchó atentamente.

—¿Sobre Jeanne?

—¡Umm…! ¿Qué prefieres, que te lo diga ahora o después de comer?

—Si es posible, ahora.

—Bien. Voy primero un momento para ver cómo sigue el horno.

Salió, y él se puso a meditar de nuevo sobre las excelencias caseras de esta mujer. «Sin embargo, llegó a enamorarse de un Beaufort», pensó. En verdad que es insondable el arcano de una mujer. Recordó algo de repente y al volver a entrar Andrea le encontró riendo para sí.

—¿Algo gracioso?

—Sí. Un verso que leí en un viejo semanario en casa del dentista. Decía así:

> —¡Oh, ilógica mujer! —suspiré siendo amante—.
> ¡Qué linda y cuán poco disciernes, no obstante!
> Mas ahora descubro, y ello no te asombre,
> que es preciso ser tonta para hallarle atractivos a un hombre.

—¡Cuánta verdad! —dijo, asintiendo—. ¿Y cuál es su significación? Quiero decir, en este momento.

Austen comprendió que no podría responder satisfactoriamente y evadió la explicación.

—No sabría decírtelo. No sé por qué me vino a la memoria.

Ella rio y acotó a su vez:

> De más de lo que saben tienen las mujeres la intuición,
> y pasan por su mente pensamientos, más sabios que los suyos propios son.

—Siempre te ha gustado Brooke —dijo él rememorando—. No sé lo que habría escrito si hubiese vivido para verlo. He meditado a menudo acerca de ello.

De repente cambió de conversación.

—Creo que no debemos insistir más sobre este punto. ¿Qué era lo que querías decirme, Andrea?

Esta no contestó de momento.

—¿Qué quieres tomar? —dijo—. Sírvete lo que quieras y dame a mí un refresco.

Él obedeció. Tomó ella después el vaso que le ofrecía, y entre un remolino de negras faldas fue a sentarse en un taburete junto al fuego. Después, con voz tranquila, empezó su relato:

—Pues esto es lo que hay: tú me dijiste que querías información

sobre el pasado de Jeanne. Creí poderla encontrar yo con más facilidad que tú. Ya sabes que entre mujeres se dicen cosas que no repetirían delante de hombres.

—Esa es una gran verdad.

—Empecé a husmear por todas partes con el mayor descaro —al decir esto rompió a reír—. No estoy segura de haberlo hecho solo por ayudarte a ti, mi inteligente amigo; mi nombre estaba también en entredicho y solo el pensarlo me sublevaba.

—Sigue.

—Como te dije, me dediqué a husmear. No tenía punto de partida ni objetivo definido. Me limité a hacer preguntas y a escuchar atentamente las contestaciones, y una cosa me condujo a la otra, y poco a poco y amarrando cabos vi claramente dónde iban todos a parar.

Austen apuró de un trago el contenido de su vaso y se inclinó hacia adelante en actitud de un gran interés por lo que oía.

—¿Dónde, si puede saberse?

—Hay una laguna, digámoslo así, en la vida de Jeanne.

—¿Qué quieres decir?

—Que el horario de su vida no concuerda con los datos que tenemos. Te daré los detalles después, si quieres, pero déjame ahora proseguir. Será más fácil así. Lo que importa es esto: Jeanne tenía ciertos períodos definidos de permiso de los que todas las demás compañeras del cuerpo *tenían conocimiento*. Períodos, ¿eh? No simples finales de semana ni cosa por el estilo. Períodos.

—¡Ajá!

—Haciendo preguntas discretas a las personas indicadas, hallé que todos los permisos podían explicarse con facilidad con excepción de uno.

—¡Ah!

—Sí. Pasó todos los períodos de permiso en casa de sus padres, menos *ese uno* que acabo de decir. Lo que ella hacía con sus fines de semana a nadie importaba. Pero largos permisos son cosas que no se olvidan. No son cosa corriente para que puedan pasar inadvertidos. ¿No te parece?

—Claro que me lo parece —contestó Austen con intención y malicia.

Andrea rio.

—¿No estarás enfadado por lo que yo he hecho sin tu permiso, verdad William?

—Talmente enfadado, no; pero tengo una idea muy diferente de la significación de la palabra permiso.

—Pobre William. ¡Las cosas que tú has hecho por Inglaterra! Tómate otro trago, que eso te entonará.

—No pongo inconveniente en tomarme otro. De todos modos, ya sé que me lo merezco.

Se levantó, y vuelto siempre hacia Andrea, se dispuso a volver a llenar su vaso.

—Continúa —le advirtió—. ¿Quieres que llene también el tuyo?

—Sí, hazme el favor. ¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Este permiso de Jeanne fue muy comentado. Por un lado, anunció que no iba a pasarlo en su casa, y por otro pidió a las chicas de su sección que no divulgasen que lo tenía. No quería que sus padres se enterasen.

—¿Dijo ella eso?

—Al parecer. Hubo varias muchachas de Chedwood que se alistaron al mismo tiempo que ella y estas siempre iban juntas.

—¿Y qué quieres decirme con todo eso?

—No seas impaciente, William. Tú lo sabes muy bien. Si Delia Jones escribió a la señora Jones diciéndole que Jeanne estaba en disfrute de permiso, es más que probable que la señora Jones no tardaría en «dejarse caer» en casa de la señora Foster a preguntar, con tacto, por qué Jeanne no lo pasaba en su casa.

—Ahora lo veo. Dios bendiga a nuestra aldea. ¿Qué más?

Andrea rio de nuevo.

—Hablaría mucho más aprisa si no me interrumpieses.

—Aceptado. Quedamos en que Jeanne no quería que sus padres supieran que estaba de vacaciones.

—¡Cuidado que eres terco! Continuemos con la narración. Las otras muchachas recordaron muy en particular este permiso, porque, al decir de ellas, Jeanne lo esperaba con verdadera impaciencia. Dijo que iba a pasarlo en algún punto de Devonshire, en un hotel. Contra su costumbre, se mostró esta vez muy poco comunicativa. En general, voceaba sus asuntos a los cuatro vientos. Esta vez, no. Dejó que todas supieran que se marchaba con un hombre, pero no quiso revelar su identidad. Este mero hecho despertó la curiosidad de todas sus amigas, pues su costumbre había

sido siempre la de anunciar a sus víctimas. Esto es precisamente el motivo de que todas lo recordasen con tanta claridad. Como es natural, se afanaron por saber quién era él, pero no lo consiguieron. Estuvo ausente diez días, y durante ese tiempo todos sus asiduos admiradores seguían en Londres frecuentando los lugares de rigor. Entre sus amigas cundió la caritativa idea de que Jeanne se habría marchado con alguien de quien seguramente se avergonzaba y no quería que le viesen con él.

Austen se rio entre dientes.

—¡Qué monada de criaturas! ¿Por qué han de ser tan felinas la mayor parte de las mujeres?

—No podría decírtelo. O, quizá, sí. Por el instinto de conservación, tan viejo como el hombre mismo. Siglos de vivir sin esperanzas y en constante desventaja, de no tener tu propio hombre al lado, son los que han impreso esos rasgos en la mujer. Es la consecuencia lógica del falso concepto del hombre de considerarla como un mero objeto de lujo o de entretenimiento.

Se detuvo unos instantes y luego se echó a reír.

—William —dijo—, no permito que un tema tan escabroso me desvíe de mi verdadero propósito; aunque te aseguro que podría disertar extensamente *ad nauseam*, como tú dices, sobre ello. De todos modos, la guerra hará cambiar muchos de esos falsos conceptos.

—Por lo que vas diciendo, veo que han cambiado ya, y no poco.

—No me hagas salir por la tangente. Acepto que las muchachas del regimiento de Jeanne eran un tanto felinas, y con razón… Pero nos olvidamos de que la comida se está enfriando y si se estropea ya sé que no vacilarás, como hombre que eres, en echarme a mí toda la culpa. Te diré lo demás mientras comemos.

Se levantó del taburete con un crujir de faldas y se dirigió resueltamente a la cocina, de donde salió enseguida con una bandeja cargada de viandas que condujo en triunfo a la mesa.

Durante dos minutos estuvo de aquí para allá cogiendo cosas que completasen los detalles del servicio. Después dijo:

—¿Vamos, William?

Se sentaron uno frente a otro, ante aquella mesa primorosamente dispuesta y alumbrada con velas colocadas en candelabros de plata del más puro estilo georgiano.

Se sirvió una sopa, un tanto difícil de identificar, pero no desprovista de sabor y distinción; después, algo igualmente anónimo, pero exquisito y servido en una cacerola, y cuando Austen se hallaba en el momento crítico de estarle rindiendo los debidos honores, ella le dijo con dulzura:

—¡Qué cosa tan buena es para la moral de un hombre que la mujer sepa por lo menos cocinar! ¿no es verdad? ¿Quieres un poco más?

Él no pudo menos que echarse a reír, y durante un largo rato solo se habló de platos y de las excelencias del arte culinario, que era un tópico que aumentaba en importancia a medida que la guerra progresaba. Cuando hay pocos alimentos, y aun esos pocos son de una monotonía desesperante, la forma como estos deben prepararse adquiere una importancia capital, especialmente para los hombres, que rara vez se dignan cocinar lo que con tanta avidez después se comen.

La cacerola estaba ya vacía y Andrea sirvió unas cuantas peras de invierno y manzanas que había traído consigo procedentes del huerto de sus padres en Chedwood, así como algunas avellanas servidas en bandejita de plata con su correspondiente cascanueces.

William Austen se deleitaba en su contemplación.

—Andrea —dijo solemnemente—, a esto llamo yo hospitalidad. Eres sin duda el exponente único de la mujer perfecta.

—Una opinión que fuese completamente tuya, William —contestó ella con cierta mordacidad—, me complacería más que todas estas citas que me estás haciendo.

Ambos sonrieron complacidos. Austen, después de haber apilado un buen número de cáscaras ante sí, dijo:

—Andrea: eres la mujer perfecta y este es el momento perfecto. Eres el ornato más encantador, pero eres mujer útil a la vez. Esto, mi dulcísima amiga, es una galantería poco usada y rarísimamente merecida. Añade, pues, a tus innumerables perfecciones la de seguir contándome «Las diversiones de Jeanne en Devon», y muy particularmente lo que sucedió después.

—Entonces dame primero unas cuantas avellanas. No creas que solo a ti te gustan.

Partió unas cuantas para ella y las puso sobre un plato.

—Gracias —dijo ella haciendo desprender los pedazos de

cáscara y sumergiendo una avellana en sal—. Dicen que lo mejor que hay en la Naturaleza está siempre al alcance del hombre. Por lo menos, algunas cosas no están todavía racionadas. Cualquiera puede lograr lo estrictamente necesario, pero yo doy gracias a Dios que me concede todavía algunos lujos. Y ahora pensemos otra vez en Jeanne. Volvió de su permiso como un gato que ha tomado un buen tazón de leche y se relame, más que por placer de haber llenado el estómago, por la satisfacción de saber que era robado.

—Tú sí que eres un gato —observó él—. ¿Quieres dar a entender que no disfrutó en realidad de su vacación, sino que no hizo más que halagar su vanidad llevándose a cierto personaje?

—Así es. Voy a decirte una cosa, William —dijo Andrea—. No puede gustarme la forma en que las mujeres hablan de cosas que no deberían mencionarse siquiera. Tengo entendido que los hombres son más dados a la reticencia. De todos modos, la impresión general fue que Jeanne estaba satisfecha de sí misma por haberse podido llevar al hombre que ella escogió. Quizá ella dijera, tornándose felina otra vez, que no fue cosa fácil conseguir aquel hombre o que este fuera fruta de cercado ajeno (a Jeanne le gustaba ser así); pero lo cierto es que no disfrutó lo que esperaba de su permiso. Los resultados generales no fueron muy satisfactorios. Ella comentó confidencialmente con alguien acerca de hombres fogosos que no lograban divertir.

Austen rio.

—Parece como si con ello se hubiese querido sacar una espina del pecho.

—Eso es exactamente lo que sucedió. Lo que yo misma pude deducir de lo que oí. De todos modos, el hombre, quienquiera que él fuese, nunca se presentó entre los seguidores. Desde su punto de vista lo consideró como un episodio, y aun no muy satisfactorio. De quién partió la culpa, no se sabe, pero lo cierto es que ella prefirió olvidarse del asunto.

Austen ofreció a Andrea un cigarrillo, en vista de que las almendras se habían terminado, y dijo:

—¿Y qué pasó después?

—Empezó unos amoríos con un tal Larry O'Brien.

—Conozco esa historia, Andrea. Esto es *muy* interesante. Tú

crees que nadie conoce la identidad del hombre con quien pasó la vacación, ¿verdad?

—Así es. «Está envuelto en el misterio».

—¿Tú estás segura de que se fue a Devon?

—Tan cierto como lo pueda estarse de una mujer como ella.

—¿No oíste hablar de ningún otro sitio particular que ella escogiera para su luna de miel extraoficial?

Andrea negó con la cabeza.

—No.

—¿Crees que podría llegar a saberlo?

—Lo dudo. Ya lo intenté, pero ninguno de los que hablé parecía tener idea de ello.

—Tendré que poner a alguien en esta tarea. Me temo que no será cosa fácil averiguarlo.

—Tampoco yo lo creo. Ni siquiera tengo idea por dónde empezarás.

—Es simple trabajo de rutina —explicó Austen—. Podemos fijar la fecha porque fue inmediatamente antes de conocer a O'Brien.

Devonshire es un condado bastante grande, pero podemos suponer, conociendo a Jeanne, que escogería uno de los sitios más relumbrantes. No la concibo jugando al amor en una posada de pueblo. ¿Tú sí? Así, pues, lo mejor será empezar por el hotel más grande de Torquay. Lo malo es que ha transcurrido ya mucho tiempo, pero como era una muchacha tan dada a llamar la atención, lo más probable es que, donde haya estado, la recuerden el gerente, la camarera o cualquiera de los sirvientes. No creo, desgraciadamente, que el hombre haya producido la misma impresión, y como tampoco creo que se hayan inscrito con sus propios nombres, procuraremos obtener una descripción lo más exacta posible de él.

—No es tan fácil todo esto como a simple vista parece. Con o sin uniforme, los hombres no impresionan a la servidumbre como lo hacen las mujeres; además, es sorprendente la forma cómo difieren las descripciones dadas por varios testigos sobre una misma persona. Nos queda, sin embargo, la esperanza de que alguien recuerde alguna característica especial del individuo en cuestión, pues, de ser así, nos diría si es alguno de los que tenemos sometidos

a observación en la actualidad.

Andrea se levantó de la mesa.

—La Policía ha de ser muy ingeniosa —señaló ella.

Después, cambiando de tema, añadió:

—Vete a la chimenea, William, mientras yo levanto todo esto. Esta noche tendrás que pasarte sin café. Se me ha terminado.

Él volvió a su butaca mientras ella continuaba en su operación de recogerlo todo y de restituirlo a sus sitios respectivos.

Al terminar, se sentó de nuevo en su taburete favorito, tomó un cigarro y dijo en tono reflexivo:

—¿No se te ha ocurrido pensar que el asesino de Jeanne pudiera muy bien ser alguien que no ha entrado todavía en nuestros cálculos?

Austen encendió un cigarrillo.

—No te digo que no, pero sí te digo que he barajado cuantas posibilidades pudiera haber a ese respecto. Mi primera idea, como tú sabes, fue que alguno de los invitados cometió el crimen, pero más tarde comprendí que con la misma facilidad podía haber sido llevado a cabo por alguien extraño a la fiesta. No hubo nadie que pudiera decirse que quedara permanentemente en la cocina, y cualquiera que conociese la posición de la escalera de servicio podría haber utilizado ese medio para subir a las habitaciones de Jeanne.

—Eso estrecha el círculo, ¿no te parece?

—¿Qué quieres decir?

—Que tenía que ser uno de los asiduos. Alguien muy familiarizado con la distribución de la casa.

—No, necesariamente, un *asiduo*. El misterioso visitante, del que te hablé, y que vino antes de comer y fue conducido por la escalera posterior, pudo muy bien haberlo hecho solo, después. Que era un extraño, es indiscutible, pues de otro modo la sirvienta le hubiese reconocido.

—Comprendo. ¿Me permites unas cuantas preguntas?

—Encantado. Me sirven muchas veces para aclarar mis propios pensamientos.

—Pues, como te digo, he pensado muy seriamente en todo este batiburrillo y no ceso de buscar y rebuscar fundamentos para esto y para lo de más allá. ¿Tendrías inconveniente en decirme cuáles son

tus conclusiones en este momento?

—Claro que no.

Tiró el cigarrillo que tenía entre los dedos y empezó a rellenar la pipa.

—Esta es, más o menos, la posición en que nos encontramos: Cualquiera, hombre o mujer, pudo haber asesinado a Jeanne. Solo una persona se ha encontrado hasta el presente que pudiese tener un motivo, aunque vago, para haber cometido el acto, y esa persona eres tú. Pero el motivo es, en mi opinión, tan remoto, que no puedo dudar de tu inocencia.

Ella sonrió con tristeza.

—Gracias.

—No hay de qué. Pero ahora salen a luz actividades extorsionistas de Jeanne y es evidente que hay muchas personas que hubiesen deseado el mal de Jeanne, pero desconocemos su identidad desgraciadamente. Existe también la consideración de que el chantaje nada tuviese que ver con la muerte y que el motivo del asesinato fuese completamente de carácter pasional.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Continuar buceando en el pasado y desenterrando nuevos datos, como, por ejemplo, el que tú me has dado esta noche. Después, tratar de articularlos y ver si nos conducen a una cierta y determinada persona. A propósito, te agradezco el resultado de tus pesquisas.

—¡Ojalá hubiesen sido mejores!

—No te preocupes por eso. Quizá me sean más útiles de lo que crees. En nuestro trabajo no se puede adelantar, como no sea paso a paso.

Andrea se levantó y removió el fuego. Después fue a sentarse en el sillón frente a Austen, se colocó un almohadón tras la cabeza y abandonó su cuerpo lánguidamente.

—¿Sospechas realmente de alguien, William? —preguntó.

Él rio. Permaneció cómodamente sentado y al poco, dijo:

—Te voy a decir lo que no diría a nadie. Beaufort tuvo oportunidad, pero no motivo. Tú tuviste oportunidad, pero el motivo es inaceptable para mí. Philip Hewlett es un misterio, pero en nada se le puede relacionar con el caso hasta el presente. Larry O’Brien

pudiera tener un motivo, los celos, pero puede probar la coartada del momento de la comisión del crimen. Aún más, pareció profundamente afectado al darle yo la noticia de la muerte de Jeanne, aunque a esto no se le puede dar una gran importancia, ya que muy bien pudo haber preparado el *acto* en previsión de posibles preguntas. Lo que sí hay de cierto es que Jeanne le desagradaba. Si su coartada no es lo firme que debiera ser, empezaré a dedicar sumo interés a este sujeto. Hay otra cosa que quisiera saber: ¿pensaría Jeanne continuar con sus repugnantes actividades, aun después de casada? Apostaría a que sí. Beaufort no disponía más que de su paga de capitán y el papá Foster no parecía muy dispuesto a extremarse en sus asignaciones. Al menos, así me lo hizo saber. La pareja tenía gustos extravagantes y costosos. Cabe, pues, la posibilidad de que estuviera presionando a alguien el mismo día de su muerte. Este negocio del chantaje tiene también sus complicaciones. Al menos, proporciona la alternativa de un motivo para asesinar. No es el *crimen pasional* que en un principio creímos todos. Existe también otra duda. ¿Qué sucedió con lo que pudiéramos llamar *material* del chantaje? Una pobre chiquilla podría haberse visto obligada a pagar lo que se le pedía bajo la simple amenaza de contar a sus padres alguna de sus faltas, pero un hombre o una mujer, ya maduros, no se comportarían de la misma manera. Si el asesinato fue la consecuencia de un chantaje, hace suponer que alguien tuvo interés en recuperar de Jeanne las pruebas comprometedoras. ¿Qué pruebas pudieran ser estas? ¿Fotografías? ¿Cartas? El asesino, en este caso, debió de obtenerlas todas, ya que ninguna de ellas se ha encontrado hasta la fecha. Su cuarto ha sido registrado escrupulosamente y no se ha encontrado en él ni siquiera un simple pedazo de papel. No cabe duda que ella habría hecho una limpieza general de todas las cartas que poseyera antes de su casamiento. Nunca he visto, en mi larga experiencia, un escritorio de mujer tan desprovisto como este de cosas personales. ¡Ni una carta, ni un Diario de su vida, ni siquiera una simple factura! Nada, con excepción de papel de cartas y sobres todavía sin usar. Hice mirar su equipaje; el resultado fue el mismo.

Andrea suspiró.

—¿Entonces qué, William?

—Pues vuelta a lo de siempre. A los trabajos de rutina.

Volveremos al asunto del Devonshire. A la coartada de Larry y ver, además, si podemos extraer nuevos nombres de adoradores. ¡Es un trabajo de lo más ingrato, Andrea! Y lo peor es que cualquier cosa que encontremos ha de apenarles profundamente a los pobres viejos Foster. Hago todo lo posible para impedirlo, pero me temo que cuando alguien haya sido arrestado por la muerte de Jeanne, los detalles más repugnantes de su vida frívola saldrán a la superficie y nada se podrá hacer ya para evitarlo.

—¡Pobres viejos! —susurró Andrea—. ¡Como si no hubiesen sufrido ya bastante! Casi desearía que este fuera otro de tantos crímenes que quedan en el misterio, William.

Él movió la cabeza afirmativamente.

—Sería mejor, tienes razón. Pero hay también algo que me desespera solo pensarlo. Que no es el asesino quien más sufriría en este caso, sino sus inocentes familiares. Él, después de todo, se decidió a violar la Ley. Por grande que fuese la razón que le asistiera, ha dispuesto de una vida que no le pertenece. Ha suplantado la acción de la Justicia, las atribuciones que solo corresponden al Estado. Aunque la víctima mereciese, como en muchos casos, la muerte, esa víctima tiene el derecho de ser juzgada con arreglo a las leyes de su país. No hay individuo con derecho a tomarse la justicia por su mano. Y si lo hace, debe ser castigado. Podrás no creer en la pena capital, pero no puede permitirse que un asesino ande suelto por el mundo. Después de todo, no olvides que él sabía perfectamente a lo que se exponía con su acción. Pero nada de esto que acabo de decir puede aplicarse a los familiares. Estos son castigados injustamente y con más rigor, si cabe. El castigo del criminal tiene un límite. El de los padres se prolonga indefinidamente. Podrá aquel sufrir torturas mentales en el período estatuido de tres semanas que media entre la sentencia y su ejecución, pero estos están condenados ya a sufrir el resto de sus vidas. ¡Los padres de un asesino! ¡Los hijos de un asesino! ¡La esposa de un asesino! Todos marcados con el infamante estigma. Y no puede hacerse nada contra ello. Es injusto, canallesco si quieres, nada han hecho por merecer esa afrenta, pero desgraciadamente el mundo es así. Muchas veces, Andrea, al ayudar a descubrir un culpable, al presentar las pruebas en contra de él en el juicio, al oír su sentencia y conocer la fecha de su ejecución, no he podido

menos que sentirme avergonzado de mí mismo y de mi profesión. No podía borrar de mi imaginación el espectro de la celda, del cadalso y del nudo corredizo. El espectro de una pobre madre angustiada. Es ya terrible para una mujer que la muerte natural le separe del hijo que llevó en sus entrañas, pero cuando siente que se lo arrebatan violentamente y que extingue su vida una justicia fría, inflexible e impersonal, ¿qué sufrimientos habrá comparables a los de aquella pobre alma inocente?

Austen se detuvo, poniéndose violentamente en pie, presa de un temblor convulsivo.

—Perdóname —dijo, intentando dar a su voz un tono sosegado y tranquilo—. Me temo que me he dejado llevar por la exaltación, que he dramatizado exageradamente mis sentimientos. Perdón.

Andrea le cogió de la mano.

—Al contrario, William. Odiaba en ti lo que me parecía un extremado y despiadado celo en el cumplimiento de tu deber. Veo con satisfacción que me equivoqué. Veo que eres humano.

Austen hizo un esfuerzo para devolver un acento de ligereza a sus palabras.

—Todos tenemos nuestras debilidades. Bueno, creo que lo mejor será que me marche ahora. ¿Vuelves mañana a Chedwood?

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Creo que también. Tengo una consulta con Evans.

—¿A qué hora irás?

—No puedo decírtelo con seguridad. Me gustaría mucho que pudiésemos ir juntos, pero no sé qué tren podré coger. Quiero hablar con O’Brien cuando no se encuentre bajo la influencia del alcohol; como comprenderás, no depende de mí, sino de él. ¿Cuándo pensabas irte?

—En el tren de la tarde. El que sale a las tres y diez.

—Muy bien. Procuraré coger ese, pero no me esperes si no llego. Gracias por tu estupendo convite.

Permaneció unos momentos en silencio y luego la besó delicadamente.

—Quisiera que te casaras, Andrea.

—¡Ay, William! Supongo que esto no será una proposición formal.

—No. Pero ¿la aceptarías si lo fuese?

—Creo que no. Te quiero como no tienes idea, William, pero no como marido. ¿Y por qué este interés repentino en mi porvenir?

—Porque te quiero. Y no de ahora. Siempre he creído que harías una esposa ideal. ¿Por qué no aceptas a alguien? A quien sea.

Ella le miró sonriente.

—Muchas veces me he hecho a mí misma esa pregunta.

—¿Y qué te has contestado?

—Todavía no lo sé. De todos modos, estoy bien como estoy.

Austen vio que no quería abordar el tema con seriedad.

—Bien —dijo—. Sigo creyendo que es un crimen el que no puedas cocinar para alguien. Quiero decir para alguien que supiese apreciarlo. ¡Son tan raras hoy las cocineras!

A la mañana siguiente llegaron noticias de que la coartada de O'Brien estaba muy lejos de ser lo fuerte que él pretendió hacer ver. El informe de haber estado con sus compañeros de Cuerpo en la noche de la víspera del casamiento de Jeanne era cierto, pero con ello terminaba todo.

La policía local hizo indagaciones minuciosas y se encontró, así decía el informe, con que O'Brien pudo muy bien, si hubiese querido, haber estado en Chedwood el martes y haber vuelto a Clairmont, que es donde se encontraba el puesto, por la noche y sin que nadie se hubiese enterado de ello. Lo único que se hizo constar, sin dejar lugar a duda, es que sus amigos le llevaron al cuarto de uno de los hoteles de Clairmont la noche del lunes y que le metieron en la cama, dando órdenes de que no se le llamara ni se le molestara.

El dueño del hotel estaba, según dijo, acostumbrado a esta clase de ocurrencias. Un buen número de oficiales de la R. A. F., todos del mismo puesto, se hospedaban en aquel hotel y acostumbraban, después de pasar una noche en claro, a dar órdenes similares. Se les dejaba dormir todo el día siguiente como se había hecho con O'Brien. Ninguna criada se había acercado a la habitación ocupada por él y

no apareció, por lo que pudo apreciarse, hasta la noche del martes, en que se le vio salir acompañado de otros hombres, pagar su cuenta, y marcharse.

No obstante, tampoco nadie pudo garantizar que permaneciera todo el día dormido en su cuarto, ni siquiera parte del mismo, el martes. Parecía haber llegado en completo estado de embriaguez, aunque tampoco podría esto afirmarse a ciencia cierta. Una vez que sus amigos salieron, después de dejarle en la habitación, nada podía impedirle salir de nuevo sin que nadie se diera cuenta de ello.

El hotel era uno de los favoritos puntos de reunión de los de la R. A. F. del distrito, y los oficiales entraban y salían sin poder precisarse la diferencia de caras en aquel enjambre de uniformes de la misma forma y color. La policía de Clairmont no encontró una sola persona que pudiese jurar que O'Brien permaneciera en su habitación todo el tiempo que mediaba entre la medianoche y la tarde del martes alrededor de las seis.

Clairmont no estaba a más de veinte millas de Chedwood, y un autobús, una bicicleta o un tren podían haber fácilmente transportado a O'Brien de un lugar al otro, darle tiempo y oportunidad de asesinar a Jeanne, y volver a la cama antes de que sus compañeros hubiesen estado de vuelta al anochecer.

Así estaba la cuestión y no había forma de probar de momento ninguna de las dos alternativas. Lo único que cabía hacer era incluir el nombre de O'Brien en la lista de las personas con motivo y oportunidad de haber cometido el hecho.

Pero ¿cuál podía haber sido exactamente el motivo? Austen creyó conveniente el formarse ideas definidas en este sentido, antes de decidirse a hacer la visita al jefe de la escuadrilla.

La primera fue, como es natural, la de los celos. La actitud de un perro ante un plato de huesos. No tenía intención alguna de casarse con Jeanne, pero tampoco quería verla en brazos de otro. Quizá toda su palabrería de hallarse cansado de ella no fuera más que una cortina para ocultar sus verdaderos sentimientos o que en realidad

se hallase todavía enamorado a pesar de sus protestas en sentido contrario.

Todas estas reflexiones estaban llenas de interés y posibilidad.

Y otra nueva duda le asaltó. ¿Podría haber sido O'Brien el misterioso visitante de Jeanne el día de su boda? Desde el punto de vista del tiempo, nada había que pudiera contradecirlo. Un rápido estudio del horario revelaba que Larry pudo muy bien haber salido de Clairmont a las 11,30, volver de Chedwood en el tren de las 4,30 y estar de vuelta en Clairmont antes de las 6 de la tarde. Salir o entrar del hotel sin ser visto no hubiera presentado dificultades en un lugar en que el trasiego de oficiales de la R. A. F. era constante.

Después se presentaba la cuestión de la identificación por la pizpireta sirvienta. Esta dijo, en principio, que el desconocido se presentó vestido en atavío de combate. Poco más tarde, ya no estaba segura de ello. Sería preciso que echara una ojeada a O'Brien para ver si esto le refrescaba la memoria.

Y últimamente, ¿qué había sobre el éter? Por raro que pudiese parecer, este detalle no significaba de momento gran cosa. Era tan fácil llegar a él que podía relegársele temporalmente a la categoría de minucia en la investigación general. Corrientemente, el instrumento del crimen (el cómo, el por quién, el dónde y el cuándo, había sido ya logrado) era de importancia capital en la investigación de un asesinato. Difícilmente podía Austen recordar un caso, excepto un crimen con violencia, en que no ocurriese de este modo.

Este parecía ser una verdadera excepción a la regla general en casi todos sus aspectos.

Serían ya poco después de las diez de la mañana cuando Austen salió de su departamento para ir a visitar al jefe de escuadrilla Larry O'Brien en el hotel en que este vivía. No parecía probable que a estas horas de la mañana el aviador se encontrase cargado ya de licor, aunque muy bien podría suceder que estuviese todavía durmiendo la resaca de la orgía de la noche anterior. Confiaba, sin embargo, en tener la suerte de que no fuera así.

De todos modos, a menos que algo inesperado hubiese ocurrido, este se encontraría, a no dudar, en su cuarto.

El Yard había vigilado cuidadosamente sus movimientos desde su llegada a Londres, y era improbable que hubiese podido evadir la penetrante mirada de sus seguidores.

Así, pues, partió lleno de esperanza. Sabía que iba a jugárselo todo a un golpe de los dados, pero entraba también en lo posible que esta fuera la última etapa en su larga carrera por la aprehensión del asesino de Jeanne.

11

AFORTUNADAMENTE, O'Brien estaba despierto al llegar Austen a su cuarto. Se hallaba incorporado en la cama con una gran bandeja sobre sus rodillas, en la que se veían los restos de un suculento plato de huevos fritos con jamón.

Levantó la vista al entrar Austen.

—¿Otra vez usted? —dijo en un tono nada cordial.

—Parece que sí —contestó el policía en la forma más complaciente que pudo.

—¿Puede saberse qué es lo que busca usted aquí?

—Un poco más de información.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo lo que pueda referirse a la muerte de Jeanne Foster.

Larry O'Brien pinchó el último pedazo de huevo que quedaba en el plato, se lo metió en la boca, separó de sí la bandeja, se incorporó aún más, recostándose muellemente sobre las almohadas, y dijo, recalcando las palabras con toda intención:

—Pierde usted el tiempo. No tengo nada que decir que no haya dicho ya. No sé quién mató a esa perra, ni me importa. Yo no lo hice, pero quien lo hizo, merece toda mi simpatía. Tenía que suceder así y, créalo usted o no, yo premiaría al que tuvo tan fausta idea. Fin del parte.

Se echó de nuevo hacia atrás, cogió del plato un pedazo de pan tostado y empezó con toda calma a embadurnarlo con mantequilla y un poco de mermelada.

—Es maravilloso cómo estos hoteles se las agencian con los racionamientos —dijo en tono de chunga y siguió masticando unos momentos.

Austen separó un montón de ropas que colgaban de una silla y se sentó. Así, continuó inmóvil y en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó O'Brien con dureza y con la boca llena todavía de pan.

Austen se limitó a sacar su pipa, cargarla y encenderla.

—Información —se dignó contestar.

El jefe de escuadrilla empezó a sentirse contrariado.

—¿No le he dicho ya que no tengo ninguna que darle?

—Sí, pero no ha dicho usted la verdad —Austen tuvo una inspiración.

—¿Quiere usted decir, por un casual, que he mentido?

—Exactamente.

—¡Maldito!…

—¡Cuidado! Le aconsejo que no pierda usted los estribos, O'Brien.

—¿Qué es lo que usted quiere? Vamos a ver.

—Me dijo usted la otra noche que el martes, el día en que Jeanne se casó y fue asesinada, lo pasó usted durmiendo en el hotel de Clairmont. Usted, tan bien como yo, sabe que eso no es verdad.

El truco dio resultado. O'Brien se quedó del color de las cerezas. Era una de sus reacciones que no conseguía dominar.

—No sé de qué me está usted hablando —le contestó en actitud de reto.

—Lo sabe usted, y me consta. Le diré, más o menos, lo que ocurrió. El lunes pasado alguien que creyó que a usted le interesaría la noticia le dijo que Jeanne iba a casarse en Chedwood al siguiente día. Usted estaba un poco *cargadito* en aquellos momentos, pero consiguió grabar en su memoria la noticia, aunque su estado no le permitió tomar determinación alguna de momento. Pero al día siguiente por la mañana, ya pasado el efecto de los excesos del día anterior, decidió usted ir a Chedwood y enfrentarse con ella antes de que se casara. Así, pues, *salió* usted del hotel y se dirigió allí. Sobornó usted a una de las sirvientas, que le condujo escaleras arriba a las habitaciones de Jeanne.

O'Brien se desmoronó. La sorpresa pudo más que él.

—¿Cómo consiguió usted saberlo?

Austen soltó el aliento lenta e imperceptiblemente. Sabía que era una jugada peligrosa, pero también que de ella dependía grandemente el éxito.

—Eso es asunto mío. Ahora, O'Brien, quiero preguntarle, ¿por qué no me lo dijo usted la primera vez que nos vimos?

—¿Cómo iba yo a suponer que usted conseguiría saberlo? Creí que nadie llegaría a enterarse.

—¿De qué?

—De mis entradas y salidas del hotel. De todo eso.

—¿Mató usted a Jeanne?

—No. Se lo juro. ¿Por qué había de matarla?

—Entonces, ¿qué razón había para ocultar que fue usted a verla? ¿Cuál es el porqué de ese secreto?

—Pues… —O'Brien retiró la bandeja de la cama y sacó una cajetilla de cigarros—. A decir verdad, me dio un vuelco el corazón cuando me dio usted la noticia de que había sido asesinada. La otra noche, cuando vino usted a verme, no estaba en mis cabales. No es que estuviera precisamente borracho, pero tenía unas cuantas copas de más. La noticia me despejó completamente y pensé que era mejor dar tiempo a pensar en lo que había de decir que hablar precipitadamente y con exceso. Usted mencionó la palabra asesinato y aquello acabó por desconcertarme. Sé cómo son ustedes los de Scotland Yard y me pareció prudente meditar mis respuestas. No me gustaba la idea de verme envuelto en asunto tan desagradable.

—¿Así es que mintió?

—Si quiere usted llamarlo así, mentí.

—Entonces, ¿confiesa usted haber ido a ver a Jeanne el martes antes de la boda?

Una reminiscencia de sonrisa hizo torcer la comisura de los labios de O'Brien.

—¿Para qué negarlo si veo que conoce usted todas las respuestas? —dijo resignadamente—. Sabe usted tanto como yo mismo.

Austen no pudo reprimir la risa.

—Está usted equivocado. Todavía no sé *por qué* fue usted. ¿Qué le parece si usted mismo me lo dijera?

Hubo una pausa bastante perceptible antes de decidirse a hacerlo.

Después se encogió de hombros.

—Quizá tenga usted razón, aunque no la veo, de que yo anduviera propalándolo sin ningún motivo ni fundamento. No sé si me comprenderá usted.

Adoptó una postura más cómoda en la cama, se subió el edredón sobre el pecho, empalmó un cigarrillo con el anterior y volvió a su historia:

—Estoy algo confuso sobre lo que pude haber dicho la otra noche, aunque temo haberme extralimitado en mis opiniones sobre Jeanne. ¿No es así?

Austen asintió con la cabeza.

—¿Entonces le contaría detalles de mi escabroso asunto con ella y de la opinión que me merecían los manejos de esa fregona?

Austen volvió a asentir.

—Bien. Entonces, he aquí. Me temo que todo lo que sigue es algo personal, pero no podría usted comprenderlo enteramente, a menos de conocer ciertos detalles. Estuve prisionero en Italia una pequeña temporada. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

—Cuando se está preso tiene uno tiempo de pensar en muchas cosas. Personas a quienes nada importa nada, se vuelven pensadoras cuando se encuentran cercadas por una alambrada. Empecé a dar vueltas a muchas de mis ideas y a pensar, especialmente, en Jeanne, en lo mala que era y en el trato que había dado a alguno de mis amigos, y decidí que si alguna vez lograba evadirme, no dejaría de hacerle saber exactamente lo que yo pensaba de ella. Qué pudo motivar esta determinación en mí, no lo sé; pero lo cierto es que no podía quitármelo de la cabeza. Después conseguí escaparme del campo donde estábamos concentrados y no volví a pensar en ello. Al llegar a Inglaterra no tuve otro pensamiento que el de volver a estos lugares y verme de nuevo entre mis amigos y compañeros. El lunes por la noche tuvimos una pequeña fiesta, y uno de los muchachos, que seguramente conocía mis relaciones con Jeanne,

me preguntó si estaba enterado que esta iba a contraer matrimonio al día siguiente.

Se detuvo unos momentos para encender un nuevo cigarrillo.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Austen consultó su reloj.

—Las once.

—Gracias.

O'Brien tocó el timbre que colgaba en la cabecera de la cama, volvió a arreglar una almohada tras su espalda y se quedó mirando a Austen.

—¿Se aburre usted?

—Todo lo contrario.

O'Brien sonrió.

—He de reconocer que celebrábamos aquella noche mi vuelta y que bebí quizá con exceso. Y pensé: «¡Ah! ¿Conque por fin se casa? ¡Pobre diablo!». Me refería a él, por supuesto, y no volví ya a acordarme de ello hasta la mañana siguiente. De lo que pasó aquella noche, se lo juro, no guardo el menor recuerdo. De todos modos, al volver en mí, algo repiqueteó en mis oídos y pensé: «¡martes!». Sí, martes, en efecto, ¿pero qué significaba aquel martes? De pronto la idea vino a mí. Jeanne iba a casarse.

Se detuvo y miró a Austen como interrogándole.

—No sé si sabrá usted lo que es estar como yo estuve en la noche del lunes, pero si ha estado así, sabrá usted que a veces se levanta uno a la mañana siguiente con la sensación de un ligero atontamiento y sin ningún recuerdo.

Austen había sido también joven y movió la cabeza comprensivamente. Recordó algunos de sus disfrutes de permiso en El Cairo, durante la guerra anterior; los despilfarros, la camaradería; todo cuanto O'Brien estaba mencionando le era sobradamente conocido.

—Bueno, pues eso es lo que me pasó —continuó—. No recordaba nada con claridad, pero una idea fija se aferró a mi mente, que fue la de ver a Jeanne antes de que esta se casara. Todos aquellos pensamientos madurados en Italia volvieron a mí con fuerza y no me detuve esta vez a considerarlos. Eran como pedazos de un rompecabezas que sin ningún esfuerzo fueran colocándose en

su debido lugar. Todo lo que recordaba era que había de ver a Jeanne y que esta oyera cuatro o cinco cosas que yo tenía que decir. Así, pues, me decidí a hacerlo.

De nuevo se detuvo en su relación.

—¿Qué hará ese condenado de camarero?

Volvió a tocar el timbre y pareció recaer en meditación.

—Siga usted —rogó Austen.

—¿Dónde estaba? ¡Ah! Sí. Me vestí y salí. No tropecé con nadie a quien conociera. Sin darme cuenta, me encontré en la estación y con un tren para Chedwood que estaba a punto de salir. Lo abordé.

—¿Nadie le vio?

—Había varios oficiales de la R. A. F. en el tren, pero ninguna cara conocida. De los de mi tiempo, al menos. De todos modos, no pensé en hablar con nadie, y sin saber por qué. Cosas que pasan. Llegué a Chedwood. Había estado allí con anterioridad. Me había encontrado con Jeanne en la casa en ocasión de estar sus padres ausentes, así es que conocía el camino. Estaba ya bastante despejado y, aunque me dolía un tanto la cabeza, sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero que había sobre una mesa al lado de su cama.

—¿Dónde demonios se habrá metido ese camarero?

Tocó el timbre repetidamente, cada vez con mayor impaciencia.

—¿Qué es lo que usted desea? —preguntó Austen.

—Un trago. No puedo continuar así, con la garganta más seca que el Sahara.

Austen, que prefería a su víctima con sed, habló, pero nada hizo.

O'Brien volvió a llamar, mas estaba interesado en su historia y continuó:

—Bueno, dejemos los detalles. Subí al cuarto de Jeanne y allí me la encontré guapa como siempre, eso sí. Dijo ella: «¿Pero qué haces aquí?», o palabras por el estilo. No se había enterado de mi vuelta, ni siquiera de que me hallara en el mundo de los vivos. Parece que le impresionó mi presencia y perdió la cabeza. Eso tuvo gracia.

—¿En qué sentido?

El aviador se quedó un tanto perplejo.

—Me dijo que si me casaba con ella estaba dispuesta a romper su compromiso y mandar a Beaufort con viento fresco. Esto me sacó

de mis casillas. Recordé a lo que había venido y le zampé cuanto me vino en gana. Le dije que nada había ya entre los dos, nada. Que no me casaría con ella por todo el oro del mundo, ni aun suponiendo que fuese la última mujer que quedara sobre la Tierra. A continuación, y sin exaltarme, volví a darle un repaso de mis sentimientos hacia ella.

Austen estaba intensamente interesado. Y le preguntó:

—¿Qué le dijo usted, poco más o menos?

—¡Qué sé yo! Que no tenía muy buen concepto de Beaufort, pero que de todos modos le consideraba muy superior a ella. Que no la dejaría en paz si llegaba a enterarme de que no le trataba como era debido y otras muchas cosas más que en este momento no recuerdo.

Se dirigió a Austen en forma festiva y amistosa:

—Se lo aseguro; no recuerdo con exactitud lo que llegué a decir. Pero todos los pensamientos que incubé en Italia volvieron a mi memoria y uno por uno se los fui escupiendo en la cara.

—¿Y qué sucedió?

—Que al final perdió los estribos. Se levantó y me abofeteó, diciendo: «Sal ahora mismo de aquí». Lo cual hice, no sin antes asegurarle que llevaría cuenta de todos sus pasos y que no permitiría que volviera a clavar sus garras en ninguno de mis amigos; a continuación me largué. Empezaba a subírseme la sangre a la cabeza y hasta tentaciones tuve de ir a la iglesia y armar un escándalo. Pero me serené y me convencí de que lo que más necesitaba era un lugar donde poder matar el hambre. Me fui a la fonda del pueblo y la encontré abarrotada de gente. Vi un autobús y me dirigí en él a la aldea próxima, donde tomé un bocadillo. Luego me puse a caminar y creo que cogí otro autobús. De todos modos, me encontré en Clairmont aunque podría jurar que sin saber cómo. Subí a mi cuarto por la escalera de escape. Me acosté y perdí el mundo de vista hasta que unos compañeros subieron a decirme que una nueva fiesta estaba en todo su apogeo y que requerían mi presencia.

En este punto, y quizá con poco acierto, fue contestada la llamada. Un viejo sirviente hizo su aparición preguntando a O'Brien lo que deseaba.

La respuesta fue simple y directa.

—Ginebra, buen hombre, y no me diga usted que no la hay, porque me consta que sí. ¡Largo!

El camarero dio media vuelta y salió sin protesta de ninguna clase y en su forma de hastío habitual.

A partir de este momento, nada pudo sonsacarse de la conversación del jefe de escuadrilla O'Brien. Había hecho su aportación y no estaba dispuesto a seguir hablando. Austen tuvo, naturalmente, que seguir interrogándole, pero sin ningún resultado satisfactorio.

Todos los datos los fue clasificando a medida que el tren avanzaba en dirección a Chedwood. Cogió el de las 3,10 y se sentó en el mismo compartimiento que Andrea, pero nada interesante encontró esta en su compañía en todo el tiempo que duró el trayecto.

Se encontraron en la estación de Londres, pero, a la primera mirada, comprendió Andrea que su atención esta vez no estaría concentrada en ella.

—¿Mucho trabajo? —preguntó esta.

—Mucho. Entrevista con O'Brien y luego al Yard. Muy informativa.

Ella rio quedamente.

—No quieres hablar, ¿verdad, William?

Más que una pregunta era una declaración. Él sonrió.

—Tú eres siempre comprensiva. Con franqueza, no. Tengo mucho en qué pensar. Probablemente te lo pueda decir esta noche.

Siendo, como con tanta frecuencia había él repetido, mujer única entre un millón, no insistió en sus preguntas. Al llegar el tren, ambos se acomodaron uno frente al otro, pero ella se abstuvo de dirigirle la palabra durante todo el trayecto. Las únicas palabras que se cruzaron entre ellos fueron algún que otro «gracias» fortuito, cada vez que Austen se apresuraba galante a encender el cigarrillo de Andrea.

Un momento antes de llegar a Chedwood, recogió Austen un montón de papeles en los que había estado escribiendo algunas notas, se los metió en el bolsillo y levantó la vista.

—Gracias, Andrea —dijo.

El superintendente Evans esperaba en el andén.

—Me han telefoneado del Yard para que viniese a recibirle —fueron sus primeras palabras después de los saludos.

El comandante sonrió.

—Eso se llama servicio, superintendente. ¿Podemos llevar a la señorita Redgrave a su casa? Con carácter privado, se sobreentiende.

Tomó la maleta de Andrea y la puso dentro del coche de la Policía, que esperaba en la puerta.

Condujeron a Andrea a su casa, prometiéndole Austen que haría lo posible para ir a comer con ella, y partió con el superintendente en dirección al cuartel de la policía local.

—Lo he dispuesto de forma que todas las llamadas se hagan aquí —explicó Evans después que se hubieron acomodado en la habitación más confortable que pudieron encontrar—. ¿Un poco de té, comandante?

—¡Gran idea!

Se asomó Evans a la puerta, dio las órdenes y, mientras esperaban, Austen se dedicó a ordenar sus papeles.

A los pocos momentos, entró un agente con una bandeja un tanto desvencijada y en ella una tetera, gruesas tazas, leche, azúcar y algunas pastas.

Evans lo inspeccionó todo husmeándolo al propio tiempo.

—Se ve que se han esmerado por usted. Ventajas de pertenecer al Ejército.

Austen sirvió el té para ambos, y, mientras lo bebían, hizo una descripción de todos sus movimientos durante los últimos días, de lo que hizo y pensaba hacer y, finalmente, cuando tazas y platitos habían sido retirados ya de su presencia, una relación de su entrevista con
O’Brien
en aquella mañana.

—El resumen de todo ello es lo siguiente —dijo—: Él admite haber salido del hotel de Clairmont y haber ido a Chedwood. Admite haber estado en el cuarto de Jeanne, donde habló con ella durante una media hora aproximadamente, y que después, según afirma, ya no volvió a verla.

—¿Para qué fue a verla? —preguntó Evans, aceptando gustoso el tabaco que Austen le ofrecía.

—Para exhortarla a mejorar de conducta. Con toda franqueza, superintendente, esa parte de la historia me sonó a verdad. Sería mejor para nosotros que no lo fuera, pero lo digo tal como lo siento. Si hubiera usted visto al muchacho, pensaría igual que yo. Ocurrió de este modo: la noche del lunes bebió más de lo debido; ya conoce usted a esta juventud; tienen aguante. Beben ginebra todo el día, porque no tienen otra cosa que hacer, pero se despejan y quedan serenos como un juez con solo pisar la carlinga de sus aparatos cuando salen por las noches en misión. Y a propósito: ¿cree usted que los jueces sean sobrios en realidad? Por lo menos, los que yo he conocido lo son cuando están en funciones. ¿Pero no cree usted que tendrán sus momentos de expansión como cualquiera de nosotros?

Evans sonrió.

—Vamos a lo que importa, comandante. No estábamos hablando de jueces. De haberlo estado…

—Tendría usted muchas cosas que contar, ¿verdad? Le apuesto lo que quiera a que sí. De todos modos, gracias por llamarme la atención. Pero me gustaría que la sobriedad de los jueces fuese puesta a votación. Recuérdemelo cuando termine la guerra. Como decía, O'Brien se despejó suficientemente por la mañana para recordar que Jeanne iba a casarse dicho día y que había varias cosas que esta debía saber antes que se decidiera a hacerlo. Así es que fue y se las zampó. Si hubiese estado completamente sereno, tengo la seguridad de que no hubiera ido. En el estado en que estaba, creyó necesario poner un prólogo a la epístola de San Pablo.

—¿Y qué decía el prólogo?

—Una serie de advertencias, según él. Conocía su tendencia a jugar con los hombres, cosa que le desagradaba en extremo. Se creyó obligado a advertirla que debía poner fin a todo eso después de su casamiento. Es francamente lo que podría esperarse de un hombre de su temple en el estado en que se encontraba.

—¿Dijo cómo reaccionó ella? —preguntó Evans.

—Por lo que deduzco, la escena, en principio, debió de tener caracteres emocionales.

O’Brien
parecía un tanto cohibido al hacer su descripción. Como usted sabrá, Jeanne había estado locamente enamorada de él y desesperada al creerle muerto. Al entrar en el cuarto, como surgido de una tumba, creyó que había venido a reclamarla. Se mostró dispuesta a echarlo todo a rodar y a escaparse con él en aquel mismo punto y hora. Al decirle
O’Brien
que ya no sentía interés alguno por ella, su furia no tuvo límites. Él se limitó a oírla sin pestañear y a recordarle que debía reformarse, ser fiel a Beaufort y olvidarse de todos aquellos con quienes se había divertido con anterioridad. Jeanne se rio de él y esto hizo que la sangre se le agolpara en el rostro. Me dijo: «No maté a esa perra, pero créame que, al reírse, mentiría si dijera que no me entraron ganas de hacerlo». Sin embargo, se contuvo (todos sabemos que la muerte ocurrió después de la boda, por lo que podemos aceptar parte de la historia como cierta), se limitó a reiterarle su advertencia y después se marchó, saliendo como había entrado: por la escalera de servicio y sin ser visto por alguien. Todo esto es posible y, hasta si se quiere, probable. A esa hora toda la servidumbre estaría atareada en preparar la fiesta.

—Pero no hay garantía de que no se escondiera en alguna parte y volviese después de la boda y la asesinara —objetó Evans.

—Absolutamente ninguna. En lo que se refiere a tiempo, lo tuvo sobrado para haberlo hecho con facilidad.

—Y con motivo para ello.

—Exactamente. Usted lo dice. Según su versión, al salir de la casa comprendió lo tonto que había sido al permitir que ella consiguiera sacarle de sus casillas y decidió no volverse a acordar ni del santo de su nombre. Sin embargo, no tenemos sobre esto más que su palabra. Su historia refiere que empezó a sentirse inconmensurablemente mejor y que lo único que necesitaba en aquel momento era un poco de alimento. Se dirigió al hotel de Chedwood, lo vio abarrotado de gente que había venido para asistir a la boda y pasó de largo. Tomó un autobús para la próxima villa y allí entró en una fonda donde le sirvieron de comer y beber. Debido a su temperamento, a los excesos de la noche anterior y a lo que bebió durante la comida, volvió a sentir los efectos del alcohol y no

recuerda cómo regresó a Clairmont. Esa es su historia.

Evans sacó su pipa y reflexionó.

—¿Usted la cree, comandante?

Austen pensó unos momentos antes de contestar.

—Mantengo un criterio abierto, pero no dejo de comprender que existen muchas lagunas para que podamos aceptarla como criterio cierto. Debemos confrontar la hora a que entró en dicha fonda, si en realidad estuvo, y la hora en que salió; a menos que podamos establecer que de allí se dirigiera directamente a Clairmont, tenemos que aceptar, como usted sugirió, que pudo haber vuelto a Chedwood y haber matado a Jeanne después de la boda. Con todo ello, y, según usted afirma, ha podido estar en su cuarto del hotel de Clairmont a las seis de aquella misma tarde. He tomado nota de las horas de los trenes, y es perfectamente factible.

—¿Nadie le vio en el tren en ningún momento?

—Por lo que he podido deducir, no. Ya he telefoneado, pero de todos modos designe usted un hombre para esa cuestión. Las pesquisas personales suelen dar resultados más satisfactorios.

Evans refunfuñó, logró una descripción de
O'Brien
y se dirigió a la antesala, donde Austen le oyó dar algunas órdenes.

Volvió enseguida y se desplomó, con un suspiro, en la silla.

—¿Y qué es ahora lo inmediato, comandante? —preguntó.

—No tengo todavía ninguna seguridad —contestó Austen lentamente.

—¿Lo cual quiere decir…?

—Lo cual quiere decir que si
O'Brien
mismo no mató a Jeanne, tiene al menos idea de quién pudo haberlo hecho.

—¿Y qué es lo que le hace pensar así?

—Lo que no dijo ni quiso decir.

Se detuvo unos momentos y luego miró hacia arriba hondamente preocupado.

—O'Brien es, en casi todos sus aspectos, un ingenuo, superintendente. No es ducho en el arte de la fineza ni en el de disimular que está ocultando algo. Suelta inadvertidamente cierta cantidad de información, y cuando de repente se da cuenta de lo

que ha dicho, y de sus posibles complicaciones, cierra el pico y no hay modo de hacerle hablar una palabra más.

—¿De algo en particular?

—Sí. Dos de sus amigos burlados y desplumados por Jeanne. Se niega terminantemente a revelar sus nombres.

—¿Quiere usted dar a entender que sospecha que alguno de ellos haya podido cometer el crimen?

—Pudiera ser. Por otra parte, me asalta la siguiente pregunta: ¿no podía él, en el estado en que se hallaba y con los pensamientos que en su cabeza germinaron en Italia, haber querido vengar a sus amigos? Ya sé que esto suena a algo así como teatral, pero cosas más raras se han visto. Además, ¿no podría darse el caso de que, a pesar de sus afirmaciones en contrario, fuese un gran amigo de Beaufort?

—¿Y que quisiera, por decirlo así, salvarle de las garras de Jeanne? —añadió vivamente el superintendente—. Esto me suena a algo de película, pero todos sabemos las tonterías que puede cometer un hombre cuando se cree enamorado… y especialmente en tiempo de guerra.

Austen rio entre dientes.

—Bien dicho, no cabe duda. Hacen muchas imbecilidades. Los sentimientos de las gentes son hoy un poco retorcidos y las reacciones un tanto extravagantes.

Se levantó, se desperezó ligeramente y cogió el sombrero y el bastón.

—¿Quiénes podrán ser esos dos hombres, superintendente? Eso es lo que es preciso averiguar. Beaufort, no, ¿verdad? Pero ¿y Hewlett? ¿O alguien completamente nuevo de quien ni siquiera hayamos oído hablar? Será mejor no preocuparnos por el momento de esto y fijemos nuestra atención en los movimientos de O'Brien.
Nos veremos mañana.

El maravilloso espectáculo de un crepúsculo otoñal iba esfumándose poco a poco de los campos cuando Austen abandonó la estación de policía. El aire era crudo y ni el más ligero asomo de neblina se levantaba de los húmedos valles. La calma era absoluta. Ni una leve brisa que hiciera mover con susurro blando las hojas de los árboles. Podía casi oírse el silencio. Las zarzamoras, desprovistas

casi de sus hojas, lucían todavía sus purpurinos y frescos frutos. Los charcos en las veredas se juntaban formando un lago de argentados reflejos. La quietud y la fragancia del otoño eran las notas predominantes. Hasta los pasos se oían amortiguados por la blandura de los caminos.

Austen, incapaz de pensar en crímenes en medio de tanta belleza, caminaba sin cesar. Se encontraba rodeado de paz, y al decir paz quería significar su adorada Inglaterra.

Se pueden construir casas por doquier, alquitranar los caminos, instalar bombas de gasolina, mas no cambiar lo inmutable. A menos de hacer caer hasta el último árbol, destrozar todos los setos, cementar la última pulgada de terreno, no podría morir el espíritu inglés. Ni aun esto lo conseguiría. Estaba en el ambiente. Era eterno.

Austen sabía que no podía por largo tiempo seguir deleitándose en la contemplación de estas bellezas que tanto significaban para él. Recordó que se había comprometido a ayudar en una empresa a la que no se había dado todavía remate y que, en vez de perder el tiempo en divagaciones, debería emplearlo en buscar la solución al misterio de la muerte de Jeanne. El final se aproximaba, pensó. En su cabeza, en la suma total de informaciones que había conseguido extraer, recopilar y apreciar debía estar la llave de la puerta tras la cual se escondía el asesino.

Era, sin embargo, un asunto que nada tenía de sencillo. Ninguno de los métodos conocidos para llegar a su solución parecían surtir efecto alguno. Todos los probó, y uno tras otro fueron derrumbándose ante él.

¿Por qué, pues, no abandonarlos y considerar el problema desde un nuevo ángulo? Este procedimiento había dado excelentes resultados en situaciones apuradas. ¿Por qué no emplearlo ahora?

Desde el momento en que apartó su imaginación de las filas de relucientes setos y del canto de los petirrojos, esta empezó a funcionar de modo muy diferente. Cesó de ser la imaginación de William Austen, enamorado de su patria y herido por su hermosura y quietud, y se convirtió en la del experto policía que va tras la solución de un caso.

Inconscientemente aceleró el paso. En vez de perder el tiempo mirando ociosamente a su alrededor, empezó a andar rápidamente

y con decisión, como aquel que tiene prisa en llegar a un determinado lugar. Y así era, en efecto, no física, pero sí mentalmente.

Empezó a hablar consigo mismo. En Scotland Yard habrían dicho que eso era una buena señal. Cuando el inspector Austen empezaba a mascullar entre dientes, era prueba de que llegaba a alguna conclusión. En los comienzos de cada caso le gustaba tener un auditorio, alguien, con preferencia inteligente, que supiese argumentar.

Pero más tarde, cuando las ideas empezaban a tomar forma en su imaginación, le molestaban las interrupciones por convincentes y bien intencionadas que fuesen. Era entonces cuando empezaba a recorrer a grandes pasos el suelo de su despacho en el Yard, gastando la alfombra, según comentario general, exponiéndose a sí mismo sus ideas y viendo si estas encajaban en su debido lugar. De no ser absolutamente imprescindible, nadie se atrevía a molestarle en aquellos momentos.

En esta tarde, y envuelto en una semioscuridad, repetía su juego favorito.

«Supongamos —decía en voz alta, dirigiéndose a los árboles— que de un manotazo aparto toda idea preconcebida sobre quién es el culpable de todo este embrollo. Desecho a Beaufort desde un principio, como presunto asesino, por carecer de la más mínima sospecha. Ahora, tratemos de inventar el motivo y ver si da resultado. ¿Cuál podríamos colgarle? No hay ninguno lógico, puesto que el del dinero está descartado. Digamos, contradiciendo todo lo que antes dije, que Jeanne le hubiese obligado a casarse con ella bajo amenazas cuyo fundamento ella sola conociese. Si se casaba, ella le daría… ¿qué? ¡Oh!, aceptémoslo por un momento: cartas comprometedoras o un talón de Banco falsificado. De todos modos, él es uno de esos individuos que está siempre a la cuarta pregunta. Así es que se casa con ella. Después le dice “que suelte lo convenido” o palabras por el estilo. Pero ¿dónde se lo dijo? ¡Ah!, ya sé. Desde la iglesia a la casa fueron juntos y solos. Sí. Eso es. Él dice: “Entrégame lo que me prometiste”, y ella ríe y dice: “Todavía no” o algo parecido. “Lo guardo como reserva para casos de apuro”. “Como firme garantía de tu buen comportamiento”. Después llegan a la casa, no hay tiempo para discutir; están rodeados de gente.

Pero a él se le nubla la vista. No da un paso sin antes rescatar lo que tanto le ha costado. Todo el tiempo que dura la recepción está bullendo de rabia. No puede conseguir estar un solo instante a solas con ella. El tener que guardarse las palabras le encoleriza más y más. Luego ella sube a cambiarse. Allí estará sola y él irá a cobrar el precio de su boda, como se convino, antes de salir de viaje de luna de miel. De otro modo, no hay luna de miel».

Austen estimulaba siempre su cerebro con esta forma de pensar en voz alta.

Cualquiera que le viera, pensaría que estaba fuera de sus cabales; un comandante de los ejércitos de Su Majestad caminando a cuatro millas por hora por entre veredas, con los ojos fijos en el vacío y balbuciendo palabras incoherentes.

El observador se hubiese equivocado de medio a medio. Jamás se encontraba William Austen menos afectado mentalmente que cuando se comportaba de aquella forma.

«Sí, eso podría ser —continuó—. Después, y a su debido tiempo, sube a su cuarto, donde se cambia de ropa. Por fin está solo, alejado del bullicio que le rodeaba. Vuelve a meditar y se encoleriza nuevamente. ¿Para qué continuar con este estado de cosas si esa marrana no ha de darle lo que le prometió? ¿Para qué su sacrificio? Para casarse con una mujer que no tiene la menor noción de decencia ni de la dignidad. Probablemente bebió con abundancia champaña del viejo Foster, después de haber tomado un considerable número de aperitivos con sus amigos, más los vinos correspondientes en la comida. Al novio se le supone siempre necesitado de preparación alcohólica para la dura prueba del casorio. Todo esto, mezclado con la cólera y el desengaño, hacen que pierda la cabeza. Es una mujer indigna de que se le guarde consideración alguna. Indigna hasta de seguir viviendo. Este es el punto final de sus elucubraciones: indigna de seguir viviendo. Esta obsesión le domina y, ciego de rabia, se dirige a su cuarto y extingue su vida».

Al llegar sus reflexiones a este punto, Austen se detiene súbitamente. «¿Pero de dónde sacó el éter?». Su pregunta parecía dirigida al mundo en general.

Después de unos segundos de devanarse los sesos buscando la respuesta, reanudó su marcha.

«Era de *ella* —se dijo a sí mismo—. Ella lo tenía. Lo tenía en el tocador, o en el lavabo, o en donde fuese. Él lo vio, lo usó, guardó la botella, que desapareció después como llevada por el viento».

Durante unos minutos siguió caminando en silencio. Después, con gran sorpresa, pues su paseo lo hacía sin rumbo determinado, vio que se encontraba frente a frente a las puertas de la casa de los Redgrave.

Allí se detuvo haciendo un pequeño resumen de sus divagaciones.

«No está mal como teoría —pensó—. Y vale la pena de comprobarlo. De todos modos, es un aspecto de la cuestión completamente nuevo, y esto ya es algo. Mucho cuando se ha llegado al grado de estancamiento en que yo me encontraba. ¿Y qué te parece si mirando el asunto desde este punto de vista analizáramos un par de detalles más?».

Extendió el brazo para descorrer el pasador de la puerta de la verja, pero detuvo su acción y se quedó tenso.

«¿Por qué no? —se preguntó a sí mismo, lleno de rabia—. ¿Por qué no?». Pensó intensamente, olvidándose de nuevo de todo cuanto le rodeaba, del mundo entero, menos de la idea que, como el impacto de una bomba, acababa de herir su cerebro.

Durante un tiempo apreciable, siguió pensando, ensayando, probando. Pareció llegar al fin a una conclusión y se decidió a penetrar en la casa.

Con gran sorpresa, no exenta de alegría, a nadie encontró en el vestíbulo y pudo llegar sin obstáculos al teléfono. Desde este punto la suerte pareció abandonarle. Necesitaba hablar con urgencia al superintendente Evans, pero este parecía haberse desvanecido como el humo. Había salido de la estación de policía casi pisando los talones de Austen cuando este lo hiciera y no dejó referencia del lugar a donde se dirigía.

Austen llamó, sin éxito, a diferentes lugares; al fin, hubo de renunciar a su búsqueda y contentarse con dejar nota en cuantos sitios creyó conveniente para que al ser localizado Evans, y esto había de ser antes de las once de dicha noche, le llamara; en otro caso, se sirviera venir, lo más temprano posible, a la mañana siguiente.

Pasó el tiempo señalado sin que nada se supiera de Evans;

Austen, disgustado por la pérdida de tiempo, decidió retirarse e intentar un descanso sobre el que tenía serios temores. Probó disipar sus preocupaciones, sin conseguirlo, y la noche transcurrió en una prolongada vigilia interrumpida solo por breves y espaciados momentos de reposo.

No era esta su costumbre, porque renegaba y vociferaba contra sí por haberse dejado llevar de sus nervios. Como es natural, esto tampoco había de producirle ningún bien.

Encolerizado consigo mismo no es, como él sabía, el método que conduce a un razonamiento claro y constructivo.

La mañana era, sin embargo, estimulante. Los efectos de una noche inquieta pronto desaparecieron ante la contemplación de un cielo de purísimo azul pálido y de un aire vigorizante que llenaba a raudales sus pulmones.

Cuando llegó el superintendente Evans, Austen era de nuevo hombre alerta y de rápida concepción.

—Superintendente —le dijo sin preámbulos y acompañado de una benévola sonrisa—, estoy fracasando de una forma inconcebible. Creo que empiezo a chochear. Me he comportado como un cándido principiante, haciendo cosas que siempre he condenado en los demás.

Evans le miró con sorpresa.

—¿Qué le pasa, comandante?

Austen rio con un dejo de amargura.

—Nada. Simple incompetencia, falta de caletre, incapacidad para resolver las cosas, todo ello acompañado de una crasa estupidez.

Evans silbó por lo bajo.

—Pues no es nada lo que acaba usted de decir —comentó—. ¿Y de qué se trata, si puede saberse?

—De lo siguiente: que he estado descuidando completamente uno de los aspectos del caso, o, más bien, y esto es lo peor, ignorando el hecho que era su verdadero aspecto.

—¿A qué se refiere?

—A Hewlett.

Evans lanzó un gruñido.

—¿Pero no habíamos quedado en que estaba descartado? ¿En que su coartada era perfectamente admisible?

—A eso es a donde voy a parar. A que la aceptamos con demasiada ligereza, sin preocuparnos grandemente en tratar de desbaratarla. Su historia, como usted recordará, fue que salió para ir al garaje a ver cómo acomodaban el equipaje y que solo estuvo fuera unos cuantos minutos.

—¿Cuál era, pues, el fundamento de la coartada?

—Mucha gente, incluyendo a Beaufort, aseguraron haberle visto durante casi todo el tiempo que duró la recepción. Como recordará, fue más o menos lo que todos dijeron unos de otros.

—Lo cual, según decidimos en aquel momento, nada significaba.

—Conforme. Fue admisión espontánea de Hewlett la de que saliera para dirigirse al garaje. De otro modo, nunca nos hubiésemos enterado.

—Concedido.

—Entonces no le dimos ninguna importancia a su declaración, pero ¿y ahora? Creo que necesitamos nuevas confirmaciones, ¿no le parece?

—Sí. Quiero interpretarlo en el sentido de que, en vez de dirigirse al garaje, se dirigió escalera arriba. ¿Es así?

—Eso mismo. Escalera arriba, hacia el garaje. Y después, vuelta a la casa por el mismo camino. Su declaración dice que salió después de haber sido cortado el pastel.

Evans hizo la siguiente consideración:

—¿Lo que usted quiere decir es que pudo haber subido y matado a Jeanne en vez de haber ido al garaje?

—Esa es la idea general.

—¿Pero cómo puede usted probarlo?

—Eso es a lo que hemos de concretarnos ahora. Debemos reformar de nuevo nuestras conclusiones y volver al punto de partida. Hewlett, y todo cuanto a él se refiera, debe ser reinvestigado. Esa coartada debe ser estudiada, desmenuzada, analizada y todo cuanto se pueda hacer con ella para que lleguemos a la convicción, sin el más ligero asomo de duda, de la imposibilidad de que, sin ser advertida su presencia, pudiese haber subido a las habitaciones de Jeanne y haberla asesinado. Después hay que profundizar un poco más en su pasado. Debemos reorientar nuestras ideas acerca de él.

Evans parecía dudar.

—Pero ¿cómo?

Austen se puso en pie y empezó a pasear por la habitación mientras hablaba.

—En la siguiente forma. Principiamos por aceptar la idea de que Hewlett podía probar la coartada sobre el tiempo en que se cometió el crimen, de que tenía un pasado sin mácula, de que no había tenido asociación previa con Jeanne, y, por tanto, de que no tenía motivo alguno para desear su muerte. Ahora debemos considerar todo esto, mirándolo desde un punto de vista diferente. Debemos considerar ahora que pudo haber sido el hombre con quien ella pasó aquella luna de miel clandestina (esperemos que esto lo resuelva el Yard de un modo o de otro) y que, por tanto, pudo haber motivos para la comisión del asesinato.

—¿Qué motivos podría haber?

Austen se encogió de hombros.

—¿Venganza? ¿Amores contrariados? ¿Quién sabe? Pudiera ser que ella intentase algún chantaje, de haber sido Hewlett uno de sus amantes. Esto parecía haber tomado carta de naturaleza en sus costumbres.

—Ahora, con respecto a la coartada, hay que volverla a analizar detenidamente. Como usted recordará, aceptamos la palabra de Beaufort y la de alguien cuyo recuerdo lo considero confuso en estos momentos, de que Hawlett había estado siempre a la vista de uno u otro toda la tarde. Entonces nos parecieron aceptables esas declaraciones, aunque reconocíamos, y de esto usted también se acordará, que las que hacían referencia a quién vio a quién y cuándo, no eran en realidad terminantemente; pero como, por otra parte, aceptábamos la evidencia de que Hewlett carecía de motivos, dejamos las cosas como estaban. Ahora no podemos dejarlas.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer? —preguntó Evans.

—Reconsiderarlo en forma diferente. Ignorar el testimonio de los invitados a la boda y hacer preguntas a gentes completamente nuevas: a jardineros, a chóferes, a criados, y así sucesivamente. A cualquiera que pudiese haber estado por los alrededores del Place en aquella tarde, pero no en la recepción. Tengo esa escalera de servicio metida en la cabeza, superintendente. Alguien *pudo* haberla utilizado para entrar y salir de las habitaciones de Jeanne. ¿Quiere usted ocuparse de ello, pero inmediatamente?

Evans gruñó:

—Ya hicimos algo de eso anteriormente.

—Sí, pero generalmente *por añadidura*. No sé si me entiende usted. Volvamos a recorrer ese camino, pero ahora teniendo presente a Hewlett.

—Ahora comprendo lo que usted quiere, comandante. Pero aun admitiendo como cierto lo que usted dice de Hewlett, ¿de dónde sacó el éter?

—No lo sé. No creo que importe tampoco saberlo, ni lo creí nunca.

Durante varios minutos, los dos guardaron silencio. Lo rompió Austen diciendo súbitamente:

—Superintendente, nada ha salido como yo esperaba. En mi vida me he armado un lío tan grande como en este caso.

Evans intentó confortarle.

—Todos cometemos errores de cuando en cuando, comandante. Pero, a decir verdad, no veo en qué haya podido usted equivocarse.

—En primer lugar, en no haber prestado la debida atención a Hewlett. En eso me equivoqué desde un principio. Nunca debí aceptar su aparente y alegada falta de motivo y permitir que se marchase tan tranquilamente. Siempre he dicho que una de las cosas difíciles para un policía es obrar con imparcialidad de criterio cuando se ve uno envuelto en asuntos relacionados con sus propios amigos. Es de las pocas cosas en que los hechos me han dado la razón. Debería haber rehusado toda intervención en este asunto. Usted solo podría haberlo hecho infinitamente mejor. Lo siento y le ruego acepte mis disculpas.

—Eso sí que no —dijo Evans—. Nunca hubiera sabido llevarlo por mi propia cuenta. De todos modos, creo que está usted ahora sobre la verdadera pista.

—No por esfuerzo mío. Me lo han dado todo hecho —Austen parecía amargado—. Por mí no hubiera sabido distinguir entre un huevo y una castaña.

—Pero ahora sí.

—¡Ojalá!

Evans se echó a reír.

—¡Animo, comandante! Tengo el presentimiento de que se acercan grandes acontecimientos. De todos modos, voy por lo mío.

Le telefonearé tan pronto como tenga algo que comunicar.

Austen pasó el resto del día en un estado de inquietud y malestar. Odiaba la inacción al estar sobre una pista, especialmente cuando, como en estos momentos, el agua pareciera querer entrar en ebullición.

Hubiese querido intervenir directamente en las investigaciones que se estaban llevando a cabo, pero no dejaba de comprender cuán fútil hubiera sido el hacerlo. Había telefoneado a Scotland Yard para que profundizara más en el pasado de Hewlett; Evans investigaba el ángulo local y ninguna interferencia habría de mejorar sus respectivos trabajos. Todo lo que ahora podía hacerse era esperar los resultados y analizar mentalmente, una y otra vez, la idea de que Hewlett pudiese ser el verdadero asesino de Jeanne.

Naturalmente nada podría rebasar los límites de la conjetura y él lo sabía. Tan fácil sería en estos momentos plantear la inocencia como la culpabilidad de Hewlett. No había hechos en qué basarse, sino meramente «suposiciones», «peros» y «considerandos». Y una buena labor policíaca no podía sustentarse sobre tan frágiles fundamentos.

¿Qué es lo que en realidad sabía él acerca de la vida de Philip Hewlett? Simplemente que frecuentaba el mismo grupo de amigos de Jeanne, pero que, al decir de él, sus relaciones con esta no pasaron de ser superficiales, que era un amigo de la familia Beaufort y que su vida, presente y pasada, parecía intachable y desprovista de espectacularidad. Si todo esto fuese verdad, como Austen, en un principio, aceptó, no hubiera habido razón alguna para sospechar de Hewlett.

Ahora, sin embargo, y siguiendo el proceso de eliminación, la había. Cabía la posibilidad de poder considerarle como presunto asesino de Jeanne, siempre y cuando se demostrase la vulnerabilidad de su coartada. Podía ser el desconocido amante con quien ella pasó la semana en el Devonshire, y de su aparentemente intachable pasado podría surgir algo que diera la clave de un posible chantaje, por parte de Jeanne.

Austen recordaba que cuando, por primera vez, se entrevistó con Hewlett, esto fue poco después del suceso, se encontró nervioso y poco comunicativo y se aventuró a suponer que estuviese ocultando algo. Sin embargo, su comportamiento subsiguiente y lo inocente de

su porte, hicieron disipar poco a poco esa idea.

Austen se recriminaba amargamente por su facilidad en aceptar todas estas apariencias.

A medida que el día avanzaba, crecía su impaciencia por recibir el informe adicional del Yard. Si viniese una prueba, o aunque solo fuese una suposición razonable de que Hewlett fue uno de los amantes de Jeanne, la cosa cambiaría de aspecto. Si por casualidad Andrea recordase la persona a quien viera la tarde de la boda en el piso en que estaban las habitaciones de Jeanne…

Por fin, a última hora de la tarde, una pequeña luz vino a iluminar las tinieblas que le envolvían. No lo brillante que él hubiese deseado, pero siempre mejor que la impenetrable oscuridad.

El C. I. D. del Devonshire llamó por teléfono. Siguiendo instrucciones de Scotland Yard, consiguieron localizar el hotel en el que Jeanne se detuvo. No se había engañado Austen en sus pronósticos. Era el hotel más grande de Torquay. Retratos de Jeanne habían aparecido en toda la Prensa gráfica, tanto antes de la boda como después del asesinato, y muchos del hotel recordaban su estancia en él. No era Jeanne persona fácil de olvidar. Un camarero y una sirvienta estaban dispuestos a atestiguarlo bajo juramento.

Con respecto al hombre que la acompañaba, ya la versión era más vaga. Una descripción imprecisa que lo mismo podría haber correspondido a Hewlett que a otro cualquiera. Pero, por otra parte, había un camarero que estaba dispuesto a jurar haber oído a Jeanne llamar a su «marido» Philip.

Es verdad que Philip era un nombre bastante corriente, pero, tomándolo todo en consideración, parecía lógico resumir que el Philip en cuestión, un oficial vestido de uniforme, según indicación de los del hotel, y cojeando ligeramente según creyeron observar, muy bien pudiera ser nuestro escurridizo capitán Hewlett.

De todos modos, aun como mera suposición, ofrecía todo ello suficiente fundamento para una acción suplementaria, y Austen dio las correspondientes órdenes al efecto. Hewlett (notificó al Yard) debía ser visitado por un agente del C. I. D., y sometido inmediatamente a un escrupuloso y enérgico interrogatorio. Le hubiera complacido poderlo haber hecho personalmente, pero no era en realidad factible. El ir a Londres supondría retraso y pérdida

de un tiempo preciso. Hewlett debía ser interrogado en el acto y después vigilado constantemente. Si fuese culpable, podría alarmarse de súbito e intentar la fuga, cosa frecuente en criminales y muy especialmente en hombres de su tipo. Estos aparecen, a menudo, confiados y tranquilos creyendo que las sospechas no pueden recaer sobre ellos; de repente, y sin razón plausible, se sienten sobrecogidos por el terror y ya no hay modo de prever la orientación que han de tomar sus nuevos movimientos.

Creyó, pues, Austen, que lo mejor era dejar al Yard la solución de la trama londinense.

Estando en este punto sus meditaciones, entró Andrea, y su sola vista hizo que el corazón le diera un salto. Algo le decía en su interior que la crisis estaba cercana.

Tan pronto como ella le vio, dijo:

—William, me alegro que estés aquí. Tengo algo más que decirte. Vamos donde nadie pueda molestarnos.

La siguió en silencio hasta el estudio del coronel, donde ardía una resplandeciente lumbre. Se alegró de ello, porque acababa de invadirle un inesperado frío.

Extendió sus manos hacia las llamas y esperó a que ella rompiera a hablar. La miró y vio con sorpresa que una intensa palidez cubría sus mejillas y que su pelo y cara no ofrecían los cuidados que de ordinario empleaba. Su serenidad habitual había desaparecido y nada quedaba de aquel aire de seguridad que era característico en su persona. Dudaba de si «demencia» hubiese sido palabra apropiada para definir su estado. Vio también que no iba propiamente vestida, sino simplemente arrebujada en una gruesa bata. Todo esto le dio a entender que se trataba de algo importante y de que ella también lo creía así.

Sin embargo, Andrea nada añadió. Seguía erguida e inmóvil al lado del fuego y con los ojos fijos en el espacio.

Austen no quería alarmarla, pero era preciso saber lo que ella quería comunicarle. Tenía el presentimiento de que se trataba de algo importante. Un instinto de que se trataba de algo urgente, y aunque nunca habría incitado a un policía novel a hacer uso de los dictados del instinto, no dejaba de admitir que a él le daban en ocasiones excelentes resultados.

—¿Y qué hay, Andrea? —rompió al fin, suavizando cuanto pudo

la voz.

Andrea volvió los ojos hacia él.

—Estoy acobardada, William —dijo—. Acobardada.

Su voz, perfectamente normal, contradecía la significación de sus palabras. No había temor en ellas. Lo que acababa de decir era simplemente una declaración o un hecho.

—¿Por qué? —preguntó él en su tono habitual.

—Porque —su voz seguía sin dar muestras de emoción alguna— yo sé quién mató a Jeanne.

Austen aspiró el aire con fuerza.

—¿Pero por qué estás acobardada?

—Porque preferiría no saberlo. Porque sé que debiera decírtelo, pero… no quiero ser yo quien envíe a un hombre al cadalso.

—Pero él mató a Jeanne —le recordó con dulzura para no arrancarla bruscamente de su estado de ensimismamiento.

—Lo sé. Mujeres como Jeanne convierten a los hombres en asesinos. No es culpa de estos.

—No —Austen hizo una pausa, después prosiguió—: ¿Quién fue?

Ella le miró casi suplicante.

—No me obligues a decirlo, William.

«¿Cómo debo manejarla? —se preguntó a sí mismo—. Jamás la he visto así. No debo asustarla».

Hizo un esfuerzo y se contuvo decidido, por encima de todo, a no dar la sensación de la premura que empezaba a dominarle.

—Siéntate, Andrea —la invitó él en el tono más natural que pudo.

Ella obedeció. Él le ofreció un cigarrillo y se lo encendió sin que casi se percatara de ello.

Se sentó en una silla frente a la suya y empezó a rellenar su pipa. Después, con la esperanza de tranquilizarla y poder prestarle ayuda, atacó el tema oblicuamente.

—No nos preocupemos de quién fue —le dijo con acento acariciador—. Dime cómo llegaste a saberlo.

Esta pareció ser la técnica más correcta. Su tensión pareció ceder un tanto.

—Fue algo extraño —dijo ella en tono confidencial—. Ni siquiera pensaba en ello, William, pero desde el día en que me

dijiste que tuviese la mente abierta al recuerdo, lo he venido haciendo y creo que inconscientemente.

—¿Sobre el hombre que viste en el pasillo? —se aventuró a preguntar.

—Naturalmente —ella estaba impaciente.

—¿Y repentinamente recordaste?

—Sí —desvió la cuestión tratando de intercalar detalles de menor importancia entre ella y el momento de revelar lo que tanto le atemorizaba.

—Como ya te he dicho, ni siquiera pensaba en ello —empezó a relatar—. Hace poco volví de un paseo, me quité el vestido y me puse lo más cómoda que pude… —con un dedo se señaló significativamente la bata—. Cepillé el vestido y el sombrero y los guardé. Después pensé en planchar mi tafetán verde… —se detuvo.

«Está tratando de ganar tiempo —pensó Austen—. No debo apresurarla. Es la responsabilidad lo que ella teme».

—Así, que sacaste la plancha —adelantó Austen creyendo no estar equivocado.

Y no lo estaba. Ella agradeció lo oportuno de su intervención.

—Sí, y lo planché; de repente me acordé que había guardado el vestido negro, el mismo que llevé en la boda de Jeanne, sin haberlo planchado. Supongo que fue la excitación lo que me hizo caer en este descuido —añadió como explicación—. Acostumbro dejar siempre mis prendas dispuestas para cualquier otra ocasión. La plancha estaba todavía caliente, así es que decidí aprovechar la oportunidad que se me presentaba de poder corregir mi olvido. No sé por qué, pero, en el momento de poner el vestido sobre la mesa, mis pensamientos parecieron retroceder sin esfuerzo alguno por mi parte. No es que en realidad estuviese pensando. Estaba yo tarareando inconscientemente «La Marcha Nupcial». Luego me fijé que había un poco de polvo de la cara adherido a una de las hombreras y me dispuse a cepillarlo.

De repente miró a Austen como solicitando de este un poco de comprensión.

—Tú sabes que hay cosas que te hacen recordar otras, ¿verdad, William? Pensé: «Descuidada criatura, ¿cómo es posible que no vieras esto?». Te lo digo porque detesto a las mujeres que dejan caer polvos sobre sus ropas y no se apresuran a limpiarlas. Y mientras

cepillaba recordé que había desparramado aquellos polvos al arreglarme la cara en el cuarto de baño de aquel primer piso. No había cepillo e intenté sacudírmelos con un pañuelo. Después… —se detuvo y lanzó violentamente al fuego el cigarrillo que hacía rato estaba apagado entre sus dedos—. Después, todo volvió a mi memoria —dijo.

Hubo una larga pausa que él no se atrevió a romper. Ella respiró profundamente. Por fin, exclamó con voz concentrada:

—Vi todo lo que ocurrió.

De nuevo se detuvo y él esperó.

—Salí del cuarto de baño y encendí un cigarrillo. En el momento de alumbrar el fósforo, vi a un hombre. De uniforme. Su espalda estaba vuelta hacia mí. Recuerdo que me fijé en sus hombros. Llevaba insignias de capitán. Me temo que la imagen de Beau llenaba todo mi pensamiento. No quería encontrarme a solas con él. Mucho menos hablarle. Permanecí quieta un instante, haciendo ver que el cigarrillo no quería encenderse. Encendí otro fósforo. Creo que oyó el ruido que produjo al rasparlo contra la caja. Se medio volvió y aun creo que me miró. Yo seguí encendiendo el cigarrillo. William, le vi. Le veo ahora mismo. Tenía un pañuelo en la mano. No sé por qué, pero me acuerdo perfectamente. Lo estaba metiendo apresuradamente en el bolsillo. Esto no quería decir nada entonces; pero, cuando hace un momento vino a mi memoria, comprendí toda su significación. Me di cuenta también de la puerta de donde venía.

—¿Del cuarto de Jeanne? —preguntó Austen suavemente.

Ella asintió con un gesto.

—Sí…, creo que sí. Me parece que debió de ser de allí. Después se dirigió rápidamente a lo largo del corredor.

—¿No bajó la escalera?

—No la de la fachada delantera.

—¿Seguramente en dirección a la escalera de servicio?

—Lo supongo.

—¿Y después?

—Después —dijo casi suplicante— no volví a pensar en ello, hasta hoy en que todo volvió a mí con claridad.

Él titubeó una fracción de segundo.

—¿No era Beaufort, Andrea? —preguntó con toda la corrección debida.

Ella perdió el conocimiento.

No hizo aspavientos ni manifestó conmoción alguna. Se deslizó suavemente de la silla al suelo y allí quedó inmóvil.

Al comandante e inspector jefe Austen se le podían suponer conocimientos en la práctica de una primera cura, que aplicó, aunque sin resultado satisfactorio, pues no consiguió hacerla volver en sí.

Se vio, por tanto, forzado a solicitar la ayuda de la señora Redgrave, que llegó indignada, pero era competente en la materia.

—¿Qué es lo que ha dicho usted a mi hija, William? —preguntó tan pronto como se percató de lo ocurrido—. ¿No podía usted ver que no estaba en condiciones de soportar esos inhumanos procedimientos policíacos? Ayúdeme usted a ponerla sobre el sofá. Así. Ahora, esos almohadones bajo la espalda. Y ahora la cabeza entre las rodillas.

—Ya lo he intentado —murmuró Austen en tono de disculpa.

—¡Ah, vamos! Por lo menos, demostró usted ese poco de seso. Ahora suba usted a mi cuarto de baño, mire en el botiquín y tráigame el pomo de sales volátiles y un vasito.

Subió y bajó los peldaños de la escalera de dos en dos, trayendo lo requerido por la señora Redgrave.

—Agua —pidió esta sin dejar de atender a Andrea.

Él se la alcanzó, echó una dosis de la aromática substancia de acuerdo con las instrucciones estampadas en el frasco, ayudó a sostener la cabeza de Andrea mientras su madre le administraba el medicamento y después se separó en espera de nuevas órdenes. De pronto, Andrea emitió un sonido entrecortado, sintió una ligera sofocación y abrió los ojos. Su aturdimiento era evidente.

—¿Pero qué es lo que…? —empezó a decir.

—No hables, corazón —le ordenó la señora Redgrave—. Bebe esto.

Siendo su madre quizá la única persona a quien Andrea obedeciera sin chistar, hizo lo que le pedía.

La señora Redgrave se volvió a Austen.

—No esté usted ahí como un pasmarote —le dijo—. Saque una manta del baúl que hay en el vestíbulo, diga a los de la cocina que llenen un par de botellas con agua caliente, encienda después la chimenea y lárguese.

William Austen recordaba que, siendo muy niño, había recibido una bofetada de la señora, en aquel entonces mucho más joven y atractiva, por desobediencia. El recuerdo subsistía. Cuando ella hablaba en ese tono no había alternativa. Decidió, pues, hacer lo que le indicaba.

Después permaneció en el vestíbulo en espera de acontecimientos, sin dejar de pensar en lo ocurrido.

¿No podría ser Beaufort, después de todo?, se imaginó. Si no, ¿a qué vino el desmayo? Si fue Beaufort quien ella vio, y ahora recordaba haber visto, en aquel corredor del primer piso, comprendería la razón del desvanecimiento. Psicológicamente, esto no era más que un mecanismo de defensa que él no dejaba de comprender. Ella no podía traicionar al hombre a quien un día amara y optó por desmayarse antes de verse obligada a delatarle, aun cuando el instinto del deber estuviera a punto de haberle hecho confesar. Muy interesante, como es natural, para un hombre que se sintiera atraído por estas reacciones mentales de los seres humanos, pero no mucho para un detective en funciones y a punto de conocer la realidad. Esto fue una forma maestra de eludir la revelación de la verdad, pensó con tristeza. Era sencillamente desesperante.

Pero ya no cabía el titubeo ni andar con delicadezas y consideraciones ni intentar prescindir de Andrea. Desde el momento en que ella volviera en sí y se repusiera, tendría que volver al interrogatorio, brutal si necesario fuera, para ver de arrancar de ella la verdad.

Rellenó la pipa con aire inquieto. Aprendió a tener paciencia a costa de muchos sacrificios, pero esta parecía querer desertar de él en el momento actual.

Acababa de encender un fósforo cuando la señora Redgrave salía del estudio cerrando suave y cuidadosamente la puerta tras sí.

Atravesó el vestíbulo y llegó a su lado.

—Está dormida —dijo con satisfacción—. Ahora, William, quisiera saber qué es lo que ha ocurrido.

Él titubeó.

—¡Oh! Puede usted decirme la verdad —dijo la señora Redgrave con cierta sorna—. Ya sé que se trata de ese horrible asunto de Jeanne Foster, pero quiero saber qué es lo que usted ha dicho o hecho para que llegara a desmayarse. No es costumbre en ella. Debe

usted de haber empleado eso que uno lee en esos espantosos libros de América y que llaman «el tercer grado».

Era sorprendente ver cómo Austen se sentía cada vez más empequeñecido. Empezó a excusarse y a protestar, pero ella le paró en seco.

—¿Pero es que no hay un solo hombre —preguntó dirigiéndose al aire— que sepa lo que tiene delante de sus narices hasta que no llegue una mujer que se lo diga? Debía ser palpable, aun para un hombre como usted, que, desde la muerte de Jeanne, Andrea ha estado en un constante decaimiento nervioso; que no estaba en condiciones de ser molestada y mucho menos intimidada. Naturalmente que yo lo sabía, pero comprendía que era peor hacérselo conocer. Presumo que en parte se debía a que esa pobre criatura se había imaginado estar enamorada de ese flamante capitán Beaufort, aunque puedo decir con satisfacción que está aparentemente curada de esa dolencia.

Austen escuchaba con la boca abierta, mientras ella se detenía para tomar nuevos alientos. «Las madres son maravillosas —pensó —. ¡Lo que saben y lo que ven, y, sin embargo, nada dicen!». Sabía que era inútil tratar de discutir con esta señora. Trató pues, de sincerarse.

—Andrea acababa de acordarse que vio a un hombre cerca del cuarto de Jeanne ese día. Ese hombre pudiera muy bien ser el asesino. Estaba a punto de decirme su nombre, cuando se desmayó.

—¡Ah! ¿De modo que fue eso? —recalcó con interés—. Pues no me sorprende. No quiso decirlo. Podía haber sido, como es natural, el capitán Beaufort.

De nuevo se quedó Austen con la boca abierta. Las madres no parecían tener necesidad de conocimientos teóricos de psicología.

—Así, pues, supongo —dijo esta sorprendente señora Redgrave — que quería usted asustar a mi pobre hija mencionando el nombre de una determinada persona. Pues no lo va usted a conseguir, William, sino pasando, como dicen, por encima de mi cadáver. Desde hace días está en tensión constante; presumo que ya sabe que usted sospechaba de ella, y todo ha culminado en este desmayo que significa a la vez un fuerte choque. Ahora duerme y va a seguir durmiendo hasta que despierte por causa natural; entonces, ella decidirá por sí misma si quiere seguir hablando o no.

Austen lanzó un gemido. Una madre en defensa de sus crías es algo refractario en absoluto al razonamiento.

—No creo que le perjudique esperar unas cuantas horas —hizo observar la señora Redgrave con aspereza.

Él intentó argumentar.

—Señora Redgrave, hay siempre prisa cuando se trata de arrestar a un asesino. Puede escaparse y cometer un nuevo crimen mientras yo estoy aquí esperando. Escúcheme: anoche, Andrea me dio una gran idea y me lanzó sobre una nueva pista; yo mismo miro las cosas desde un punto de vista diferente desde hace escasamente un par de horas. Sé que debiera haberlo hecho antes, pero ya que lo he hecho ahora, necesito la confirmación o negación de Andrea sobre mis ideas antes de dar un paso. Debe usted dejarme hablar con ella.

La señora Redgrave movió negativamente la cabeza.

—No, William. Cualquier pena podría acarrearle serias consecuencias, y su salud es para mí mucho más importante que ese asesinato de los demonios.

Nada de lo que el desgraciado hombre pudo decir produjo el más insignificante efecto. Ni Scotland Yard ni la majestad de la Ley llegaron a conmoverla, y Austen tuvo que reconocer su derrota y resignarse a esperar por tiempo indefinido que Andrea se despertase.

Afortunadamente, no se vio obligado a guardar una completa inactividad. Había, por lo menos, un teléfono y lo empleó casi continuamente durante una hora. Lo que ya había hecho personalmente y las órdenes que había dado eran suficientes para esperar de Londres resultados satisfactorios. Pero Austen no lo creía así y protestaba enérgicamente de que no fuera él quien se encargara directamente del asunto. Podía confiar en que sus subordinados cumplirían sus órdenes al pie de la letra, pero sabía que en casos de apuro era precisa una fuerza directriz, así como una autoridad, que supiera captar la más insignificante idea y llevarla a efecto sin pérdida de tiempo.

Sin embargo, se había topado con una barrera infranqueable en la persona de la señora Redgrave, y nada podía hacer sino someterse a sus mandatos.

Eran cerca de las siete y media cuando Austen se sentó a cenar

en compañía de los señores Redgrave. En otras circunstancias habría disfrutado enormemente, pues la comida era estupenda, pero la señora de la casa estaba decidida a ignorar cualquier motivo de discusión y mantuvo una conversación constante basada en tópicos de interés para el matrimonio.

Poco antes que la cena terminara, y con gran satisfacción, recibió un recado de Andrea diciendo que deseaba verle inmediatamente.

Se excusó brevemente y, sin dar tiempo a que la señora Redgrave formulara protesta alguna, salió rápidamente en dirección al estudio.

12

ANDREA seguía recostada en el sofá, pálida aún y con una taza de sopa en una pequeña mesa colocada a su alcance. Su aspecto era patético como de mujer indefensa, pensó él, aunque ahora había un aire de determinación en ella, del que antes carecía.

—Lo siento, William —principió tan pronto como él cerró la puerta y se encaminó a su lado—; pero no puedo concebir que yo haya hecho una cosa así. ¡Debilidades femeninas que no están en mis hábitos!

Él rio y, comprendiendo que ella deseaba tratar este asunto con la mayor ligereza posible, se dispuso a seguir el juego, siempre y cuando le condujera a una victoria por su parte.

—Es cosa que debes practicar —le aconsejó—. Resulta siempre de un gran valor. Esa es la razón por la que nuestras mujeres del tiempo de la reina Victoria vencían con tanta facilidad. La pretendida igualdad de sexos ha quitado a la vida gran parte de su aspecto humorístico y ha privado a la mujer de su más poderosa arma.

Esto la hizo sonreír.

—¡William Austen en «El modo de manejar a un hombre»!

—No presumiría de instruir a la hija de tu madre sobre ese tema, querida Andrea.

Ella rio abiertamente. «Eso ya es mejor, pensó él va adquiriendo normalidad. No debo precipitarla, pero desearía que se encaminara al punto que nos conviene. Parece estarlo esquivando todavía».

Andrea dijo:

—Mi madre me ha recomendado que no hablara hasta que no me sintiese con ganas de hacerlo. Me dijo que deberías estar avergonzado de ti mismo y que los hombres erais todos

desesperadamente estúpidos, en especial los inteligentes.

Austen rio entre dientes.

—Sí; parece que he echado un borrón sobre mi historial, ¿verdad? —se detuvo para sacar la inevitable pipa—. Bueno, Andrea, me has llamado y supongo que eso quiere decir que deseas hablar.

Ella aceptó el cigarrillo que él le ofrecía y se incorporó un tanto sobre los almohadones.

—En realidad, no —le dijo con cierta mala gana—; pero sé que debo hacerlo. No dormiré hasta que no haya descargado el pecho.

—Eso es verdad.

—Como ves —él sabía que no estaba dispuesta todavía a dirigirse al asunto—, no me gusta expresar en palabras lo que sé, aunque comprendo que debo hacerlo.

Austen se inclinó hacia ella, intentando animarla a desprenderse de sus prejuicios e inhibiciones.

—¿Era Beaufort? —preguntó con cuanta displicencia pudo.

Ella lanzó un profundo suspiro.

—No, gracias a Dios.

—Entonces, Andrea, ¿por qué te preocupa la idea de decírmelo? Comprendo que si hubiera sido él…

—Es tuya la culpa —interrumpió apasionadamente—. Sé que soy una loca, y sé que es mi deber decírtelo, pero no puedo evitar el tratar de esquivarlo, ¿qué quieres que te diga? ¿Supongamos que no sea el que yo me imagino…?

Fue él quien interrumpió esta vez.

—Pero tú no tienes ninguna duda sobre ello, ¿verdad? ¿Y por qué ha de ser culpa mía, de todos modos?

—Por lo que me dijiste anoche en mi departamento sobre las torturas que los familiares del asesino habrían de experimentar, especialmente su madre…

Al decirlo tembló y se tapó los ojos con las manos.

Él le habló con dulzura.

—Te comprendo, querida Andrea. Te atemoriza la idea de aceptar la responsabilidad de que a alguien le condenen por lo que tú digas. Pero sabes al mismo tiempo que tu deber es decirlo. Toda la ternura de tu corazón no bastaría para justificarte haber guardado un secreto así. No volverías a conocer la tranquilidad. No

puedes amparar a un asesino, Andrea.

—Pero supón que me he equivocado. Supón que estoy haciéndote sospechar de un inocente…

—Si es inocente, podrá probarlo —argumentó Austen.

—¿Pero estás seguro de que podrá?

Esto no podía continuar. Rogaba en su interior para que Dios le iluminara en cuanto a la forma en que había de tratarla.

Dejó la pipa sobre la mesa, se levantó y fue a sentarse en el borde del sofá, poniendo delicadamente un brazo alrededor de su cuerpo.

—Andrea…, era Hewlett, ¿no es verdad? —preguntó.

Un suspiro se escapó del fondo de su corazón.

—Sí. ¿Cómo lo supiste?

Era increíble el alivio que se notó en su voz. La decisión de hablar había sido prácticamente arrebatada de sus manos. Ahora podía confortarse con la idea de que él lo supo antes que ella se lo dijera.

A partir de este momento todo marchó viento en popa. Él tenía un sinnúmero de preguntas que hacer y ella las contestaba sin gran dificultad ni muestra alguna de inhibición. Ella había visto un hombre de uniforme, viniendo de la dirección del cuarto de Jeanne y dirigiéndose hacia la escalera de servicio. Estaba metiéndose un pañuelo en el bolsillo; su impresión fue que había algo furtivo en este acto; como si quisiera deshacerse de él.

No conocía al capitán Hewlett con anterioridad a ese día. La primera vez que le vio fue ante el altar, al lado de Beaufort, cuando ambos esperaban la llegada de Jeanne a la iglesia.

Pero ella le vio de nuevo en la recepción, donde le fue presentado. No había, pues, duda posible sobre su identidad.

—¿Te reconoció? —quiso saber Austen.

Andrea no tenía la menor idea.

—Quizá sí, aunque también pudiera ser que viera una forma vaga de mujer con quien no deseaba encontrarse en aquellos momentos.

—¿Fue esa tu idea?

—¿Cuál?

—¿La de que no quisiera encontrarse contigo?

—Sí… ¡No!… ¡Oh, no podría decírtelo, William! *Debes* recordar

que entonces no discernía. Todo fue… una especie de impresión. En realidad, no prestaba interés. Vino a mi memoria esta tarde, sin recordar los detalles. ¿No comprendes todavía?

—Claro que lo comprendo, y la prueba es que no volveré a molestarte de nuevo.

Se separó de su lado y se fue a la chimenea.

—Ahora vete a la cama. Necesitas descansar.

Ella movió la cabeza negativamente.

—No podría dormir. ¿Qué vas a hacer ahora, William?

—Tomar un acuerdo sobre lo que me has dicho.

—Pero ¿cómo?

Él se encogió de hombros.

—Depende.

—¿De qué?

Su cerebro trabajaba rápidamente y aunque comprendía la razón oculta de sus preguntas no quiso que esto le preocupara en absoluto.

Como todos los hombres de su temple, cuando iba en busca de una idea, esta le absorbía por completo. Solo deseaba estar solo para madurar su plan. Todo artista creador trabaja en esa forma. Para recibir la inspiración hay que recogerse dentro de uno mismo, siempre y cuando los demás se lo permitan.

Hizo un esfuerzo y volvió su atención a Andrea.

—Andrea, tú estás muy cansada. Has estado sometida a una fuerte tensión. Permíteme que te acompañe a tu cuarto.

Ella no se hallaba todavía libre de esa pertinacia derivada, al parecer, de su temperamento.

—No *quiero* ir arriba. Contesta a mis preguntas. ¿Qué vas a hacer ahora?

Él comprendía que Andrea estaba muy fatigada y que era además su gran amiga. Le debía, pues, una satisfacción, y no titubeó en hacerla partícipe de sus pensamientos.

—Voy a ver a Evans. Tengo que comunicarle todo lo que a mí me has dicho. Al fin y al cabo, es él quien lleva este caso. Yo no hago más que ayudarle.

—¿Vas a salir ahora? —preguntó—. ¿Esta noche?

—Sí.

—Entonces me quedaré aquí hasta que vuelvas.

Él hizo cuanto pudo por disuadirla.

—Es que no tengo idea de cuándo podré volver, Andrea. Quizá tenga que ir a Londres y no sé lo que por allí podrá suceder.

Sus nervios esta vez le indujeron a la terquedad.

—No lo puedo remediar. Permaneceré aquí hasta que vuelvas y me digas lo que has hecho.

Nada podía moverle a cambiar su decisión. Él sugirió que la señora Redgrave podría tener opinión muy diferente.

—¿Mi madre? —dijo en tono de reto—. Mi madre es una mujer sensible, William. Si le digo de lo que se trata, aprobará lo que hago.

—¿Pero por qué no vas a la cama y te estás tranquila?

—Porque no podré estarlo.

—¿Pero por qué?

Ella se encogió de hombros.

—Si no lo puedes ver, mejor será que lo dejemos. Pero yo no subo ni me voy a la cama; me quedo aquí hasta que vuelvas. Ya lo sabes. Y no discutas.

Vio que era inútil cuanto intentase, y esperando que la señora Redgrave tuviera más éxito en el uso de su propia autoridad, arregló un poco los leños que ardían en la chimenea, dio otro cigarrillo a Andrea y salió de mala gana, presa de extraña ansiedad, completamente incapaz de decidir cuál de estas dos emociones era la más fuerte, espoleado, sin embargo, por una necesidad imperiosa de apresurarse que no se preocupó en analizar.

Dirigió una mirada al interior del comedor, donde los padres de Andrea prolongaban su permanencia en la mesa, entreteniéndose en los postres.

—Tengo que salir —les dijo—. Les ruego me perdonen, pero es urgente.

La señora Redgrave protestó de que no hubiese terminado la comida que se estaba calentando en espera de su vuelta, pero él se excusó de nuevo y dijo que no se preocupasen por ello.

—¿Y Andrea? —preguntó ella.

Austen sonrió insidiosamente.

—Ha descargado el pecho, pero creo que sería una buena obra el convencerla de que se fuera a la cama.

Salió apresuradamente para evitar posibles interrogatorios y se

dirigió de nuevo al teléfono. El superintendente Evans se encontraba en la oficina central de la cabecera del distrito, y Austen, que había tenido la precaución de conservar el coche con una buena provisión de combustible para un caso de apuro como este, se echó el abrigo gris sobre los hombros y partió en aquella noche estrellada y fría.

Al llegar a la estación se encontró con Evans esperándole.

—¿Algo nuevo, señor? —preguntó con ansiedad cuando ambos se hubieron sentado ante el fuego.

Austen asintió con la cabeza.

—Parece que estamos al fin sobre la verdadera pista. Los pedazos del rompecabezas empiezan a encajar unos con otros.

Concisamente le expuso las varias informaciones que había podido recopilar.

—Como usted ve —dijo al terminar—, si la señorita Redgrave puede identificar a Hewlett como al hombre que ella vio en el pasillo la tarde del crimen, podemos decir que vamos llegando a una conclusión. Tenemos que arreglarnos de forma que ella pueda echarle un vistazo mañana. Ya arreglaré yo eso con el Yard.

—Bien —contestó el superintendente con satisfacción—. Creo que yo también tengo algo para usted.

—¿Qué es ello?

—Creo que hemos logrado desbaratar la coartada del capitán Hewlett. Uno de los jardineros de Chedwood Place vendrá dentro de unos cuantos minutos y creo que tiene algo importante que decirnos.

—¡Ajajá! ¿Y cómo consiguieron eso?

Antes que Evans pudiese contestar sonó el teléfono, que produjo una gran expectación en la sala.

El superintendente levantó el auricular y escuchó con gran atención. Después lo repuso en su sitio y se volvió a Austen.

—Dicen que esté alerta para una llamada especial del Yard, comandante. Dentro de unos quince minutos.

Austen hizo un gesto de asentimiento y encendió la pipa que se le había apagado unos momentos antes. Llamaron a la puerta y entró un agente de uniforme.

—Jones, el jardinero del Place, señor.

—Hágale pasar —ordenó Evans.

Entró un típico jardinero de pueblo.

—¡Ah, Jones! —dijo Evans acogedoramente—. Me alegro que haya venido. Como usted ya sabrá, quiero hacerle algunas preguntas acerca de la muerte de Jeanne Foster. De algo que pasó en la tarde de la boda. Usted estaba a cargo del servicio exterior; de los coches, del estacionamiento y de todo lo demás, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Siéntese, Jones —dijo Austen—. ¿Un cigarrillo?

El hombre aceptó uno, Austen se lo encendió y Evans se encargó del interrogatorio.

—No es nada importante lo que queremos saber de usted —le aseguró al ver su nerviosidad a la vista de los representantes de la Ley—. Solo una pequeña confirmación, en el caso que pueda usted dárnosla, de la información que acabamos de recibir sobre dicha tarde.

Se arrellanó con más comodidad en la silla para dar la sensación de tranquilidad.

—Se trata, Jones —empezó—, de la simple cuestión de los equipajes del capitán Beaufort y señora para la luna de miel, que no llegaron a tener. ¿Estaba usted encargado de ello, no es verdad?

Jones dijo que sí, que lo estaba, y explicó que desde la guerra solo un coche se usaba en el Place y que después que el chófer fue llamado a filas, él, Jones, se había encargado de conducir dicho coche. Se había convenido en que él llevaría la pareja a la estación después de la boda.

—¿Y el equipaje? —preguntó Evans.

—Todo preparado desde la mañana, señor.

Tenía la forma lenta de hablar y la pronunciación gutural de la «erre» de los campesinos, pero se le veía hombre despejado y dispuesto para toda clase de menesteres. No había una gran cantidad de equipaje: un baúl de viaje para ambos y una sombrerera, todo lo cual fue llevado poco después del desayuno y colocado sobre el estribo.

—¿Entonces usted era la única persona responsable de eso?

—Sí, señor. Convinimos con el otro caballero, el día anterior, en que así fuera.

—¿Qué otro caballero?

—El padrino, señor. Le llamaban el capitán Hewlett. Un extraño

por estos lugares.

—¿Entonces él no tuvo nada que ver con el equipaje el martes?

Evidentemente, Jones tenía un poco de resentimiento en esta cuestión. Él había recibido sus órdenes el lunes y las cumplió al pie de la letra. No había ninguna necesidad de que el capitán Hewlett viniese alborotando al garaje el martes por la tarde cuando su puesto estaba al lado del novio.

Todo esto sonaba a algo interesante, que bien valía la pena ser investigado.

El capitán Hewlett, cuya única responsabilidad, en lo que se refería al equipaje, eran dos maletas de mano que habían de recogerse a última hora, después que el novio y la novia se hubiesen cambiado para el viaje, había ido agitadamente al garaje a preguntar si las piezas pesadas estaban ya en su lugar.

—Estoy acostumbrado a que se confíe en mí —refunfuñó Jones —. Cuando recibo órdenes, sé cumplirlas.

Según su relato, tuvo un pequeño incidente con el capitán Hewlett, por la interferencia no solicitada de este último, lo cual le ofendió, aunque no pasó de ahí. Él se volvió a lo suyo, que era cuidar de que ningún coche parado pudiese obstruir la salida de la «pareja feliz» y vigilar que nadie hiciera ninguna jugarreta con *confettis* o con pares de zapatos viejos en el coche nupcial. La señorita Jeanne le había dado órdenes estrictas acerca de ello y había sospechado si la inesperada visita del capitán guardaría alguna relación con este punto.

De todos modos, estaba seguro de que el capitán Hewlett había vuelto a la casa a los pocos instantes de salir de ella. Por qué puerta lo hizo, no consiguió recordarlo. Y así terminó su relato. Se le dieron las gracias, se le dieron metafóricamente unos golpecitos en el hombro, y, al tiempo que salieron de la oficina, se oyó de nuevo el timbre del teléfono.

Evans contestó a la llamada. Otra vez se dejó sentir la sensación de urgencia.

—Para usted, comandante —dijo, entregando a Austen el auricular.

Llamaban desde Scotland Yard. Que lo sentían, pero que el hombre que había asignado para vigilar al capitán Hewlett había perdido a este de vista.

—¿Perderle de vista? —chilló desaforadamente—. ¡Valiente policía!

Estuvo a punto de estallar en denuestos contra el agente y la Dirección, pero se contuvo en el acto, comprendiendo la inutilidad de su encolerizamiento. A lo hecho, pecho. Con el tiempo, el responsable habría de lamentar su torpeza.

—¿Ha sido interrogado? —preguntó con dureza.

—Sí, señor. Lo hizo Harris. Dijo que las respuestas del capitán no eran muy satisfactorias, que se había contradicho en más de una ocasión y que después se cerró en banda y no quiso volver a hablar. Harris ha emitido el informe. ¿Quiere usted que se lo lea?

—Ahora, no; pero quiero que esté aquí a primera hora de la mañana. Lo que han de hacer ustedes ahora es encontrar a Hewlett. Y pronto.

Dio unas cuantas instrucciones y colgó el aparato.

—¡Esos idiotas han perdido el rastro de Hewlett! —dijo a Evans refrenándose para no salpicar su informe con palabras de mal gusto, pero gráficas para el caso—. Fue a un bar a tomar una bebida y al memo que le vigilaba no se le ocurrió pensar que casi todos estos lugares tienen dos puertas de salida. El truco más antiguo que uno pueda imaginarse. ¡Voy a hacer que lo despellejen! Bueno, la cuestión es que se nos ha escapado.

Evans silbó.

—¿Cree usted que lo hizo a propósito?

—Eso es lo que yo quisiera saber. Si sabía que se le vigilaba o no. Antes de entrar en el bar, donde nuestro hombre perdió su rastro, había sido sometido a un minucioso interrogatorio por uno de mis hombres.

—Entonces, lo más probable es que anduviera con las orejas tiesas —opinó el superintendente.

—También yo lo creo —convino Austen—. Quizá fuese una coincidencia, pero me inclino más a creer lo contrario.

—¿Qué cree usted que es lo que pasó?

—Pues, sencillamente, que algo le remuerde en la conciencia; que llegó a creer que nadie sospecharía de él y ha visto que se ha equivocado. Observó ahora si le seguían, se convenció de que sí, y ha desaparecido. ¿Dónde demonios podrá estar?

El superintendente no supo qué contestar a esta pregunta.

Austen fumaba, absorto, en una pipa vacía.

De repente saltó de la silla; su cara, impasible de ordinario, se quedó blanca como el papel.

—¡Dios nos ampare! —dijo con vehemencia—. ¡Vamos, superintendente!

Como este no se apresurara a seguirle, volvió a repetir:

—¡*Vamos*! Y diga usted a un par de sus hombres que nos sigan de cerca.

El superintendente se puso en pie:

—¿Pero, qué pasa? —gruñó poniéndose lentamente en movimiento.

Austen no contestó. En vez de hacerlo cruzó rápidamente la habitación y salió. Cuando Evans llegó al coche, le encontró ya sentado frente al volante y con el motor en marcha. El superintendente se sentó a su lado, y aún no había acabado de hacerlo cuando ya Austen había arrancado pisando con fuerza el acelerador.

—¿Dónde vamos? —preguntó Evans de nuevo.

Austen, de ordinario cauteloso, seguía oprimiendo imprudentemente el acelerador.

—No me gusta esto —fue su única contestación—. No me gusta esto, Dios mío, no me gusta.

—¿Qué no le gusta? Cuidado, comandante, que ahí viene una curva cerrada.

—No lo puedo remediar. Nada me gusta. ¡Quiera Dios que lleguemos a tiempo!

Evans se quedó meditando sobre estas palabras mientras el coche patinaba y se balanceaba al salir del recodo y entrar en un trozo recto y bien pavimentado de carretera. Después respondió, como contestando a su reflexión:

—¿Teme usted que Hewlett pueda venir en dirección a estos lugares?

—Hay una desagradable posibilidad. Estoy procurando ponerme en su lugar, en el supuesto de que sea culpable, y que se haya percatado de que se le sigue. ¿Qué haría yo en esas circunstancias? ¿Qué haría usted?

Evans comprendió la argumentación.

—¿Tratar de cortar las fuentes de información antes que fuera

demasiado tarde?

Austen, sin aflojar un solo momento el acelerador, contestó:

—Sí. Es posible, muy posible, que él supiese que la señorita Redgrave le había visto salir del cuarto de Jeanne. Mientras no nos preocupamos de él, le cupo la duda de si, en realidad, le habría reconocido ni visto siquiera. Ahora, después de haber sido interrogado por Harris, las cosas han variado y habrá pensado en la única persona que podría delatarle: la señorita Redgrave. Si yo estuviese en su lugar, decidiría no correr riesgos y eliminar cualquier testigo de calidad. ¿Comprende usted la causa de mi preocupación?

Evans le interrumpió.

—Comandante, amaine usted un poco la marcha. A este paso nos vamos a estrellar los dos, y no sé qué fruto podremos sacar entonces de nuestros quebraderos de cabeza.

Austen separó un poco el pie del acelerador.

—Pero temo algo, superintendente. Cada minuto que pasa me convenzo más y más de que es Hewlett el asesino. Hasta lo del éter. Él acude todavía al hospital para recibir tratamiento y allí se emplea mucho esa sustancia para despegar el esparadrapo. Hay probablemente una botella en cada una de las mesitas de socorro y no le hubiera sido nada difícil haberse quedado con una de ellas.

Un gran trecho de camino aparecía recto, y Austen volvió a pisar a fondo el acelerador.

Evans miró por la ventanilla de su izquierda.

—Chedwood Green —informó.

Tomó el recodo que le desviaba de la carretera principal a velocidad un tanto excesiva y paró Austen frente a las cerradas verjas de la casa de los Redgrave, entre chirridos de frenos y estrépito de puertas que se abrían y cerraban.

—Dejaremos el coche aquí —dijo—. Es preferible no anunciarnos por si ocurre algo desagradable.

La ansiedad que había en su voz era manifiesta.

Evans intentó tranquilizarle.

—No hay ninguna razón para suponer que haya podido ocurrir algo.

—No hay ninguna *razón*, es verdad. Pero no puedo evitar esta intranquilidad.

La casa estaba sumida en profunda oscuridad, circunstancia perfectamente natural dada la hora que era.

Entraron ambos con una llave que Austen tenía; se movía con un apresuramiento silencioso que delataba su estado de agitación.

Una tenue claridad se reflejaba en el vestíbulo. Se acercó a la puerta del estudio y la abrió. Todo era quietud y sombras en su interior. Buscó a tientas el interruptor y el cuarto se inundó de luz.

Andrea yacía inmóvil sobre el mismo sofá donde él la dejó, pero con un almohadón sobre la cara.

Se dirigió rápidamente a ella, y al quitar el almohadón un olor penetrante a éter se extendió por la habitación.

—Abra la ventana —ordenó.

Evans descorrió las cortinas, pero la ventana estaba ya abierta de par en par.

—Por ahí se escapó —murmuró en voz queda.

Austen no le escuchaba siquiera. Tenía el oído aplicado sobre el corazón de Andrea y los dedos pulsando una de sus muñecas.

—Está bien —dijo con alivio—. Por lo menos, respira. Levante usted a los de la casa, Evans.

Él continuó prestando sus cuidados a Andrea.

La señora Redgrave bajó apresuradamente la escalera envuelta en una bata de dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Sofocación —dijo Austen con la brutalidad obligada por las circunstancias.

Evans vio que su presencia no era necesaria allí y decidió ganar tiempo.

Se oyó el ruido de una motocicleta que se acercaba en dirección a la casa y se descolgó por la ventana, que solo le separaba una corta distancia del suelo.

Dos de sus hombres se acercaron, quejándose del chorro de luz que se proyectaba en el jardín a través del espacio libre entre las cortinas.

—No nos ocupemos de momento por el apagón —ordenó el superintendente—. En marcha.

En pocas palabras les puso al corriente de lo que ocurría, instruyéndoles al propio tiempo de lo que tenían que hacer.

—Hará solo unos pocos minutos que ha salido, pues de otro

modo la hubiéramos encontrado muerta. Quizá tenga un coche, aunque lo pongo en duda. Tampoco conoce bien esta vecindad. Registren primero la estación, pues hay un tren que no tardará en llegar.

Con esto les despidió y se quedó él a inspeccionar el jardín y las casas cercanas.

Volvió a la casa al poco tiempo con las manos vacías, pero satisfecho de no haber pasado por alto rincón ni detalle alguno.

El coronel Redgrave estaba en el teléfono intentando en vano comunicarse con un doctor, pero al entrar Evans en el estudio pudo ver este con satisfacción que la urgencia de la llamada era ya innecesaria.

Andrea había recuperado el conocimiento. Austen tenía uno de sus brazos a su alrededor y con la mano libre sostenía un vaso que acercaba a sus labios.

La señora Redgrave entró trayendo consigo una cafetera, una taza y una botella de agua caliente.

Austen arregló los almohadones y dejó a Andrea a los cuidados de su madre, mientras él se dirigía a correr de nuevo las cortinas. Después se dedicó a escuchar el informe del superintendente.

—Bien —dijo aprobando todo lo hecho por Evans—. Ella hablará dentro de unos minutos —al decirlo miró en dirección a Andrea— y podrá confirmarnos que fue Hewlett el autor de todo esto. ¡Gracias a Dios que conseguimos llegar a tiempo!

Evans sonrió.

—No tengo más remedio que perdonarle los sustos que me dio usted en la carretera.

Austen consiguió a su vez sonreír. Lo peor de su ansiedad había pasado. Después oyó a Andrea decir algo en voz baja a su madre.

Se acercó a ella.

—Fue Hewlett, ¿no es verdad?

Ella asintió con el gesto.

—¿Cómo ocurrió?

—No la moleste usted ahora, William —ordenó la señora Redgrave con aspereza.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo.

—Estoy bien, mamá —dijo Andrea—. William debe saberlo.

Se volvió a Austen.

—Como te dije, te estaba esperando. Mis padres se acostaron muy temprano. Alice, la doncella, estaba en la cocina y toqué el timbre para pedirle que me calentara un poco de leche antes de retirarse a descansar. Volvió con la leche y me dijo que un caballero deseaba verme. Me dijo que su nombre era el capitán Beaufort. No supe negarme y le dije que pasara. La habitación estaba casi a oscuras, pues solo tenía la pequeña lámpara que utilizo para leer, y no fue sino después que Alice se hubo marchado cuando me di cuenta de que era el capitán Hewlett el que se hallaba a mi lado. Sentí un fuerte olor a éter y recuerdo que luché. Luego, algo que me oprimía la cara. Después nada.

Suspiró y a continuación añadió:

—Te debo lo vida, William. De no haber sido por ti habría muerto como Jeanne.

Él rehuyó el tema.

—Ahora, a la cama, Andrea. El superintendente y yo te ayudaremos.

Como ya hiciera con anterioridad en aquella noche, movió la cabeza negativamente.

—No podré dormir. Tengo que saber el final de todo esto.

Bebió unos sorbos del café que su madre le instaba a tomar y después miró a Austen.

—William…

—¿Qué quieres, Andrea?

—Me alegro de lo que ha sucedido.

—¿Que te alegras?

—Sí. Como ves, me rebelaba contra la idea de tener que exteriorizar mi recuerdo. De denunciar a alguien sin tener una absoluta seguridad. Ahora ya es diferente. Ha querido matarme y comprendo que tenías razón. No debe ampararse a gente así.

De pronto se oyó fuera un gran ruido de voces airadas y pasos.

Evans salió a toda prisa de la habitación.

Volvió a los pocos instantes y habló aparte con Austen, quien pareció asentir a sus palabras.

—Señorita Redgrave —solicitó Evans.

—¿Quiere usted identificar al hombre que la atacó?

—¿Qué hago, William? —preguntó—. ¿Quieres decir que le han arrestado?

—Sí. Si tú atestiguas que es el mismo que intentó matarte, nos ahorrará un sinfín de molestias. Podemos de momento acusarle de asesinato frustrado.

Accedió con disgusto y a pesar de las protestas en contra de la señora Redgrave.

Philip Hewlett, esposado, y entre dos policías, fue llevado a su presencia. Su uniforme estaba sucio y en desorden. Andrea le dirigió una rápida mirada.

—Sí —dijo con voz apagada—. Es él.

Hewlett rompió su mutismo y habló con toda calma.

—No hace falta que esto continúe —dijo—. Doy mi palabra de que no intentaré escaparme. Sé lo que se me viene encima y lo acepto. Yo maté a Jeanne Foster.

El superintendente Evans se invistió, a partir de este punto, de su representación oficial, hizo las advertencias de rigor, le habló de los formalismos de las declaraciones escritas y de la conveniencia de ir a la estación de policía y de que se considerase formalmente acusado del delito que voluntariamente había reconocido.

Hewlett no prestó atención a sus palabras.

—Deseo hablar —dijo—, pero ha de ser aquí, y en este momento. Lamento lo ocurrido con la señorita Redgrave y deseo que ella me escuche las razones que tuve para hacerlo.

Austen tomó cartas en el asunto, suplicó a Evans que se apeara un tanto de los mandatos oficiales de su conciencia y permitió a Hewlett que se sentara mientras uno de los policías uniformados se disponía a tomar notas taquigráficas en su librito de apuntes.

Hewlett hablaba como si recitase un sueño, sin matiz en la voz, impersonalizado.

—No fue mi intención matar a Jeanne —empezó—. Su muerte fue accidental. Les diré lo ocurrido. La conocí y me enamoré de ella. Salimos juntos en cierta ocasión. La creí un ángel. Quise casarme con ella, pero se negó a acceder a mi deseo. Poco después me dejó, diciendo que todo había terminado entre nosotros, que no quería volver a verme. Ni siquiera consintió darme una sola razón de su conducta. Así es que le escribí. Le escribí infinidad de cartas. Yo no sé hablar, pero sí escribir. Llené páginas y páginas describiéndole los momentos que habíamos pasado juntos, sin omitir detalle alguno. No se dignó contestarme, y esto me exacerbó. Después,

empezó a aconsejarme. Fue siempre un gran amigo mío. Me dijo la clase de mujer que era, pero no quise en principio dar crédito a sus palabras. Luego fui serenándome y acabé por curarme de esa pasión. Más tarde me encontré con otra muchacha. Una muchacha de verdad, tal como yo la hubiera soñado, y comprendí lo necio que había sido. Era casi una niña, todo candor e inocencia. Enterada Jeanne de mis nuevos amores, me telefoneó y me dijo que conservaba mis cartas y que se querellaría por incumplimiento de promesa. En breves palabras, su idea fue el chantaje. Pagué lo que me exigía y me devolvió algunas cartas. No todas. ¡La muy canalla!

Por primera vez pudo notarse emoción en sus palabras. Una mezcla de cólera y asco. Austen le ofreció un cigarrillo que él aceptó y encendió, siguiendo a continuación su relato.

—Me amenazó con enseñar mis cartas a aquella pobre niña. De haberlo hecho, aquello hubiera puesto fin a nuestro idilio. No eran cartas para ser leídas por una muchacha decente. Tuve que seguir pagando. Aquel estado de cosas me impedía pensar en el casamiento. Ni siquiera me atrevía a formalizar mis relaciones. Jeanne seguía negándose a verme. Me telefoneaba simplemente cada vez que necesitaba dinero. Poco después me enteré de su compromiso con Beaufort. Intenté prevenir a este, pero no solamente me contestó que sabía lo que hacía, sino que me pidió que fuese su padrino. Lo pensé, vi que era un modo de que ella no pudiese evitar el verme, y acepté. Me telefoneó dos días antes de la boda. «Me he enterado que vas a ser el padrino, Philip —dijo—. ¡Ay qué gracia! Pero no creas que esto te libra de mí», así o con palabras por el estilo. «Me llevaré tus cartas en mi luna de miel, y cuando me aburra, me entretendré en releerlas». La sangre se me agolpó en el cerebro y lo vi todo rojo. De un modo o de otro, estaba dispuesto a recuperarlas y tracé mi plan.

Se detuvo como explorando sus propios pensamientos. En la sala reinaba el silencio más profundo. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Alguien había apagado la luz central y una pequeña lámpara alumbraba las caras de las personas allí congregadas. En la chimenea solo quedaban unas cuantas ascuas, pero la temperatura agradable y el humo de los cigarrillos llenaba el ambiente.

Mientras Hewlett permanecía callado, Austen se levantó y murmuró unas cuantas palabras al oído del señor Foster, que salió y entró a los pocos momentos con una bandeja provista de una botella y copas. Sin decir nada, llenó una de ellas y la colocó frente a Hewlett, quien la levantó y bebió un buen sorbo.

Esto le volvió de nuevo a la realidad y reanudó su interrumpida historia.

—Decidí lo que tenía que hacer. Me apropié de una de las botellas de éter del hospital —Evans miró a Austen con una sonrisa de pláceme— y me la llevé conmigo. Conocía la disposición de la casa. Después que Jeanne cortara el pastel y subiese escalera arriba, dije que iba a echar un vistazo al equipaje. Fui un momento al garaje y después me escurrí por la escalera de servicio. Llamé, y Jeanne contestó: «Adelante». Estaba tendida en un canapé. Me detuve en la puerta y empapé el pañuelo en éter. Se lo puse sobre la cara y a los pocos momentos perdía el conocimiento. Empecé a buscar las cartas. Antes de haberlas encontrado empezó a volver en sí, y coloqué un almohadón sobre su cara sin meditar en las consecuencias que esto pudiese acarrear. Volvió a quedar inmóvil. Encontré, por fin, las cartas, miré si estaban todas y me volví de nuevo hacia ella.

Se detuvo y volvió a beber.

—No sé exactamente lo que pasó después. Creo que tiré el almohadón al suelo. Su cara tenía una expresión extraña. Abrí la ventana y acerqué a ella el canapé. Sentí miedo. Tuve la sensación de que había muerto y salí disparado de la habitación. No había tiempo que perder y bajé rápidamente por donde había subido.

Respiró profundamente.

—Momentos más tarde me enteré que en realidad había muerto. Ya no había lugar a duda. Sabía que la señorita Redgrave me había visto salir de su cuarto, pero nadie hizo alusión a ello de momento. Creí que todo marchaba bien. Sin embargo, seguí sintiendo miedo. Hoy me enteré de que la Policía seguía mis pasos y pensé que deshaciéndome de la señorita Redgrave podía considerarme a salvo. Siento en el alma lo que hice después.

Hubo otra larga pausa. El coronel Redgrave añadió unos leños al fuego. De repente Hewlett pareció volver en sí.

—¡No fue mi intención matar a Jeanne! —gritó con

desesperación—. ¡Fue accidental! ¡Lo juro!

Bajó la voz y continuó hablando con aquella voz inexpresiva y desprovista de toda emoción.

—Es verdaderamente lamentable —dijo— tener que morir por una criatura tan despreciable como Jeanne.

El que Austen se viera envuelto en la muerte de Jeanne Foster tuvo su comienzo en el pisito de Andrea. Era muy natural que las últimas palabras sobre el caso fuesen también pronunciadas allí.

Solo unos pocos días habían transcurrido y una noche volvió a sentarse con Andrea frente al fuego de la chimenea.

Las pesadas cortinas, esta vez cerradas con toda precaución, les separaba del resto del mundo.

—Hewlett ha muerto —le dijo—. Murió en el hospital de la prisión. Su herida se inflamó, sobrevino la pulmonía y no hizo esfuerzo alguno por conservar su vida.

Andrea dijo con voz queda:

—No sabes lo que me alegro que haya sido así, William.

—¡Qué duda cabe! —asintió él.

Y añadió:

—¿A pesar de lo que quiso hacer contigo?

—A pesar de eso. En cierto modo, no era culpa suya. Se vio obligado a hacerlo. Ni creo que estuviese en sus cabales desde el momento en que supo que había matado a Jeanne.

—También yo estoy seguro de eso.

—¿Y eso no te prueba nada? No sabía lo que hacía. Y todo nos trae el recuerdo de Jeanne. A su vida estéril y despreciable. También me alegro de que haya muerto. Mujeres así no debieran haber nacido nunca.

—Eso es lo que dicen todos cuantos la conocieron.

—Lo que demuestra que tengo razón en decirlo. Me alegro que todo haya pasado, y que el pobre Hewlett pueda al fin descansar en paz.

Dio un prolongado suspiro y añadió:

—¿Y ahora que vas a hacer, querido William? Austen se echó a reír.

—Qué sé yo. Disfrutar de lo que me has dejado de mi permiso. Después… «A la conquista de nuevos horizontes».

F I N





MONA NAOMI ANNE MESSER HOCKING, que firmaba sus libros como Anne Hocking, nació en 1890 en Londres, Inglaterra. Su padre fue John Hocking, un ministro metodista muy popular en su época que además de predicar por toda Inglaterra escribió cerca de 100 novelas a través de las cuales transmitía su mensaje cristiano. Sus dos tíos también fueron escritores, así como sus dos hermanas. Tuvo un hermano que murió en la I Guerra Mundial.

En 1915 escribió su primera novela romántica, con el seudónimo de Mona Dunlop, a partir de 1930 utiliza el seudónimo de Mona Messer primero para escribir novelas policíacas y más tarde románticas. En 1939 publicó la primera obra de la serie del Inspector Austen, ya con su propio nombre.

Murió en Wokingham, Berkshire, en 1966.

De la serie **William Austen** publicó casi 30 libros. Los primeros e la serie son los siguientes: *La anciana señora Fitzgerald* (*Old Mrs. Fitzgerald*, 1939), *Los malvados huyen* (*The Wicked Flee*, 1940), *La señorita Milverton* (*Miss Milverton / Poison Is A Bitter Brew*, 1941), *El secreto del coronel Fielding* (*One Shall Be Taken*, 1942), *Nilo verde* (*Nile Green / Death Loves a Shining Mark*, 1943).

Novelas escritas como **Anne Hocking**: *Paw Cat's* (1933), *Death Duel* (1933), *Walk Into My Parlour* (1934), *The Hunt Is Up* (1934), *Without The Option* (1935), *The House of En-dor* (1936), *Stranglehold* (1936), *As I Was Going to St. Ives* (1937), *What a Tangled Web* (1937), *Malas acciones realizadas* (*Ill Deeds Done*, 1938), *Las víctimas juegan* (*The Little Victims Play*, 1938), *So Many Doors* (1939), *Deadly Is the Evil Tongue* (1940), *Candles Night's* (1941).

Novela escrita como **Mona Dunlop**: *The Guarded Trust* (1915).

Novelas escritas como **Mona Messer**: *A Castle for Sale* (1930), *Mouse Trap* (1931), *Eternal Compromise* (1932), *A Dinner of Herbs* (1933), *The End of the Lane* (1933), *Playing Providence* (1934), *Wife of Richard* (1934), *Brood Cuckoo's* (1935), *Life Owes Me Something* (1936), *Tomorrow Also* (1937), *Marriage is Like That* (1938), *Vineyard Stranger's* (1939), *The Gift of a Daughter* (1940).

Notas

[1] Cuerpo voluntario para la defensa territorial. *(N. del T.)* < <

[2] Criminal Investigation Department, o sea Departamento de Investigación Criminal. *(N. del T.)* < <

[3] Women's Royal Naval Service: Servicio Femenino de Armada Real. *(N. del T.)* < <

[4] R. A. F. Royal Air Force: Reales Fuerzas Aéreas. *(N. del T.)* <<

[5] Nombre con que se designaba a los soldados alemanes. *(N. del T.)* <<